

R 27549



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

Don Angel Fernandez de los Rios.

NOVELAS GINEBRINAS,

POR TOPIFFET.

LA BIBLIOTECA DE MI TIO.

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

LOS DOS PRISIONEROS.

He conocido muchas personas educadas en el mostrador de la tienda de su padre, que habian conservado de este género de vida cierto conocimiento práctico de los hombres, cierta inclinacion tonta, el gusto de las calles, algunas trivialidades de ideas, la moral y las preocupaciones del barrio. De estas han salido abogados, ministros, y en cada una de estas vocaciones han llevado de dicho mostrador de la tienda muchos elementos, buenos y malos, pero siempre indelebles.

Otros en aquella edad, quiero decir á los quinceaños, tenian su cuartito en un patio silencioso y desierto, volviéndose meditativos, poco enterados de asuntos de calle, pero bastante ricos de observaciones particulares sobre un pequeño número de vecinos, y adquiriendo un conocimiento del hombre, menos general, pero mas íntimo. Cuántas veces tambien, privados de todo espectáculo, han vivido consigo mis-

mos, mientras que el otro en su tienda, siempre recreado con la vista de algun objeto nuevo, no tenia tiempo ni ganas de conocerse á sí mismo. Abogado ó ministro, ¿creéis que el del cuartito no sea diferente del de la tienda?

¿Y lo que se ve pasar desde su habitacion, y las gentes que van y vienen, y los ruidos que se oyen, y los objetos tristes ó risueños que se encuentran, y la vecindad y, los casos fortuitos? ¡Oh cuán difícil cosa es la educacion! Mientras que con luminosa intencion, por el consejo de un amigo ó de un libro, dirigís el espíritu y el corazón de vuestro hijo por la senda que os agrada, los objetos, el ruido, los vecinos, los casos fortuitos conspiran contra vos. ó vos secundan, sin que podais destruir esta influencia ni pasaros sin su concurso.

Mas tarde, es verdad, á los veinte ó veinticinco años, la habitacion hace poco. Es triste ó alegre, confortable ó calavera, pero es una escuela en donde han cesado las lecciones. A esta edad el hombre acaba su carrera, alcanzando á ver esa sombra del porvenir que hasta entonces le parecia tan lejana; su alma no es ya pensadora y dócil; los objetos se ven en ella, pero ya no dejan impresion.

R. 27549



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

Don Angel Fernandez de los Rios.

NOVELAS GINEBRINAS.

POR TOPFER.

LA BIBLIOTECA DE MI TIO.

LOS DOS PRISIONEROS.

He conocido muchas personas educadas en el mostrador de la tienda de su padre, que habian conservado de este género de vida cierto conocimiento práctico de los hombres, cierta inclinacion tonta, el gusto de las calles, algunas trivialidades de ideas, la moral y las preocupaciones del barrio. De estas han salido abogados, ministros, y en cada una de estas vocaciones han llevado de dicho mostrador de la tienda muchos elementos, buenos y malos, pero siempre indelebles.

Otros en aquella edad, quiero decir á los quince años, tenian su cuarto en un patio silencioso y desierto, volviéndose meditativos, poco enterados de asuntos de calle, pero bastante ricos de observaciones particulares sobre un pequeño número de vecinos, y adquiriendo un conocimiento del hombre, menos general, pero mas íntimo. Cuántas veces tambien, privados de todo espectáculo, han vivido consigo mis-

mos, mientras que el otro en su tienda, siempre recreado con la vista de algun objeto nuevo, no tenia tiempo ni ganas de conocerse á sí mismo. Abogado ó ministro, ¿creeis que el del cuartito no sea diferente del de la tienda?

¿Y lo que se ve pasar desde su habitacion, y las gentes que van y vienen, y los ruidos que se oyen, y los objetos tristes ó risueños que se encuentran, y la vecindad y, los casos fortuitos? ¡Oh cuán difícil cosa es la educacion! Mientras que con luminosa intencion, por el consejo de un amigo ó de un libro, dirigís el espíritu y el corazon de vuestro hijo por la senda que os agrada, los objetos, el ruido, los vecinos, los casos fortuitos conspiran contra vos, ó vos secundan, sin que podais destruir esta influencia ni pasaros sin su concurso.

Mas tarde, es verdad, á los veinte ó veinticinco años, la habitacion hace poco. Es triste ó alegre, confortable ó calavera, pero es una escuela en donde han cesado las lecciones. A esta edad el hombre acaba su carrera, alcanzando á ver esa sombra del porvenir que hasta entonces le parecia tan lejana; su alma no es ya pensadora y dócil; los objetos se ven en ella, pero ya no dejan impresion.

En cuanto á mí, yo vivía en un barrio (1) solitario detrás de la iglesia de San Pedro y cerca de la prisión del Obispo. Por cima del follaje de una acacia veía los arcos del templo, la base de la gran torre, un respiradero de la prisión, y más allá, por un boquete, el lago y sus orillas. ¡Qué bellas lecciones si me hubiera sabido aprovechar de ellas! ¡Cuán favorecido me hallaba por el destino entre los muchachos de mi edad! Si me he aprovechado mal, tengo al menos la gloria de descender de esta escuela, más noble que la del mostrador de la tienda, mas rica que la del cuarto solitario, y de donde debía salir un poeta, por poco que mi naturaleza se hubiese prestado á ello.

En fin, así es mejor, pues dudo que los poetas hayan sido dichosos en ninguna época. ¿Sabéis de alguno entre los mas favorecidos que haya podido nunca apagar su sed de gloria y homenajes? ¿Conocéis alguno entre los mas grandes, y sobre todo entre aquellos, que haya estado nunca satisfecho de sus obras, y reconocido en ellas los celestes cuadros que les revelaba su ingenio? ¿Vida de engaños, de decepciones y de disgustos! Y sin embargo, esto no es mas que la superficie; que me imagino encubre penas mayores y disgustos mas amargos. Esas cabezas se crean una felicidad sobrelumana siempre fascinante ó trastornadora; ven por cima de los cielos, y estan fijos en la tierra; aman diosas, y no encuentran mas que mortales. ¡Tasso, Petrarca, Racine, almas tiernas y enfermas, corazones nunca tranquilos, siempre dolientes ó lastimeros, decid algo de lo que cuesta para ser inmortales!

Hé aquí el efecto y la causa: experimentan estos tormentos porque son poetas, y son poetas porque experimentan estos tormentos. De esa lucha que hay en ellos estalla, como el relámpago de la nube, esa luz que nos hiere en sus versos; el sufrimiento les revela los gozos, y estos les enseñan á sufrir, viviendo sus deseos al lado de sus decepciones. De ese rico caos, de esos fecundos dolores, nacen sus sublimes páginas, como esos huracanes que sacan tan dulces sonidos de un arpa solitaria.

Ya no me asombro pues de haber oído decir á un hombre sensato que vale mas ser un mal droguero que un gran poeta: Giraud que Dante Alighieri.

Esta idea que me formo del poeta es tan verdadera, que os suplico veais qué es lo que pretenden desde luego todos los que aspiran á esta vocación, sino esa confusión, esas penas, ese rico caos tan posible. Así como se remeda la virtud con palabras de santidad, así remedian ellos la poesía con palabras de tristeza, de angustia, de incalificables dolores; sufren en sus versos, gimen en sus versos, y á los veinte años nuerendespues de arrastrar un resto apagado de vida descolorida; casi todos empiezan así: ¡Ay, amigo mío! No es tan fácil como tú crees ser triste, desgraciado, afligido; estar atormentado de deseos y fascinado de éstasis; descolorar su vida y vivir como Millevoje. Quitá pues tu máscara para que veamos tu cara alegre. ¿Por qué tú, que eres tan risueño, no has de seguir tu naturaleza? ¿Qué ventaja encuentras pues en pasar por doliente y lastimero, por muerto y nunca enterrado?

Por lo demás, cuando hablo de fecundos dolores, no quiero decir con esto que todo gran poeta gima y lllore necesariamente en sus versos, sino al contrario, que sus mas risueños éstasis encubren amargos disgustos. Aun cuando nos trasporte á un amable Eliseo, aun cuando pinte la belleza bajo sus mas celestes formas, ese vacío de la tierra es el que le hace remontar su vuelo á sus afortunadas alturas: es pintor de la salud, porque está enfermo; del estío, porque anda errante por los hielos; de aguas frescas, porque todo es árido á su alrededor. El desgraciado gusta algunos momentos de embriaguez, y nos hace beber en su copa, dándonos á nosotros el néctar y quedándose él con las hocas.

¡Pero hé aquí que á este propósito descubro un pensamiento vergonzoso que se oculta entre un pliegue de mi cerebro! Es la convicción que tengo de que hayan existido esas almas pacientes... que esos infortunados hayan vivido pensando durante largos años para dejar algunas páginas, algunas estrofas que me encantan, que me conmuevan un instante! ¡Profundo egoísmo de corazón, crueldad de placer que se inmola á sí misma! Pero también... ¡Racine droguero! ¡Virgilio tendero!... No; aun no soy bastante sensato; todavía no han pasado bastantes años sobre mi calva frente. Un día vendrá, y demasiado pronto, en que mas sensato, pero no menos egoísta, sostendré este propósito ante los jóvenes, y el pensamiento que yo les diga cho-

(1) Este barrio es el que está contiguo á la catedral de Ginebra, y la casa de que se trata es conocida con el nombre de Casa de la Bolsa Francesa, porque pertenece á un establecimiento de beneficencia destinado á socorrer á los ginebrinos protestantes de origen francés.

cheando, se elevará en su cerebro, se esparcirá sobre su frente, y no se detendrá sino en sus labios.

Hay en el cerebro una porción de estos pensamientos vergonzosos, que se ocultan por pudor, que se callan por miedo de deshonrarse, y que á veces, saliendo de su escondite, hacen circular el rubor sobre las frentes honestas. Un día cierto hombre hizo una batida en su propio cerebro, sondeó los pliegues de él, buscó por encima y por debajo, visitó los mas oscuros rincones, y de lo que encontró formó un libro, el *Libro de las Máximas*, espejo fiel donde el hombre se ve mucho mas feo de lo que creía ser.

Le Duc en esto habia seguido la máxima de Sócrates, que exhorta al hombre á examinar su cerebro. *Γνῶθι σεαυτόν* no significa otra cosa. En cuanto á mí, dudo si se gana algo en esta habitual contemplación. Sobre muchas cosas vale mas ignorarse á sí mismos. Ciertos, á conocerse mejor, serian peores; así, viendo uno su campo ingrato al buen grano, forma la idea de sacar partido de las yerbas malas.

Por eso no miro ya tanto en mi cerebro, siendo para mí un pasatiempo de los mas recreativos el mirar en el de los demás. Aplico el lente, el microscopio, y no podéis figuraros cuántas minuciosidades curiosas descubro, sin contar las grandes que se ven á simple vista, y las monstruosidades que chocan á distancia. Bien loco es Gall, que pretende juzgar del contenido por el continente, del gusto de una naranja por sus asperezas, de un ungüento por la caja, pues yo abro y pruebo, quito la tapa y huelo.

Imaginad que todos los cerebros estan formados del mismo modo, es decir, que todos tienen el mismo número de concavidades, conteniendo los mismos gérmenes, así como en cualquier naranja un mismo número de pepitas ocupan el mismo espacio. Pero hé aquí que de estos gérmenes, los unos abortando, los otros desarrollándose desmedidamente, nacen desproporciones, de donde resultan esas diferencias de caracteres que hacen á los hombres tan desemejantes.

Lo mas curioso es que hay uno de esos gérmenes que no aborta nunca, que se alimenta de nada lo mismo que, de mucho, que crece el primero, y decrece el último de todos; si bien que, muerto este, se puede estar seguro de que todo el resto del hombre ha cesado de vivir: este es el de la vanidad. Yo sé esto por un visitador de muertos, el cual me ha dicho que por su parte se atenia á este signo, mirándole como el mas seguro de todos; de suerte que cuando le llamaban al lado de un difunto, se aseguraba desde luego si no tenia ya ningún deseo de brillar, ningún cuidado de su exterior ni de las miradas de los demás; en cuyo caso, sin aun tomar el pulso, daba su permiso; y que habiendo practicado siempre este método, estaba convencido de no haber nunca enterrado uno vivo, como suelen hacer sus cofrades, que se atienen al pulso, á la respiración y á otras señales incompletas.

Pretendia este visitador que ese germen no varia tanto segun la condicion, la riqueza ó la profesion, como con la edad. En la infancia no se muestra de los primeros; en la juventud no es muy grande; pero desde los veinte años es un tubérculo respetable y voraz que se alimenta de todo.

Se me olvidaba que es de mi habitacion de lo que yo queria hablar. Pasaba pues en una paz profunda los ratos agradables de mi primera edad, viviendo poco con mi maestro, mas conmigo mismo, mucho con Eucharis, con Galatea, y con Estella sobre todo.

Hay una edad, una sola por cierto y que dura poco, en que las pastorales de Mr. de Florian tienen un encanto particular: yo estaba en esa edad. Nada me parecia tan amable como esas jóvenes pastoras; nada tan sencillo como sus frases preciosas y sus sentimientos sonrosados; nada tan campestre y tan rústico como sus elegantes talles, como sus gentiles cayados con cintas flotantes. Apenas encontraba entre las mas lindas jóvenes de la ciudad la mitad de la gracia, espíritu, y sentimiento sobre todo, de mis queridas guardas de ganados: así que les habia dado mi corazón sin reserva, encargándose mi novel imaginación de conservárselo fiel.

¡Infantiles amores, primeros destellos de ese fuego que mas tarde penetra, oprime, abrasa!... ¡Qué de encanto, qué brillo tan puro y tan risueño se encuentra en estas inocentes primicias de un sentimiento tan fecundo en borrascas!

Lo peor de esa pasión es que yo no osaba entregarme á ella con seguridad, á causa de una conferencia muy grave que habia tenido hacia poco con mi maestro, con motivo de la bella conducta de Telémaco en la isla de Calipso, cuando deja á Eucharis por la virtud, cuya conducta tradujimos juntos en muy mal latin.

Et *Telemachus in mare de rupe precipitavit* acababa de traducir, cuando á Mr. Ratin, mi maestro, se le ocurrió preguntarme lo que pensaba del procedimiento de Mentor,

Esta cuestion me embarazaba mucho, pues yo sabia que no se puede censurar á Mentor delante de su preceptor; sin embargo, en el fondo hallaba que Mentor se habia comportado en esta ocasion de un modo brutal.—Yo creo, respondí, que Telémaco se desquitó felizmente bebiendo el agua salada.

—No comprendéis mi pregunta, replicó Mr. Ratin. Telémaco estaba enamorado de la niña Eucharis: luego el amor es la pasión mas funesta, mas despreciable, mas contraria á la virtud. Un joven que ama se entrega al relajamiento y á la molición, no sirviendo mas que para suspirar al lado de una muger, como hizo Hércules á los pies de Omphala. El proceder del sabio Mentor era pues el mas admirable de todos para detener á Telémaco al borde del abismo: hé aquí, añadió Mr. Ratin, lo que hubiérais debido responderme.

De este modo indirecto es como yo supe que mi caso era grave, y que ya me habia desviado bastante de la virtud, porque á mi modo de ver amaba yo tan evidentemente á Estella como el otro á Eucharis. Resolví pues, entre mí, combatir un sentimiento tan culpable y que podia tarde ó temprano acarrearle alguna desgracia, á juzgar al menos por la admiración que M. Ratin profesaba al proceder de Mentor.

Por otra parte, el discurso de M. Ratin me habia hecho una profunda impresion, no tanto sin embargo por lo que yo podia comprender, como por lo que yo hallaba en él de oscuro y misterioso. Y al mismo tiempo, que para ser prudente y no caer en el abismo reprimía una pasión bien inocente, mi imaginación se fijaba en las palabras siniestras de M. Ratin, para penetrar su sentido y buscar algunas revelaciones.

Este fué mi primer amor. Si no tuvo consecuencias, atendida su naturaleza puramente imaginaria, el modo con que fué atacado por el discurso de M. Ratin ha impreso á mis demás amores ciertos rasgos que se podrán reconocer mas adelante.

La prisión de que he hablado no tiene mas que una sola ventana, que cae hacia mi habitación, pues en general las prisiones no suelen tener muchas ventanas.

Esta ventana está encajada en una muralla de aspecto negro y triste. Barras de hierro impiden al preso sacar la cabeza fuera, y un aparato exterior que le quita la vista de la calle, no deja penetrar en el fondo de su prisión mas que un poco de sol. Me acuerdo que la vista de este respiradero me inspiraba entonces terror y cólera, y la causa era, que en una sociedad que yo creía toda compuesta de gentes honradas, me parecia infame que alguno se permitiese ser asesino ó ladrón, apareciéndosele la justicia que protegía á los hombres de bien contra estos monstruos, como una matrona santa y severa, cuyas sentencias no podian ser demasiado terribles. Despues he cambiado de opinion; la justicia me ha parecido menos santa; esas gentes honradas han bajado en mi estimación; y en esos monstruos he reconocido frecuentemente las víctimas de la miseria, del ejemplo, de la injusticia... entonces la compasión ha venido á calmar la cólera.

El espíritu de los niños es absoluto, porque es limitado. Las cuestiones, no teniendo para ellos mas que una faz, son todas sencillas, de suerte que la solución de ellas parece tan fácil, como evidente á su inteligencia, mas recta que ilustrada. Así es que los mas afables dicen á veces cosas duras, y los mas humanos tienen intenciones crueles; pues á mí me sucedía frecuentemente esto sin ser de los mas humanos; y cuando veía llegar preso á un hombre, toda mi simpatía era para los gendarmes, todo mi horror para aquel hombre: y no era crueldad ni bajeza; era solo rectitud, pues si hubiera sido mas vicioso, hubiera detestado á los gendarmes y compadecido al preso.

Un día vi pasar uno que me llenó de indignación. Era el cómplice de un atroz asesinato. Entre los dos habian matado á un anciano para apoderarse de su dinero, y habiendo sido apercibidos por un niño en el momento de consumir el crimen, se deshicieron de este inocente testigo por medio de un segundo asesinato. El camarada de este hombre habia sido condenado á muerte; pero él, ya sea habilidad en la defensa, ya sea alguna circunstancia atenuante, habia sido condenado solamente á cadena perpetua. Al momento en que al entrar en la prisión pasó bajo mi ventana, empezó á mirar las casas vecinas con curiosidad. Sus ojos se encontraron con los míos, sonriéndose como si me hubiese conocido!!!

Esta sonrisa me hizo una impresion siniestra y profunda, que no me la pude quitar en todo el día de la imaginación. Resolví pues hablar de ello á mi maestro, que aprovechó esta ocasion para hacerme una amonestación por el tiempo considerable que perdía en mirar á la calle.

Mi maestro era un truhan á mi parecer: moral y pedante, respetable y risible, grave y ridículo, de tal modo que me hacía una impresion venerable y burlesca á la vez. Tal es sin embargo el imperio de la honradez y el ascendiente de los principios, cuando la conducta está

en conformidad con ellos, que á pesar del efecto verdaderamente risible que me causaba M. Ratin, tenia sobre mí mas influencia que cualquier otro maestro mucho mas hábil ó mas sensato, pero en quien hubiera sorprendido la menor discordancia entre los preceptos que me mandaba seguir y los que él mismo seguía.

Era sumamente casto: así es que saltábamos páginas enteras de Telémaco como contrarias á las buenas costumbres, y tenia cuidado de prevenirme contra cualquier simpatía por la apasionada Calipso, advirtiéndome que encontraría en el mundo una multitud de estas mugeres peligrosas. El detestaba á esta Calipso, pues aunque diosa, era su pesadilla. En cuanto á los autores latinos, aunque teníamos cuidado de no leer mas que en los textos espurgados por el jesuita Joveney, aun saltábamos muchos pasajes que este púdico jesuita habia creído sin peligro. De ahí provino la espantosa idea que me habia formado de una multitud de cosas; de ahí tambien el grande horror que tenia de manifestar á M. Ratin mis mas inocentes pensamientos, si tenian algun tinte amoroso, alguna relacion remota con Calipso, su pesadilla. Había mucho que hablar sobre este punto. Este método inflama mas bien que calma; comprime mas que previene; produce preocupaciones mas bien que principios; su mayor efecto sobre todo es de alterar casi infaliblemente el candor, esa flor delicada que una nada marchita y que nada le vuelve á levantar.

Finalmente, M. Ratin, embebido con el latin y la antigua Roma, pero buen hombre en lo demás, era mas perorador que severo. A propósito de un borron de tinta, citaba á Séneca; y con motivo de alguna travesura me proponía á Catón de Utica por ejemplo; pero lo que no perdonaba nunca era el reir desatinado. Este hombre veía en el reir desatinado las cosas mas singulares, á saber, el espíritu del siglo, la inmoralidad precoz y el signo cierto de un porvenir deplorable. Sobre este punto peroraba con pasión, interminablemente, lo que atribuía yo á una verruga que tenia en la nariz.

Esta verruga era del tamaño de un garbanzo, y coronada de una porción de pelos muy delicados ó higrométricos tambien, pues habia observado yo que segun el estado de la atmósfera, estaban mas tiesos ó mas rizados. Frecuentemente en el curso de mis lecciones solía mirarla lo mas sencillamente del mundo como un objeto curioso y sin intencion de burlarme; en este caso era bruscamente interpelado, y fuertemente reprendido por mi distracción. Otras veces, pero mas raras, una mosca queria ponerse obstinadamente encima, á pesar de la oposicion cólerica de mi maestro, que aceleraba entonces la espiación, á fin de que atento al testo, no advirtiese aquella lucha singular; pero esto mismo me indicaba que ocurría alguna cosa; de suerte que una curiosidad irresistible me hacia levantar furtivamente los ojos hacia él, y segun lo que yo veía, empezaba á reir, llegando á ser irresistible por poco que la mosca insistiese. Entonces M. Ratin, sin parecer sospechar en lo mas mínimo la causa de semejante escándalo, gritaba contra el reir desatinado en general, demostrándome sus malas consecuencias.

El reir desatinado es sin embargo una de las cosas mas dulces ó agradables, pues ya se sabe que un fruto prohibido es siempre esquísimo. Las arengas de mi maestro no me han curado tanto como la edad. Para reir con gusto es preciso ser estudiante, y si es posible, tener un maestro que tenga en la nariz una verruga y unos cuantos pelos:

....Esta edad es sin piedad.

Reflexionando despues sobre esta verruga, me he imaginado que todas las personas susceptibles tienen algun achaque físico ó moral, alguna verruga oculta ó visible que las dispone á creerse burlados del prójimo. No os riáis delante de estos hombres, pues es reirse de ellos; no hableis nunca de granos ni lobanillos, pues es hacer alusiones; ni de Ciceron, ni de Escipion Násica, pues tendríais que hacer.

Era el tiempo de los abejorros. Otras veces me habian divertido bien, pero ya no sacaba ningún gusto de ellos. ¡Lo que es la edad! Con todo, mientras que solo en mi cuarto cumplía mi obligacion con un mortal fastidio, no desdeñaba la compañía de alguno de estos animales. Ciertamente que ya no se trataba de atarle á un hilo para hacerla volar, ni de engancharle á mi carrito, pues ya tenia bastante edad para entregarme á tan pueril pasatiempo; ¿pero creéis que sea esto todo lo que se puede hacer de un abejorro? Os equivocáis grandemente, pues entre estos juegos infantiles y los estudios serios del naturalista, hay que recorrer una porción de grados.

Yo tenia uno debajo de un vaso vuelto. El animal saltaba continuamente por las paredes para caer al momento y volver á empezar de nuevo. Algunas veces caía de espaldas, lo que como ya sabéis es una gran desgracia para un abejorro. Antes de socorrerle, contemplaba su constancia en menear lentamente sus seis brazos en el espacio con la vana esperanza de agarrarse á un cuerpo que no existía. ¡Qué bestias son los abejorros! decía yo.

Frecuentemente le sacaba de apuros presentándole el extremo de mi pluma, lo que me conducía al mas grande y feliz descubrimiento; de modo que se podría decir con Berquin, que una buena accion no queda nunca sin recompensa. Mi abejorro se agarraba á las barbas de la pluma, y yo le dejaba reponerse mientras escribia un renglon, mas atento á sus gestos y acciones que á las de Julio César, que estaba traduciendo en aquel momento. ¿Se echaria á volar, ó bajaria á lo largo de la pluma?

Lo que son las cosas! Si hubiese tomado el primer partido, se acababa mi descubrimiento, pues ya no le volveria á ver. Pero naturalmente empezó á bajar, y cuando le vi cerca de la tinta tuve el presentimiento de que iban á pasar grandes cosas. Así Colon, sin ver la costa, presentia su América. Hé aquí el abejorro, que llegando á la estremidad del cañon, empapa su cola en la tinta. Pronto una hoja de papel blanco... pues este es el momento de esperar!

La cola llega al papel, dejando la tinta á su paso, y traza admirables dibujos. Algunas veces el abejorro, sea genio ó sea que el vitriolo escita sus órganos, va levantando y bajando su cola, de lo que resulta una serie de puntos, un trabajo de una delicadeza extrema; y otras, cambiando de idea, va y vuelve formando una S; al ver esto me iluminó un rayo de luz.

¿Ongó el admirable animal sobre la primera página de mi cuaderno, bien provista la cola de tinta; despues, armado de un pedazo de paja para dirigir los trabajos y quitar los obstáculos, le obligo á pasearse de tal modo, que él mismo escribe mi nombre. Se emplearon dos horas; pero vaya una obra maestra!

La mejor conquista que ha hecho el hombre, dice Buffon, es... es sin duda el abejorro.

Para dirigir esta operacion me habia acercado á la ventana. Estábamos acabando la última letra, cuando oí que decian dulcemente: «Amigo mio?» Miré al momento en la calle, pero no habia nadie. «Aquí!» dijo la misma voz.—«Dónde?» respondí.—«En la prision.»

Comprendí que estas palabras, que salian del respiradero, me eran dirigidas por el malvado cuya horrible sonrisa me habia trastornado tanto, y retrocedí hasta el fondo de mi habitacion.

«No tengas miedo, continuó la misma voz, es un hombre de bien el que te habla.—Bribon! le dije, si continuais hablándome voy á avisar al centinela que está ahí bajo!»

Se calló por un momento; y despues repuso: «Pasando el otro dia por la calle os vi, y os atribuí un corazon capaz de compadecer una infeliz victima de la injusticia de los hombres...—Callaos, le volví á decir, malvado, que habeis asesinado á un anciano y á un niño!...—Ya veo que estais tan ciego como los demás, sin embargo de que sois bien jóven para creer ya en el mal! Se calló al oír una persona que pasaba por la calle. Esta era un hombre vestido de negro, que despues he sabido estaba empleado en las pompas fúnebres.

Cuando se hubo alejado este hombre: «hé ahí, dijo, al respetable capellan de la cárcel, que á Dios gracias sabe que mi corazon es puro, y mi alma sin mancha!» Y se volví á callar. Esta vez era un genardarme el que pasaba. Estuve vacilando si le llamaba para repetirle las palabras del prisionero; pero estas mismas palabras habian hecho ya bastante efecto sobre mi credulidad, para que reprimiese aquel movimiento.

Por otra parte, me parecia que hubiera sido hacerle traicion, pues que el preso se habia fiado del candor de mi rostro; hubiera sido además desmentir un elogio que adulaba mi amor propio; y como ya he dicho arriba que este germen se alimenta de todo, no hay mano, por vil que sea, que no pueda halagarle agradablemente.

Despues de esta conversacion, que me llevó á la ventana, el preso se calló y yo volví á mi abejorro.

Ciertamente debí quedarme pálido, pues el mal era grande, irremediable. Empecé por coger al autor de él y tirarle por la ventana, despues de lo que, me puse á examinar con terror el estado desesperado de las cosas.

Se veia una gran mancha negra, que desde el capítulo IV de *Bello gallico* se dirigia al margen de la izquierda; allí el animal, hallando el canto del libro demasiado áspero para bajar, habia vuelto hácia el margen de la derecha; despues, habiendo subido hácia el Norte, se decidió á pasar del libro al borde del tintero, desde donde por una pendiente dulce y fácil se habia deslizado en el abismo, en el infierno, en la tinta para su desgracia y la mia!

Allí el abejorro, habiendo comprendido que se estraviaba, resolvió volver atrás, y negro de piés á cabeza salió del tintero para volver al capítulo IV de *Bello gallico*, donde le encontré que no entendia una palabra.

Todos eran horrones monstruosos, lagos, rios, y toda una serie de catástrofes sin delicadeza, sin genio... un espectáculo negro y espantoso!!!

Ahora bien, este libro era el *Elzévir* de mi maestro; *Elzévir* en 4.º,

Elzévir raro, costoso, difícil de hallar, y confiado á mi responsabilidad con las mayores recomendaciones; así que estaba perdido sin remedio.

Absorbí la tinta con papel de estraza y puse á secar la hoja, despues de lo cual me puse á reflexionar sobre mi situacion.

Experimentaba mas angustias que remordimientos; pero lo que me espantaba mas, era al tener que confesar el abejorro. ¡Con qué ojos tan terribles miraria mi maestro esta vergonzosa manera de perder el tiempo en esta edad de la razon, á que decia habia ya llegado, y perderle en puerilidades peligrosas y probablemente inmorales! Esto me hacia estremecer.

Satanás, de quien no desconfiaba entonces, se puso á ofrecerme calmantes. Satanás siempre está á la hora de la tentacion; así que me presentó una mentirilla. Durante mi ausencia el pícaro gato de la vecina habria entrado en mi cuarto y vertido el tintero sobre el capítulo IV de *Bello gallico*. Como yo no debia salir durante las lecciones, motivaria mi ausencia con la necesidad de ir á comprar una pluma. Como las plumas estaban en un armario á mi alcance, confesaria haber perdido la llave en el baño; y como no tuve permiso para ir ayer al baño, y realmente no habia ido, supondria haber ido sin permiso, y confesaria esta falta, lo que daria á todo mucha verosimilitud, y al mismo tiempo disminuiria mis remordimientos, pues que me acusaba generalmente de una falta, lo que casi me absolvía á mis ojos.

Ya estaba dispuesta esta obra maestra de combinaciones, cuando sentí los pasos de M. Ratin que subia la escalera.

En mi turbacion, cerré el libro, le abrí, le cerré otra vez para volverle á abrir precipitadamente, pues que el borron hablaria por sí mismo ahorrándome el terrible embarazo de la primera declaracion.

M. Ratin venia á darme la leccion. Sin ver el libro dejó el sombrero, cogió una silla, se sentó y se sonó. Yo tambien me soné para contenerme un poco, por lo que M. Ratin se me quedó mirando, pues se trataba de las narices.

Al principio no comprendí que M. Ratin sondeaba la intencion que habia podido tener al sonarme casi al mismo tiempo que él; de suerte que imaginándome que habia visto el borron, bajé los ojos, mas desconcertado por su silencio escudriñador, que lo hubiera sido por sus preguntas, á las que estaba pronto á responder. Al fin con un tono solemne me dijo:—Señor! yo leo en vuestra cara... —No, señor...—Yo leo, os digo... —No, señor; es el gato... repuse.

A esto M. Ratin perdió el color, pues esta respuesta le pareció exceder los límites de la irreverencia, é iba á tomar un partido violento, cuando habiendo caido su vista sobre el monstruoso borron, produjo en él un sobresalto, que de rechazo produjo otro en mí.

Este era el momento de conjurar la tormenta:—Señor, mientras que salí... el gato... para comprar una pluma... el gato... porque habia perdido la llave... ayer en el baño... el gato...

A medida que hablaba, se hacia tan terrible la mirada de M. Ratin, que no pudiendo al fin sostenerla, pasé sin transicion á la confesion de mi crimen. «Miento, Sr. Ratin, he sido yo el autor de esta desgracia.» Todo se quedó en silencio.

«No os asombreis, dijo en fin M. Ratin con voz solemne, si el escaso de mi indignacion comprime y retarda su expresion, y aun diré que me faltan palabras para calificar...» En esto una mosca... me hizo asomar la sonrisa á los labios.

Reinó de nuevo un gran silencio. Al fin M. Ratin se levantó y me dijo: «Vais á estar aquí encerrado durante dos dias para reflexionar sobre vuestra conducta, mientras yo mismo reflexiono sobre el partido que he de tomar en una cuestion tan grave...»

Dicho esto, salió M. Ratin y cerró el cuarto, llevándose la llave.

Aquella confesion sincera me habia aliviado, y la marcha de M. Ratin me quitaba la vergüenza; de modo que los primeros momentos de mi cautiverio se asemejaron mucho á una feliz libertad; y sin la obligacion en que me veia de pensar dos dias en mis faltas, me hubiera complacido mucho en ver cuán dispuesto se halla uno al salir de las grandes crisis.

Me puse pues á pensar, pero no se me ocurrían las ideas. Cuando queria profundizar mi falta, no veia en ella mas de grave que la mentira, reparada no obstante con una confesion que me complacia en hallar espontánea. Sin embargo, para hacer todo en regla, procuré arrepentirme; mas viendo el trabajo que costaba el conseguirlo, empecé á temer que mi corazon no fuese ya efectivamente corrompido é inmoral, como decia M. Ratin; de suerte que formé muy contrito el propósito de renunciar en adelante al reir desatinado.

Estaba en esto, cuando acertó á pasar por la calle un tio vendiendo tortas. La idea de comer tortas se presentó naturalmente á mi imaginacion; pero tenia escrúpulo en ceder á esta tentacion del cuerpo, en un momento en que se me habia mandado trabajar sobre el alma; de modo que dejando al vendedor que esperase y gritase, permanecí sentado en el fondo de mi habitacion.

Pero los que han observado á los vendedores de tortas saben cuán pesados son con los parroquianos; así que este, aunque no me viese aparecer, no sacaba de esta circunstancia ninguna consecuencia mala para su negocio; bien al contrario, continuaba gritando con la mayor fé en mi golosina. Solamente añadia á la palabra *tortas* el epíteto apremiante de *calentitas*, y por cierto que este epíteto hacia bastante efecto en mi moralidad; pero felizmente me apercibí de ello y traté de arreglarlo.

Creí sin embargo no deber dejar en su error á este honrado industrial, á quien hacia perder un tiempo precioso; así que salí á la ventana para decirle que no tomara torta por hoy. «Despachemos, me dijo, que tengo prisa.» Ya he dicho que él me conocia mejor que yo mismo.

—No, repuse, no tengo dinero.

—A crédito.

—Y luego no tengo hambre.

—Mentira.

—Y además estoy muy ocupado.

—Vamos pronto!

—Y despues estoy preso.

—Ah! cómo me estais fastidiando: dijo cogiendo su cesta para marcharse.

Esto me hizo una impresion tan prodigiosa, que le dije: «Aguardad!»

Pocos momentos despues una gorra artísticamente suspendida á unos bramantes subia dos tortas calentitas.

Bestia de abejorro, decia yo comiendo una torta, que con cuatro alas para volar va á echarse en un pozo! Sin esta estupidez inconcebible cumpliria yo mis deberes tranquilamente, seria prudente, M. Ratin estaria contento y yo tambien, y no habria nada de mentira, ni de prision... Bestia de abejorro!

Qué idea tan buena tuve! Encontré el cordero espiatorio, de modo que poco á poco le fui cargando todas mis fechorias, y mi conciencia volvió á tomar una calma encantadora. Lo que tambien contribuia á esto, á mi parecer, era que la indignacion de M. Ratin habia sido tan grande, que se le habia olvidado enteramente darme que hacer. Por consiguiente dos dias sin tener que hacer es quizás el castigo que yo hubiera escogido como mas delicioso.

Una vez tranquila mi conciencia y teniendo ante mí dos dias de fiesta, quise embellecer mi estancia con algunas disposiciones que me agradaban mucho. La primera fué alejar de mí vista *l'Elzévir*, el diccionario y los demás libros y cuadernos de estudio. Hecho esto, espiritualmente una sensacion tan agradable como nueva, siendo lo mismo que si me hubiesen quitado mis cadenas: por consiguiente fué en la prision donde conocí por la vez primera los encantos de la libertad.

Encantos bien grandes! Poder dormir tranquilamente, no hacer nada, soñar... y eso á una edad en que nuestra propia compania nos es tan dulce, nuestro corazon tan rico en pláticas encantadoras, nuestro espíritu tan accesible á los goces; en que el aire, el sol, el campo, las paredes, todo tiene alguna cosa que habla y que conmueve; en que una acacia es un mundo, un abejorro un tesoro! Ah! Que no pueda retroceder á esos tiempos felices y volver á hallar esos ratos encantadores! Cuán pálido es hoy el sol! Cuán lentas son las horas, é ingratos los momentos!

Incesantemente encuentro esta idea bajo mi pluma. Cada vez que escribo, me apresuro á publicarla; y aunque lo he hecho mil veces, lo hago aun. En vano me acompaña la felicidad; en vano los años me han proporcionado cada uno un tributo de bienes; en vano los dias aparecen puros y serenos; nada borra de mi corazon esos recuerdos de entonces: cuanto mas envejezco, mas parecen rejuvenecer ellos, y mas motivos encuentro de tierna melancolia. Poseo mas que apetezco; pero echo de menos la edad del deseo; los bienes positivos me parecen menos sabrosos que esa nube vacia, pero brillante, que cubriéndome entonces, me tenia en una constante embriaguez.

Frescas mañanas de mayo, cielo azulado, lago amable, héos aun aquí; pero... qué ha sido de vuestro brillo y pureza, dónde está vuestro encanto indefinible de gozo, de misterio y de esperanza! Agradais á mi vista, pero ya no llenais mi alma, permaneciendo fria á vuestras risueñas perspectivas; para que os amara aun era preciso que me trasportara á aquellos tiempos, que retrocediera á ese pasado que ya no volverá! Triste cosa, sentimiento amargo!

Yo encuentro este sentimiento en el fondo de toda poesia, si es

que no es ya el origen principal de ella. Ningun poeta se alimenta del presente; todos retroceden: hacen mas: arrojados á esos recuerdos por las decepciones de la vida, se enamoran de ellos; ya les prestan gracias que en realidad no tenían, ya trasforman sus pesares en bellezas con que les adornan, y creándose á porfia un brillante fantasma, lloran por haber perdido lo que no poseian.

En este sentido, la juventud es la edad de la poesia, la edad en que reune sus tesoros; pero no como algunos creen, la en que se puede hacer uso de ellos, pues de ese oro puro amontonado á su alrededor no sabe aprovechar nada. Despues viene el tiempo que la arranca pieza por pieza, y entonces, disputándole su presa, empieza á conocer lo que tenia; por sus pérdidas conoce sus riquezas; por sus pesares, sus goces agotados. Entonces el corazon se hincha; entonces la imaginacion se inflama; entonces se destaca el pensamiento y se eleva hácia las nubes... entonces canta Virgilio!

Pero qué diremos de esos poetas imberbes que cantan á esta edad en que, si fuesen verdaderamente poetas, no tendrian suficiente espíritu para sentir, para embriagarse en silencio con esos perfumes, que mas tarde solamente sabrán esparcir en sus versos!

Hay matemáticos precoces como Pascal; poetas no. Homero á los sesenta años es mas creible que La Fontaine niño. Antes de los veinte años pueden aparecer algunas luces; pero antes de este término, y aun mas lejos, ningun genio de poeta ha llegado á su altura. Muchos sin embargo atienden sus alas bastante antes; débil vuelo, caida próxima; por haber tomado prematuramente su vuelo, caen bien pronto al suelo. Gacetas, corrillos, que son vuestra obra, levantados.

La Fontaine no se conoció hasta muy tarde, toda su vida quizás: no es ese su secreto? Os suplico leais sus prólogos. ¿Se duda acaso que sea diferente de los demás hombres? Y no es que sea modestia, pues no tiene bastante vanidad para ser modesto; es natural simple y sencillo, es pura hombría de bien. Canta, porque ese es su gusto, no porque sea la mision y el fin que se propone; canta, y la poesia sale á torrentes de sus labios.

Ya sabeis que era un bruto. Estaba persuadido de que Pedro era su maestro; se olvidaba de alabar á Luis el Grande, y sin pensar en ello ofendia á los marqueses y perdía las pensiones. ¡Bien touto era en efecto en comparacion de tantos poetas de genio!

Cuando hube hecho desaparecer los libros y cuadernos de estudio, me encontré un poco confuso por no saber qué hacer, é iba á pensar en ello, cuando sonó un ruido en la habitacion contigua: miré por el agujero de la cerradura, y ví que era el gato de la vecina que estaba peleando con un enorme raton.

Al principio tomé partido por el gato, que era amigo mio, y vi que el apoyo de mis votos no le seria inutil, pues que herido ya en el hocico, atacaba tímidamente á un enemigo muy decidido. Sin embargo, cuando durante algunos momentos hube asistido á la lucha, el valor y destreza del débil al frente de un adversario tan terrible, empezaron á atraer mi simpatía, de suerte que resolví guardar una estricta neutralidad.

Pero vi que era muy difícil permanecer neutral, es decir, indiferente, entre el gato y el raton, sobre todo cuando conocí que el raton y yo éramos compañeros en materia de *Elzévir*. En efecto, el animal se habia atrincherado en el mismo hueco que sus dientes le habian preparado en el seno de un gran tomo en folio que yacia en el suelo. Resolví pues salvarle, y habiendo dado al punto una violenta patada para espantar al gato, lo hice tan bien, que saltó la cerradura y se abrió la puerta.

No habia allí mas que el tomo en folio, pues el enemigo habia desaparecido, y de mi aliado no volví á saber mas. Sin embargo me hallaba comprometido.

Esta habitacion era sucursal de la biblioteca de mi tio, ausente á la sazón; y un cuartocho todo lleno de polvo y de librajos. En medio habia una máquina eléctrica destrozada y algunas cajas de minerales, y junto á la ventana una poltrona antigua. Por causa de los libros, tenían siempre este cuarto cerrado para que yo no entrase, y cuando M. Ratin hablaba de él, era misteriosamente y como de un lugar sospechoso. Bajo este supuesto, la casualidad satisfizo maravillosamente mi curiosidad.

Quise hacer experimentos de fisica; pero no estando corriente la máquina, me ocupé de mineralogia, despues de lo que volví al tomo en folio. El raton habia trabajado en grande; del título no se leia mas que *Diccionario*. Diccionario! decia yo, hé aquí un libro poco peligroso. Diccionario, de qué? Entrepré el libro y ví un nombre de muger en la cabeza de la página, debajo grifo mezclado con latin, y al pié notas. Se trataba de amor.

Esta vez me quedé muy asombrado. En un diccionario! quién lo hubiera creído! Amor en un diccionario! No podía creerlo. Como los libros en folio son pecados, fui pues á acomodarme en la poltrona, junto á la ventana, bastante indiferente por entonces al magnífico paisaje que desde allí se descubría.

Este nombre era Eloisa: era muger, y escribía en latín: era abadesa, y tenía un amante!

Anomalías tan estrañas trastornaron mis ideas. Una muger amar en latín! Una abadesa tener un amante! Conocí que había dado con un libro muy malo, y solo la idea de que un diccionario se permitiese historias semejantes, atenuaba mi antigua estimación por esta especie de obras, ordinariamente tan respetables, siendo lo mismo que si M. Ratin, mi maestro ó Mentor, se hubiesen puesto de repente á cantar el vino y el amor.

Pero no dejé el libro como debiera haberlo hecho, sino que al contrario, engolosinado por estos primeros datos, leí el artículo, y cada vez mas alicionado leí las notas y despues el latín. Había cosas singulares, unas sensibles y otras misteriosas; pero faltaba una parte de la historia: así que ya no estaba tanto por el ratón, pareciendome que la causa del gato era casi casi mas sostenible.

En los volúmenes truncados lo que falta es siempre lo que mas se desea conocer, pues los claros pican la curiosidad mas de lo que satisfacen lo escrito. Raras veces tengo la tentación de abrir un libro; pero siempre deslago los cucuruchos para leerlos: así que encuentro yo que acabar en una tienda, es menos triste que consumirse en una librería.

Eloisa vivía en la edad media. Este es un tiempo en que yo me figuraba que todo era conventos, celdas, campanas, monjas bonitas, frailes barbudos, y posesiones pintorescas rodeadas de lagos y valles, como Pommiers y su abadía al pié del monte Salève, no saliendo de ahí en cuanto á la edad media.

Esta jóven era sobrina de un canónigo, niña bella y piadosa, encantadora á mis ojos, tanto por sus atractivos naturales, como por el hábito de religiosa bajo el que yo me la representaba. Yo habia visto en Chambéry hermanas del Sagrado Corazon, y por estas modelaba yo á todas las monjas y religiosas, y en caso de necesidad hasta á la Papesa Juana.

Al mismo tiempo que Eloisa en el seno de un profundo retiro se embellecía con gracias púdicas y atractivos ignorados, por todas partes se hablaba de un ilustre doctor, llamado Abelardo, jóven prudente, de un vasto saber y una inteligencia atrevida. Su figura interesaba tanto como sus palabras; su belleza igualaba su gloria, y ante su fama se habia eclipsado la de todos los demás. Abelardo disputaba en las escuelas sobre las cuestiones que se agitaban entonces, y en estos torneos habia echado por tierra á todos sus adversarios á vista de la multitud y á vista de las mugeres que acudían presurosas al anfiteatro, atentas á las gracias de tan bello atleta.

Entre esta multitud se hallaba la sobrina del canónigo. Esta jóven, distinguida de espíritu y ardiente de corazón, escuchaba con turbación. Con los ojos fijos en el jóven devoraba sus palabras, seguía sus gestos, combatía con él y abatia con él, embriagándose con sus triunfos, y sin saberlo apuraba á largos tragos la copa de un amor ardiente é imperecedero.

Ella creía amar la ciencia, y por eso su tío, encantado por cultivar tan felices dones, llamó á su lado á Abelardo para que la guiase y la instruyese... ¡Dichosos amantes! ¡Canónigo insensato!.. Aquí empezaba el trabajo del ratón.

Doblé la hoja, ¡pero qué cambiado estaba todo!

Eloisa habia tomado el velo... Mucho me conmovió esto, pues la amaba, participando de su embriaguez, y bella como ya me la representaba, la vi entonces mas bella de tristeza, mas jóven bajo las antiguas bóvedas del claustro de Argenteuil, mas sensible sucumbiendo á sus dolores hasta el pié de los altares... El libro estaba escrito en un lenguaje gótico; de sus páginas antiguas se escapaba una especie de perfumada vejez, de tal modo, que la viva impresion de lo pasado ligaba su encanto á la frescura juvenil de mis sentimientos. Oculta Eloisa en este monasterio, se esforzaba en apagar el fuego ardiente que la devoraba, en el agua de la piedad; pero la religion, impotente para curar aquella alma enferma, añadía nuevos tormentos. La tristeza, los amargos pesares, los remordimientos y un amor insuperable devoraban los días de esta pálida reclusa, que bañada en lágrimas lloraba á Abelardo ausente, y un día de gloria y felicidad. ¡Muger culpable, pero bien sensible! ¡Bella y tierna pecadora, cuyo infortunio colora con un encanto poético aquella edad lejana!..

¡Abelardo, traducía yo con emoción de una carta en que Eloisa pide fuerzas á su amante, Abelardo, cuántos combates para guiar un corazón tan perdido como el mio! ¡Cuántos arrepentimientos para recaer otra vez; vencer para luego ser vencida; abjurar para volver á caer en una nueva embriaguez!..

¡Tiempos felices! ¡dulces recuerdos en que se estrella mi fuerza y en que se apaga mi ánimo!.. Algunas veces vierto con delicia lágrimas de penitencia, me prosterno ante el trono de Dios, y la gracia victoriosa está para bajar á mi corazón... pero de pronto... se me aparece vuestra imagen, Abelardo... Quiero apartarla, y me persigue; me arranca á esa calma en que iba á entrar, sepultandome en ese tormento que adoro aborreciéndole... ¡Encanto invencible! ¡lucha eterna y sin victoria! Ya sea que lllore en los sepulcros, ya que ruegue en mi celda, ya que ande errante en la oscuridad de las sombras, siempre está allí fija, agradable sola á mis ojos bañados en lágrimas, y llevando mi alma de turbación y remordimientos!.. Si oigo cantar el himno santo, si el incienso se eleva por la nave, si resuena el órgano en el sagrado recinto, y si todo está en silencio, siempre es ella la que turba este silencio, la que destruye esta pompa, la que me llama y me arrastra fuera del atrio. Así vuestra Eloisa, en medio de estas vírgenes pacíficas que Dios ha recibido en su puerto, permanece culpable, bañada por la tempestad y anegada en un mar de pasiones ardientes y profanas...»

Despues que hube saboreado el poderoso atractivo de estas líneas melancólicas, me dirigí á Abelardo. ¿Dónde le encontraré? ¡Ay! la tempestad habia bramado sobre su cabeza; él, tan brillante poco antes, le encontré decaído, proscrito, huyendo de retiro en retiro y ocultándose sus miserables días á los furros de la envidia y la persecucion; los santos le denunciaban, los frailes le daban veneno, los concilios quemaban sus libros... en fin, lleno de amargura, se retiró á un lugar solitario.

«En mis días felices, escribe él, en mis días felices habia visitado una soledad ignorada de los mortales, habitada de bestias salvajes, en la que no se oía mas que el grito ronco de las aves de rapiña; allí fué donde me refugié. Con cañas construí mi oratorio, que cubrí de paja, y esforzándome en olvidar á Eloisa, busqué la paz en el seno de Dios...»

Hice una pausa en este desierto, que la letra de Abelardo pone casi á la vista, admirando la rareza de estas antiguas aventuras, el movimiento apasionado de estas almas, y ese conjunto poético de amor y devoción, de gloria y amargura. Y como sucede cuando el corazón está ocupado y la imaginación seducida, olvidaba las desgracias de esos dos infortunados, no acordándome mas que de esa ardiente y mutua ternura que yo envidiaba tanto.

Abelardo oraba en este asilo solitario: en otra parte echaban de menos su poderosa voz, lloraban sus desgracias, y la noticia de su repentina desaparición preocupaba la atención pública. Pero el fervor y la amistad habian vuelto á sus huellas; algunos peregrinos y antiguos discípulos se unieron á él; bien pronto la multitud cargada de ricas ofrendas tomó el camino del desierto. Con estos dones construyó Abelardo la bella abadía de Paraclet, en el mismo sitio en que poco hace se elevaba el oratorio de paja, cuando supo que los frailes de San Dionisio, apoderándose del monasterio de Argenteuil, arrojaron de allí á las religiosas; al punto se despojó de su asilo y llamó allí á su querida Eloisa, que fué con sus compañeras. A su vista se retiró Abelardo, y la abadía de Saint Gildas de Ruy, en la diócesis de Vannes, abrió su triste destino.

Esta abadía se eleva sobre una roca continuamente batida por las olas del mar. No se ve alrededor bosques ni prados, sino solo una vasta llanura, donde yacen algunas piedras esparcidas sobre un terreno estéril. Lo escarpado de las orillas, poniendo á descubierto rocas despedazadas, forma como una línea blanquecina, que es lo que solo varía el triste aspecto de esta comarca. El solitario desde su celda ve aquella larga línea confundirse con los golfos, reaparecer en los promontorios, rodear las costas lejanas, y perderse en el inmenso horizonte.

Esta espantosa tierra no era demasiado triste para Abelardo; su alma estaba aun mas triste. Todos los goces se habian agotado; el humo de la gloria se habia disipado, y aun la imagen de Eloisa no le dejaba mas impresion que para alimentar un pesar amargo y un sombrío arrepentimiento. Sin embargo, en medio de una soledad cuya lúgubre uniformidad no se alteraba con el ruido del mundo, el ilustre penitente, metido continuamente en sí mismo, repasaba los extravíos de su vida, sondeaba á placer el vacío de la gloria y la vanidad de los placeres, penetrándose cada vez mas de la nada de las cosas humanas. Despues, conmovido por Eloisa, cuya falta de arrepentimiento se manifestaba en cartas ardientes, hallaba algun ardor piadoso, un medio santo que aumentaba su valor y reanimaba sus fuerzas estinguídas. Entonces fué cuando este hombre, tan grande como infortunado, emprendió la difícil tarea de purificar su alma, de romper los lazos que le encadenan aun á la tierra, de dirigirse hácia las celestes moradas y de llevar tras sí á su amante. Entonces fué cuando escribió esa carta famosa en que, vencedor en fin de una lucha obstinada, tiende á su Eloisa una mano de socorro, reanima sus esfuerzos, sostiene sus pa-

sos, haciendo brillar á sus ojos, á través del polvo del sepulcro, la viva y consoladora luz de los cielos.

«Eloisa, concluye diciendo, ya no os volveré á ver mas en este mundo; pero cuando el Eterno, que tiene nuestros días en sus manos, haya cortado el hilo de esta vida infortunada, lo que segun toda probabilidad sucederá antes de concluirse la vuestra, os suplico recojais mi cuerpo, en cualquier parte que muera, y lo haga trasportar al Paraclet, donde lo enterrareis cerca de vos. Así, Eloisa, despues de tantos reveses, nos hallaremos reunidos para siempre, sin peligro y sin crimen para en lo sucesivo; pues entonces temor, esperanza, recuerdo, remordimientos, todo se desvanecerá como el polvo ó como el humo que se disipa en el aire, no quedando ninguna huella de nuestros extravíos pasados. Y aun tendreis lugar, Eloisa, considerando mi cadáver, de reconocerlos, y de conocer cuán insensato es preferir, por un afecto desordenado, un poco de polvo, un cuerpo perocedero, pasto vil de los gusanos, al Dios omnipotente, invariable, que es el único que puede colmar nuestros deseos y hacernos gozar de la felicidad eterna!»

Hacia ya algun tiempo que habia acabado de leer esta historia, y mi espíritu aun permanecía del todo afectado. Con el libro en las rodillas y los ojos vueltos hácia el paisaje que doraban los rayos de Poniente, me hallaba realmente en Paraclet, errante al pié de sus murallas, y veía bajo sus calles sombrías á la triste Eloisa, y lleno de simpatía por Abelardo, adoraba juntamente con él á este amante infortunado. Estas imágenes no tardaron en confundirse con los objetos que herian mi vista; de suerte que, sin dejar la antigua poltrona, me hallé trasportado á un mundo resplandeciente de brillo y lleno de emociones poéticas y tiernas.

Pero además de esta lectura, del vapor abrasador de la tarde, y del brillante espectáculo que me ofreció la ventana, otras impresiones se mezclaban á mi ilusión.

Entre los ruidos confusos que en una ciudad indican la actividad de las calles, el trabajo de los oficios, el movimiento del puerto, los lejanos sonidos de un organillo, llevados por el aire, venían á herir dulcemente mi oído. Bajo el encanto de esta lejana melodía, todos los sentimientos tomaban mas vida, las imágenes mas fuerza, y la tarde mas pureza; una frescura desconocida adornaba toda la creación, y mi imaginación, vagando en la atmósfera, gustaba el perfume de mil flores sin fijarse en ninguna.

Insensiblemente me habia alejado de Eloisa, abandonando su sombra entre las viejas hayas y bajo las bóvedas góticas; habia navegado sobre el mar de las edades, y bien pronto, perdiendo de vista las cimas azuladas de lo pasado, me acerqué á playas mas conocidas, á dias mas próximos, á seres mas presentes. Así, cuando se calló el organillo, entré en la realidad, y siéndome ya indiferente el gran libro que pesaba sobre mis rodillas, fui maquinalmente á ponerle en su estante...

¡Cuán triste es la hora que sigue á estas emociones; cuán amargo es el piso de los brillantes dominios de la imaginación á las ingratas playas de la realidad! La tarde me parecía triste, mi prision odiosa, y mi ociosidad sumamente pesada.

Tengo compasión de tí, pobre niño, que aspiras á sentir, á amar, á vivir de ese soplo poético y que vuelves á caer abatido por tu propio esfuerzo! Cuántos engaños te aguardan! Cuántas veces tu alma, reanimada por una dulce embriaguez, intente desprenderse de la tierra para volar hácia las nubes, otras tantas retendrá su vuelo una pesada cadena, hasta que domada al fin y hecha al yugo, haya aprendido á arrastrarse en el sendero de la vida.

Felizmente no me hallaba yo en este caso, pues sin salir de ese sendero de la vida, encontré en él una persona, á la que prestando mi corazón todas mis emociones, prolongaba á su gusto el encanto y la duración de estas. No dejé por entonces de hacer de esta persona mi Eloisa, no infortunada, sino tierna; no pecadora, sino tan pura como bella; y como si hubiese estado presente, la dirigía los mas vivos y apasionados epitetos.

Por consiguiente estaba enamorado hacia ocho días, y hacia ya seis que no habia visto al objeto amado.

Segun hacen los amantes desgraciados, los primeros días me habia mecido en la esperanza, y en seguida busqué distracciones, que como se ha visto, me salieron mal. Despues vino mi cautiverio, y desde los primeros momentos de esta vida ociosa, no habia cuidado de olvidar mis amores. Pero esta tarde, fuertemente atizada mi pasión por la novelesca lectura que acababa de hacer, acabó por cansarse de epitetos y llevarme á vias desesperadas.

Basta decir solamente que penetrando en el cuarto que habia encima del mio, podia ver al objeto de mi amor!.. Ella estaba sola en-

tonces... y la ventana me facilitaba el camino para penetrar allí por los tejados.

La tentación era pues irresistible; tanto mas, cuanto que me encontraba en el tejado hacia ya un rato. Me senté para tomar ánimo y familiarizarme con mi proyecto, pues el principio de la ejecución me causaba una emoción tan grande, que estuve á punto de retroceder. Por lo pronto me apresuré á ocultarme enteramente echándome sobre el tejado, pues acababa de aperebir á M. Ratin en la calle.

Vuelto en mí un poco de este golpe, me aventuré á levantar la cabeza por cima del caballete del tejado; pero ya no se veía á M. Ratin, siendo evidente que subía la escalera, y que antes de un minuto me sorprendería yendo á probar fortuna. ¡Ay! qué de remordimientos y contrición tenía; cuán fácil me era el arrepentimiento, y cuánto sentía la enormidad de mi falta!.. cuando vi aparecer á M. Ratin y desaparecer los remordimientos y la enormidad. Despues de haber atravesado M. Ratin una calle, caminaba tranquilamente en direccion opuesta á mi casa.

Bien pronto le perdí de vista, pero comprendí que no podia permanecer en este sitio sin riesgo de ser visto desde el respiradero de la prisión, en el fondo de la que fijaba con espanto mis miradas desde esta region elevada. Me puse pues en camino, aprovechando lo que quedaba de día, y á los pocos pasos llegué á la ventana que buscaba. Estaba abierta...

Mi corazón latía con violencia, pues á pesar de la certidumbre que tenía, no podia persuadirme de que mi amada estuviese sola en aquel paraje. Estaba pues vacilante, cuando de repente oí decir: «Entrad, jóven, y no temáis que os hagan traición.»

Era la voz del prisionero. Perdiendo toda mi presencia de espíritu desde las primeras palabras, salté bruscamente al cuarto, donde me hallé en brazos de una bella señora que cayó al suelo conmigo.

No podré describir lo que pasó en los primeros instantes que siguieron á la caída, pues habia perdido enteramente el sentido. Lo primero que me chocó cuando volví en mí, fué que la señora habia caído boca abajo sin dar un grito ni una queja. Me acerqué medio arrastras á ella, y la dije en voz baja y alterada: «Señora!» No respondió. «Señora!!! Nada.»

Héme aquí con un acontecimiento bien lúgubre. Una respetable señora muerta... un estudiante asesino! Los críticos dirán acaso que he forzado de intento la situación para sacrificarla al falso gusto moderno.—No os apresureis á decir esto, críticos, y decid otra cosa, pues esta señora era un maniquí, y me hallaba en el obrador de un pintor.

Empecé por levantar á la señora, por supuesto despues de haberme levantado yo tambien. Una sonrisa tonta se veía pintada en su semblante encarnado, aunque sus narices habian padecido gravemente. Hice en ella algunas reparaciones; pero era esto muy poca cosa para que yo me detuviese mucho tiempo en esto.

En efecto esta señora habia ido á dar de bruces contra la caja de pinturas, que perdiendo el equilibrio, cayó, esparciendo por el cuarto los pinceles, vejigas, paños y aceites. Quise poner en orden estos objetos; pero era tambien esto muy poca cosa para que me detuviese mucho.

Efectivamente al caer la caja de pinturas habia dado en el pié de un enorme caballete, el cual vacilando al punto, acabó por caer al suelo, yendo á dar en el pecho de un buen señor, que colgado de un clavo nos estaba mirando. El clavo habia seguido á su señor, este al caballete, y todos juntos habian ido á caer sobre la lámpara, que rompió un espejo, derribando al mismo tiempo una olla!

El estrago era horrible, la inundación general, y la señora siempre riendo.

En medio de esta catástrofe, mis amores habian sufrido un poco por efecto de distracciones tan vivas como inesperadas. Mientras estoy aquí reflexionando sobre mi situación, aprovecho un momento para decir de quién estaba enamorado, y cómo habia llegado á estarlo.

Encima de mi cuarto habitaba un hábil retratista, que tenia el gran talento de hacer á las gentes á la vez parecidas y agradables. Oh! qué buen oficio cuando se practica así! Qué cebo tan maravilloso donde se cogen carpas grandes y pequeñas, sollos y hasta nutrias y vacas marinas, con gusto y sin quejarse del anzuelo, gracias al pescador!

Acordáos del germen. Luego que habeis llegado á vivir con comodidad y sois rico, ¿no es uno de los primeros consejos que este oír, el

de hacer reproducir en el lienzo vuestro interesante original y amable figura? ¿No os dice que debeis esta sorpresa á vuestra madre, á vuestra esposa ó á vuestros tíos? Si todos han muerto ¿no os dice que es preciso reanimar el arte y dar que ganar á un pobre diablo? Si este pobre diablo es rico, ¿no hay otras mil excusas? Adornar un medallon, hacer una pareja... porque al fin qué quiere el germen? Quiere que os veais en el lienzo, hermoso, rozagante, bien compuesto, con camisa fina y guantes ajustados; quiere sobre todo que se os vea allí y se os admire; que se reconozca en él vuestras facciones, vuestra riqueza, vuestra nobleza, vuestro talento, vuestra sensibilidad, vuestro genio, vuestra beneficencia, vuestras lecturas escogidas, vuestro gusto delicado, y un sinnúmero de otras cosas buenas que hacen de vos un ser enteramente diferente, lleno de una infinidad de cualidades encantadoras, sin contar vuestros defectos, que son tambien cualidades. Queriendo todo esto, ¿es extraño que el germen vos apremie en nombre de vuestros padres ó de vuestra esposa ó hijos á hacerlos retratar una y otra vez? Antes bien me extrañaría de lo contrario.

El arte de retratar está pues eminentemente ligado á la teoría del germen, y muchos pintores han muerto en el hospital por haber desconocido este principio. Al sollo le pintaban sollo, al puerco, puerco; eran grandes pintores, pero malos retratistas; las gentes se alejaban de ellos, y el hambre los destruía.

Este pintor tenia pues que reproducir una porcion de caras *fashionables*, no pasándose dia que no se viese llegar magníficos carruajes con sus dueños y esperarlos á la puerta de la casa. Era para mí un pasatiempo delicioso el ver los hermosos caballos sacudirse las moscas y oír á los cocheros silbar ó hacer sonar el látigo. Además, como yo no podía ver desde mi ventana el rostro de estas mismas personas que salian de los carruajes, estaba seguro de poder contemplar sus retratos al cabo de dos ó tres dias á mi gusto y cuanto quisiese.

En efecto, este pintor tenia la costumbre de poner en los intermedios sus retratos al sol fuera de su ventana, colgándolos en dos varillas de hierro dispuestas para esto. Una vez puestos allí, no tenia mas que levantar la vista, y me hallaba en medio de la mas escogida sociedad, compuesta de millores, barones, duquesas y marquesas. Todas estas gentes colgadas de clavos se miraban, las miraba, y nos mirábamos.

El lunes anterior, al ruido de un carruaje corrí pues á mi puesto, y vi un coche magnífico con cuatro caballos soberbios y lacayos con librea, del que salió un débil anciano al que sostenian respetuosamente dos lacayos. Reparé su calva y sus cabellos argenteados para reconocerle bien cuando llegase á la galería.

Cuando el anciano hubo echado pié á tierra, bajó una joven del carruaje. Entonces se retiraron los dos lacayos, y apoyándose el anciano en el brazo de la joven, entraron lentamente en el portal: un gran faldero les seguía jugando.

Al ver esto me sentí conmovido, no tanto por lo que habia realmente de tierno en ver á una bella joven servir de apoyo á la vejez, cuanto porque, frecuentemente preocupado de pensamientos tiernos, y pareciéndome esta amable niña, adornada con todo lo que realza la gracia y la hermosura, aquella mortal que confusamente me imaginaba, fijaba en ella los sentimientos vagos, el fuego sin objeto que desde algun tiempo agitaba mi corazón.

Una cosa muy particular en esta joven habia contribuido á sedu-

irme por un encanto inesperado, y era la gran sencillez de su porte. En medio de tanta opulencia, no la vi mas que un sombrero de paja y un vestido blanco; pero al mismo tiempo tanta gracia y elegancia, que me parecia que sola y privada de todas estas riquezas que la rodeaban, hubiera podido conocer en su porte y en su aire su rango y sus riquezas, y hasta ese noble despegue que la hacia ocultarse á las adulaciones de los jóvenes, para sostener á un pobre anciano.

Y despues, lo diré, estaba ya viciado por la sociedad que veia desde mi ventana; el rango, las riquezas, la gracia y el buen gusto, el porte, todo tenia para mí un atractivo irresistible. Al ver estas personas habia perdido todas las simpatías por lo que es comun, por lo que es vulgar, por mi clase y mis iguales; y si una joven de una condicion cualquiera me conmovia vivamente, esta debia inflamarme, apasionarme en extremo, lo que no dejó de suceder; de suerte que me encontré súbitamente prendado de esta joven Antígona. Por lo demás, mi pasión era tan pura, tan distinguida, que me preguntaba si no era esta una de aquellas Calipsos, de las que M. Rotin me habia hablado tanto.

Y se engañan mucho los que creen que el amor de un estudiante, por ser sin esperanza y sin fin, no es vivo y desinteresado: esos son hombres que no han sido nunca estudiantes, ó si lo han sido, muy fuertes en la partícula y el relativo *que*; estudiantes de una memoria admirable, de gran talento, de corazón calmoso, de inteligencia regular, de imaginacion enfrenada, y coronados tres veces al año.

Estudiantes Modelos, modelos segun M. Rotin, maestros en ciernes.

Ahora son ministros, abogados, drogueros, poetas, catedráticos, comerciantes, y donde quiera que esten, en la tienda ó en la cátedra, en la Bolsa ó en el Parnaso, siempre son ministros modelos, drogueros modelos, poetas modelos, todos modelos y nada mas que modelos, ni mas ni menos, y esto es ya muy hermoso!

Que mi amor no era vivo y desinteresado porque no podia prometerme mas que locos éstasis? Que no le hubiese sacrificado todo aun cuando no podia esperar nada de él? Ah! Cómo os engañais! Por una sola mirada de esta amable niña, hubiera dado á M. Rotin; por una sonrisa suya hubiera prendido fuego á los cuatro *Elzévir* del Vaticano.

Subieron la escalera, y cuando hubieron pasado por mi cuarto, entreabrí dulcemente la puerta; entorces entró el faldero en mi cuarto, alegre, brillante y cariñoso.

Era este un animal magnífico; además de su belleza y extrema limpieza de su sedoso pelo, su andar, su aire, y hasta las maneras tenian algo de elegante y de amable; de suerte que haciendo abstraccion de la diferencia de nuestras naturalezas, me puse á mirarle con alguna envidia como perro de alta clase, como perro familiar con personas demasiado elevadas para entretenerse conmigo, y sobre todo como perro amado de esta bella señorita para quien yo no era nada. Por el nombre que tenia grabado en el collar, me confirmé en la idea de que era inglesa.

Cuando se marchó el perro, no tuve que hacer mas que ocuparme de lo que pasaba por cima de mí, y á fin de oír alguna cosa de lo que



Sin dejar la antigua alquería me encuentro trasportado á un mundo... lleno de emociones poéticas y tiernas. (LA BIBLIOTECA DE MI TIO.)

decian, me acerqué lentamente á la ventana. El pintor y el anciano estaban hablando, pero la joven permanecia en silencio.

—Aquí teneis, señor, decia el anciano, una figura triste que pintar! Y como la copia está destinada á sobrevivir al original, os agradecería que la hiciéseis lo menos triste que podais, pues no tengo la curiosidad de causar miedo á mis hijos. A la verdad, continuó sonriendo dulcemente, ¿no es una coquetería el hacerme retratar á la edad y en el estado en que me encuentro, cuando muchos de vuestros modelos habrán escogido mejor ocasion?

—No siempre, señor, dijo el pintor; una figura tan venerable como la vuestra se encuentra quizás mas raras veces que la frescura y la juventud misma.

—Ese es un cumplimento, señor, y le acepto; pero ya no me queda mucho tiempo para recibirlos... Lucy, sé que os entristezco; pero, hija mia, ¿no podeis aguardar el porvenir tan tranquilamente como nuestro padre? ¿Quién de los dos lo sentirá mas cuando nos separemos? Yo hago juez en esto al señor...

—Yo me abstengo de esto, señor; pero me parece, como á esta señorita, que una separacion debe ser tan temible para los dos, que vale mas no pensar en ello.

—Ved ahí justamente lo que yo llamo debilidad y de la que quisiera curar á mi hija. Escuso esta debilidad cuando se trata de esos golpes que, frustrando legítimas esperanzas, hieren la juventud en su flor, y la arrebatan esos bellos años que parecia haber adquirido. Pero cuando la muerte nos coge en el término previsto de la vida... cuando es como el sueño que sucede á las fatigas de un dia laborioso, cuando un padre, feliz hasta el último momento con la ternura de su hija querida, no aspira mas que á dormirse en sus brazos... ¿es pues este un cuadro tan triste que sea preciso apartar los ojos de él, y que se necesite tanta fuerza para sostener su vista?... Lucy, ¿por qué esas lágrimas?... Vamos, procurad mirar como yo, hija mia, y nuestros dias serán apacibles, y gustaremos sus goces hasta el último momento... y esa desgracia, mucho menor cuando se la ha podido hacer frente, no se aumentará con todo lo que la imaginacion, los falsos terrores y una inútil resistencia puedan añadir de siniestro y de terrible... Perdon, señor, añadió, este es nuestro motivo de guerra con mi Lucy, y sin el retrato que me ha conducido á estas ideas, no me hubiese tomado la libertad de renovar aquí las hostilidades.

Yo escuchaba con entusiasmo estas palabras, que enseñándome tantas cosas, daban aun á esta joven cierto atractivo de melancolía y ternura filial. Cómo! decia yo, esos caballos magníficos, esos lacayos respetuosos, ese carruaje, todo ese lujo y esos objetos de goce y de vanidad, y la reina de todo esto, los ojos bañados en lágrimas, se entristece por no poder consagrarse para siempre á su anciano padre!

Aquel mismo dia fué el retrato á la galería; y aunque no era mas que un simple bosquejo, reconocí sin trabajo al buen anciano. Ocupaba este la izquierda del cuadro; á la derecha un gran espacio vacío producía á mi ver muy mal efecto.

Pero habiendo quitado el cuadro de la galería á la segunda sesion,

y habiendo venido sola esta vez la joven miss, me confirmé en la idea de que aquel espacio vacío estaba reservado para ella, y que iba al fin á contemplar sus facciones.

—Me habian prometido, señorita, dijo el pintor, el proporcionarme un croquis del paraje de vuestro parque en que su señor padre desea le coloque.

—Ya he pensado en ello, señor, respondió ella, y le tengo en mi carruaje. Acercándose en seguida á la ventana, dijo: «John! bring me my album, if you please... Pero creo que John no está ahí, repuso sonriéndose.

En efecto, habiendo dejado sus criados á un pobre diablo al cuidado de los caballos, se habian ido á un café vecino. «Iré allá,» dijo el pintor... Pero yo le habia precedido, y ya subia la escalera, imprimiendo mis labios en el album de la joven miss, y esperando poder llegar hasta la puerta del obrador para desde allí entrever su figura, cuando encontré en el camino al pintor. «Muchas gracias,» me dijo, «sois á fé mia el mejor muchacho que conozco.» Y tomó el libro de mis manos.

Volví á mi puesto mas tranquilo que antes, sintiendo haber perdido palabras de un precio inestimable.

—Qué joven tan atento! ¿Sabe, pues, el inglés?—Muy bien. Es el que ordinariamente nos sirve de intérprete con vuestros compatriotas... Un joven muy amable! Es lástima que no esté destinado á ser un artista, como lo seria por sus gustos y talento... El pintor se interrumpió, y habiéndose levantado, dijo: Voy á enseñaros un croquis que hizo el otro dia á la ventana... Ved aquí el lago, un trozo de la prision... este mal sombrero colgado al alcance de los transeuntes para pedir limosna, indica la presencia del pobre preso para quien es invisible esta bella naturaleza.

—Encantadora composicion! dijo ella; y llena de sentimiento... Pero ¿qué estorban una inclinacion que parece tan decidida?

—Son sus tutores que quieren siga la carrera de leyes.

—Sus tutores! Es acaso huérfano?

—Hace ya tiempo, no teniendo mas que un anciano tío que provee su educacion.

—Pobre niño! dijo la inglesa con un acento lleno de compasion.



Los dos Scheidegg.

Estas palabras me embriagaron. Me habia compadecido, y esto era bastante para que me alegrase de hallarme huérfano, para cambiar en felicidad mi mayor desgracia.

Oh cómo hubiese querido retener sobre mí su pensamiento! Pero en lugar de esta dicha suprema, su conversacion cambió de objeto, y supe por algunas palabras suyas que dentro de ocho dias marchaba á Inglaterra. Qué seria de mí entonces, cara á cara con M. Rotin! Me entregué pues á la tristeza.

Inglaterra! pais encantador hácia el cual bogan las naves; frescas playas, parques sombríos, donde van las jóvenes miss á distraer su melancolía...! Aquí nada tiene encanto, nada es amable. Y miraba el lago sin placer.

Cuando ella se aleje! cuando otros países la vean pasar!... cuando al mediodía viaje por caminos empolvados, dejando caer sus miradas sobre el verdor de los árboles, de los prados!... Que no estuviera yo

en estos prados, bajo estos árboles!... Os marchais, jóven miss?... Que no me hallase yo delante de vuestros caballos, espuesto á ser pisoteado por ellos!... Veria su temor, y hallaria su compasion! pues me imaginaba que no valia nada la vida sin su compasion.

Ya habia acabado la sesion, y pensando en esto aguardaba con ávida impaciencia que el retrato fuese á la galería; pero llegó la noche antes de que apareciese, y los dias siguientes se pasaron esperando en balde. Entonces fué cuando habiéndome conducido los acontecimientos á la ventana, no pude resistir al deseo de ir hasta el mismo obrador á contemplar las facciones de la que reinaba en mi corazón. Ya se ha visto la catástrofe que se siguió, y cómo quedé pensando en medio de un gran desórden. Voy á proseguir pues mi relacion.

Esta vez estaba plenamente convencido de mi ruina definitiva. Culpable ya de mentira y de lesa-Elzévir, ir aun á derribar una puerta, leer libros prohibidos, escaparme de mi prision, correr por los tejados, llevar la desolacion y destruccion á un obrador, desarreglar un maniquí y romper un cuadro!... Espantosa serie de crímenes, cuyo primer eslabon, según M. Ratin, era el reir desatinado.

Qué hacer? arreglar, reparar, poner en su lugar? Imposible, pues era demasiado el mal. Inventar una fábula? Poco hacia, á propósito del abejorro habia hallado que esto no era fácil. Confesar? Por nada en el mundo! pues sería preciso hacer ver que estaba enamorado, y á la simple sospecha de semejante inmoralidad veia subir el pudor al rostro de M. Ratin, que me anonadaria con su sola mirada.

Resolví marchar á encerrarme á mi cuarto y entregarme al estudio con mas celo que nunca, ya para apartar de mi espíritu terrores importunos, ya para dar un mentis á M. Ratin, que se pondría ciertamente muy contento de mi moralidad, si le presentaba una abundante provision de deberes bien escritos y cuidadosamente hechos, como testimonio de mi grande aplicacion. Pero como el día iba ya declinando rápidamente, creí deber diferir mi marcha algunos minutos mas, á fin de que la oscuridad me ocultase á las miradas del preso cuando pasase por el tejado.

Aproveché estos momentos para satisfacer mi curiosidad. Despues de algunas investigaciones hallé por fin el retrato arrimado á la pared, y le acerqué á la luz.

Estaba ya casi acabado. La jóven miss, en una graciosa posicion, estaba sentada al lado de su padre, y su delicada mano posaba negligentemente sobre el cuello del hermoso fallero. Unas hayas viejas daban sombra á la escena, y por un boquete se apercibía un bello castillo situado sobre un prado que dominaba el mar.

Al ver estas facciones tan llenas de gracia y animadas por un tierno atractivo de dulzura y melancolia, esperímenté las emociones mas tiernas, pero para caer bien pronto en el amargo pesar de no ser para ella nada y de verla alejarse bien pronto. Enteramente lleno del encanto de su mirada, ¿por qué, la decia, por qué no sois mi hermana? Qué hermano tan tierno y tan sumiso tendriais en mí! Cómo haria feliz juntamente con vos á ese anciano! Qué hermoso es el verdor donde estais... qué amables serian los desiertos en vuestra compañía... Lucil! Lucil mia!... querida mia!

Ya habia venido la noche. Me separé tristemente del retrato, y bien pronto me hallé en mi cuarto en el momento en que me llevaban la luz y la cena.

En el estado de agitacion en que me hallaba, no tenia hambre ni sueño; así que no pensé mas que en ponerme pronto á trabajar para estar dispuesto á presentar á M. Ratin las pruebas visibiles de mi trabajo y de mi entera regeneracion, en el momento en que viniese á sorprenderme.

Despues de César, Virgilio; despues de Virgilio, Bourdon; despues de Bourdon, tres páginas de composicion; y despues de estas tres páginas, me dormí.

Me quedé muy asombrado de verme despertado al amanecer por unos psalmos que cantaban á toda voz. Apliqué el oido... era el preso, que continuó en un tono mas bajo y acabó por cesar del todo. Esta práctica piadosa me dió una opinion casi favorable de este hombre. Despues de algun silencio me dijo: «Mucho habeis trabajado esta noche...»

—Cantais así todas las mañanas? le interrumpí.

—Desde mi niñez... pues sino fuera por los consuelos de la religion, ya hubiera sucumbido á mi infortunio.

—Ya lo creo; y me estraña mucho que la religion no os haya apartado del crimen porque estais preso.

—Soy inocente de este crimen. Dios ha permitido el error de mis jueces; hágase la voluntad de Dios! Yo me resignaria, añadió, si con

el alimento del cuerpo tuviera el pan del alma... pero no tengo siquiera una Biblia!

—Cómo! interrumpí, os negarian una Biblia?

—Niegan todo á aquel que creen despreciable.

—Es preciso que tengais una Biblia...! quiero que tengais una! aunque sea llevaros la mia!!!

—Bello joven! dijo con un acento de reconocimiento, cómo penetrar hasta mí? Imposible. Además que yo no consentiria en ello. El aspecto de esta afrentosa morada no debe entristecer vuestras miradas... Os diré todavia lo que me hace dirigirme á vos? Ayer al veros subir las tortas con una cuerda... ¿qué no haya, decia yo con ansia, una alma compasiva que haga subir igualmente el pan del alma hasta este pobre preso!»

A este rayo de luz, «teneis una cuerda?» le dije.

—La Providencia, repuso, ha permitido que tuviese una reservada únicamente para este uso...

—Tendreis una Biblia, dije interrumpiéndole, la tendreis!

Y gozoso con la idea de ser verdaderamente útil á este desgraciado, me puse á buscar apresuradamente mi Biblia entre los libros que habia amontonado la vispera en el armario.

Mientras que así buscaba, me pareció oír del lado de la prision como un murmullo sordo... y habiendo aplicado el oido: «Sois vos?» dije al preso. No respondió; pero el rumor continuaba oyéndose mas claro y mas lastimero. «Qué es eso? qué teneis?» le dije entonces con acento conmovido y oprimido.

—Un mal horrible... respondió, y sin remedio... una de mis cadenas, demasiado estrecha para mi pierna, ha causado una inflamacion que escitada por el metal... ay! gritó interrumpiéndose.

—Acabad... acabad, pobrehombre!

—Me hace sufrir los mas crueles tormentos! Asíes como privado del sueño, os veia trabajar esta noche.

—Desgraciado! y no pedis que os alivien?

—No me visitan mas que cada cinco dias... Ay!... aun faltan tres... si no les pediria...

—Oh! qué lástima me dais! No podria yo...

—Nada! nada! pobre niño... sería preciso... pero siento ya que vues tra piedad me alivia... sería preciso poder... Oh!... Ay!... Ay!...

—Seria preciso poder?... Misericordia, misericordia!... la sangre corre! poder desgastar un poco el hierro...

—Una lima! exclamé, una lima! aguardad! en mi Biblia...

Yo tenia una lima, y la metí precipitadamente en el libro; pero despues de haberlo liado todo con una cuerda, me acordé con desesperacion que estaba encerrado. El prisionero sin embargo continuaba quejándose del modo mas lamentable, y cada grito suyo me desgarraba el corazón. Iba ya á forzar la cerradura de mi puerta, cuando la vista de un trapero que pasaba por la calle me causó un vivo placer.

—Tonia, le grité, ata eso á aquella cuerda que cuelga de la pared. Pronto, pronto; que es para aliviar á un desgraciado.

El trapero ató el paquete, que subió con rapidez. En aquel momento abrian la puerta de mi cuarto. Era M. Ratin! pero me encontró trabajando.

—Ayer, caballero, me dijo, en la indignacion que me habia causado vuestra conducta, me olvidé de señalaros los trabajos que debiais hacer en estos dos dias...

—Los he hecho, le contesté temblando. M. Ratin examinó los trabajos con alguna desconfianza; tan nuevo le parecia mi comportamiento. Despues, cierto ya de que eran trabajos hechos efectivamente durante mi cautiverio: Alabo, me dijo, que vos mismo hayais huido los peligros de la ociosidad. Un hombre ocioso no puede hacer nunca sino cosas detestables, porque se encuentra á merced de aquellos malos pensamientos que en la edad en que estais asaltan su perezosa imaginacion. Acordáos de los Gracos que causaron tanta felicidad á su madre solo porque desde muy temprana edad fueron arreglados y estudiosos. —Si señor, le dije.

—No habeis querido ocupar tiempo en comer? prosiguió M. Ratin viendo que estaba intacta mi comida. —No señor. —Me alegro ver en esto el efecto de la tristeza profunda que habeis debido experimentar por vuestra conducta de ayer. —Si señor.

—Habeis hecho serias reflexiones sobre este asunto? —Si señor. —Habeis tambien reconocido cómo desde la risa loca caisteis en la irreverencia? —Si señor. (En este momento subia alguien la escalera.)

—Y de la irreverencia en la mentira? —Si señor. (Abrian la puerta del estudio entonces!) —Y de la mentira?... —Si señor. (Dieron un grito de asombro!) —Qué ruido es este?... —Si señor. (Hacian exclamaciones, echaban improperios; me faltaba poco para desmayarme!!!)

Reuniendo sin embargo todas mis fuerzas para distraer la atencion de M. Ratin ocupado en escuchar los gritos: Cuando me dejásteis

ayer, le dije... —Escuchad... me interrumpió, cada vez mas atento á lo que pasaba en el estudio. —Es cierto que era allí grande el alboroto «Perdido, perdido!» gritaba el pintor con fuertes voces. Es preciso que hayan entrado por la ventana! Se acercó á ella. —Julio! habeis permanecido en vuestro cuarto desde ayer tarde?

—Sí señor, y por órden rra, dijo M. Ratin adelantándose. —Pues bien, caballero, mi estudio está todo revuelto, mis cuadros rotos, y el caballete caído... y vuestro discípulo debe haberlo oído... —Quereis escuchar á un pobre prisionero? dijo entonces una voz que salia de una claravoya del palacio episcopal; yo mismo lo he visto y os lo diré todo. —Hablad, decid... —Sabreis pues, caballero, que ayer tarde habia una gran reunion sobre ese tejado, precisamente á la entrada de vuestra ventana. Eran cinco gatos; ya sabeis que cuando estos caballeros se hacen el amor... —Adelante, dijo M. Ratin... sus conversaciones son ruidosas. La gata era coqueta... —Adelante, os he dicho, repitió M. Ratin; esto nada tiene que ver con el hecho en cuestion. —Caballero, os ruego que me disimuleis, pero sin la coqueteria de aquella señorita y sin los celos de los cuatro galanes... —Julio! me dijo M. Ratin, retiráos un momento á la escalera. —Yo no me hice rogar.

...Todo, continuó el prisionero, habria pasado tranquilamente. Maullaban pues, y de una manera tierna, pero la señora no escuchando á ninguno se limpiaba la cara con su sedosa pata. Hubiérais creído que era Penélope entre los pretendientes... —Y despues? dijo el pintor. Apresuráos un poco mas... —Y despues, hé aquí que de repente uno de los gatos se toma la libertad de aplicar su zarpa al hocico de uno de los pretendientes. Este toma la cosa á mal, toman parte los otros, ¡plif! ¡plaf! fué la señal; guerra á muerte!... todos ellos no formaban mas que un solo cuerpo; no se veian mas que garras, dientes; era un concierto capaz de regocijar al diablo. Mientras que combaten, Penélope salta á la escalera y toda la turba salta tras de ella... No he visto nada mas; pero por el ruido que se siguió, juzgué que debian haber derribado algun objeto, el cual derribaria á otro. Eran cerca de las ocho.

Yo me encontraba muy humillado por el servicio que acababa de hacerme en este instante el prisionero; tanto mas cuanto que esta mentira atrevida, despues de tanta piedad, este tono chistoso, despues de tan grandes sufrimientos, calmaron súbitamente todo el interés que me habia inspirado aquel hombre. Estoy convencido que sin la presencia de M. Ratin hubiera tenido la fuerza de desmentirle en aquel momento, y de confesárselo todo al pintor; pero entraba el amor en mi crimen, y el gran pudor de M. Ratin se me aparecia como una enorme y siniestra roca contra la cual, á la menor sospecha de su parte, iria á estrellarme sin remedio.

Mientras que esto pasaba, el carruaje acababa de parar delante de la casa; ya la jóven miss y su padre subian la escalera. Mi visita! exclamó el pintor con desesperacion. Prisionero, nos habeis contado un cuento absurdo. Hé aquí un retrato que yo habia vuelto hácia la pared y que le encuentro cambiado... Pueden ser los gatos los que vuelven los retratos?... Alguien ha venido; han venido por la ventana... Julio! qué habeis visto?...

Julio! echad este perro; me dijo en el mismo instante M. Ratin. Es preciso saber que en aquel momento el bonito faldero olfateaba con curiosidad el paraguas nuevo de M. Ratin. Me apresuré á echarle hasta el granero, con el objeto de dejar tiempo al pintor para que olvidase su fatal pregunta.

Cuando volví á entrar, estaba en efecto ocupado en recibir á sus huéspedes, rogándoles le excusasen porque les recibia en medio de tan espantoso desórden. —Si no os marcháseis mañana, añadió, os rogaria que dejáseis para otro día esta última visita. —Desgraciadamente es imposible diferir nuestra partida, respondió el anciano; pero os suplico que no os incomodeis, y que nuestra presencia no os impida hacer las pesquisas indispensables para saber quién es el culpable.

Felizmente M. Ratin, que estaba muy lejos de suponerme la menor parte en estos sucesos, despues de haber colocado cuidadosamente su paraguas en la funda, habia venido hácia la mesa para hojear mis libros, señalando los puntos que debian ser el asunto de mis trabajos. —En consideracion, me dijo, al trabajo que me habeis presentado y á las mejores disposiciones en que os veo... En esto entró el pintor, y enteramente preocupado con su idea, exclamó: —Caballero, no teneis una habitacion... Ah! sí, héla aquí! Tendriais la bondad de abrir? No se ha podido llegar al tejado sino por aquí, y así sabremos por dónde han podido introducirse en el cuarto. —Con mucho gusto, dijo M. Ratin. Y sacando la llave de su gaveta, la colocó en la cerradura, que yo habia asegurado del mejor modo posible, mientras que yo, pálido de temor, fingia una grande aplicacion al trabajo.

En tanto que ambos señores comenzaban su inspeccion, ó en la prision un rumor. Hablaban algunos hombres con vehemencia; varias voces siniestras llegaron á mis oidos; el centinela estaba alerta, y dos transeuntes se habian parado con el objeto de esperar el fin de esta escena. —Hé aquí la cuerda! gritó una voz. —La lima! la lima! gritó otra; aquí, ved, debajo de esta piedra! —Es efectivamente su pañuelo de bolsillo! decia en aquel momento M. Ratin. Seria posible!... Julio!

La puerta estaba abierta. Me escapé temblando de miedo, sin mas proyecto que el de huir por el momento las espantosas torturas del temor y la vergüenza; pero apenas habia andado cien pasos en la calle, cuando volviendo la cabeza conocí al buen trapero que entraba en la casa, mostrando á un magistrado el camino de mi habitacion; apresuré el paso, y tan luego como volví la esquina de la primera calle, corrí con todas mis fuerzas hasta las puertas de la ciudad, y las atraqué, no sin experimentar un gran terror á la vista de los pacíficos gendarmes que en ellas se encontraban.

Al alejarme tuve tiempo para reflexionar sobre mi situacion, que me pareció desesperada. Volver piés atrás, no solo era caer otra vez en manos de M. Ratin, sino que seguramente seria entregado á los gendarmes, y esta idea me causaba el miedo mas siniestro. Agitado de este modo por tales reflexiones, y sosteniendo el espanto mi valor, anduve sin detenerme hasta un prado cercano á Coppet, donde me senté al fin en tierra estrañera.

En este sitio retirado, con dificultad me creia aun seguro de los ataques de la justicia. Volvia mis miradas sin cesar hácia el camino real, y cada vez que algunas caballerías, un asno, algunas carretas levantaban un poco de polvo, me imaginaba ver toda la gendarmeria corriendo en mi busca y en todas direcciones. Preocupándome esta ansiedad cada vez mas, tomé un partido decisivo: este fué el de seguir mi camino hácia Lausaña, en donde mi tio habitaba; así pues emprendí mi marcha.

En todas las edades es el destierro una cosa bien triste; pero para el niño que se ve cerca del hogar doméstico! Tres leguas me separaban apenas de mi ciudad natal, y ya me parecia que abandonado en el seno del vasto universo, habia perdido todo apoyo, todo asilo; por consiguiente caminaba con el corazón muy oprimido por la orilla de aquel lago tan risueño otras veces cuando le veia desde mi ventana. A medida que me alejaba, menos dominado por el temor, ejercian mas imperio sobre mí estos sentimientos, y dos ó tres veces, habiéndome sentado á la orilla del camino, llegó á ser tan grande mi tristeza, que estuve tentado de volver atrás y de ir á implorar el perdón de mi maestro.

Mas ya era tarde; además, á fuerza de andar me iba á encontrar muy en breve tan cerca de Lausaña como de Ginebra, tan cerca de mi tio como de M. Ratin. Esta circunstancia reanimó estraordinariamente mi valor; la calma renacia en mí; ya comenzaba á pensar en la jóven miss, y á renovar el hilo de los tiernos ensueños que la vispera me habian hechizado á la misma hora. En medio de aquella naturaleza encantadora, presentábase su imagen á mi corazón mas dulce todavía; se asociaba á la pureza del cielo, á las tintas vaporosas de los montes, á la frescura de aquellas hermosas orillas, y el destierro perdía su tristeza.

¡Cuánta fuerza hay en la adolescencia! Soy yo efectivamente ese muchacho que sigue por la orilla con paso ligero, mirando con amor el azul de las olas, las costas verdes de la Saboya y el antiguo castillo de Hermance, poblando el aire y el espacio con el vivo sentimiento que le domina?

A la hora del crepúsculo me separé del camino para pedir asilo á unos aldeanos que aceptaron en cambio la única moneda que poseia. Participé de su sopa y de su rústico lecho, y á la mañana siguiente, al despuntar el día, los dejé y continué mi viaje. Me habia escapado sin gorra; los rayos del sol naciente me abrasaban el rostro; y por esta razon me paraba en los portales de las granjas para respirar un aire mas fresco, hasta que la mirada de los propietarios ó de los transeuntes me hacia huir de aquellos sitios. En efecto, temia siempre que una sospecha de los crímenes que habia cometido fuese el motivo de aquella curiosidad, cuya verdadera causa era mi juventud y el raro traje que llevaba.

Despues de la tranquila aldea de Allaman se ven á la izquierda del camino magníficas encinas que forman la orilla de un gran bosque. Bajo esta sombra se estiende la vista por toda la estension del lago, y se detiene hácia el lado del Valais en las majestuosas rocas de los Alpes; ó vuelta hácia Ginebra se pasea muellemente por una continuacion de cimas dulces y lejanas, y en que las últimas se confunden con el cielo. No pude resistir á los encantos de aquel sombaje, y fui á establecerme en él, para comer allí el pedazo de pan negro de que me habian provisto los aldeanos.

Pensaba en el placer de arrojarme muy pronto en los brazos de mi tío. Era este deseo tan fuerte, tan vehemente, que solo á la idea de que podía salir fallido, me abandoné al desaliento. ¡Tío! ¡mi buen tío! exclamaba con el corazón henchido de ternura, que os vea solamente, que pueda hablarlos... que esté donde estais!...

En este momento pasaba por el camino real un coche de viaje, tirado por seis caballos de posta, cuyo galope levantaba una gran polvareda. El postillon hacia sonar su látigo, mientras que los criados dormían descuidadamente sobre sus asientos. Ya habria andado el carruaje cerca de doscientos pasos del sitio donde yo estaba sentado, cuando se paró, y bajando uno de los criados se dirigió hácia mí. Iba á escaparme, cuando creí reconocer á John, el criado de la jóven miss. —¿Sois, me dijo, el jóven que ha desaparecido ayer de la casa de Saint-Pierre? —Sí, le contesté. —En ese caso seguidme. —¿Adónde? —Al coche. ¡En buen estado se halla vuestro preceptor! ¡andad! —¿Dónde está mi preceptor? —Os anda buscando por todas partes... ¡calaverilla!

Estas palabras me causaron alguna sospecha, creyendo que M. Ratin podía haberse unido á los viajeros; de modo que rehusaba seguir á John, cuando ví á lo lejos un vestido blanco que bajaba del coche. Me levanté al momento y eché á correr hácia la jóven miss, para no obligarla á andar por aquel camino tan lleno de polvo; pero cuando me acerqué, la vergüenza y la emoción me hicieron contener el paso, y concluí por pararme á alguna distancia de ella.

—Sois el señor Julio, ¿no es verdad? me dijo con tono afable. —Sí, señorita. —¡Oh! ¡cómo os quemaba el sol! subid al coche, os lo ruego. Vuestro preceptor está muy apesadumbrado, y yo tengo una gran satisfacción en que os hayamos encontrado... —Subid, amigo mio, dijo el anciano que habia sacado la cabeza por la portezuela; subid, hablaremos un poco sobre vuestro asunto... Debeis estar cansado. Yo subí, y el coche partió al momento.

Me encontraba en tal estado de embriaguez, que las palabras me faltaban. La dicha, la turbación y la vergüenza hacían que mi corazón latiese, tiñéndose de un vivo encarnado mi tostado rostro. Llevaba aun el resto del pedazo de pan negro. —No habeis comido muy bien, segun veo, dijo el anciano. ¿De qué fonda salís? —De la casa de unos aldeanos, que me han dado albergue esta noche. —¿Y adónde pensabais ir la venidera? —A Lausaña, señor. —¡Tan lejos! replicó la jóven miss, ¿y descubierta como vais? —¡Y mas lejos aun! á todas partes, señorita, hasta que haya encontrado á mi tío. Y las lágrimas me saltaron de los ojos. —¡No tiene mas que á sí mismo! dijo ella á su padre. Y fijó sobre mí una mirada de compasión cuyo encanto realizaba todo lo que yo habia soñado desde mi ventana.

—Hijo mio, dijo el buen anciano, vais á venir con nosotros hasta Lausaña, en donde os pondremos en casa de vuestro tío. Habeis hecho un disparate. ¿Por qué teniais tanto miedo? —Señor, porque fui yo quien dió la lima al prisionero. Sufria cruelmente, yo os lo aseguro. Fué solamente para romper uno de sus hierros.

—Y bien, yo no veo ahí, amigo mio, mas que el impulso de un buen corazón, pues á vuestra edad no se está obligado á saber que cuando un preso pide una lima no es mas que para un solo objeto. Pero no me hablais del obrador; y sin embargo habeis sido vos, no es verdad?

—Sí señor: y lo hubiera dicho al pintor, á mi tío, á vos; pero tenia miedo á M. Ratin.

—Qué hombre tan terrible es ese M. Ratin! Pero qué íbais á hacer en el obrador? Sois vos el que ha vuelto el retrato de mi hija?

Me puse encarnado hasta los ojos.

El se echó á reír. —Ah! ah! esto sí que es grave! pues seguramente no sería por ver mi figura. A vos os toca, Lucy, el incomodaros.

—Nada de eso, padre mio, dijo ella sonriéndose con una gracia encantadora. Yo sé que M. Julio ama las artes, y él mismo dibuja con talento; por consiguiente, es muy natural que quisiese ver la obra de un hombre hábil.

—Lucy, repuso el anciano con una dulce malicia, no sabreis sin duda que cuando se vuelve un cuadro donde se encuentra vuestro retrato, es muy natural que sea para verle... En seguida, viendo mi vergüenza, dijo: No os sonrojeis, hijo mio; creed que no os estimo menos por eso, y que mi hija os perdona.

No es verdad, Lucy?

Un ligero embarazo sucedió á estas palabras, pero no se prolongó mas que para mí solo. Bien pronto tuve que responder á las preguntas que me hicieron estas amables personas. Despues de lo que acabábamos de hablar, noté en el anciano una alegría mas cordial, y al mismo tiempo en la jóven miss un poco mas de reserva, pero no me-

nos interesó y solicitud por mi situacion. En cuanto á mí, siempre que la miraba, me sentia como embriagado con su vista y lleno de los mas dulces trasportes de placer.

Cuando estábamos ya cerca de la ciudad, me dijo el anciano: —No os regañará vuestro tío?

—Oh! no señor... Y además me alegraré tanto de verle, que aun eso me causaría poca pena.

—Qué niño tan amable! dijo Lucy en inglés.

—Yo mismo quiero llevaros á su casa. Calle *du Chene* decís? John! parad, calle *du Chene*, núm. 3.

Todo mi temor era de que no encontrásemos en casa á mi tío, cuando habiéndose parado el coche, nos dijo un niño que en aquel momento estaba en su cuarto. —Que baje! dije al niño.

—No, nosotros subiremos, dijo el anciano. Es muy alto?

—En el primer piso, respondió el niño.

—Y como en casa del pintor, sosteniendo la jóven miss el brazo de su padre, entró en el portal: que de buena gana hubiera yo besado las huellas de sus pasos!

Acababa de entrar mi tío. Apenas le hube visto, corrí á echarme en sus brazos. —Eres tú! Julio, me dijo; pero yo le colmaba de caricias sin poder responderle.

—Llegas sin sombrero, hijo mio, pero en buena compañía á lo que veo. Señores, tomáos la molestia de sentaros. Al oír esto dejé sus brazos para acercar sillas.

—Señor, dijo el anciano, no queremos mas que dejar en vuestras respetables manos este niño, culpable á la verdad de una ligereza, pero cuyo corazón es muy bueno. El mismo os dirá por qué casualidad hemos tenido el gusto de tenerle por compañero de viaje, y tomado la libertad de presentarnos en vuestra casa. Adios, amigo mio, me dijo dándome la mano; en esa tarjeta os dejo mi nombre para que sepais quién soy, por si alguna vez gustais recurrir á mi amistad.

—Adios, señor Julio... añadió su amable hija, tendiéndome su mano.

Yo los ví marchar con los ojos bañados en lágrimas.

De este modo fué como encontré á mi buen tío Tom. Al cabo de algunos dias volvimos á Ginebra; me quitó M. Ratin, y me quedé con él.

Así empezó mi juventud. Ya diré en la *Biblioteca* cómo salí de ella á los tres años.

LA BIBLIOTECA.

A fin de utilizar mis vacaciones, me ha aconsejado mi tío que lea Grotin, en seguida Puffendorf, y despues á Burlamaqui, perdido por el momento. Así es que me levanto temprano, voy á mi mesa, me acomodo en ella, cruzo las piernas, y abro el libro... pero hé aquí lo que me sucede.

Al cabo de media hora mi espíritu así como mis ojos empiezan á hacer escursiones á derecha é izquierda. Desde luego empiezo por raspar un punto amarillo en el márgen del tomo en cuarto, soplo un peló ó quito una paja con toda clase de ingeniosas precauciones; en seguida paso á ocuparme de las particularidades curiosas que encierra la tapa de mi tintero, hasta que pasando al fin la pluma en la sortijilla, la imprimo una suave rotación que me alegra infinitamente; despues de lo que me echo sobre el respaldo de mi sillón estirando las piernas y cruzando las manos sobre la cabeza. En esta posición encuentro muy difícil no silbar un airecillo cualquiera siguiendo con vaguedad los saltos de una mosca que quiere salirse por los cristales.

Entre tanto, empezando á entorpecerse las articulaciones, me levanto con las manos en los tobillos á dar un paseito hasta el fondo de mi cuarto. Encontrando allí la oscura pared, retrocedo naturalmente hácia la ventana, en la que toco con los dedos un lindo redoble, en lo que sobresalgo. Pero hé aquí un carro que para, un perro que ladra, una nada: es preciso ver lo que es. Abro... y una vez allí, creo que ya he estado mucho tiempo.

La ventana! este es el verdadero pasatiempo de un estudiante; quiero decir de un estudiante aplicado que no frecuenta los cafés ni los tahures. Qué buen jóven! Es la esperanza de sus padres que le creen arreglado, sedentario; y sus profesores, noviéndole frecuentar los paseos, ni andar por las plazas, ni jugar á l'écarté, se complacen en decir que este jóven adelantará mucho; y él entre tanto no se menea de la ventana.

El... es decir, yo, dejando aparte la modestia, paso allí mis dias, y

si dijera... No, jamás mis profesores, ni Grotin, ni Puffendorf me han dado la centésima parte de la instruccion que saco sin mas que mirar á la calle.

Con todo, en esto como en otras cosas se va por grados. Desde luego no es mas que simple... recreativa. Mira uno en el aire, ve una paja, sopla una pluma, examina una tela de araña, ó escupe en el suelo. Todas estas cosas consumen horas enteras, en razon de su importancia.

No me chanceo. Imaginó un hombre que no haya pasado nunca por esto. Qué es, qué puede ser? Una criatura tonta, material y positiva, sin pensamiento, sin poesia; que baja la pendiente de la vida sin detenerse nunca, apartarse del camino, mirar alrededor ó ir mas allá. Es un autómatas que camina de la vida á la muerte, como una máquina de vapor de Liverpool á Manchester.

Sí, la holganza es una cosa necesaria, al menos una vez en la vida, pero sobre todo á los diez y ocho años al salir de los colegios. Allí es donde se reanima el alma desecada sobre los libros, se detiene para reconocerse, y acaba su vida prestada para empezar la suya propia. Así que un verano entero pasado en este estado no me parece demasiado para una educacion regular, siendo aun probable que un solo verano no baste á hacer un grande hombre. Sócrates holgó algunos años; Rousseau hasta los cuarenta años; La Fontaine toda su vida.

Y sin embargo, no he visto consignado este principio en ninguna obra de educacion.

Estas prácticas de que acabo de hablar son pues la base de toda instruccion real y sólida. En efecto, mientras que los sentidos hallan allí un alimento inocente, es cuando el espíritu contrae desde luego una calma y despues la disposicion para observar.

Pues qué se ha de hacer holgando, como no sea observar:

Finalmente, de resultas de esto, y sin saberlo, la costumbre de clasificar, de coordinar, de generalizar. Y héle ahí llegado solo á esa via filosófica recomendada por Bacon y puesta en práctica por Newton, el cual, holgando un dia en su jardin, y viendo caer una manzana, halló la atracción.

El estudiante en su ventana no encuentra la atraccion; pero por un procedimiento semejante, á fuerza de mirar á la calle, le vienen al cerebro una porción de ideas, que viejas ó nuevas en sí mismas, son al menos nuevas para él, probando claramente que ha aprovechado su tiempo.

Y viniendo estas ideas á chocar en su cerebro con sus antiguas ideas supuestas, nacen del choque otras luces. Pues no pudiendo por naturaleza flotar entre todas, y sobre todo entre las contrarias, héle allí que viendo una paja, compara, escoge, y se hace sabio á simple vista.

¡Qué modo tan bueno de trabajar es el perder así su tiempo!

Pero aunque en rigor una paja baste para holgar con ventaja, debo decir que yo no me entretengo en esto, pues mi ventana abraza un conjunto admirable de objetos.

Enfrente se halla el hospital, inmenso edificio, en donde ni entra ni sale nada que no me pague tributo. Sigo las intenciones, adivino las causas, ó penetro las consecuencias: y me engaño pocas veces, pues que interrogando la fisonomía del portero, en caso de novedad, leo en ella mil cosas curiosas sobre la gente. Nada denota mejor los diversos matices sociales, que la figura de un portero. Es un espejo fiel donde se pintan en todos sus grados, el respeto adulador, la obsesquiosidad protectora ó el desden brutal, segun que en él se refleja el rico director, el empleado subalterno, ó el pobre niño espósito. Espejo variable, pero fiel.

Enfrente de mi ventana, un poco mas arriba, está la de una de las salas del hospital. Desde el sitio en donde trabajo veo la oscura techumbre, y algunas veces al siniestro enfermero, que las narices contra los vidrios, está mirando á la calle. Si subo sobre mi mesa, entonces mis ojos penetran en esa triste morada en donde el dolor, la agonía ó la muerte tienen postradas sus víctimas en dos largas filas de camas. Espectáculo fúnebre, que frecuentemente me causa un interés sombrío, cuando á la vista de un desgraciado moribundo se pasea mi imaginacion alrededor de su almohada, y unas veces retrocediendo á esa vida que se apaga, otras avanzando hácia el porvenir que se presenta, se llena de ese encanto melancólico siempre unido al misterio en que se encubre el destino del hombre.

A la izquierda, al extremo de la calle, está la iglesia, solitaria durante la semana, llena el domingo y entonando cánticos piadosos. Allí

tambien veo quién entra y quién sale y conjeturo, pero con menos seguridad. En efecto allí no hay portero; y aunque haya alguno, no adelantaria mucho, pues la propiedad del portero es de atenderse al traje, y este es ciego, sordo, mudo; así que su fisonomía no refleja nada. Ahora bien, lo que me interesaria conocer es el alma de los que frecuentan la iglesia; pero desgraciadamente el alma está bajo el vestido, bajo el chaleco, bajo la camisa, bajo la piel, y aun frecuentemente tampoco está aquí, pues se va á pasear durante el sermón. Voy pues á tientas, vacilando, suponiendo, y no me va del todo mal, pues precisamente lo vago, lo incierto y lo dudoso es lo que forma el alimento y el encanto de la holganza.

A la derecha se halla la fuente, donde estan alrededor del agua verdosa, criadas, marmítones, criados y comadres. Allí se dicen cosas dulces al murmullo de la cuba que se está llenando, ó se cuenta la insolencia de los amos, el fastidio del servicio y el secreto de las familias. Esta es mi gaceta, tanto mas picante, cuanto que no oyendo todo, es preciso muchas veces adivinar.

Arriba por entre los tejados veo el cielo, unas veces azul, profundo, otras gris, terminado por nubes flotantes, y algunas veces atravesado por una gran bandada de pájaros que emigran á países lejanos por cima de nuestras ciudades y nuestros campos. Por este cielo es por donde estoy en relacion con el mundo exterior, con el espacio y el infinito; grande abertura donde fijo la mirada á la mirada y el pensamiento, con la barba apoyada sobre el puño.

Cuando estoy cansado de elevarme, bajo á los tejados y veo los gatos, que flacos y ardientes mayan en la estacion del amor, ó gordos é indolentes se lamen al sol de agosto. Debajo del tejado las golondrinas y sus hijuelos, que vienen por la primavera y marchan en el otoño, siempre volando, buscando y llevando á su nidada chillona. Yo las conozco á todas y ellas me conocen tambien á mí, no asustándose de ver allí mi cabeza, mas que en la ventana de abajo un tiesto de capuchinas.

En fin, en la calle hay un espectáculo siempre diverso, siempre nuevo: gentiles lecheras, graves magistrados, estudiantes tunantes, perros que gruñen ó juegan locamente, bueyes que mastican y ruman el heno, mientras que su amo está bebiendo. Y si empieza á llover, ¿creéis que pierdo el tiempo? Hé aquí mil riachuelos que van á parar al gran arroyo, el cual se llena, se hincha, muge, arrastrando en su curso despojos que yo acompaño en sus saltos con un maravilloso interés. O bien algun puchero viejo roto, reuniendo los fugitivos tras su larga panza, procura detener el furor del torrente: guijarros, huesos, virutas vienen á engruesar su centro, á estender sus alas, y formándose un mar, empieza la lucha. Entonces haciéndose la situacion dramática en el mas alto grado, me decido casi siempre por el puchero roto; miro á lo lejos si le vienen refuerzos, y tiemblo por su ala derecha que se replega ó por el ala izquierda minada ya por un hilo... mientras que el bravo veterano se tiene siempre firme, aunque sumergido hasta la frente. Pero ¿quién puede luchar con el cielo! La lluvia redobla su furor, y el rompimiento... Un rompimiento! Los momentos que preceden á un rompimiento es lo que tengo por mas esquisito en punto á placeres inocentes. Solo cuando las señoras enseñan su linda pierna al saltar un arroyo, dejo el rompimiento y sigo con la vista las medias blancas, hasta volver la calle. Y esto no es mas que una pequeña parte de las maravillas que se pueden ver desde mi ventana.

Así encuentro yo los dias bien cortos, perdiendo aun muchas cosas por falta de tiempo.

Encima de mi cuarto está el de mi tío Tom. Sentado en un sillón de tornillo, el espinazo doblado hácia adelante, mientras que se deslizan los dias sobre sus blancos cabellos, lee, anota, compila, extracta, encerrando en su cerebro la quinta esencia de algunos mil volúmenes que hay alrededor de su cuarto.

Al revés de su sobrino, mi tío Tom sabe todo lo que se aprende en los libros, nada de lo que se aprende en la calle; así que él cree en la ciencia mas que en las cosas mismas. Le hallareis escéptico sobre su propia existencia, y muy dogmático sobre cualquier sistema oscuro de filosofia. Por lo demás, es bueno y sencillo como un niño, por no haber vivido nunca con los hombres.

Tres ruidos distintos me anuncian casi todo lo que hace mi tío Tom. Cuando se levanta, chilla el tornillo; cuando va á tomar un libro, rueda la escalera; y cuando está distraído tomando tabaco, suena la caja en la mesa.

Estos tres ruidos se suceden por lo regular, y estoy de tal manera habituado á ellos, que me distraen poco de mis trabajos; pero un dia...

Un dia chilla el tornillo, la escalera no rueda, y aguardo la caja del tabaco... pero nada. Me desperté de mi holganza como lo es un molinero en su sueño cuando se para la rueda de su molino. Me pongo á

escuchar; mi tío Tom habla, mi tío Tom rie... otra voz... «Está bueno esto!» dije muy conmovido.

Es menester saber que desde que trabajaba en la ventana no me había parado en generalidades. Hacía algunos días que me tenía particularmente ocupado un objeto que había atenuado el interés que tuviera por los demás. Hé aquí los síntomas que han seguido á este cambio en la dirección de mis trabajos.

Desde por la mañana me pongo á esperar; desde las dos me palpita el corazón, y cuando ella ha pasado, se acabó mi tarea.

Antes no había pensado que estuviese solo; además de que estábamos mi tío y yo, el arroyo, las golondrinas y todo el mundo. Ahora me encuentro solo, enteramente solo, escepto hacia las tres que todo toma vida á mi alrededor y en mi interior.

Ya os he dicho que antes se me pasaban las horas dulcemente. Ahora no acierto á ocuparme, á estar ocioso, ó á holgar, lo que es muy diferente, hasta tal punto que el otro día pasó lentamente una gran pluma á dos dedos de mi nariz, sin que se me ocurriese el soplarla, y aun podría citar otros cien casos iguales.

En lugar de esto, medito despierto. Sueño que ella me conoce, que me sonríe, que la gusto; ó bien buscando las vías y medios de servirla, la encuentro, viajo con ella, la defiendo, lá salvo en mis brazos, y me entristezco profundamente de no estar con ella en un bosque sombrío, atacado por malvados salteadores, á quienes hago huir, aunque herido, defendiéndola.

Pero ya es tiempo de decir quién era este objeto. No sé cómo empezar, pues las palabras son insuficientes para pintar la forma en que se nos presentó la primera joven que hizo latir nuestro corazón; impresiones frescas y vivas que necesitarían un lenguaje enteramente nuevo.

Dire que solamente que saliendo todos los días á eso de las tres de una casa vecina, bajaba á la calle y pasaba por bajo de mi ventana.

Su vestido era azul, y tan sencillo, que no la hubierais distinguido entre tantos vestidos azules como pasaban, ni yo tampoco, á no ser porque le encontraba una gracia enteramente singular en flotar alrededor de su joven talle. Y este joven talle me parecía tener su encanto del aire modesto de la amable niña tan dulce á la vista; de modo que volviendo pues al vestido, me se hacia imposible imaginarme uno mas á mi gusto cien leguas á la redonda, ni entre las primeras modistas.

Así, en tanto que este vestido estaba sobre mi horizonte, todo me parecía sonreír y embellecerse alrededor, y cuando desaparecía echaba de menos un vestido azul para todos mis sueños de felicidad.

Ahora bien, este día la vi venir como de ordinario y acercarse hasta bajo mi ventana, desde donde mis ojos se disponían á seguirla hasta doblar la calle, y mis pensamientos aun mas allá, cuando dando una vuelta entró en el portal, justamente debajo de mí. Me turbé tanto, que aparté la cabeza como si hubiese entrado en mi cuarto. Yo iba á reflexionar que ella atravesaba la otra calle, cuando pasaron ea la biblioteca de mi tío Tom las cosas extraordinarias que me causaron la emoción de que ya he hablado. ¡Cómo! ¡Ella hablando con mi tío! Y hacia increíbles esfuerzos para escuchar algunas palabras, cuando un acontecimiento imprevisto vino á trastornar el universo que emperezaba á formarse á mi alrededor.

Este acontecimiento tan grave era en el fondo de poca importancia. Acababa de sonar la escalera, y oí á mi tío Tom subir las escaleras hablando, y aun creí oír de su boca la palabra *hebreo*. De todo esto resultaba claramente que mi tío Tom tenía que hacer en aquel momento con algún doctor en hebreo que repasaba con él algún punto de erudición. Pues en cuanto á ella, no me podía figurar que su joven cabeza se ocupase de tonterías científicas, ó que su linda mano quisiese hojear algún infolio empolvado.

Me asomé maquinalmente á la ventana, muy desazonado y mirando sin ver, como cuando se tiene una idea que os distrae de vos mismo. Entre tanto, había enfrente dos burros atados al mismo gozne, que estaban filosofando al sol. Al cabo de un rato uno de ellos hizo una reflexión, lo que reconocí en un imperceptible temblor de su oreja izquierda; después, alargándola cabeza, mostró amorosamente al otro su vieja dentadura, y habiéndolo este comprendido hizo otro tanto, y se pusieron ambos á dos á rascarse el pescuezo con tal reciprocidad, con una indolencia tan voluptuosa, con una holganza tan suave, que no pude menos de simpatizar yo también, siendo esta la primera vez desde mi preocupación. Hay en la sencillez de ciertos espectáculos atractivos irresistibles que arrebatan el alma y la hacen infiel á sus mas dulces pensamientos. Así estaba á punto de embriagarme con esto, cuando

salió un vestido azul del portal. «¡Ay!» exclamé involuntariamente, pues era ella.

Al oír esto la joven levantó bastante la cabeza para que el ala de su sombrero dejase pasar su hermosa mirada, que vino á inundarme de vergüenza, de turbación, y de un placer rápido como el rayo; se sonrojó y continuó andando.

El encanto de esta edad consiste en sonrojarse al mas ligero soplo, al ruido de una paja; pero sonrojarse por causa mia me pareció sin duda un favor inexplicable, una circunstancia que cambiaba mucho mi situación, pues era la primera vez que pasaba alguna cosa entre ella y yo.

Lo que disminuyó bien pronto mi gozo fué una pronta vuelta en mí mismo. Ella me había visto diciendo: «¡Ay!» la boca abierta, la vista estraviada, con el aire de un idiota que ve caer su sombrero en el río, siéndome singularmente amarga la idea de esta primera impresión que debía haberla producido.

Pero ¿qué pensáis llevaba bajo el brazo? Un libro en octavo cubierto de pergamino, cerrado con broches de plata, miserable librajó que cien veces había visto rodando por el cuarto de mi tío, y que entonces dulcemente oprimido entre su brazo y su cadera me parecía el libro de los libros... Por la primera vez comprendí que un librajó puede servir para algo. ¡Qué sabio mi tío Tom por haberlos conservado toda su vida, y qué imbécil yo por no haber tenido en mi poder este afortunado libro, cuyo título aun me era desconocido!

Atravesó pues la calle, dirigiéndose á la entrada del hospital, donde dijo algunas palabras al portero, que pareció conocerla, no concediéndola mas que la protección necesaria para pasar. Aunque indignado contra aquel bruto, me causó esto placer, probándome que la niña de mis pensamientos no era de condicion bastante rica ó elevada para hacer ridiculos á mis propios ojos los votos que empezaban á brotar en mi corazón.

Esperimenté un gran placer en saber que estaba tan cerca de mí, pues temia perderla hasta el día siguiente. Estaba en brasas por saber lo que la había llevado á casa de mi tío y lo que podia conducirle á aquel sitio. Pero encadenado por el pronto por el deseo de verla salir, me resigné á esperar, hasta que viniendo la noche perdí la esperanza de volverla á ver aquel día, y subí á toda prisa al cuarto de mi tío Tom.

Había encendido ya su lámpara, y le encontré examinando con la mayor atención una redoma llena de un líquido azulado. «Buenos días, Julio, me dijo sin moverse; siéntate, que soy contigo.»

Me senté pues impaciente por hablar con mi tío, examinando la biblioteca, que me parecía enteramente cambiada. Miré con respeto los venerables libros, hermanos del que había visto bajo su brazo; y las cosas que veía, el aire que respiraba, me parecían diferentes, como si la joven que vino á este sitio hubiese dejado en él alguna señal de su presencia.—Ya he concluido, dijo mi tío. A propósito, Julio, á que no sabes?...
—No, tío mio...
—Da las gracias á una joven que ha venido aquí...
Y diciendo esto se dirigió á su mesa, mientras que yo sentía latir mi corazón de impaciencia.

Volviéndose en seguida.—Adivina... me dijo, como queriendo gozar de mi sorpresa.
Pero yo no estaba en estado de adivinar nada.

—Os ha hablado de mí! dije con grande emoción.

—Mas que eso; repuso mi tío con aire maligno.

—Hablad, hablad, tío mio, os lo suplico.

—Mira, hé aquí mi Burlamaqui hallado!

Yo caí del cielo á la tierra, pronunciando entre mí imprecaciones contra Burlamaqui, que por respeto substituí á mi tío en esta ocasión.

—Buscándola un libro, continuó mi tío Tom, te he hallado este que creía perdido.

—Oh, qué joven tan amable! prosiguió, y bien vale por vida mia doce de tus profesores.

Yo era de su mismo parecer; así que esta exclamación de mi tío Tom me reconcilió un poco con él.

—Ella lee el hebreo como un ángel!

No estaba yo del todo conforme. Ella lee el hebreo? Pero tío mio... pues esta idea me era desagradable.

—Y he tenido un placer extremo en hacerla leer el salmo 48 de la edición de Buxtorf, y comparando las variantes con la edición de Croesius, la he explicado cuán preferible es el testo de Buxtorf.

—Le habeis dicho eso á ella?...
—Claro está, pues que la estaba hablando.
—Con que ella estaba allí, delante de vos, y habeis podido decirlo eso?

—Sí; además lo que la he dicho no puede decirse mas que á una judía.

—Con que es judía?

Son otros como yo? Judía! Hermosa judía! Por esto la hallaba yo diez veces mas bella y la amaba diez veces mas.

Esto es poco cristiano; sin embargo aseguro que fué así, y que el encanto que encontraba en ella se halló ya confortado, vivificado, como si desde entonces se hubiesen vuelto diferentes y nuevos los mismos objetos que yo amaba en ella.

Sé también que yo razonaba muy mal sobre este punto y que el mas simple lógico hubiera podido convencerme de absurdo, y con mas razón mi tío Tom; así que no le hablé de esto, pues me atenia mas á mi error que á la lógica.

Pero la impresión fué como ya he dicho. Por otra parte... ama uno á su hermana? No. A su compatriota? Mejor. A una extranjera? Aun mas. Pero á una bella judía, abandonada quizás, mal vista de las buenas gentes! Esto era á mis ojos una ventaja que casi la acercaba á mí.

—Quiere pues hebraizar ella? dije á mi tío Tom.

—No, aunque la he obligado á ello con todas mis fuerzas. Se trata de un pobre viejo que se está muriendo, y ella viene á pedirme prestada alguna Biblia hebrea para consolarle con alguna lectura piadosa.

—Y no volverá ya?

—Mañana á eso de las diez vendrá á traerme el libro.

Y mi tío se puso á examinar su redoma, mientras yo permanecía pensativo. «Mañana, aquí, en este mismo cuarto! me decia yo. Tan cerca de mí, sin que yo sea para ella nada! Ni aun tanto como mi tío Tom y su redoma.» Volví pues á bajar tristemente á mi cuarto.

Me quedé sumamente sorprendido al hallar mi cuarto iluminado por un ligero resplandor. Habiendo conocido que era el reflejo de una luz que brillaba enfrente en la sala del hospital, ordinariamente sombría á estas horas, me subí sobre una silla, desde donde vi una juventud que se proyectaba en el fondo de la pared. Mas habiéndose escitado vivamente mi curiosidad, me encaramé entre la silla y la ventana, de tal modo que pude penetrar bastante bajo para reconocer un sombrero de muger colgado de esta misma pared. «Ella es!» exclamé. Poner la silla sobre la mesa, Grotim y Pullendorf debajo de la silla, y yo encima de todo, fué obra de un momento. Y aun retenia mi respiración para gozar mejor del espectáculo que se ofrecia á mi vista.

A la cabecera de un anciano pálido y doliente, la veía yo piadosa, recogida y embellecida con todo el brillo que prestaba á su juventud y frescura este círculo de enfermedad y vejez. Tenia sus bellos párpados fijos sobre el libro de mi tío, donde leia palabras de consuelo. Algunas veces, deteniéndose para dejar descansar al enfermo, le sostenia la cabeza, ó le cogia afectuosamente la mano mirándole con una compasión que me parecia angelica.

«Dichoso moribundo! decía yo. ¡Qué dulces deben serle sus palabras, y llenos de encantos sus cuidados! Oh! que de buena gana cambiaria mi juventud y mi fuerza por tu edad y tus males!»

Yo no sé si hice estas reflexiones en alta voz, ó si fué solo efecto de la casualidad; pero lo cierto es que interrumpiéndose la joven, levantó la cabeza y miró fijamente hacia el lado en que yo estaba. Me quedé tan turbado como si me hubieran podido ver en la oscuridad en que estaba, y haciendo un movimiento hacia atrás, caí, llevando conmigo la silla, la mesa, Grotim y Pullendorf.

El estrago fué grande, y yo quedé al pronto aturdido por la caída, apareciendo mi tío Tom con un candelero en la mano en el momento en que me iba á levantar.

—Qué es eso, Julio? me preguntó asustado.

—No es nada, tío mio... es que... aquí el techo... (mi tío dirigió la vista al techo). Quería colgar... (mi tío miró alrededor, para ver si habia alguna cosa que colgar). Y despues mientras... me he caido.

—Reponte, reponte, amigo mio, dijo mi tío con bondad. La caída te ha afectado probablemente las fibras cerebrales, lo que es causa de la incoherencia de tus palabras. Me hizo en seguida sentar, y entre tanto se apresuró á levantar los dos infolio, cuyos lomos estropeados habia examinado con mas emoción sin duda de la que habia sentido hablando con la bella judía. Los colocó con cuidado sobre la mesa, y dirigiéndose en seguida á mí: —¿Qué querias colgar? me dijo, tomándole la mano, y deslizando furtivamente su índice sobre mi pulso.

Esta pregunta me embarazaba mucho; pues á la verd d no habia cosa aparente que colgar en todo mi cuarto. Así que conociendo por otra parte la indulgente bondad de mi buen tío Tom, iba á contarle todo, cuando al momento de hacerlo me detuve.

Es que la indulgencia no era ya bastante para lo que yo tenia en el corazón. Yo hubiera querido simpatías, y mi tío no podía tenerlas sino por ideas abstractas, científicas, siendo esta la causa de que yo repugnase abrirle mi corazón, por miedo de marchitar un sentimiento que yo estaba celoso de alimentar á mi modo.

—Era para colgar... Ay, Dios mio, ya!...

—Eh?

—Ay, tío mio, se acabó!

—Qué?»

En este momento acababa de apagarse la luz en el cuarto del moribundo, y con ella toda mi esperanza.

Al oír esta exclamación mi tío empenzó á juzgar el caso muy grave, y me obligó á meterme en cama, donde me examinó con atención, mientras yo pensaba en la joven, cuya vista acababa de verme arrebatada.

Mi tío Tom estaba muy lejos de sospechar la causa de mi mal. Sin embargo, despues de haberme considerado y palpado anatómicamente, se convenció con una certidumbre que hacia honor á su ciencia, de que el esqueleto estaba en un estado perfecto. Libre de toda inquietud por este lado, se ocupó en examinar el juego de la respiración, el de la circulación y el de todas las funciones vitales, pasando en seguida á los síntomas exteriores; pareció en fin haber satisfecho su curiosidad; y se mareó con el aire de un hombre que lleva en su cabeza alguna cosa en que pensar.

Era cerca de media noche, y estaba enteramente abismado en mis ideas, cuando el ruido de la escalera me hizo estremecer, quedándome dormido al poco rato.

Estaba sumamente agitado. Mil imágenes sin conexión con el objeto de mis pensamientos se cruzaban y sucedían á mi vista, y esto no era sueño ni vigilia, y mucho menos reposo. En fin, á esta turbación sucedió el cansancio, y bien pronto mis sueños, suspensos por algun tiempo, volvieron tomando otra tinta.

Sofaba que en un buque silencioso mareaba yo sufriendo, pero sin embargo tranquilo; y con el alma empenzada de no sé qué sentimiento lleno de un encanto desconocido para mí.

No había nadie ni nada de lo que hubiera podido recordarme la vida ordinaria, y solo estaba yo, pero dotado de belleza, de gracia y de todas las ventajas que deseo despierto.

Hallándome fatigado, me senté en un claro solitario y se acercó á mí una figura que no conocia, pero cuyas facciones se hallaban animadas por la expresión de una melancólica bondad. Insensiblemente habia tomado un aire que me era mas conocido... En fin, reconocí á mi querida judía. Ella también, dotada de todo lo que la deseo, parecia complacerse en considerarme; y aunque no hablaba, su mirada tenia un lenguaje que llegaba á lo mas profundo de mi corazón. Veía su bella cabeza inclinarse sobre mi frente, sentía su dulce aliento, y al fin su mano tocó la mia. Entonces, auitado por una emoción creciente, fué perdiendo mi sueño poco á poco su tranquilidad. Las imágenes se hicieron flotantes é inciertas, y de figura en figura no vi mas que la de mi tío Tom, que me habia cogido la mano para tomarme el pulso, y cuya cabeza, inclinada sobre la mia, me examinaba á través de sus antiparras.

Oh, qué espantosa me pareció en este momento la figura de mi tío Tom! Amo mucho á mi tío; pero pasar del objeto mas dulce á la figura de su tío; de los sueños mas encantadores del corazón á la fria realidad! Mucho menos se necesita para tomar tedio á la vida y á su tío.

—Tranquilízate, Julio, me dijo; pues estoy siguiendo las huellas de tu mal. Y mientras continuaba observándome, hojeaba un viejo infolio, como para aplicar de acuerdo con el autor el remedio á los síntomas.

—Oh! no estoy malo! os engaúais, tío mio; el único mal es el haberme despertado. Ay, era tan dichoso!

—Con que estabas bien, tranquilo, dichoso?

—Ah! estaba en el cielo. ¿Por qué me habeis despertado?

Al oír esto, un gozo visible, mezclado de un tinte de orgullo y de docta satisfacción, se pintó en el rostro de mi tío Tom, y aun creí oírle decir: —Bueno, el remedio obra!

—Qué me habeis hecho? le dije.

—Ya lo sabrás. Tengo aquí tu caso, pág. 64 de Hipócrates, edición de la Haya. Por el pronto solo se necesita tranquilidad.

—Pero, tío mio...

—Qué?

No sabia yo qué hacer para obligar á mi tío á que me hablase de la joven judía sin revelarme lo que sentia por ella.

—No me habeis dicho que mañana?... y me callé.

—Mañana?

—Vendrá ella á veros?

—Quién?
Temí haber dicho demasiado. —Es la fiebre...
—La fiebre?...»

Tan incoherentes le parecieron mis preguntas y respuestas, que le oí murmurar la palabra delirio, y en seguida salió. Bien pronto sonó la escalera, y yo me estremecí; pero esto fué todo lo que pude colegir de la situación de que acababa de salir. Hice increíbles esfuerzos por volver á encontrar el reposo y mi sueño; pero nada. Ni aun pude recobrar esa realidad con que antes me contentaba, pues el sueño la había borrado, sin que pudiese hacerla renacer, y solo había un vacío. Solo cuando me volvieron las ideas al día siguiente, pude encontrar la imagen de mi judía anterior á mi sueño. Me representé su venida á casa de mi tío de mil modos, y á fuerza de imaginar medios de verla, hablarla y hacerme conocer de ella, llegué á formar el proyecto mas extravagante.

Apartar á mi tío... recibirla yo mismo... hablarla... ¿Pero qué la diré? La primera condición para que mi plan fuese posible, era saber qué decirle: así que, me hallaba sumamente embarazado, pues esta era la primera vez que tenía que hablar de amor, y no tenía por guía mas que algunas novelas que había leído, donde me parecía que hablaban tan bien, que desesperaba poder llegar á tal perfección.

—Oh! si solo pudiese pintarla el estado de mi corazón! decía yo. Me parece que cualquiera joven aceptaría lo que siento por ella. Y salté fuera de la cama para ensayar lo que habría de decirle.

Después de haber encendido mi bujía puse enfrente de mí una silla á quien poder dirigirme, y habiendo recapacitado un momento, empecé en estos términos: Señorita! ¿Señorita? Esta palabra no me gustaba. ¿Otra? No sé cuál. ¿Su nombre? Lo ignoraba. Pensé que buscando... pero por mas que buscaba, no encontraba mas que señorita. Héme ya atascado en el principio.

¿Pero no es una señorita? Para mí lo es, como cualquiera otra. ¿Señorita! Imposible. No me queda mas que quitarme el sombrero y decir: Tengo el honor de... etc. Me sentí muy desazonado.

Empecé mas de diez veces sin poder hallar otra cosa, hasta que al fin me decidí á eludir la dificultad quitando esta palabra, y repliqué con tono apasionado:

—Aquí tenéis delante de vos al que no puede vivir, ni se abraza mas que por vos... y desde hoy mi corazón... os jura un eterno...
Ay! Dios mío, esto es una cuarteta! Pues sentía llegar á escape una rima fatal. Me volví á sentar desesperado. ¿Es pues tan difícil espresar lo que se siente? decía yo con amargura. ¿Qué haré? Ella se reirá, ó mas bien tendrá lástima de mi necedad, y, será perdido. Este

pensamiento me atormentaba de tal manera, que renuncié á mi proyecto.

Sin embargo, mil sentimientos hinchaban mi corazón, como si buscasen una salida; de tal modo, que á pesar mio se me amontonaron en la cabeza una multitud de frases, de protestas y de apóstrofes apasionados que formaban una cruel pesadilla que me abatía.

Me levanté para aliviarme, y empecé á pasear por mi cuarto, dejando escapar palabras y frases entrecortadas.

...Vos ignorais quien soy, y que no vivo mas que por vos ó vuestra imagen... ¿A qué estoy aquí?... A riesgo de desagradaros, he querido haceros saber que hay un joven de quien sois el único pensamiento... ¿A qué estoy aquí? Solo para poner á vuestros pies mi amor, mi suerte, mi vida... ¿Judía? ¿Y qué importa! Judía os adoraré y os seguiré por todas partes... Oh! judía mía, ¿hallaréis en ninguna parte quien os ame como yo?... ¿Hallaréis en otra parte la ternura, el afecto

y la felicidad que mi corazón os reserva? Ah! Si pudieseis participar la mitad de lo que yo esperamento, bendeciríais el día en que me visteis á vuestros pies, y aun me daríais hoy la esperanza de que no os he hablado en vano.

Me levanté algo aliviado, pues había vertido en estas palabras una parte de los sentimientos que inundaban mi alma, y al fuego con que acompañaba mis discursos creía ver á la joven sonrojarse, conmoverse y llegar mis palabras hasta su corazón. Entonces, llevando la mano al mio, la dije: Ah! no, por piedad á un desgraciado no me rechaceis, pues me arrojaríais en el abismo! La vida para mí es donde vos estais!... Eh! el diablo le lleve! Oh, Tío mio, tío mio!

Todo estaba perdido, perdido sin remedio; de modo que estuve á punto de verter amargas lágrimas. La pasión me había ennoblecido á mis propios ojos: por algunos instantes desaparecieron esta desconfianza de mí mismo, ese disgusto, esos temores que siempre venían á emponzoñar mis esperanzas; me encontraba como de igual á igual ante mi divinidad, y al acabar estas palabras llevaba la mano á mi

corazón, que sentía ardiendo hasta la piel, cuando... No! mejor hubiese puesto la mano sobre una fría culebra, sobre un humilde sapo... Arranqué el monstruo y lo arrojé lejos de mí!

En este instante entró mi tío Tom, tranquilo como el tiempo, con una botella en la mano y su libro bajo el brazo. —Malditos sean, le dije con ira, vuestro Hipócrates, vuestros librajós, y todo lo que... ¿Qué habeis hecho? Decidme, tío mio, qué habeis hecho?... Turbar por dos veces los instantes mas dulces de mi vida! ¿Qué es eso? ¿Venís á envenenarme?»



Nos habíamos detenido para escuchar.

(LOS DOS SCHEIDEGG.)

Durante este apóstrofe, mi tío Tom, lejos de enfadarse, había vuelto á tomar el hilo de su razonamiento donde lo había dejado, y confirmando en la idea de que continuaba el delirio, había tomado la actitud de un observador atento. Sin hacer caso del sentido de mis palabras, estudiaba con sagacidad el gesto, la alteración de la voz, el fuego de mis miradas, la naturaleza y progresos del mal, anotando en su espíritu hasta los mas pequeños síntomas para combatirlos en seguida.

—Ha quitado el emplasto, dijo por lo bajo.—Julio!

—Qué?

—Acuéstate, amigo mio; hazme el favor de acostarte, Julio.

Habiendo reflexionado me acosté, pensando me sería imposible probar á mi tío que no estaba loco, á no confesarle mi secreto, lo que entonces hubiera destruido mi proyecto, sin probarle que estaba sano de juicio.

—Aquí te traigo un brebaje. Bebe, amigo mio, bebe.

Tomé la botella, y haciendo como que bebía, dejé verter el líquido entre la camaylapared.

Mi tío me tapó la cabeza con un pañuelo suyo, me cubrió hasta los ojos, cerró las cortinas y los postigos, y sacando su reloj, dijo: —Son las tres; debes pues dormir hasta las diez; á las diez menos veinte minutos volveré. Y se marchó.

Agobiado por la fatiga, me dormí por algunos momentos; pero bien pronto la agitación me hizo saltar de la cama, para ocuparme de los preparativos de mi proyecto. Hice un maniquí tan parecido á mí como me fué posible, le puse en la cabeza el pañuelo de mi tío, y la tapé bien; en seguida corrí las cortinas, bien seguro además de que mi tío, fundado en la autoridad de Hipócrates, no las abriría antes de las diez. Después de lo cual fui á ponerme á la ventana.

Ya pasaban algunas lecheras, el portero había abierto, y las golondrinas andaban revoloteando. El despuntar del día, la frescura de la mañana y la vista de los objetos ordinarios, volviéndome la calma, me hacían ver mi empresa bajo un aspecto menos favorable, y casi llegué á vacilar; pero cuando me vinieron á la memoria las impresiones de mi sueño, me parecía entonces que renunciar á mi proyecto era renunciar para siempre á todo lo que hay de mas dulce en el mundo, y volvía á hallar todo mi valor.

Entré tanto el tiempo pasaba. Acababa de sacar mi reloj, cuando sonó el sillón. Eran las diez menos cuarto. Salí precipitadamente dejando á mi tío instalarse cerca del maniquí, mientras que yo iba en silencio á establecerme en la biblioteca.

Entré despacito y me dirigí á la ventana. De pie tras de los cristales, con los ojos fijos en la estremidad de la calle por donde debía pasar ella, empecé á temblar de impaciencia y desasosiego. Para colmo de desgracia, me apercibí de que se me escapaba mi arenga, y queriendo retener los pedazos, caí en trasposiciones tan estrañas,

SESTA SERIE.—ENTREGA 15.

que me quedé sofocado de emoción. Me veía perdido, y tenía tanto miedo, que me puse á silbar, como para contenerme yo mismo. En este momento dió el reloj las diez. Concebí la esperanza de que, una vez dadas las diez, no vendría ella por hoy, y me puse á contar las campanadas, que me parecía cada una un siglo: en fin, al dar la décima esperé un gran alivio.

Empezaba ya á reponerme, cuando divisé un vestido azul. Era ella!... Mi corazón palpó con violencia, y mi arenga se marchó. Desseaba con todas mis fuerzas que ella hubiese salido con cualquier otro motivo, y esperaba con una ansiedad inesplicable ver si al llegar delante de casa pasaría ó volvería para entrar. Observando hasta los mas pequeños movimientos de su marcha, sacaba inducciones que me llenaban alternativamente de gozo y de terror, y lo único que me aseguraba un poco era que ella iba por el otro lado del arroyo.

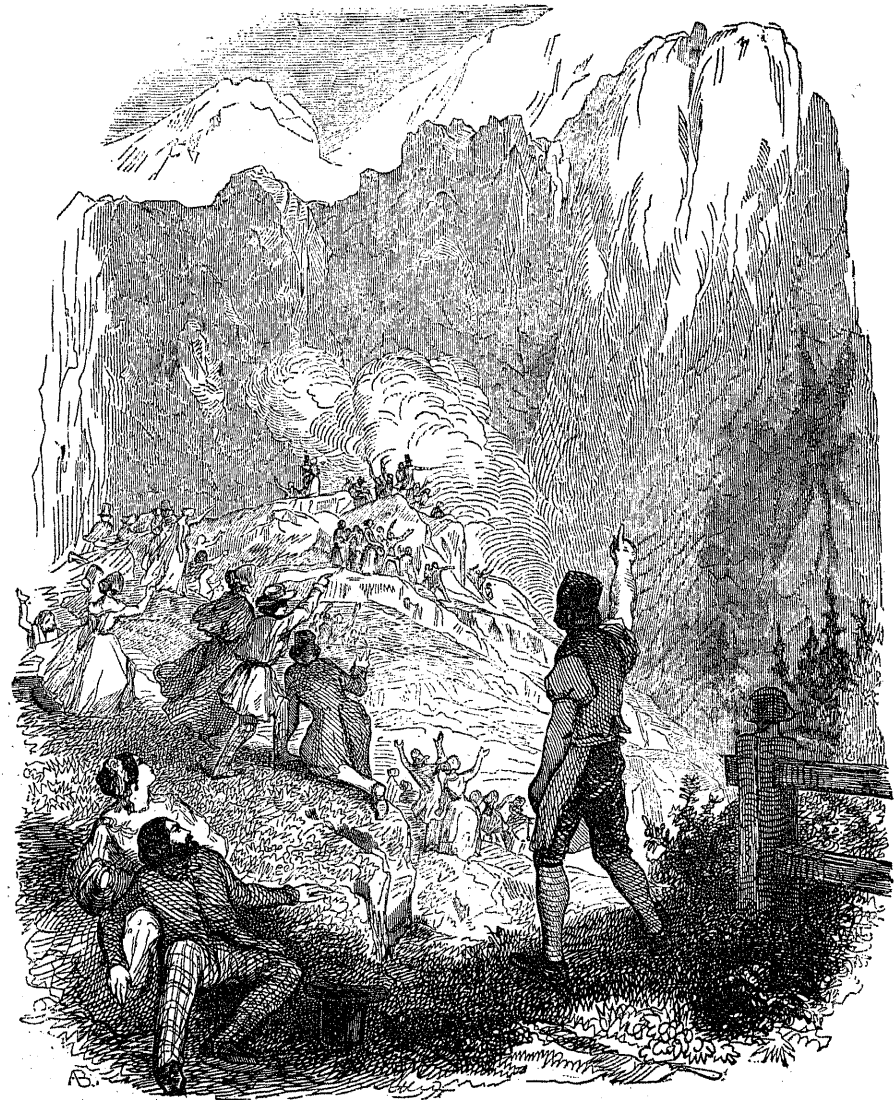
Ella le atravesó! y como los cristales me impedían el sacar la cabeza, la perdí de vista. Al punto la sentí en la biblioteca, y abandonándome toda mi presencia de espíritu, corrí á la puerta para escaparme; pero al atravesar el vestíbulo, el ruido de sus pasos, repetido en el silencioso patio, me hizo reflexionar que iba á encontrarla en el camino; así es que me detuve. Ya estaba allí... Al sonido de la campanilla se metió la vista, y vacilante me sentí resuelto á no abrir.

En este momento, saltando la gata de mi tío de lo alto de una buhardilla vecina, vino á caer sobre la tablilla de la ventana, y al ruido me estremecí como si hubiesen abierto la puerta de repente. Habiéndome reconocido el animal, me temí que mayase, y en efecto mayó... Entonces me pareció tan claramente que estaba ya descubierto el secreto de mi presencia, que bajando los ojos de vergüenza, sentí subirme el rubor al rostro. Un segundo campanillazo vino á rematarme.

Me levanté, me senté y me volví á levantar, con los ojos fijos en la campanilla, que temblaba oír sonar de nuevo. Me puse á escuchar con atención, esperando que la oiría alejarse; pero otro ruido distinto hirió mis oídos, y era el de los pasos de

mi tío Tom, que andaba por mi cuarto. Entonces, turbándome enteramente el temor mayor aun de ser sorprendido por él en presencia de la joven, quise mejor ir al encuentro del peligro que esperaba. Volví pues callandito hácia atrás, para hacer como que venía de la biblioteca; tosí en seguida, y con paso mas firme aun por el miedo fui á abrir... [Su graciosa figura se destacaba de perfil sobre la media luz de la escalera, y me dijo:—¿Está en casa el señor Tom?

Estas fueron las primeras palabras que oí de boca de la bella judía, y que aun resuenan en mis oídos: tanto encanto tenía para mí el sonido de su voz. Por lo pronto, aunque la pregunta no fuese complicada, no respondí nada; menos sin embargo por no saber, como por-



Todas las miradas se fijaron en el momento hácia aquella parte.

(LOS DOS SCHEIDEGG.)

que estaba muy turbado, y me puse torpemente á precederla hácia la biblioteca, adonde me siguió.

Fuí sin volverme hasta la mesa de mi tío, y hubiera deseado que esta mesa hubiese estado mas lejos; tanto era lo que temia encontrar su mirada. Al fin la vi, me reconoció, y se sonrojó.

Mi arenga se me habia marchado á mil leguas; así es que guardé silencio, mas sonrojado que ella, hasta que no pudiendo sostener mas la situación, hé aquí cómo empecé:

—Señorita... y me quedé aquí.

—El señor Tom... repuso ella; despues, sobreponiéndose á su embarazo dijo: Volveré, pues que no está.

Y despues de inclinarse ligeramente se marchó, dejándome tan fuera de mí, que no pensé en acompañarla sino despues que hubo pasado el umbral de la biblioteca. Entonces fué únicamente cuando me adelanté. Ella estaba tan turbada como yo; y mientras que en la oscuridad del vestibulo procurábamos juntos abrir la puerta, habiéndose tocado nuestras manos, circuló por todo mi cuerpo un estremecimiento de placer. En seguida salió, y yo quedé solo en el mundo.

Apenas se hubo marchado, me vino á la memoria toda mi arenga. Me puse á deplorar mi torpeza, mi tontería, mi embarazo, pues ignoraba entonces que este embarazo y esta torpeza tienen tambien su lenguaje, elocuencia para algunas mugeres, y mas difícil de fingir que el otro. Bien pronto sin embargo me animé un poco, al recordar su aire, su turbacion y sus miradas. Iba á ponerme en la ventana para verla salir, cuando sentí abrir la puerta. No tuve tiempo mas que para saltar á la cama de mi tío, donde me oculté tras de las viejas cortinas verdes que quitaban la luz.

—Pero, hija mia, qué me decis?...

—Un jóven, os lo aseguro, señor Tom.

—Un jóven aquí! Insolente! Y qué trazas tiene?

—Señor, es... no tiene trazas de insolente.

—Pues no es otra cosa introducirse así...

—Quizás algun conocido vuestro...

—Yo ó mi sobrino; nadie mas.

—Yo creo que es él, dijo ella bajando los ojos y la voz.

—El! Si le acabo de dejar en este instante encima de este cuarto!... Decidme: ¿le conocéis á mi sobrino?

Aquí hubo una pausa, pausa de un siglo.

—Vos sonrojais, hija mia!... Estad segura que podriais encontrar otros menos honrados y menos amables tambien... pero decid: ¿de dónde le conocéis?

—Señor... decis que habita encima de vuestro cuarto, y efectivamente he visto algunas veces á la ventana... al mismo jóven que me ha recibido aquí.

—Os digo que es imposible. En efecto, es mi sobrino el que habeis visto en la ventana, porque pasa allí su vida; pero es demasiado inocente mi pobre Julio para introducirse aquí; y os diré por qué. Ayer por la noche, á eso de las nueve, se subió el pobre loco en un tinglado, sin que haya podido saber yo por qué causa, á no ser quizá por alguna tontería que pasase en la sala del hospital que está enfrente. (Al llegar aquí, la jóven, cada vez mas turbada, volvió la cabeza hácia el lado donde yo estaba para ocultar su rubor á mi tío.) Y de repente, crac!... sentí un gran ruido, fuí corriendo, y le encontré tendido en tierra, de tal modo que le hice meter en la cama, donde aun está... Pero hé aquí lo que yo supongo: una jóven de vuestra gracia encuentra siempre jóvenes que la sigan; alguno de ellos, mas atrevido... me entendéis?... ha podido precederos. No os avergonceis, hija mia, no os avergonceis, pues no es delito el ser bonita... Pero dejemos esto si os incomoda. Otra vez cerraré mejor mi puerta. Y hablemos de otra cosa. ¿Me traéis mi libro? Hem! ¿Qué decis del testo? Bien, ponedle ahí, y aguardad un momento. Voy... aguardad.—Y entró en un gabinete que daba á la biblioteca. Yo me estremecí, pues este gabinete, ordinariamente cerrado, comunicaba con mi cuarto por una escalera interior:

Quedé solo con ella, siendo el único testigo que tuvo durante algunos momentos; esto me pareció un favor inestimable, como si me hubiese asociado á su secreto; y en sus facciones, su actitud y sus menores gestos creia leer cosas semejantes á las que acababan de pasar por mí.

Momentos de misterio! Momentos de calma deliciosa, en que mi corazon hallaba en la realidad algunas de las impresiones de mi sueño!

Era la primera vez que viéndola de cerca podia saciarme con su encanto. ¡Oh, que no pudiera yo esparcirle en estas líneas y pintarla segun me aparecía! Y aun parecia que la biblioteca de mi tío Tom era para ella como un marco maravilloso que realizaba su asombrosa belleza. Aquellos venerables libros representando la serie de las edades sobre los empolvados estantes, ese perfume de vejez, ese silencio del estudio, y en medio esta jóven planta llena de frescura y de vida, son cosas que no se pueden expresar con palabras.

Despues de algun tiempo que estuvo de pié, fué á sentarse cerca de la ventana en el sillón de mi tío, y apoyando su mejilla sobre su linda mano, se puso á mirar al cielo pensativa y melancólica, asomando á sus labios una sonrisa ligera como el viento. Despues dirigió sus miradas negligentemente al gran in-folio que mi tío acababa de dejar, y fijándose cada vez mas en él, se pintó un interés creciente sobre su modesto rostro, coloreado por un vivo rubor.

—Aquí le tengo! exclamó en aquel instante mi tío Tom. Entonces ella se levantó, sin quitar sin embargo sus ojos del in-folio hasta que mi tío entró en la biblioteca.

—Héle aquí! y no sin trabajo. Os le doy por amor al hebreo, y guardo el otro, mas precioso para mí que me atengo al testo, pues el tafíete de este es mas á propósito para vuestros lindos dedos. Tomad, y acordaos del doctor Tom.

—Sois muy cumplido, caballero. Acepto vuestro lindo libro, y perded cuidado, que no os olvidaré, aunque no os volviera á ver.

—Y cuando yo no esté, la dijo mi tío sonriendo, cuidado con los sobrinos. A propósito, se me olvidaba que tengo el mio... Adios... hasta la vista.

Y la fué á acompañar. Entre tanto el in-folio que habia escitado sus miradas estaba en mi poder, pero temia que mi tío no me diese tiempo para escapar. Felizmente dejó abierta la puerta del gabinete, y me sali. En un momento puse mi libro en seguridad, el maniqué bajo la cama y yo encima, aguardando á que entrase mi buen tío Tom.

—Oh! oh! levantado? dijo. Y despierto á qué hora?

—A las diez en punto, tío mio.

Al oír esto, una completa satisfaccion se pintó en el rostro de mi tío Tom. Estaba contento por verme restablecido, y mas contento aun por el honor que resultaba á la ciencia. Entonces con un tono solemne:—Ahora, Julio, voy á deciros lo que has tenido. Es una hemicefalalgia.

—Lo creéis así, tío mio?

—No lo creo, Julio, sino que lo sé, y muy bien, pues no me he desviado un ápice de Hipócrates. Es la caída, que de resultas de la conmocion del cerebello ha hecho extravasarse las secreciones internas de la membrana cerebral. ¿Y sabes tú en qué estado te he encontrado? Pulso precipitado, mirada fija, delirio completo. Para esto... emplasto...

—Ah! tío mio, no hableis mas de eso, y no lo digais á nadie.

—El emplasto provoca una ligera transudacion: el delirio sin embargo no parecia disminuir. Para esto, julepe.

—Sí, tío mio.

—Y entonces sueño apacible.

—Oh! sí, tío mio, delicioso!

—Sueño previsto, predicho, profetizado, desde la una de la noche hasta las diez en punto de la mañana. Y héte ya convaleciente!

—Curado, tío mio!

—No; y sobre todo evitemos una recaída. Vas á estarte quieto mientras te preparo un sinapismo ligero, despues de lo que veremos. Descansa, y por hoy no trabajes: prométemelo.

—Podeis estar seguro de ello.

Así que salió mi tío, me arrojé sobre el in-folio; pero me encontré con una gran dificultad. El libro tenia dos mil páginas, y en mi precipitacion se me habia olvidado marcar la que únicamente me interesaba. Registrar esta caverna! Hay dentro un pensamiento, una palabra quizás, que ha podido chocarla, y descubrir esta palabra entre un millon de ellas! Y sin embargo una curiosidad invencible me inducia á buscarla, como si mi suerte dependiese de este descubrimiento.

Me puse pues á la obra. Oh! cuánta gerga pasó ante mi vista! qué ardor al estudio! Si mi tío ó solo mi profesor me hubiese visto, hubiesen dicho: «Cuidado; estudioso jóven, que trabajais demasiado.»

Era una coleccion de crónicas antiguas de la edad media, donde se relataban una multitud de aventuras fabulosas y amorosas, de documentos genealógicos, de notas y actas; y un popurrí en el gusto de mi tío. Yo encontré sin embargo muchas cosas que podian aplicarse á ella, á mí, lo mismo que á otro cualquiera, y así llegué á la página 200.

Entre tanto chilló el tornillo, sonó la escalera, y reinaba una agitacion tan grande en el cuarto de mi tío, que era evidente que le pasaba algo, mientras yo me entregaba al estudio. Se me ocurrió una idea... y subí.

En efecto, mi tío Tom estaba en un estado deplorable, como una leona á quien... quiero decir que andaba buscando su libraje, pidiéndole á sus gavetas, á su mesa, al cielo; la turbacion y el desorden habian invadido su tranquilo y silencioso dominio.

—Robado! He sido robado, Julio... y perdido! (Me esplicó el hecho.) Ese libro no tiene precio, es inhallable, y ya estaba á punto,

en la misma página... pero ya no tengo autoridad! Oh Libano! Vas á triunfar!

—No es posible! Es preciso absolutamente... Veamos... y á qué página, tío mio?

—Qué sé yo! Tres años de discusion sobre la bula *Unigenitus*, y naufragar en el puerto!

—La bula decis?...

—*Unigenitus!*

—*Unigenitus!* Verdaderamente esto es afrentoso. Y esa página...

—Relataba la bula con una variante que no se encuentra en ninguna otra parte.

—Y nada mas?

—Y encuentras tú que esto no es bastante! Daría yo por esta página todo lo que poseo. Pero la tendré, continuó. Una sola persona ha podido hacer esto... y es preciso que ella me indique quién es el tudiante que roba los in-folios... Vamos allá.—Y mi buen tío se puso la peluca, cogió su baston y su sombrero tricorno, y salió. Yo bajé tambien, repitiendo por lo bajo: Bula *Unigenitus*, bula *Unigenitus*, por miedo de que se me olvidara.

Bula *Unigenitus*, bula *Unigenitus*, decia yo examinando mi librote. Bula *Unigenitus*... héla aquí en letras gordas. Estaba en latin: horrible disgusto! Despues de esta impresion, siempre he tenido repugnancia por el latin, que ya antes á la verdad no amaba mucho. Observando sin embargo que la bula empezaba en medio de la página, eché la vista sobre lo que precedia. Hé aquí:

«Cómo la castellanía de Angrivois entró en la rama de Chanvin por el matrimonio de monseñor Saintré con Enriqueta de Entragues.»

»Nunca habia sido herido del amor el jóven doncel. Sucedió que apenas le apuntaba la barba, cuando vió á Enriqueta en el patio del castillo, teniendo mucho placer en verla gentil como ella estaba entonces y de buena figura; y aspiraba de tal modo el mal de amor; que no podia pensar en otra cosa ni de dia ni de noche; y listo y sin miedo como estaba entre los jóvenes, delante de la muchacha estaba torpe y atolondrado: así que, no sabia qué decirla, pues era novicio en materia de amor. Cada vez mas prendado, se animó, y un dia se apostó en el cuarto de su abuelo, donde ella debia venir con un ramillete, como testimonio magnífico de la llama con que se abrasaba por sus hermosos ojos. En tanto que no venia, sabia muy bien qué decirla, presentándola graciosamente su ramillete; pero viendo entrar á Enriqueta, le echó al momento bajo la mesa, y quedó mudo, torpe y tan aturdido como un criado cogido en falta. Enriqueta por su parte, habiéndole visto y el ramillete en el suelo, se sonrojó en extremo; de tal modo, que estaban uno en frente de otro, encarnados como dos pavos, y sin decirse nada; y aun estarían así, á no ser porque entró el abuelo y dijo: Qué haceis ahí?... etc. etc.»

Leí y releí mil veces esta página. Me hallaba trasportado de gozo, pues comparando en mi imaginacion los sencillos incidentes de esta historia con lo que habia leído en el rostro de mi judía, estaba muy creído de que mi timidez y torpeza no la habian disgustado, como habia podido inferir de su conversacion con mi tío, en que se veia que no se la habia escapado mi preocupacion ni mi figura en la ventana. Por consiguiente, ya nos habiamos comprendido, y estaba mil veces mas adelantado de lo que creia, pudiendo en adelante entregarme á la inclinacion de mi corazon, sin detenerme en la dificultad del primer paso, ó por temor de serla extraño. Empecé por sacar una copia exacta de estas agradables líneas; despues, sintiendo el pesar que habia causado á mi tío, aproveché su ausencia para llevar el libro, que puse entre los demás, de modo que creyese que él mismo lo habia estraviado.

Volví á mi cuarto, donde me encerré para estar solo con mis pensamientos, que aquel dia me sirvieron de dulce compañía. Sin cesar repasaba en mi espíritu las mismas cosas para ver de hallarlas nuevo aspecto, hasta que fatigado al fin, dejé lo hecho para ocuparme de lo que habia de hacer; pues el único objeto de mi vida era unir su suerte á la mia.

Tenia yo diez y ocho años, era estudiante, sin estado y sin mas recursos que las bondades de mi tío. Pero estas dificultades me detienen poco, allanándolas yo con mil recursos que sacaba de ese valor que da la vivacidad de un primer amor. Ennoblecido mi corazon por la ambicion, el desinterés y los vagos deseos de gloria, me elevaba hasta mi querida judía, y entonces obtenia su mano, ofreciéndola una suerte digna de ella. O bien, pensando cuán lejos estaba aun de estas brillantes cualidades, me formaba la idea de que era pobre, oscura, abandonada, de tal manera que ganase uniéndose á mí; y viniéndome á la memoria los desdenes del portero, formaban entonces mi única esperanza.

Era domingo; las campanas llamaban los fieles al templo, y su monótono sonido llevaba la calma á mi alma; pero se callaron, y el silencio de las calles reanimó mi pensamiento, que habia ido aun mas allá

de los obstáculos. Bien pronto la armonía de los cánticos sagrados y el sonido grave del órgano, mezclándose dulcemente en mi sueño, llegó insensiblemente á figurarme en medio de los fieles, gozando de una tranquila felicidad al lado de mi compañera, leyendo los dos el mismo salmo, hijos sus bellos párpados sobre el libro, mezclándose su aliento al mio, y participando de una dulce felicidad sobre esta tierra, y una comun esperanza en la otra.

Pero una judía en el sermón! No, no se me ocurrió esta idea. Un corazon enamorado no convida á sus sueños mas que sus deseos y su imaginacion, sociedad dulce y agradable que nada incomoda en sus ocios. Ay! despues he vuelto á la tierra caminando en compañía de la realidad, bajo la férula del juicio y de la razon. No proporcionándome todos estos rígidos preceptos un momento que se pueda comparar á las celestes emociones de entonces. ¿Por qué han de ser tan cortos estos momentos y no se han de volver á encontrar?

Ignoraba el nombre y la morada de la que así se habia apoderado de mi existencia. Aguardé con impaciencia creciente que llegase el lunes; pero ella no pareció. El martes y el miércoles se pasaron lo mi mo. A los dos dias supe que habia muerto el enfermo á quien ella habia asistido. El viernes, impaciente, subí al cuarto de mi tío; un desconocido llamó á la puerta y le entregó un paquete.

—Abre esto, Julio, me dijo.

Lo abrí: era el libro de tafíete; sobre la cubierta interior se leian estas palabras:

Si muero, suplico entreguen este libro al señor Tom, de quien le he recibido.

Y mas abajo: *Y si el señor Tom gusta, se le dará á su sobrino, en recuerdo de la que ha recibido en la biblioteca.*

—Si ella muere! exclamé. Morir ella!

—Pobre niña, dijo mi tío Tom; ¿qué la habrá sucedido?

—Dónde vive, tío mio?

—Iremos juntos á saber de ella.

Un instante despues estábamos en la calle. Estaba lloviendo, é ibamos casi solos. Al volver una calle vimos alguna gente. Mi tío alzó el paso...—¿Qué es eso? dije: no vamos?...

—Pobre Julio, ya es tarde! Era su entierro, pues hacia dos dias que las viruelas la habian arrebatado.

Desde el dia siguiente empecé á holgar: holganza de amargura y de vacío, ratos insípidos, disgusto del mundo, de los hombres, de la vida misma, sin el encanto de algunos recuerdos. Tuña por toda compañía y por único amigo el libro; y cuando leia el renglon destinado á mí, el pesar oprimía mi corazon, hasta que corrian de mis ojos lágrimas que me aliviaban.

El otro amigo era mi tío Tom. Le dije todo; y cuando le conté mi estratagemá, no hallé en su corazon mas que indulgencia y bondad. Conmovido por mi tristeza, tomaba parte en ella, sin comprenderla del todo; y cuando por la noche me veia sombrío, acercaba dulcemente su silla á la mia y permaneciamos en silencio, unidos ambos por un mismo pensamiento. Despues á intervalos decia él con gran sencillez:—Una niña tan instruida!... una niña tan hermosa y tan jóven!—Y á la luz del hogar veia pintarse una lágrima en sus arrugados párpados.

En fin, el tiempo vino tambien en mi ayuda, volviéndome la calma y otros placeres, aunque nunca iguales, pues allí enterré mi juventud.

ENRIQUETA.

Qué fiel es el corazon cuando es jóven y puro aun! qué tierno y sincero es! Cuánto amaba yo á esta judía, apenas vista y tan pronto arrebatada! Qué imagen tan angelical me fué: quedado de este ser frágil, conjunto encantador de gracia, de pudor y de belleza!

La idea de la muerte tarda mucho en nacer; en los primeros dias de la vida esta palabra carece de sentido. En la infancia todo es florido, naciente, creado de ayer; para el jóven todo es fuerza, juventud, superabundancia de vida. A la verdad, algunos seres desaparecen de la vista, pero no mueren... Morir! es decir, perder para siempre los goces; perder la risueña vista del campo, del cielo; perder este mismo pensamiento, lleno de brillantes esperanzas, de ilusiones tan presentes y tan vivas!!!...

Morir! es decir, ver esos miembros llenos de vigor, enardecidos por

se tratase de juzgar si la especie de escepticismo que atribuyo á mi tío es una cosa buena ó mala en sí ó por su tendencia, yo creo estaría conforme con estos lectores; pero me separo de ellos desde que se autorizan con la naturaleza de una doctrina para rehusar su afecto y su estimación al hombre que la profesa, si este hombre es bueno y honrado.

Además, estos lectores son dignos de escusa, pues su opinión dimana de un origen respetable. En efecto, el mayor número de hombres, quiero decir de los que hacen honor á la especie, han estado mas de una vez en estado de reconocer por sí mismos la insuficiencia de las inclinaciones buenas para dirigir siempre al bien; y cómo estas inclinaciones sucumben frecuentemente cuando están en lucha con otras inclinaciones menos buenas. De ahí, á su vista, la absoluta necesidad de principios y creencias, auxiliares poderosos, y los únicos para asegurar la victoria al bien. De ahí tambien su desconfianza para con aquellos en quienes no creen reconozco estas garantías.

Justamente en esta opinion es donde en el fondo yo participo y encuentro la explicacion y en cierto modo la llave del carácter de mi tío y de las aparentes contradicciones que ofrecian entre sí al primer golpe sus opiniones y su vida. Este hombre era de un temperamento naturalmente tan bueno, tan honrado y tan benéfico, que quizás no se haya encontrado nunca, como los lectores de que hablo, en estado de reconocer la necesidad de ningun auxiliar que le llevase al bien, y aun menos que le impidiese hacer el mal. Una decencia natural le habia preservado de toda clase de desórdenes; una timidez natural y su vida solitaria le habia hecho conservar una antigua sencillez, mientras que su corazon, humano mas bien que sensible, generoso mas que ardiente, y no gastado por decepciones y desconfianzas, habia retenido cierto verdor juvenil que se manifestaba en sus sentimientos y en sus proceder. Y como sucede cuando las virtudes no han costado un esfuerzo, no tenia orgullo ni rigidez; una verdadera modestia, una bondad cándida y cierto encanto de inocencia completaban las amables cualidades de este excelente anciano.

Así, á pesar de las opiniones mas ó menos extrañas y contradictorias que podian flotar y coexistir en el espíritu de mi tío, ó establecer una lucha entre sí, á despecho de los principios de moral ó de conducta que podian lógicamente emanar de estas opiniones, sus costumbres llevaban todas el sello de la mas severa honradez y de la mas verdadera bondad. Si bien es verdad que pasaba los dias de la semana en laboriosas investigaciones que le preocupaban del todo, consagraba el domingo á un decente y tranquilo reposo. Por la mañana un viejo barbero, contemporáneo suyo, iba á afeitarse y á arreglarle la peluca; despues, poniéndose un vestido color de castaña, nuevo, aunque de hechura antigua, iba á la iglesia de su parroquia, apoyado en su baston de paño de oro y llevando bajo el brazo los salmos muy bien encuadrados en piel de zapa, con broches de plata. Sentado en su sitio de costumbre, escuchaba el sermón con una concienzuda atención, ó indudablemente ninguno tenia mas candor que él en aplicarse sus doctrinas. Su voz cascada se mezclaba á los cánticos, y despues de haber echado en el cepillo su ofrenda, arreglada, pero siempre la misma, volvía á casa, comiámas juntos, y consagrámbamos la tarde á los apacibles paseos de que ya he hablado.

Estos rasgos, que no se refieren mas que á alguno de los hábitos de mi tío, bastan para dar una idea de la honrada sencillez que presidía á todos los actos de su vida solitaria; pero no indican de ningun modo la bondad igualmente sencilla de su corazon; y me encuentro sumamente embarazado para pintarla sin quitarla todo su encanto, y á riesgo de pintar como virtudes lo que era en él natural modo de estar. Diré que habiendo quedado protector mio por muerte de mis padres, que habian dejado algunas obligaciones que cumplir, nunca le habia venido á la imaginación que no fuese una cosa natural suya el satisfacerlas echando mano de sus módicos capitales? Diré aun que nunca se imaginó por un momento que no tuviese yo derecho á todos sus sacrificios, sin que examinase siquiera si era yo digno de ellos, si era dócil á sus consejos ó reconocido á sus beneficios? A los ojos de muchos parecerán estas cosas deberes ya trazados, y dirán que la bondad se pinta quizás mejor en actos mas sencillos.

Soy de la misma opinion; y siento que la vieja criada que durante treinta y cinco años tuvo el gobierno de la casa de mi tío, no tenga aquí la pluma en mi lugar. Menos achacoso que ella, encontraba mas sencillo suplir el mismo la irregularidad de su servicio, que darla una rival; y en lugar de incomodarse por esto, solia embromarle con algun tema de afectuosa alegría. Es verdad que algunas veces la reprendia; pero era solamente por no ser dócil á sus prescripciones; y aunque la tiranizaba tratándose de Hipócrates, cambiando mi pobre tío en algun modo de oficio con ella, habia llegado á ser su servidor. En los últimos meses de la vida de esta muger, la ponía su silla enfrente, y le he visto algunos dias, despues que la llevábamos allí juntos, hacer él mismo la cama de su vieja criada, y obtener aun una sonrisa de sus descoloridos labios.

Una noche, experimentando esta muger un dolor extraordinario, mi tío, despues de haberse hecho decir los síntomas con el mayor cuidado, consultó su libro, ideó una droga magnífica, y salió á eso

de las doce para hacerla preparar á su vista en casa del boticario. Pero prolongándose su ausencia, me llamó Margarita para hacerme presente su inquietud, y vistiéndome á toda prisa, corrí á casa del boticario por el camino mas corto. Acababa de salir mi tío. Tranquilizado con esta seguridad, me encaminé por la calle que debió seguir, que es la de la Cité.

Habia andado la mitad de esta calle, cuya pendiente es rápida, cuando vi á alguna distancia á un hombre solo, que en sus trazas no pensó al pronto fuese mi tío. Llevaba con trabajo un objeto pesado que dejó por dos veces como para tomar aliento, y despues, al llegar al extremo de la calle, le colocó en un rincón formado por la saliente de las casas, asegurándose con el extremo de su baston que este objeto no podia ya estorbar el paso.

Reconocí á mi tío, que se quedó muy sorprendido al verme. Despues de haberle explicado el motivo de mi expedición, me dijo:—Ya estaria allá si no hubiera sido por un enorme guijarro en que he tropezado fuertemente; y apresuré el paso cojeando.

Este rasgo pinta á mi parecer á este hombre excelente. Tan anciano, cojo, y estando de prisa, habia él solo llevado aquella gran piedra á un sitio en que no pudiera dañar mas, siendo esta la única circunstancia que habia ya olvidado de su aventura.

Ya se comprende ahora mejor con qué tristeza consideraria yo aquel dia el temblor de la mano de mi tío. Reunía este signo con otros que atribuía á la misma causa: la creciente sobriedad de su régimen, sus paseos demasiado cortos, y el domingo en la iglesia le causaban un entorpecimiento contra el cual le veía luchar con esfuerzos.

Pero mientras me entregaba á estos tristes pensamientos, mis ojos encontraron aquella imagen... que habia vuelto á ser colocada en su sitio. Me quedé sorprendido, pues creia que mi tío la hubiese vendido á cierto israelita que andaba en ajuste de este cuadro hacia ya algun tiempo; así que me levanté maquinalmente para ir á examinarla.

—Esta imagen... dijo entonces mi tío. Y algo de emocion alteró su voz.

Lo único sobre lo que mi tío me contrarió indirectamente, y ya se sabe por qué medios, fué mi inclinación á las bellas artes. El grande interés que tenia de ver al único vástago de la familia entrar en la gloriosa carrera de las ciencias, pudo solo obligarle á adoptar aquel método, que aunque era inocente, habia costado mucho á su rectitud y bondad; y seguramente se acusaba, como un gran rigor, el haberme quitado de la vista aquella imagen. No fué menester mas para que la agitacion y un poco de vergüenza agitasen su alma cándida y serena.

—Esta imagen, repuso mi tío, la habia quitado de ahí por razones... Debiera no haberla quitado... Te la doy y tú dispondrás de ella.

Mientras que decia esto mi tío, habia vuelto á tomar su calma habitual. En cuanto á mí, sorprendido en medio de mi tristeza por estas palabras de pesar, que acompañaban á un don generoso, me tocó á mi vez el estar conmovido y confuso.

—Pero, continuó él sonriendo, me darás en revancha mis libros, pues Grotius se está fastidiando allá abajo y Puffendorf está descansando... La vieja me habla de arañas que estien den su tela de uno á otro... En fin, cada uno siga su inclinación... El derecho es una carrera honrosa!... pero qué? Las artes son buenas tambien... Se pinta la bella naturaleza, se componen escenas variadas, se forma uno un nombre. No se hace uno rico, pero en fin puede uno vivir cómodamente... Con economía, algunas ganancias, un poco de ayuda... bien pronto, cuando yo deje de existir, mis cortos bienes...

No pudiendo contener á esto mis lágrimas, di curso á ellas, entregándome á toda la aflicción que provocaban en mí estas palabras

Mi tío se calló, y equivocándose sobre la causa de mis lágrimas, no intentó al principio consolarme; pero acercándose á mí despues de un rato, me dijo:

—Una niña tan instruida... tan bella... tan jóven!

—No es por ella por quien lloro, tío mio; pero me decís cosas tan tristes! ¿qué será de mí cuando falteis vos?

Sacando estas palabras á mi tío de su error, le causaron un alivio tan grande, que al momento recobró su alegría.

—Oh! pobre Julio, con que lloras por mí?... Bueno! bueno! eso no vale nada, viviremos... á ochenta y cuatro años ya se conocen las cosas, y luego tengo allí mi Hipócrates. No hay que llorar, hijo mio. Se trata de las bellas artes... de nada mas... y despues de tu suerte. Ya ves tú que la edad alcanza tanto á tí como á mí... ¿No te gusta el derecho?... Pues bien, dedícale á las bellas artes... pues es cierto que es preciso tener vocacion para su oficio. Tomarás la imagen, te buscaremos un obrador... empezará aquí y concluirá en Roma; eso será lo mejor. El mal está en vegetar; con un fin se trabaja, se camina, se llega, se casa uno...

Yo le interrumpí:—Nunca! tío mio.

—Nunca? Sea, pues es permitido... Pero, Julio, ¿por qué te haces célibe?

—Es que, le dije algo confuso, me lo he jurado á mí mismo... desde que...

—Pobre niña!... tan instruida!... Pues bien, sigue tu idea: aun vivo yo; lo importante es que tomes un estado, y vamos á ocuparnos de ello.

Hice un esfuerzo como para parecer alegre por dejar el derecho por las bellas artes; pero tenia el corazon demasiado lleno de tristeza y de reconocimiento para que tuviese cabida ningun otro sentimiento. Al cabo de algunos momentos me retiré, despues de haber abrazado tiernamente á mi tío.

Así se explica mi segunda asercion. Ahora comprendereis, lector, que habiéndome hecho artista y plebeyo, un doble motivo me lleva alrededor de los emparrados ó me llama á figurar en ellos. Aun hay otro, y es el placer de frecuentar los mismos sitios en que me paseaba en otro tiempo en compañía de mi tío. Sentado yo mismo en la larga mesa, me le figuro errante por las sombras de alrededor, deteniéndose á escuchar, á mirar aquí y allí; su sonrisa me acaricia como un soplo, teniendo aun presente su memoria.

Además, independientemente del arte, que encuentra allí un pasto abundante, estos placeres son verdaderos y estimados entre todos los placeres, tan deseados en familia, uniendo al goce la decencia, y realizando la sencillez su encanto. ¡Durante los dias algunas veces tan ingratos de la semana, no hay una cosa mas dulce é inocente que el de reunir su familia con la familia de su amigo ó vecino, para ir á pasar un rato agradable bajo las palmeras de la llanura ó los castaños de la montaña! ¡Cuán radiante aparece el sol del domingo y brillante el azul del cielo! Despues de los actos de devocion que santifican este dia, temprano ó ya á mediodía, pues que el calor del sol no pesa sobre los que el gozo aligera, estas familias se esparcen fuera de puertas, respondiendo la alegría del rostro al aspecto natural de los vestidos de fiesta. El paso de los padres ó el del abuelo, si aun toma parte en estos placeres, arregla la marcha; sin embargo se juega libremente alrededor, y la jóven hija, si procura agradar á los jóvenes, como es su invencible inclinación, protegida por la vista de su madre, no se halla encadenada ni por una falsa reserva ni por una triste gazonería. Las risas, los juegos, una alegre malicia y un picante atractivo reunen y animan á esta gente de buen humor: los padres hablan al murmullo de esta alegría, y detrás de ellos el mismo abuelo se regocija al ruido de estos placeres de otra edad.

Y no son estos mas que los preludios. Llegan bajo la palmera; la fresca, el reposo y la mesa dispuesta les convidan á la vez; y cualesquiera que sean los manjares, el apetito y la dicha les prestan un sabor agradable. Los azares aun incómodos de una cocina rústica no son sino motivos de alegría y de fortuna para esta sociedad risueña. Sin embargo, se rodea al abuelo de consideraciones, tratándole á su gusto; el ruido se disminuye á su lado, y cada jóven se honra en atestiguarle respeto, feliz por hallar así un título de preferencia de la nieta del anciano.

¡Qué agradables son los momentos que siguen á esto! Los grupos se dispersan, brillando aquí y allí los vestidos blancos en los céspedes de alrededor; bajo la impresion de la tarde suceden á la alegría del banquete una apacible conversacion, mas intimidad, un dulce abandono, y el término de la jornada que ya se acerca hace los instantes mas preciosos. Así no negaré yo que mientras los padres permanecen hablando alrededor de la mesa ó descansan en algun lugar tranquilo, se cambie algun tierno propósito; que el placer de parlarse de la multitud no sea muy vivo ó palpitante de alarma y de felicidad; que no haya en fin algun disgusto cuando desde la palmera se da la señal de reunion y de partida.

¿Pero dónde está el mal? ¿y de qué modo mas honesto aprenderán estos jóvenes á conocerse, á amarse, y elegirse por esposos? Sí, sus padres que hablan ó que reposan, tienen razon para no temer lo que de otro modo no quieren ver, teniendo por garantía el recuerdo de su mútua honradez, y sabiendo que donde está la familia todo se purifica, y que reunida es un santuario de donde está desterrado el pecado.

Estos fueron los placeres de nuestros padres; aun quedan las huellas, que se van borrando en medio de ese universal cambio de costumbres, donde van á perderse á la vez la antigua aspereza y buen natural; donde por un bienestar creciente, pero sin sabor, se cambian de dia en dia los sencillos goces conquistados por el trabajo, las dulzuras de la fraternidad, y la fuerza santa de los lazos de la familia.

Pero lo que en todos tiempos causa mas estragos en la sencillez y buen natural de los placeres, es el germen, el indomable germen. Él es quien disminuye las filas de estos amables y honrados paseantes; él es quien proscriba esos placeres sin fausto y sin gasto; él es quien quiere que su individuo se ostente en alguna plaza pública; él es

quien le aconseja esos bigotes y esas espuelas que no tienen valor mas que á la puerta de un café, ó para andar por una calle de buen tono; él es quien le hace el domingo huir de su calle, de su tienda, de su mismo padre y de los parajes en que este está; él es quien le hace encontrar magnífico ese jamego que le lleva en un resto de fiacre, amarillo como el forro viejo de una bota, hasta alguna ahumada hostería; él es tanto ó mas que el placer, quien le aleja de la sociedad de los suyos, y quien le da ese tono deshonesto, ese aire licencioso, con que divierte á los amigos de su eleccion.

Sí, el germen es el que gobierna al hombre! Si no es de un modo, es de otro, y siempre con mas imperio, á medida que su condicion es mas elevada. El germen es quien falsea sus placeres, quien oprime su espíritu, quien corrompe su corazon. Cuando las pasiones ó las vicisitudes de la vida, cuando las desgracias públicas ó privadas no cubren su voz, domina como amo al hombre y la sociedad; las costumbres, los usos y los sentimientos de cada uno y de todos, se arreglan por su voluntad, ó varian segun sus menores caprichos. Entonces los hombres se aíslan ó se unen, no por agravios verdaderos ó por causas santas, sino por miserables ventajas, por falsos brillantes que las adornan, ó por atavios que encubren su alma vacía. Entonces se les ve sacudirse el polvo sobre sus iguales, únicamente ansiosos del deseo de alcanzar á los que les preceden; entonces la indiferencia sustituye á la fraternidad; la envidia á la simpatía; entonces vivir no es ya amar, gozar, sino parecer!

Y si tiempos como los nuestros son, por la molición del bienestar y por la palidez de los espectáculos, propios á estender el imperio del germen, lo son aun mas por la tibieza de las almas, por la nulidad de las convicciones y por ese engaño de igualdad con que se alimenta una sociedad loca de sus votos. ¿Qué sitio no dejan al germen para crecer y desenvolverse desmedidamente, esos corazones en que no se oculta ninguna llama, en que no se arraiga ninguna creencia, que ninguna pasion conmueve profundamente? ¿Qué vasto campo no le abre ese principio de igualdad, mal interpretado, predicado por los que no creen en él ni le aceptan, ávidamente recibido por los que no le comprenden, admitido únicamente como un derecho, un deber, un furor de igualarse al mas elevado que él! Vedlos precipitarse todos en esa liza, en que, aunque se ven codeados, magullados y mutilados, no dejan de estar unos á la cabeza y otros en las últimas filas... En lugar de permanecer en su sitio para mejorar, le hollan con despecho avergonzados de estar allí, impacientes por invadir el puesto de otro, y envidiosos de pavonearse en él á su vez! Necios, hombres sin corazon, á quienes mueve con sus frágiles aunque innumerables hilos, la mas mezquina de las pasiones, la vanidad!

Este germen es pues, á todo tirar, un triste consejero, un amo miserable; y si no es posible estirparlo de raíz, al menos es deber del hombre sensato el removerle sin cesar y detener los retoños á medida que los vea aparecer.

Despues de veinte años que me empleo en esto, creo que he detenido algunos vástagos y atacado algunos retoños; ¿pero podré decir que he reducido á la nada mi germen? Eso seria mentir. Yo le siento menos voraz quizás, pero de bastante grandor aun, dispuesto á la menor señal á estenderse en vástagos lascivos, á ahogar todos los gérmenes buenos, á los que he dado lugar, reduciéndole á él. ¡Cosa singular! Pasando de ciertos limites, el esfuerzo se vuelve contra vos; queriendo estirpar el germen, reformais otro á su lado, y decís: «Puedo lisonjearme de que no tengo ya vanidad,» y esto mismo es vanidad. Así, no pudiendo hacerlo todo, he atendido al mas apremiante. Le dejo para entretenerse mis cuadros, mis libros, quitándole siempre los prólogos, aunque algunas veces me haya dado consejos sobre esto, pero es de las cosas mas serias que he puesto al abrigo de sus tiros.

Luego siguen mis amistades. Yo quiero que no se meta en nada de esto; que los lazos sean libres, pero fuertes; que el manantial sea profundo, siempre fresco y puro, el abrigo de vientos y tempestades; que no sea como un arroyuelo que se escapa por cada declive, que se divide á cualquiera rodeo, y cuya onda, tan pronto caliente, tan pronto fresca, baña cualquiera flor, se impregna de cualquiera sabor, y cambia segun el color del cielo ó con la arena de su lecho. Quiero amar en mi amigo su afecto á mí, el encanto que experimento en amarlo yo mismo, nuestros recuerdos comunes y esperanzas mútuas, nuestras conversaciones íntimas, su corazon conocido del mio, sus virtudes que cautivan mi alma, sus talentos de que mi espíritu goza, y no su carruaje, su fonda, su rango, su empleo, su poder ó su fama. Yo le quiero, germen; así, retiráte!

Estos son pues mis placeres. Quiero buscarlos donde los halle mi inclinación, sin atender al vestido de las personas, ni al dorado de los techos. Los quiero sencillos, si puedo, pero verdaderos siempre; sacando su sabor de algun condimento del corazon ó del espíritu, de algun atractivo vivo y honesto, de alguna inocente conquista sobre el mal, sobre la pereza ó sobre el egoismo; quiero gustarlos en el placer de otros, mas que en el mio propio, pues el mayor goce es el que se divide, se estiende, circula y penetra el corazon de un calor espan-

sivo. Así, germen, retráte! Déjame bajo mi palmera con esas buenas gentes.—Pero mirad que os ven!—No me dá cuidado.—Pero estais en mangas de camisa!—Así estoy mas fresco.—Mirad que pareceis ser de ellos!—Así lo comprendo.—Ved qué carruaje!...—Que rueda.—Mirad á esos ciudadanos que os conocen!—Salúdalos de mi parte y retiráte, germen!

Este es en fin mi buen sentido, mi modo no solamente de conducirme, sino de juzgar á los demás, de pesar lo que valen y de colocarlos en mi estimacion. Retiráte aun, germen! Eres el padre de la tontería, si no la tontería misma. Atrás! Ya veo lo que me enseñas, lo que me acercas; muchas veces hay algo de bueno y hermoso en ese esterior que te seduce; pero tambien hay algo de bueno y hermoso bajo ese paño burdo que tu desdenas. Antes de pesar á estos hombres, espera que despoje al uno y al otro, germen! Tenia un tio de quien hubieras tenido vergüenza mas bien que gloria... he amado una judía que no hubiera obtenido mas que tus desdenes... Retiráte pues para siempre!

Además de mi tio Tom, yo y el pintor de que ya he hablado antes, habia otros inquilinos en la casa. Paso á enumerarlos yendo de abajo arriba, para llegar así hasta aquel que mas cercano al cielo, tomó poco despues dicho camino, dejando vacante un hermoso sotabanco que daba al Norte, donde yo me establecí.

No me preguntéis, lector, lo que tienen que hacer en mi historia estos nuevos personajes. Nada quizás. Pero si ya me habeis acompañado hasta aquí, ¿que os costará una pequeña digresion? Ya estais acostumbrado á ello, y yo habré hecho revivir estas figuras que me son gratas, como lo es todo recuerdo de la edad primera. A mí pues, antiguos inquilinos, vecinos de otro tiempo, fuera hoy de la escena del mundo, pero cuyo recuerdo lejano cultiva mi corazón con encanto!

En el mismo piso que nosotros habia un regente retirado, un buen viejo, solamente ocupado de comer agradablemente una paga muerta ganada con cuarenta años de trabajos. Epicureo, jovial y tranquilo, regaba por la mañana las flores de un jardinito; á mediodía solia dormir regularmente la siesta, y despues de comer se ponía á tomar el fresco de la tarde en compañía de algunos canarios que criaba, piando y revoloteando á su lado. Sin embargo no habia roto del todo con su antiguo estado, y su principal entretenimiento era aplicar á cualquier cosa y al primero que se presentaba alguna sentencia sacada de sus recuerdos clásicos. Ya habia pasado yo por su férula, y no era del todo insensible al gusto prosódico de sus apotegmas; así que, me amaba él y casi nunca me encontraba sin apostrofarme á su modo:

*Puer, si qua fata aspera rumpas,
Tu Marcellus eris,*

Y su redonda panza iba y venia con una risa prolongada y agradable, á la que tenia yo envidia sin participar de ella. Si ocurría que alguna criada antigua le llevaba algún regalillo de su pueblo...

Timeo Danaos, et dona ferentes!

Y la panza seguía su curso. Pero si se trataba de su esposa, entonces no cesaba:

*Dum communtur, dum molientur, annus est...
...varium et mutabile semper femina!
...notumque, furens quid famina possit!*

Y otros muchos. Sin embargo la señora hacia compotas encontrando detestable el tono de su esposo, lo que inducia á este á murmurar:—*Melius nil cælibe vita.*

En el piso de encima habia un octogenario regañón y melancólico, antiguo magistrado de la república. Sentado por el verano en una gran poltrona pasaba el tiempo junto á su ventana, desde donde contemplaba lastimosamente la calle, viendo en todas las cosas la decadencia del estado y la ruina de las costumbres: en las casas blanqueadas, en los muros revocados, en los sombreros redondos, en la rareza del peinado, y sobre todo en los devaneos de los jóvenes,

*...Cuncta terrarum mutata
Præter atrocem animum
Catonis,*

decía el regente. Por el invierno, encerrando sus flacas piernas en botas de carton, vivía en el rincón de su chimenea, no dejándole mas que para ir una vez al mes á socorrer á su puerta algunos mendigos contemporáneos suyos, antiguos restos, en los que reconocía aun los vestigios del buen tiempo y los restos carcomidos de esa antigua república tan cambiada y decaída.

Encima de este triste viejo vivía muy retirada una numerosa familia, cuyo jefe era un geómetra empleado en el catastro. Este hombre todo el día con su plancheta, pasaba una parte de la noche sobre sus planos. Me acuerdo que tenia el orgullo de la sujecion laboriosa é independiente, y si de vez en cuando se permitía entre familia un rato de placer, saboreaba el goce con un aire grave y arrogante que me imponía á mí que era joven un respeto mezclado de admiracion.

*Dos est magna, parentium
virtus.*

decía con gravedad el mismo regente.

Antes de llegar al sotabanco, se pasaba por la habitacion de un profesor de violon. Este daba leccion todo el día, reservándose la noche para componer temas sobre su instrumento.

*modo summa,
Modo hac resonat quæ chordis quator ima.*

Alrededor de este músico habia cuartitos ó gabinetes arrendados ó subarrendados á estudiantes que daban leccion en su casa. Estos señores, grandes fumadores, daban su repaso, cantaban coplas y tocaban la trompeta ó el clarinete; de suerte que siempre habia sinfonia en esta habitacion.

!Quousque tandem!!!

Por último, el sotabanco de que he hablado.

Este sotabanco era grande, con una luz magnífica. El geómetra le quería y yo tambien; así que hicieron una ventana, levantaron un tabique, y cada uno tuvimos nuestro sotabanco.

Allí volví á encontrar la vista del lago y de las montañas. Mi ventana se hallaba á nivel y muy cerca de esos grandes rosetones góticos que hay á la mitad de las torres de la catedral. Desde esta elevada region la vista se extendía sobre tejados desiertos, mientras que el ruido de la ciudad moría antes de llegar.

Pero yo empezaba á llegar á la edad en que esas impresiones no ejercen ya su poderoso imperio, y mi corazón buscaba todos los días en sí mismo sus emociones y su vida.

Por esta misma causa no era tan vivo mi gusto por la imitacion, pues para esto se necesita una calma que no tenia. Frecuentemente agitado y turbado por los vagos movimientos de una ternura sin objeto, apenas veía mi modelo, miraba con disgusto mi copia ingrata, y dejando el pincel me abandonaba á mis sueños durante horas enteras.

Esta vida interior tiene un encanto y su amargura. Si estos sueños son dulces, el despertar es triste y sombrío; el alma entra en la realidad habiendo fatigado ó perdido su móvil: así que, incapaz despues de esto de volver á emprender mi trabajo, y no menos incapaz de hacer renacer mis sueños, dejaba mi habitacion para ir á pasear fuera mi fastidio.

En uno de estos paseos fué donde un encuentro fortuito vino á sacarme de ese estado de languidez y de semiociosidad.

Un día iba á entrar en mi casa por la puerta que hay junto la iglesia bajo un gran tilo. Un magnífico tren estaba ya estacionado. Apenas hube pasado, cuando una voz, que reconocí al punto, me hizo volver la cabeza con vivacidad... «Señor Julio!» exclamó la misma voz con emocion.

Estaba tan turbado que vacilaba acercarme, hasta que creí comprender que se me invitaba á ello. Retrocedí, y abriendo con rapidez la portezuela, me hallé en presencia de la amable Lucy. Estaba vestida de luto y los ojos bañados en lágrimas... Al ver esto las mías corrieron tambien.

Al momento me vino á la imaginacion su vestido blanco, sus alarmas filiales, las palabras del anciano y su bondad para conmigo... Oh! Cuán merecedor era de que viviese, la dije al instante, y qué pérdida tan cruel es, señorita... Permitid que dedique estas lágrimas al recuerdo de su amable bondad. Muy conmovida aun Lucy para responderme, me apretó la mano con un movimiento, cuya graciosa reserva moderaba tan reconocido afecto.

—Espero, me dijo ella en fin, que mas dichoso que yo conservareis aun vuestro señor tio...

—Aun vive, la dije, pero la edad se acumula y le agobia... Cuántas veces, señorita, he pensado en vuestro padre!... comprendiendo cada día mejor vuestra tristeza.

Volviéndose entonces Lucy hacia un señor que estaba sentado junto á ella, le explicó brevemente en inglés la casualidad á que ella debía conocerme, así como á mi tio, cinco años antes; y cómo mi vista,

recordándole vivamente un día en que su padre habia sido tan feliz y tan amable, le causaba esta emocion. Añadió algunas palabras de elogio hacia mí y hacia mi tio, y cuando habló de mi condicion de huérfano, encontré en su espresion y en sus palabras esa compasion que otras veces me habia conmovido tanto. Cuando hubo acabado esta relacion, el caballero, que parecia no hablar el francés, me tendió la mano con una espresion afectuosa de estimacion.

Entonces, dirigiéndose Lucy á mí:—El señor es mi esposo; es el protector y el amigo que me ha elegido mi mismo padre... Despues del día en que le visteis, señor Julio, no debia conservarle por mucho tiempo... Dios se le ha llevado diez y ocho meses despues... Mas de una vez se sonrió al recordar vuestra historia... En cualquier tiempo, añadió ella, que tengais una desgracia igual á la mia, os suplico me escribais... Voy á saludar á vuestro tio... Qué edad tiene? —Ya entra, señora, en los ochenta y cinco años.

Despues de algun silencio que hubo por la impresion de esta respuesta:—Habia venido á hablar al pintor que ha hecho el retrato de mi padre... ¿Creeis, señor Julio, que podrá hallarle solo?

—Sin duda ninguna, señora. Me podeis decir vuestras órdenes y se las trasmiré á mi cofrade.

Ella me interrumpió:—Oh! habeis seguido al fin vuestra inclinacion... Pues bien, acepto vuestra oferta y ya escogeré un momento... Pero mi esposo y yo quisieramos ver vuestras obras... ¿Habitais esta misma casa?

—Sí señora... Y aun que me encuentre algo confuso por no poderos enseñar mas que miserables ensayos, no tengo intencion de rehusar por amor propio el honor que queréis hacerme.

Aun tuvimos algunas palabras. Bien pronto bajé, y el carruaje se alejó.

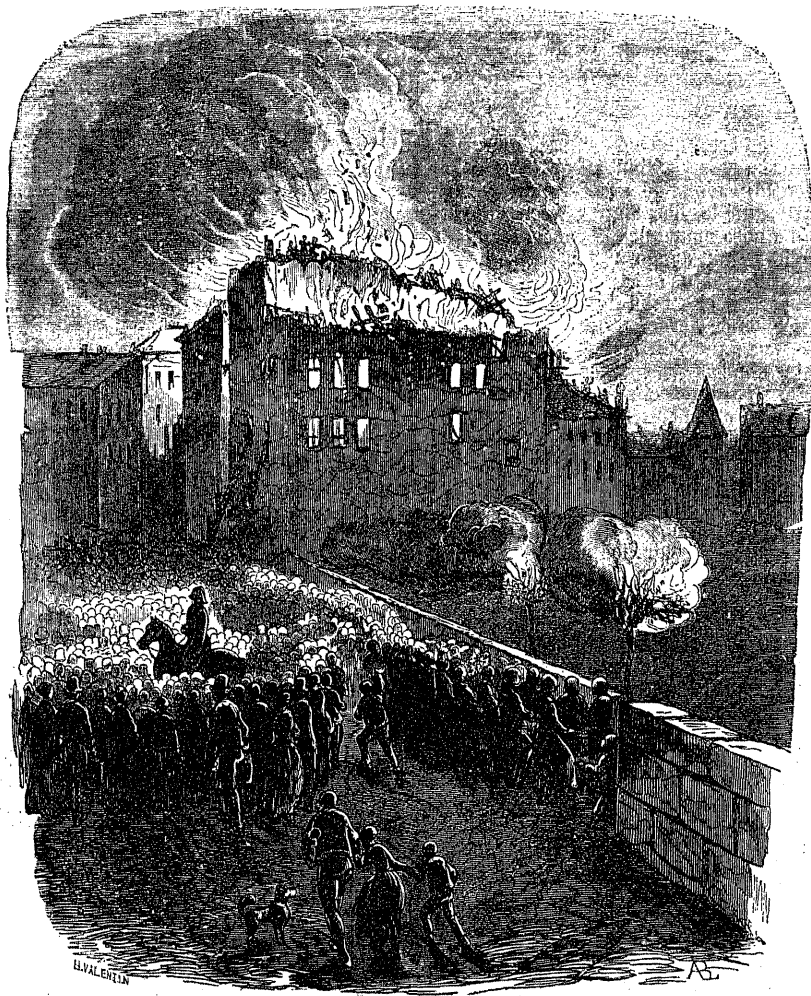
Este encuentro inesperado, volviendo la vida á emociones antiguas y tiernas, me sacó de la especie de letargo en que vegetaba hacia algun tiempo.

Pero, ¿me atreveré á decirlo? Si he amado siempre á mi judía y su memoria, desde este día fué sin embargo cuandomis pesares perdieron su amargura, y cuando mi alma, libre de lo pasado, empezó á dirigirse al porvenir, dulcemente cargada con un recuerdo que le era menos penetrante, sin dejar de ser amable y querida.

Con todo, esta entrevista no habia estado exenta de toda nube. Aunque habiendo olvidado á Lucy, aunque no habiendo podido formar nunca, aun en el seno de mis mas locos sueños, el menor proyecto de ser nunca para ella alguna cosa, desde el principio la vista de este caballero sentado junto á ella fué triste para mí; y cuando supe de boca de Lucy que estaba casada, atravesaron mi corazón unas ráfagas de turbacion y de celos.

Pero esto fué como un soplo pasajero; aun antes de dejar el carruaje ya habia dado mi corazón á este caballero, no viendo ya en Lucy mas que su esposa amable á quien me permitia querer.

Pasé los días siguientes con este recuerdo y con la esperanza de



Durante este debate los techos ardiendo acababan de hundirse con terrible estrépito. (LA HERENCIA.)



Es una cosa sumamente incómoda esa familiaridad amistosa que se instala en nuestro sillón. (LA HERENCIA.)

volver á ver bien pronto á Lucy. Había hecho algunas copias; entre otras la de aquella imagen, dos ó tres retratos, y algunas composiciones, la mayor parte de una ejecución mas que mediana, pero que no carecían de cierto indicio de talento. Como se puede creer, el germen me ayudó con el mayor placer á disponerlos á su gusto, y todo estaba dispuesto para recibir á Lucy, cuando llegó esta en efecto acompañada de su marido.

Aun ahora no puedo pensar en esta jóven señora sin que este recuerdo conmueva mi corazón. ¡Que no pueda yo pintar con rasgos bastante amables esta bondad tan verdadera, cuyo rango, brillo y opulencia realizaban aun su encanto; esta sencillez de sentimientos que no habían podido falsear ni forzar las maneras ni las preocupaciones del gran mundo! Aun cuando le era habitual una expresión de melancolía, el soplo de una benéfica sonrisa reanimaba sus menores palabras, prestando ya el agrado de su mirada un atractivo penetrante á su mismo silencio. Desde que entró en mi modesto sotabanco, sus primeras palabras fueron para dirigirme felicitaciones de animación. Miraba mis obras con un interés particular, y en todo lo que decía en inglés con su esposo veía yo una encantadora intención de bondad. Un momento solamente hablaron en voz baja, pero con un tono y un aire que no eran propios mas que para darme ese dulce embarazo que acompaña á alguna risueña expectativa.

Mientras que á ruego de Lucy volvía yo todos mis cuadros para hacerlos pasar á su vista, sentí en el corredor los pasos de mi tío, y corrí á abrirle la puerta.

Lucy se levantó como presintiendo alguna cosa. Al ver á mi anciano tío, salió á recibirle, no pudiendo reprimir su enternecimiento. Mi tío, sereno como siempre y fiel á los antiguos usos de la galantería, cogió la mano de esta jóven señora, é inclinándose la llevó á sus labios: —Permitid, bella señora, la dijo, que venga á pagaros la visita con que me honrasteis hace cinco años, trayéndome este pajarillo... Ya sé, repuso al ver correr las lágrimas de Lucy, ya sé que estais afligida... ¡aqueel noble anciano era vuestro padre!... Ya sé también que este caballero es vuestro esposo, digno de serlo, pues que él os le había escogido. En esto el caballero apretó la mano de mi tío, invitándole á sentarse en una silla que él mismo le había puesto, mientras yo estaba entretenido en esta escena.

—Señor, dijo á su vez Lucy, perdonad mi emoción... Cuando en Lausaune os vi á vos y á mi padre en el mismo cuarto, los dos de una misma edad sobre poco mas ó menos, y ambos muy necesarios á la felicidad de dos personas... tuve entonces presentimientos que vuestra presencia me recorda vivamente en este instante... Doy á Dios gracias por haberos conservado. Si la casualidad no me hubiera hecho encontrar al señor Julio, tenía intención de no dejar á Ginebra sin obtener noticias vuestras... Pero me es mas dulce veros bien conservado, como pareceis estarlo, estando tan reconocida como confusa de que para proporcionarme este placer hayais subido hasta aquí.

—Buena señora, dijo mi tío, sois una criatura encantadora, y da gusto oiros!... En Lausaune subió vuestro padre... y no fué pagado por esa acogida, que no se puede hacer sino con vuestra voz, vuestras maneras y vuestro corazón... Amable señora, sed feliz... ¡Bien pronto, bien pronto subiré aun mas arriba!... á no ser que aquí mi pobre Julio no consienta en ello...

—¡Ah, nunca, tío mio! le dije muy conmovido por la relación tan triste como chocante que había entre mi situación y la en que había visto en otro tiempo á Lucy. Y leía en la expresión de esta jóven señora, que su pensamiento se encontraba con el mio en este momento.

—No quisiera incomodaros, repuso mi tío despues de algunas palabras. Estabais mirando los ensayos de mi pobre Julio... Voy á dejaros... Os suplico digais á ese caballero que siento hoy no saber el inglés antes que el hebreo... pues hubiera tenido mucho gusto en conversar con él. Tomando en seguida la mano de Lucy, dijo:

—Adios, hija mia, sed feliz... Un viejo tiene derecho de acompañar con sus bendiciones á una señora tan jóven... Asi hago yo. Adios, caro señor; estais unidos, y ya no os separaré en mi memoria. A estas palabras, inclinándose de nuevo mi tío Tom, besó la mano de Lucy y se retiró. Todos tres le acompañamos, penetrados de ese vivo sentimiento de respeto y de afecto que impone la vejez amable, y al que se mezcla un pensamiento melancólico.

Cuando mi tío se hubo alejado, nos sentamos. Lucy hablaba de él, queriendo hallarle rasgos de semejanza con su padre, sobre todo en esa serena alegría, en esa política tan verdadera bajo formas un poco antiguas ó familiares; y frecuentemente se detenía en estas observaciones, como entristecida por la idea de la pérdida que me reservaba un próximo porvenir. Despues cambiando de objeto:

—Señor Julio, me dijo, no sin que un ligero rubor colorase sus mejillas, hemos traído con nosotros el retrato de mi padre que ya conocéis... y quisieramos tener dos copias. Espero que me hareis el gusto de encargarnos de este trabajo. Vuestro talento es una garantía que responderá á nuestra esperanza, aunque el recuerdo que habeis conservado de mi querido padre me mueve aun mas.

Ya se puede juzgar de mi alegría, de la que me fué preciso contener la expresión; pero Lucy y su esposo pudieron medir toda la vivacidad de ella á través de mi embarazo y confusión. Lo que la aumentaba aun era el sentimiento que tenía de que semejante trabajo no era superior á mis fuerzas. El mismo día fuí por el cuadro, y poniéndome á la obra, me ví esta vez decididamente lanzado en la carrera de las bellas artes.

En otras circunstancias me hubiera inspirado este retrato alguna tristeza, pues arrojaba vivamente mi imaginación á lo pasado, para hallar en él estos dos seres llenos de vida, tan caros el uno al otro, y separados ahora por la muerte; aquella jóven adornada con ese risueño brillo de compostura y juventud que aun no han empañado las lágrimas, y ahora Lucy revestida de tristeza y de luto... Pero estaba yo demasiado preocupado por la alegría y el reconocimiento, para que ejerciese algun imperio sobre mí la impresión de este contraste.

¡Qué ocupación tan encantadora! Mi lápiz tenía que trazar aquella figura querida; tenía que reproducir los contornos de su talle, la gracia de su posición. A veces me detenía, prendado de mi modelo, impidiéndome la emoción proseguir por algunos momentos.

—¡Buena señora! dijo mi tío cuando supo este gran acontecimiento... Siento no haber sabido el inglés antes que el hebreo... ¡Héte ahí bien contento, pobre Julio!... Es permitido (él se levantó), que esta obra te haga honor! Que se vean observadas en ella las leyes del claro-oscuro, las de las dos perspectivas, tanto lineal como aérea... y despues el conocimiento del arte... y despues... ¡Qué buena señora! ¡Tan afectuosa, en verdad, como bella!...

Entre tanto, el carruaje de Lucy, durante su última visita, se había estacionado del lado de la casa que da frente al hospital, mientras que los carruajes que llevaban los modelos de mi cofrade llegaban por el lado que da frente á la catedral.

Esta circunstancia había llamado la atención de los inquilinos; así que, cuando, despues de mil conjeturas en las que no habían pensado en mí, reconocieron que este carruaje con armas estaba allí por mí, la fama de mi gloria, gloria enteramente nueva y por lo tanto mas brillante, subió de piso en piso, y el viejo regente se puso á decir, pensando en sus predicciones:

—Non ego perfidum
Dixi sacramentum.

—Qué palabrotas decís ahí? interrumpió su muger.

—Odi profanum vulgus
Et arceo.

—Haced vuestras comptas.

—Había creído yo que cincuenta años de clase os quitarían esa odiosa manía de latinizar que os hace insoportable. ¿No podríais dejar esas tonterías y hablar francés como todo el mundo?

—Diferís mucho de Horacio, querida mia, pues él es quien ha dicho:

Nocturna, versate manu, versate diurna;

Y si os hago gracia por la noche, bien me podeis escuchar por el día.

—Horacio y todos esos señores son unos grandes majaderos, si son ellos los que han formado así vuestro espíritu. Por la noche de manera que no puedo dormir, y por el día me aturdis con vuestros enigmas.

—Calumniais ahí bellezas que no podeis comprender. Pensad, querida mia, que si como vuestras comptas y las encuentro buenas, podríais también gustar mis exámetros y hallarlos un perfume...

Vellem in amicitia sic erraremus.

—Mis comptas son excelentes, y vuestros guisados detestables.

—*Melius nil celibe vita!*

—Y vuelvo á mi dicho sobre este jóven:

*Non ego perfidum
Dixi sacramentum.*

Por otra parte, el maestro de violon y toda su escuela (ya he dicho en otra parte que los estudiantes viven en la ventana) no habían dejado de observar el brillante carruaje. Por lo menos quince cabezas se asomaron de repente á las ventanas que dan á la calle, mirando curiosamente bajar los lacayos, abrir la portezuela y entrar la jóven señora en el portal apoyada en el brazo de su esposo. Aquí empezaron las conjeturas.—¿En casa de quién subirá?...—Será, pensaba el músico, un aficionado que la Providencia?... Y todos se asomaron á las ventanas, sotabancos, claraboyas y demás que daban al patio... Lucy subía, Lucy había ya pasado los pisos. ¡Decididamente esta bella se-

ñora iba á casa del jóven artista. Y mi gloria se elevaba hasta las nubes.

No hubo mas que el geómetra y su familia que se apercibieron poco de este gran acontecimiento. El jefe de la casa estaba en el campo ocupado en tomar sus medidas; la madre dedicada á los cuidados de la casa, mientras que la hija mayor trabajaba del otro lado del tabique en los papeles de su padre. En medio de esta vida activa y austera, había poco tiempo para dedicarse á los asuntos de la calle y á la chismografía de los vecinos.

Sin embargo, mi obra avanzaba. Levantado al amanecer, subía á mi obrador para trabajar en el con ardor hasta la caída de la tarde.

A estos hábitos laboriosos fué á lo que yo debí hacer algun conocimiento con el geómetra. Al alba también salía de su cuarto con su hija, subíamos juntos la escalera, y mientras entraba en su obrador para designar á esta jóven los trabajos del día, iba yo por mi parte á establecerme en el mio. La vecindad y esta conformidad de hábitos nos fueron acercando poco á poco, de tal suerte, que á pesar de lo que este hombre estimaba el tiempo, perdía sin embargo uno ó dos minutos en hablar á la puerta cuando el asunto que habíamos empezado á tratar subiendo exigía imperiosamente algunas breves palabras mas.

Mientras subíamos, su hija iba delante de nosotros con la llave del obrador en la mano. Era esta una jóven de talla agradable, y de una figura noble mas bien que hermosa. Siempre con la cabeza descubierta, y un traje estremadamente sencillo, sus hermosos cabellos alisados sobre la frente eran, con su juventud y frescura, su mejor adorno.

Los rasgos de una buena educación se reconocen en todos tiempos en aquellos que la han recibido. Aunque sumisa y tímida, esta jóven llevaba en su frente el sello de esa arrogancia un poco salvaje, que se pintaba con mas energía en el rostro de su padre. Ignorante de las prácticas del mundo, tenía unas maneras que le eran propias, nobles y reservadas, de tal modo que, sencilla, como lo era su condicion, no tenía una fisonomía comun y vulgar.

Era con todo una cosa singular é interesante ver á esta jóven laboriosa en la edad del placer dedicada sin descanso y casi sin recreo á trabajos por lo regular estraños á su sexo, y aunque era jóven, contribuyendo en comun con su padre al sosten de la familia.

No tardé en ser bastante madrugador, por no encontrarme nunca espuesto á subir solo al obrador. Solo algunas veces sucedía que habiendo asignado el geómetra obra desde la víspera, subía sola Enriqueta. Estos eran malos días; pues temiendo causar un embarazo que yo mismo experimentaba, no sabia hacer entonces otra cosa que apresurar el paso si iba delante de ella, ó alojarle si iba delante de mí.

Una vez ya en el obrador, tenía un encanto singular en la presencia de mi invisible compañera, hallando una agradable distracción en los menores ruidos, que me pintaban su paso, su gesto ó sus diversos movimientos. Así, cuando la llamaban para comer, experimentaba yo una impresión de aislamiento y de fastidio, de tal modo que poco á poco me habitué á ausentarme á las mismas horas que ella.

En medio de mis nuevas distracciones, una circunstancia me venía frecuentemente á la imaginación. Los primeros días antes de mis hábitos matinales solía cantar ella una pequeña balada durante sus largas horas de trabajo; de repente cesó este canto, justamente en la época en que empezaba á oírle con mas gusto. ¿Era esto casualidad? ¿Era esto por mí? ¿Me había ella observado bastante para imponerse esta reserva? ¡Indicaba esta misma reserva que se ocupaba ella de mí tanto como yo me ocupaba de ella?

Hé ahí cien cuestiones y otras muchas que me daban infinitamente que pensar. Así, despues de concluir mis copias, no emprendí nada mas. Mis lienzos permanecieron ociosos, mis pinceles yacían esparcidos; pues ninguna cosa tenía sabor al lado del sentimiento que alimentaba mis días.

Y no eran ya como en otro tiempo esos sueños con que yo me autorizaba á mí mismo el vacío y la locura. Esta vez, al contrario, me vino desde luego á la imaginación la idea del matrimonio, y desde que hubo entrado no salió ya.

¡Dichosa edad aquella en que yo me encontraba aun! ¡Últimos días buenos, que debe acabar bien pronto la edad de la experiencia y de la madurez! ¡Antes de haber dicho nada aun á esta jóven, me proponía casarme con ella! Antes de haber pensado sobre ese estado austero que los poetas nos pintan como la tumba del amor, y los moralistas como un yugo sagrado, pero cargado de cadeas, me dirigí á él como hácia una orilla llena de flores y de perfumes. Antes de haberme informado cómo ó de qué vive una casa ó se mantiene una familia, ya me ocupaba de combinar ciertas disposiciones, cuya fácil posi-

bilidad prestaba á mis deseos todo el atractivo de una próxima realidad.

En efecto, todo se reducía á abrir una puerta en el tabique... Entonces el sotabanco de Enriqueta sería nuestra habitación nupcial, el mio nuestro obrador, donde ella con sus papeles y yo con mis lienzos pasaríamos días continuos de paz, de felicidad y de amor.

Una mañana estaba pensando en estas cosas inclinado sobre mi ventana y mirando maquinalmente al viejo regente que estaba regando los tulipanes de su jardinillo, cuando Enriqueta apareció de repente en la suya.

No me buscaba, como pude reconocer en el vivo rubor que coloreó súbitamente sus mejillas. Sin embargo, no podía retirarse de repente á no dejar ver que mi presencia la causaba mas impresión de la que convenia confesar á su arrogancia. Por consiguiente permaneció allí, y solo por disimular su confusión miraba al lado opuesto flotar las nubes en el aire.

Esta era la única ocasión de entrar en conversacion con la que yo me proponía por esposa. Así, haciendo un gran esfuerzo para sobreponerme á aquella viva emoción, dije al regente:—Esos tulipanes...

Apenas hubo pronunciado estas dos palabras, Enriqueta apartó su cabeza antes que el regente levantase la suya, y la conversacion se paró ahí.

—Ah! Ah! Me estabais mirando? dijo el regente. Truhan! Ya adi-vino vuestro pensamiento.

—Pase aun el construir; pero plantar á esta edad!

No son, jóven, mas que tulipanes.

—¿Y qué! ¿Prohibís al sabio de tomarse cuidados por el placer de otro?

Mirad este jaspeado que valdría veinte ducados en Holanda; le destino á mi esposa:

Purpureos spargam flores...

Aun estaba hablando el regente, cuando yo, turbado y confuso, había cerrado ya mi ventana.

El mal éxito de esta tentativa me quitó las ganas de renovarlas; de suerte que durante muchas semanas me limité á seguir discretamente el curso de los hábitos de que he hablado.

Enriqueta recibía raras visitas. Su madre, cuando los cuidados de la casa la dejaban algunos ratos libres, subía á trabajar junto á ella; así que, acercándome al tabique, contenía mi aliento para oír mejor lo que hablaban.

—Tu padre, decía la madre, volverá á eso de las seis. Ya he arreglado á tus hermanos para que podamos salir juntas.

—Os veré salir sola, madre mia, pues no veo que si dejo este trabajo pueda concluirse para mañana que es jueves, y como sabeis se paga el plazo.

—Lija mia, eres muy necesaria á la familia, y me alegraría que tus hermanos pudieran aliviarte.

—Yo me alegraría por mi padre.

—Tu padre es fuerte, á Dios gracias, y jóven aun. No temo por él mas que una enfermedad y la edad... ¿Pero y si tú nos faltaras, Enriqueta?

—Soy fuerte también, y espero vivir.

—Cuento con ello, hija mia; pero vendrá el tiempo de establecerse.

—Os pertenezco, madre mia. Por otra parte, quiero mejor guardar esta sujecion en que vivimos juntos, que cambiarla contra otra en que os fuera estraña.

—Quieres un esposo rico, Enriqueta?

—No, madre mia, pues no sería igual á él. Pero no quiero privaros de mi trabajo para llevarse á un amo á quien no se lo debo.

Tienes razon, Enriqueta, de no pretender riquezas. Pero considerad, hija mia, que tu madre es muy feliz en medio de los trabajos, y que esta felicidad proviene de su dueño y de sus hijos. Una pobreza aun mas grande, pero con un esposo honrado, es mejor que permanecer soltera, Enriqueta. La desgracia viene del vicio y no de la pobreza.

—Hay, madre mia, pocos hombres como mi padre.

Esto era acercarse mucho á mí sin apercibirme en lo mas mínimo; y tal era el sentimiento que me inspiraba ya esta hija virtuosa y arrogante, que experimentaba yo un gran despecho.

La conversacion, por otra parte, no era de ningun modo de mi gusto. Las palabras de Enriqueta anunciaban un corazón libre en verdad, pero fuerte, y que si podía darse sin rodeos, no presentaba esos lados tiernos é inflamables por los que solamente un jóven de mi naturaleza se lisonjeara de poder hallar acceso. Lo único que animaba

mis esperanzas eran las palabras de la madre. Esta buena señora, haciendo el elogio de la honradez pobre, me parecía hablar perfectamente bien, y directamente en mi favor, pues yo era honrado y sobre todo pobre.

Desgraciadamente Enriqueta no dependía únicamente de su madre, y por un rasgo singular, pero natural sin embargo, ese carácter de fiereza é independencia que distinguía los miembros de esta familia, se avenía en cada uno de ellos á una libre y entera sumision á la voluntad del jefe, que era el alma de ella. El geómetra, hombre firme, austero y laborioso, si no era afable en sus maneras ni cortés en sus formas, ejercía sin embargo entre los suyos el imperio poderoso y respetado del ejemplo, del desinterés y de una virtud intachable. Su muger le amaba con veneracion, y Enriqueta, á medida que un juicio mas formal la permitía comparar su padre con los demás hombres, se acostumbraba á colocarle en su estimacion mas alto que la mayor parte de ellos; de tal suerte que su piedad filial, aun mas profunda que tierna, mas respetuosa que expansiva, habia consagrado al tutor de sus días una obediencia sin reserva. Ni su corazón ni su persona podían pertenecer mas que al preferido de un padre tan digno á sus ojos de guiar su eleccion.

He reconocido despues y frecuentemente con ese movimiento de admiracion que hasta hace humedecer los ojos de calientes lágrimas, cuán interesante y venerable era esta humilde familia, cuán verdaderamente grande era este hombre oscuro; pero por entonces esta austeridad, esta sumision y estas virtudes me parecían otros tantos obstáculos para mis votos. ¿Qué me importaba, en efecto, que las mugeres fuesen sumisas, si por otra parte no sabia cómo abordar á su dueño y señor? ¿Qué me importaba que el geómetra fuese austero, firme y laborioso, si estas cualidades que seguramente querria hallar en su yerno eran justamente las que me faltaban? Faltaba hacerle ver las que yo podia tener en compensacion; pero tenia poca esperanza de conseguirlo. En efecto, el acceso áspero de este hombre, su mirar fiero y susceptible, sus bruscas palabras y el ascendiente de su carácter, me imponían en su presencia una especie de torpeza en que se borraban todas mis ventajas.

Así todo se oponía á mis proyectos, y despues, como sucede siempre, trasformándose cada obstáculo en un estimulante deseo, á fuerza de pensar cuán difícil é imposible me era el obtener la mano de Enriqueta, llegué á no formar mas que un voto único y apremiante, el de obtener su mano.

Esto es lo que me llevó á tomar un partido caballeresco, pero desesperado, el de intentar el primer paso, haciendo á mi futura una apasionada declaracion de mis sentimientos: la ocasion era por la mañana; frecuentemente subíamos juntos, y ya habia llegado al lado de Enriqueta á un punto de familiaridad, que despues de haberla saludado, la dirigía la palabra para preguntarla por su padre, ó para decirle mi opinion, unas veces sobre el fastidio de las grandes lluvias, otras sobre el encanto de los buenos días. Diez veces por lo menos alentado por mi mismo atrevimiento, me impuse el deber de prurumpir en una declaracion significativa y tierna, cuando en este instante supremo, subiéndome el rubor al rostro y quitándome la palabra la emocion, dejé el asunto por un momento en que me encontrara sin rubor y sin turbacion. Mientras tomaba esta determinacion, el geómetra se penetró insensiblemente de ello, y Enriqueta no subió ya sola á su sobatabanco.

¡Pero el amor es tan ingenioso! A la hora de comer Enriqueta bajaba y subía sola, y yo me goberné de manera que bajaba y subía al mismo tiempo que ella. La cosa salió maravillosamente. No faltaba mas que declararme, cuando la familia cambió repentinamente las horas de comer, de suerte que tanto por la tarde como al mediodía tuve que subir y bajar solo. No quedaba mas que un solo medio, arriesgado á la verdad, pero infalible, y era el introducirme en casa de Enriqueta bajo cualquier pretexto, y allí dar libre salida á mis sentimientos. Me puse en camino varias veces, y aun aquí no me quedaba ya mas que retroceder, cuando la madre de Enriqueta tomó poco á poco la costumbre de trabajar junto á ella.

A las lecciones del señor Ratín y á sus púdicar arengas debo el no haberme nunca atrevido á dirigir á una muger la menor expresion tierna durante todo el curso de una juventud en que no hice por otra parte otra cosa que amar. Esta timidez tonta es un bien cuyo precio reconozco hoy. Por ella el jóven retiene y lleva hasta en los días del himeneo ese pudor nativo, que una vez perdido no se vuelve á recobrar. Por ella su corazón permanece jóven, sincero, llenándose de mil sentimientos vivos y tiernos, cuyo ímpetu comprime, pero para llevar un homenaje puro y rico á la compañera de su vida.

Pero entonces pensaba yo de otro modo. Me indignaba contra mí mismo, y reflexionando cuántas veces esta incurable timidez habia encadenado mi lengua cuando todo me convidaba á hablar, empecé á creer que habiendo nacido torpe y estúpido, acabaría por permanecer

soltero por falta de haber sabido declarar mis sentimientos. Felizmente la casualidad vino en mi ayuda.

Una mañana estaba entregado á estos pensamientos desanimadores cuando llamaron á mi puerta. Fui á abrir; era Lucy. La visita de esta señora me colmó de gozo, pues sabia de antemano cuál sería la gracia aduladora de su lenguaje, imaginándome que Enriqueta no perdería una palabra detrás del tabique.

De vuelta de una excursion á Suiza, venía Lucy á saber de sus copias. Estaba sola, y se las presenté, teniendo ella la atencion de parecer encantada, arrebatada, y de prodigar elogios á mis talentos. Así que no cabía yo de gozo, cuando cambiando de objeto:—¿No estábais ayer en casa, señor Julio?

—Vos tomásteis el trabajo de subir hasta aquí, señora? Justamente ayer mañana me llamó mi tío para salir con él.

—Eso es lo que me dijo una jóven que trabaja en el cuarto de al lado, y en donde descansé algunos momentos. Decidme, cómo se llama?

A esta pregunta me puse encarnado hasta los ojos. Apercibiéndose de ello Lucy, repuso al punto, no sin algun embarazo:—Os he hecho sin pensar una pregunta que os parecerá indiscreta, señor Julio... perdonadme, pues el único motivo era el deseo de saber el nombre de una jóven, cuyo aire, acogida y maneras me han inspirado tanto interés.

—Se llama Enriqueta... repuse aun muy turbado. Es un nombre que no pronuncio sin emocion, aunque le pronuncio continuamente... Despues, animado por el aire con que Lucy me escuchaba, y sobre todo por la idea de avanzar, de acabar quizás la grande obra de mi declaracion, añadí: Pues que he osado decirlo esto, señora, me parece debo decirlo todo... Veo á esta jóven todos los días, trabajo á su lado, la amo!... y vuestra pregunta me ha turbado como si hubiésteis sorprendido un secreto que ha permanecido hasta aquí en el fondo de mi corazón... Me parece que esto es bastante para que podáis comprender cuáles son mis sentimientos, y cuáles los votos que llegaría á formar, si pudiera persuadirme de que fueran aceptados...»

En este instante fuimos interrumpidos por el esposo de Lucy. Volvimos á las copias, y bien pronto me dejaron.

Despues de lo que acababa de pasar, tenia deseos de hallarme solo. Estaba glorioso, arrebatado, aliviado, y admirado de lo que habia dicho tan bien y tan á propósito. ¡Qué fácil es esto! pensaba yo.

Lo que me encantaba sobre todo era que Enriqueta, libre de protestar retirándose, no habia dejado su sobatabanco sino despues de la llegada del esposo de Lucy. Sobre esto me creaba yo todo un mundo de felicidad. Enriqueta al escuchar mi declaracion la habia acogido; Enriqueta la habia acogido, porque su corazón era mio. Finalmente, á eso de la una no subió como acostumbraba; así que, al punto me persuadí que hija tan sumisa como tierna, habria trasmitido mis votos á su familia, que estaria deliberando entonces sobre ello.

Estaba pues en presa de la ansiedad mas encantadora, cuando á eso de las tres de la tarde sentí que alguien subía la escalera, y dirigiéndose á mi puerta la abrieron sin cumplimiento. Era el geómetra!

Sin duda mi fisonomía no estaba en su estado normal, pues me dijo bruscamente:

—Mi visita os hace palidecer; sin embargo que debiais esperarla!

—Efectivamente, señor, dije balbuceando, me lisonjeaba...

—Reponeos pues, y sentémonos.

Nos sentamos.—Tengo la costumbre, repuso el geómetra, de ir derecho al objeto: hé aquí lo que me conduce. En seguida fijando en mí una mirada destimbradora de fiereza: Hace algun tiempo, caballero, que me disgusta vuestro proceder. Creía haberme puesto suficientemente á cubierto de él... pero esta misma mañana, y en presencia de otra persona, habeis comprometido á mi hija!... Qué significa esto?

—Señor, intenté responder, vituperad mi inesperienza, pero no sospecheis de mis intenciones...

—Las buenas intenciones proceden abiertamente. Ahora bien, vuestro modo de obrar es equívoco, aunque ya vuestra situacion, á lo que yo sé, no me tranquiliza de ningun modo sobre vuestro modo de obrar...

—Me ultrajais, caballero! interrumpí con un acento de viva emocion.

—Es posible, repuso el geómetra con una calma que me infundió miedo; y por lo tanto estoy pronto á daros satisfaccion. Puede ser que os juzgue en efecto con alguna severidad. Puede ser que tímido, inepto y torpe en vuestro proceder, seais firme y honrado en vuestras intenciones. Pues bien, á vos os toca darme una prueba de que vuestros propósitos, en todos los casos impropios, son honrados al menos; que sabeis dónde pueden ó deben necesariamente conducir, se pena de ser inescusables... Probadme pues que estais realmente en

disposicion de casaros, y al punto hago justicia á vuestras intenciones... ¿Qué ganais, caballero, un año con otro?

Esta espantosa pregunta, que veía aparecer hacia ya un rato, me aniquiló como un rayo. Aun no ganaba nada, no tenia un cuarto, y habia olvidado pensar en ello. Si Enriqueta me amaba, si Enriqueta se unía á mí, ¿qué necesidad tenia de mas recursos?... Echar abajo el tabique, y ya estaba arreglado todo. Pero el geómetra razonaba de otra manera.

—Gano, señor, respondí muy pálido, gano... menos sin duda que ganaré mas adelante; pero... tengo un estado...

El me interrumpió:—Justamente porque teneis un estado, y porque este estado es el de pintar, es por lo que preciso mi pregunta. No debeis ignorar el proverbio que dice que vuestra profesion da gloria algunas veces, pero pan no siempre. Mi hija no tiene nada. ¿Qué teneis vos? O volviendo á mi pregunta: ¿qué ganais anualmente?

—Gano...

Iba infaliblemente á mentir, cuando llamaron á mi puerta.

¿Quién es el que ama la peripecia? Aristóteles alaba la peripecia. ¡Viva Aristóteles! ¡Lo que puede valer en el mundo una buena y feliz peripecia! ¡Lucy, mi genio, mi providencia!

Fui á abrir. Un rayo con gran librea entró con dos grandes sacos de dinero. Tan enajenado estaba, que le dejé obrar. Los puso sobre la mesa y abrió uno, del que salieron á torrentes los escudos, que empezó á poner en pilas, para que los reconociese juntamente con él. En seguida, presentándome un papel:—Esta es la cuenta; mil quinientos francos por las dos copias. Mi lady me ha encargado que las lleve, así como el modelo, con el permiso de Vd.

Al instante se me quitó la turbacion.—Está bien, dije. Voy á entregaros las copias. En seguida, volviéndome al geómetra, que habiéndose levantado habia tomado ya su sombrero:—Como tenia el honor de decirlo, caballero, gano cada año...

—Vos teneis vuestros negocios, me interrumpió, y yo los míos; y este hombre está aguardando. Hasta otro día. Y se retiró en el momento en que, lleno de confianza, iba á hablarle con toda la elocuencia de un amante prendado á quien el mismo cielo favorece y ayuda. —¡Al diablo los geómetras! exclamé cuando se hubo marchado.

Para consolarme dirigí mis miradas á los escudos, cuya vista me agradaba aun en medio de mi aturdimiento. Las pilas se elevaban en columna cerrada, y yo encontraba una gracia admirable en esta arquitectura. Jamás habian herido mi vista tantos tesoros acumulados; y al pensar en Lucy, de quien procedían todos estos bienes, no podia menos de repetir:—Generosa Lucy! ¡Mi ángel tutelar!

Mientras encontraba una buena colocacion para mi fortuna, la oculté toda en la chimenea á falta de armario; despues de lo que salí para saborear solo y al aire libre el gozo que sucedió en mi corazón á momentos de tan viva angustia. Por otra parte, los acontecimientos habian marchado bien desde por la mañana: el tiempo apremiaba, y yo tenia necesidad de recobrar bastante calma para reflexionar en los pasos que me quedaban por dar.

Lo primero era confiárselo todo á mi tío, que aun no sabia nada. Lo que hasta entonces me habia conducido á ocultarle mis proyectos, era la certidumbre en que estaba de que no oíría mas que el pensamiento de hacerme feliz, facilitando mi establecimiento con nuevos sacrificios de su parte. Esta misma certeza, unida á lo que yo sabia de la estrechez de su medio, y de ciertas privaciones sobre todo que se habia impuesto recientemente cuando tuvo que subvenir á mis pequeños avíos de artista, me imponían un deber sagrado para no poner á prueba su demasiada generosidad. Pero todos estos escrúpulos cesaban en virtud de la opulencia de que era deudor á la generosidad de Lucy; de suerte que no tenia mas que instruirle de lo que habia pasado, y suplicarle pusiese colmo á su bondad, yendo á la mañana siguiente á pedir para su sobrino la mano de Enriqueta. No cabía duda de que, si me hacia este favor, la autoridad de su edad, el peso de su asentimiento y la dulce cordialidad de sus maneras, asegurarían el éxito de un paso de que dependía la felicidad de mi vida. Resolví pues hablarle aquella misma noche.

Entré tarde, pues era ya hora de cenar.—A la mesa! á la mesa, tío mio!... Traigo grandes novedades.

—Ya sé, ya sé, hijo mio. La vieja me ha puesto al corriente... Se habla de escudos... un gran sacco... el Pactola entero habrá venido á casa de mi pobre Julio...

—El Pactola en persona, buen tío, está en mi chimenea... Pero sentémonos á la mesa, que tengo otras cosas que decirlo.

Observé que mi tío, en lugar de notar con alegría estas últimas palabras como solia hacer, se acercó á la mesa con un aire preocupado, y echando una ojeada hácia donde estaba la vieja, cuya presencia le incomodaba visiblemente, sin que pudiera tomar á su cargo el

despedirla; así que, hizo una seña á Margarita, que se retiró en seguida.

Cuando estuvimos sentados en nuestro sitio acostumbrado: «Es que yo tambien tengo que decirte...» repuso mi tío. Y tosió, como solia hacer cuando para espresar alguna penosa reprension tenia que lacerar una gran violencia.

—Ya sabes... Se detuvo; y cambiando en seguida de idea: Esta buena señora es en verdad generosa y noble en sus procederes!... Es un grande honor el ser protegido por una persona de un corazón tan digno... un honor que es preciso merecer, hijo mio. Héte ya lanzado en la carrera... Ahora con orden, conducta y trabajo llegaremos á cabo... Pero, repuso mi tío con acento mas firme, honrado siempre!... queriendo hacer daño, nunca! teniendo presente que una jóven es sagrada!... excepto para los malvados.

—No comprendo, tío mio! exclamé con emocion.

—Esa jóven... de arriba...

—Y bien?...

—La amas tú?...

—Ardientemente!

—Hé ahí, Julio, lo que no está bien!

A estas palabras que mi tío pronunció con cierta gravedad solemne, lo confieso, estuve tentado de echarme á reír, presumiendo que sus alarmas respecto á mi honradez provenían de algun chisme de criada que la vieja le habria contado.—Por esta vez, repuse, no estoy del todo conforme! En efecto, amo á esta jóven, y venia á rogarme fueseis mañana á casa de sus padres á pedir su mano en nombre de su sobrino. Dónde está el mal, tío mio?

Entonces mi tío:—Qué... qué has dicho? Quieres casarte?... Y eres causa, dijo levantándose con vivacidad, que acabe de afirmar á su padre justamente lo contrario!...

—Estoy perdido! exclamé, perdido! Qué habeis hecho, tío mio!

—Qué he hecho?... He hecho... lo que la lealtad me mandada hacer... Pero mira... escucha pues. De repente se ha encajado aquí ese diablo de hombre, y dice que tú cortejas su hija... que la has comprometido... y pregunta lo que puede arriesgar su hija, y si piensas en casarte... Entonces le he respondido que al contrario, te has jurado á tí mismo...

—Ah! soy perdido! interrumpí. Y me entregué á todo el arrebatado de la desesperacion.

Apenas hubo comprendido mi tío Tom que mis intenciones eran puras, y mi honradez intacta, que el vivo pesar de haber comprometido involuntariamente mis esperanzas, borrando en él hasta esa prudencia reflexiva que es propia de todos los viejos, se ocupó mas bien de los medios de oponer un pronto remedio á mi pesar, que de apreciar la utilidad ó conveniencia del matrimonio de que le hablaba entonces por la primera vez.

Mientras yo estaba tan desconsolado:—Veamos, repetía paseándose por el cuarto... veamos de arreglar esto... Vaya por Dios! ya debiera haber pensado... á tu edad se hacen juramentos... es permitido... Se deshacen, tambien es permitido... El mal está en que á mí me se olvidan todas estas peripecias... Despues, acercándose á mí: Animo! mi pobre Julio... ánimo! nada se ha perdido... Mañana iré... explicaré, demostraré...

—Mañana! dije con espanto. Esta noche!... Esta noche, tío mio, ahora mismo! Los hallareis reunidos. Por la mañana sale el padre...

—Pero... Dios mio! esta noche... Y luego la jóven que estará allí?

—Qué importa! ya la harán retirar si lo juzgan á propósito. Esta noche, os lo suplico, tío mio!

—Vamos, bien, sea esta noche!... Sou sin embargo las diez. Llama á la vieja para que me avie un poco.»

Aproveché estos momentos para poner á mi tío al corriente de todo lo que habia pasado. Bien pronto dejó sus chinelas para ponerse sus zapatos de hebillas, y le acomodé su peluca despues de haberla empolvado debidamente; Margarita y yo le ayudamos á ponerse la casaca color de castaña, y en seguida le dí su baston, instruyéndole á la vez de lo que habia pasado, de lo que tenia que decir, y de lo que debia responder. Está bien! está bien! dijo mi tío, aturdido de mi cháchara, y partió.

Puse al coriente de todo á la vieja Margarita, que me escuchó con las lágrimas en los ojos, y durante aquellos momentos de viva ansiedad me hizo compañía, asociándose ingenuamente á mi ansiedad y á mis votos. A cada instante abrimos la puerta para aguardar en la escalera la vuelta de mi tío; ó bien entrando en la biblioteca, procuráramos escuchar alguna cosa de lo que pasaba encima de nosotros.

Al cabo de un cuarto de hora se abrió la puerta en casa del geó-

metra; y reconociendo los pasos de mi tío, ¡tan pronto! exclamé. He sido rehusado.

—Margarita.

—Hay que dejarlo para mañana, dijo mi tío al entrar; pues no están en casa. Esta respuesta me causó un gran disgusto.

—¿Los habeis aguardado?...

—Sí que he aguardado; pero no vendrán hasta eso de las doce, según me ha dicho su hija.

—La habeis visto?...

—Sí; y á fé mía es una criatura encantadora.

No cabía en mí de gozo. ¿Pero qué os ha dicho ella, tío mío? Decídmelo todo si gustais.

—Deja que me quite este vestido y que me siente... Una jóven digna y encantadora!... mis babuchas, Margarita...

—¿Qué os ha dicho, tío mío?

—Me ha dicho... Toma, pon ahí mi bastón... que han ido á un bautizo á casa de unos amigos...

—Pero qué otra cosa más, pues que habeis estado allí diez y nueve minutos?

—Sí, sí, guarda... ya lo diré. Desde luego, ella ha sido quien me ha abierto... por cierto que un alma del otro mundo no le hubiera causado más miedo de lo que tuvo al ver mi figura... (Y se puso á reír imitando el gesto de Enriqueta.)

—No tengais miedo, hija mía, la dije tomándola la mano. Entre nosotros, entremos... Entonces os mejillas se han cubierto de rubor, y ella me ha precedido, sin soltar mi mano; porque ya ves, quería llevarme por el corredor, como se debe hacer con un viejo... Una jóven respetuosa y decente...

—¿Que os ama y os quiere, como todo el mundo, tío mío.

—Bien seguro es! dijo por lo bajo Margarita en la sombra del vestíbulo.

—Como decia, llegamos á la sala, donde estaba cosiendo, y velando sobre una hermana y dos hermanitos, acostados al lado... Al llegar nosotros, se despertó uno de ellos: continuad, continuad, la dije, y despues me presentarais á vuestros padres, que es á quienes busco.

—Señor, no estan en casa, me ha respondido, cuneando al niño... Ya ves que te digo todo... ó quieres que abrevie?

—Oh, todo, todo, tío mío!... No os riáis de mí.

—Lo siento, he respondido... y aun más lo sentirá la persona que me envía... A esto la pobre jóven se ha puesto tan colorada, que levantándose, fué á cunear de nuevo á su hermano, aunque esta vez no se había movido. Entonces, lejos ya de mi vista:

—No vendrán hasta eso de las doce, y os lo digo para que no os incomodeis en esperarlos...

—Efectivamente es ya tarde... Por consiguiente dejaré mi comision para mañana... y cuando sepais lo que es, creo, hija mía, que os dignaréis apoyarla... si es que nos queráis bien, y á mí en particular... á mí que moriré tranquilo, si viese en adelante la suerte de mi Julio unida á la vuestra; su felicidad bajo vuestra salvaguardia, y su juventud bajo la proteccion de vuestra respetable familia...

A estas palabras me levanté para precipitarme en los brazos de mi tío, á quien colmaba de caricias sin poder espresar los sentimientos que rebotaban en mi corazón.

—Eh! mi pobre Julio... eh! mi peluca! mi peluca padece!... Déjame concluir... Aun no sabes nada... Vaya!... Cálmate... vaya... vaya... Cuando hube hablado claramente, esta jóven se repuso y me dijo con una voz firme:

—Señor, no údeis que os respeto y os amo... Estoy afectada por las cosas que me habeis dicho, y me hallo confusa para responder á ellas... Pienso poco en casarme, pues veo en ello algunos obstáculos... (no te asustes!...) Pertenezco á mis padres, les soy necesaria, y no quiero abandonarlos ni serles gravosa... (no te asustes!...) No me casaré sino con aquel que me crea su igual, que adopte mi familia por suya, que me ofrezca su corazón entero y sin division alguna, como yo le entregaré el mio. No esperaba decir esto nunca á nadie; pero vuestra edad y el respeto que me mereceis, me han animado á ello. Por lo demás, á mis padres toca responder... Si lo deseais, yo les prevendré de vuestra venida...

—Si gustais, hija mía, mañana á las diez... Me agrada hallar tanta sabiduría y virtud en una edad tan temprana... y tengo el mayor deseo de que mi sobrino acepte estas condiciones, que ciertamente no le parecerán duras... Es un grande honor, hija mía... un honor bien grande el entrar en una familia en que se practican tantas virtudes... y desde tan tierna edad... Os garantizo, hija mía, su corazón entero, todo entero... (hubiera podido contar la historia de la judía), un corazón honrado, que comprenderá el depósito que se le confie, bajo qué condiciones se obtiene la felicidad, y cómo no puede resultar más que un afecto comun, una fidelidad comun, del comun concurso á todos los deberes que nacen de la familia... Y mi buen tío, remedando con alegría la fórmula de la liturgia del matrimonio: No lo prometéis así, Julio?

—Sí, sí, exclamé, delante de Dios! delante de vos! querido tío... delante de vos!...

Y le colmaba de nuevas caricias, mientras que la vieja se enjugaba las lágrimas. El, solo feliz con el placer que causaba, pero sereno como siempre, conservaba su calma, mezclando á mis lágrimas de gozo palabras alegres y afectuosas.

—Héte ya casado! continuó mi tío.

—Dios lo quiera, tío mío! Y no habeis dicho más?

—No gran cosa. Despues de esto me levanté para ver los niños que estaban durmiendo... y ella se prestó risueña á mostrármelos. Lo que me admiró fué la limpieza, el cuidado y el orden, mezclados siempre con cierta elegancia en medio de una gran sencillez.—Haceis vos sus vestidos? la dije...—Es mi madre, señor, pero en su ausencia trabajo yo en ellos... Entonces cogí su mano para besársela, y ella conservó la mía para acompañarme. Yo la aconsejé por lo bajo en el umbral de la puerta que no pasase más adelante, si no quería esponerse á encontrarte, y al momento retrocedió. Esto es todo. Ya son las once; por consiguiente vamos ahora á dormir.

La vieja se sonrió.—Tienes razon, Margarita: no todos dormirán esta noche; pero nosotros dos dormiremos por todos.

A eso de las doce volvieron los padres. Habiendo escuchado, pude comprender que había un debate grave y animado entre los miembros de esta familia. A eso de las dos se levantaron de sus asientos, y habiéndose separado, oí á los dos esposos retirados en su cuarto hablar aun largo tiempo, hasta que todo quedó al fin en silencio. Yo no me acosté, pero presa de una viva agitacion, aguardé el día con impaciencia.

Desde que mi tío Tom se despertó, y mientras se vestía, me hice repetir todas las circunstancias de su visita de la víspera. Para complacerme, el buen viejo me las contaba de nuevo una á una con un tono de dulce seguridad que, causándome ilusion, reanimaba mi esperanza y renovaba mis trasportes. Sin embargo, hallaba yo demasiada reserva en las palabras de Enriqueta, y cuando me ponía á pensar en la terrible prevencion que mi conducta y el discurso de mi tío debieron echar en el espíritu susceptible del géometra, perdía de nuevo las esperanzas que acababa de recobrar.

Entre tanto iban á dar ya las diez. Con una ansiedad creciente recordé á mi tío todo lo que tenía que decir, y quedamos convenidos en que así que concluyese subiría directamente á mi obrador, donde fui á esperarle.

Ya estaba allí hacia algunos momentos, cuando sentí que entraban en el cuarto de Enriqueta. Distinguí el paso de dos personas, y por diferentes señales reconocí al momento que eran ella y su madre.

Esta certeza me causó tal disgusto, que me imaginé que todo se había perdido. Desde la conversacion que ya he referido, me había siempre figurado que esta buena señora, confidente de los íntimos pensamientos de Enriqueta, estaba dispuesta á acogerme con favor, y que deseosa ante todo de confiar su hija á un jóven honrado, sería para con el géometra mi mejor abogado y el único al menos sobre el que yo podría contar. Al verla pues á ella y á su hija abandonar el puesto en un momento tan decisivo y dejar mi tío á merced del géometra, que estaba lleno de prevenciones, que ellas seguramente no podrían participar en el mismo grado que él, juzgué que mis votos habrían sido rechazados de antemano. En tan desesperada situacion, resolví aprovechar los momentos para intentar el último recurso. Este era el de presentarme delante de estas señoras, y esforzarme en interesarlas en mi favor, haciéndolas ver todo el ardor y sinceridad de mis sentimientos. Fui pues á llamar á su puerta, y me abrió Enriqueta.

La propia vergüenza de esta jóven, tan vivamente pintada en su rostro, pudo solo hacerme sobreponer á la mía.

«Puedo, señoras, les dije con voz conmovida, presentarme un momento ante ustedes?»

—Entrad, señor Julio, dijo al instante la madre. Despues de esto se calló, y examinándose en silencio, empezaron á correr lágrimas de sus ojos...—¿Qué queriais decirnos? repuso ella con voz triste y alterada por el llanto.

—Quería, señora, antes que vuestra familia decida de mi suerte, haberlos visto... haberlos hablado... y me encuentro sumamente embarazado para hacerlo... Quería decir á la señorita Enriqueta que desde hace tiempo mi única felicidad es amarla, admirarla y no envidiar otra cosa en el mundo más que el honor de asociar mi suerte á la suya... A vos, señora, que os amaré como á una madre que no tengo; que confiarías vuestra hija sin perderla... qué se yo? Querida señora! vuestra vista me penetra de emociion y de respeto; comprendo el lenguaje de esas lágrimas que derramais... y creo que sabría corresponder á ello...

Mientras que hablaba así, menos conmovida Enriqueta, me consideraba escuchando atentamente mis palabras.—Enriqueta, la dijo su madre, hablada este jóven. ¡Perderos! hija mía; nunca, pues no podría soportar este pensamiento... ¡sois mi vida!...—Jamás, dijo Enriqueta con una firmeza que atemperaba un modesto acento, jamás, mamá, me entregaré sino á aquel que se haga vuestro hijo!... Caballero, me encuentro tan confusa como vos para hablar... os conozco poco... sé vuestra peticion y no sé vuestro carácter... Veo muchos hombres que pasan por esposos recomendables, de los que yo no haría gran caso... y en fin, dejar á mis padres!... Aquí la voz de Enriqueta se alteró, y corrieron sus lágrimas.

—No! sin dejarlos, sin dejarlos nunca, señorita; si ellos quieren acogerme...

—Les pertenezco, señor Julio, repuso Enriqueta con más calma: no tengo esperiencia, ellos sí. No os rechazo, pero que ellos decidan; haré lo que quieran...

En este momento se abrió la puerta.

—No os buscaba aquí! dijo el géometra, dirigiéndose á mí; pero quedaos, pues iba á haceros venir.

—Buenos días, hija mía, dijo mi tío Tom, cogiendo la mano de Enriqueta para besarla. Volviéndose despues á la madre: sí, y vos, querida señora; ánimo, ánimo... Si conociérais como yo á este muchacho hace veintium años, tendríais confianza como yo, y gusto en verle buscar esta encantadora criatura, que es una verdadera joya... Pero dejemos hablar á quien corresponde.

Mi tío se sentó; yo permanecí de pié al lado de Enriqueta, y todos escuchamos al géometra.

—A las diez, dijo, he recibido al señor Tom. Hago justicia, señor Julio, á la sinceridad de vuestros sentimientos y á la honradez de vuestras miras. Pero tenéis un carácter débil, vacilante y tímido, cuando conviene ser franco: este es un defecto que quita á las intenciones honradas esa especie de franqueza que se espera hallar en ellas. Ya sé tambien que no poseis más que esa cantidad que he visto ayer: así que, vuestros recursos se reducen á esperanzas, y bajo este punto de vista, vuestra situacion carece de garantías que mi deber tiene que exigir. Contaba conferenciar con Vds., señoras; pero, pues que todos los interesados se hallan aquí presentes, voy á decir francamente mi pensamiento.

Señores, nunca he contado con un yerno rico, ni aun lo he deseado; de suerte, que la situacion del señor Julio, tal como acaba de esponerme, no sería un obstáculo á que obtuviese mi consentimiento é esta sancion, siempre que estas señoras consintiesen en ello... Pero, continuó animándose, á lo que yo me atengo, á lo que me atengo únicamente es á la felicidad de mi hija y esta felicidad la encuentro yo en un afecto fiel, en una confianza comun, en el trabajo, en la conducta, en una vida austera é irreprochable. Sé, señores, lo que vale mi hija, y el que no la traiga todos estos bienes, sería indigno de tenerla por esposa, así como sería el objeto de todo mi odio y de todo mi desprecio!!!

El géometra se detuvo algunos momentos, no enternecido, sino profundamente conmovido; en seguida, prosiguiendo con más calma:—Ahora comprendereis, señores, por qué no me atengo á la fortuna... esos bienes, esas garantías que pido y que quiero son más difíciles de encontrar que el oro. El señor Julio tiene una profesion, es jóven, trabajará, y nosotros le ayudaremos; eso no es un obstáculo... Si comprende bien lo que hace y á lo que se obliga; si sabe el precio inestimable de una esposa virtuosa, le concedo la mano de Enriqueta, y confiando en su lealtad para cumplir sus promesas, me atrevo á responderle de nuestro afecto paternal como de su propia felicidad.

—Caballero, dije entonces con toda la calma que me permitia semejante situacion, ratifico todas las palabras de mi tío, comprendo las vuestras, y mi corazón no las olvidará... Os hablo aquí, no alucinado por el amor que profeso á la señorita Enriqueta, sino ciertamente sostenido y apremiado por la estimacion que tengo á sus virtudes, y por el espectáculo que tengo á la vista de la felicidad completa y venerable á que conducen los principios que profesais... Que la señorita Enriqueta y su madre unan su asentimiento al vuestro, y juro aquí que vuestra familia se aumentará con un hijo que no engañará vuestras esperanzas!

Enriqueta no dijo nada; pero volviéndose á mí, me tendió su mano con un movimiento lleno de franqueza. Al ver esto mi buen tío dejó su sillón, y vacilante de edad y de alegría, vino á abrazarnos á los dos. Se asomaron á sus ojos lágrimas que hacían correr dulce y agradablemente las caricias de Enriqueta. El géometra conservó solo toda su firmeza, y acercándose á su muger, la animaba con palabras razonables y afectuosas.

Cuando mi tío hubo vuelto á su sillón, dijo:—Amigos míos: os doy á todos las gracias... este día satisface mis últimos votos; esta

amable niña (mi hija ahora) será feliz seguramente... pues hallareis en mi Julio un corazón recto, amable y capaz de comprender y cumplir todos sus deberes... aun cuando su genio es alegre, y su cabeza dedicada á las bellas artes.

Digo pues, que doy á todos las gracias. A hora paso á deciros mis ideas, y las cosas tales como son en sí. Este muchacho será el que me reemplace en mis pequeños bienes, pues son suyos hace veintium años en mi testamento... El es quien hace veintium años me ha hecho vivir... Y se detuvo aquí para sonreirse.

Contando con esto, repuso mi tío, no le será gravoso mucho tiempo; de modo que el porvenir no está lejos... Estos pequeños bienes consisten en una renta de ciento veintisiete lises, cuyo capital se halla colocado sobre el mejor viñedo del canton de Vaud... bajo la proteccion de Baco, según veis... y es tan buena, que desde hace cincuenta y cuatro años, no ha dejado una sola vez de llegarme la renta por trimestres...

Digo pues, que son ciento veintisiete lises... Además: cincuenta que me cuesta este mozo, le quedan asegurados desde hoy, y le serán entregados por plazos, no á él, sino á esta señorita, que me ha parecido ayer una muger de gobierno, hábil y fiel.

Un murmullo interrumpió á mi tío.—Escuchadme... os lo suplico... estos cincuenta lises serán para dirigir el gobierno interior de la casa... pero como se dice que no hay sopa sin olla... Ahora bien, mi sobrino no es rico en utensilios... todo su mueblaje será de mi cuenta... pues bien, tendremos nuestras marmitas, nuestra vajilla, nuestros muebles, y recibiremos á esta jóven señora como se merece... Hé aquí cómo.

Escuchadme. En mi larga vida he acumulado muchos librajitos... preveo que un artista como Julio no sabrá qué hacerse de ellos... y yo es preciso que me disponga á tomar las de Villadiego... Conozco un israelita que me ayuda á placer, y sin engañarme, porque sé el precio de mis mercancías... con esta cantidad, de la que ya tengo una parte, veremos de establecer á estos jóvenes... Nada de cumplimientos ni de murmullos, pues me causarais un disgusto contrariándome. Por otra parte encuentro en ello un recreo. El israelita me hace compañía... leemos el hebreo... comparamos las ediciones... y digo adios á mis librajitos uno á uno... mientras que os digo adios á todos, amigos míos.

Yo estaba deshecho en lágrimas. Enriqueta, su madre y hasta el géometra escuchaban con sorpresa, el corazón henchido de admiracion y ternura hácia el buen viejo. Aunque lejos de aceptar, no le contrariamos, sino que acercándonos á él, le rodeamos de respeto y de muestras de nuestra profunda gratitud.

Así es como obtuve la mano de Enriqueta. El porvenir ha cumplido las predicciones de mi tío y las promesas del géometra. Entré en una familia en que reinaban la union, la intimidad y la consagracion de todos al bien comun, la mas propia entre todas para acabar de formar mi carácter, mostrándome cuáles son los bienes, sencillos á la verdad, pero ciertos y verdaderos, de que nos aleja frecuentemente un rasgo novelesco, ó una imaginacion pronta á dejarse seducir.

Antes de marchar Lucy á Inglaterra la di parte de mi próximo matrimonio, y tuvo ella ocasion de hacerme un encargo que puso mi casa en boga por largo tiempo. La proteccion de esta jóven señora me fué tan útil como constante. Ligada con las mas ilustres familias de su país, me dirigia frecuentemente algunos compatriotas suyos que venian todos los años á estos sitios, y rara vez era estéril su recomendacion.

La visita de estos extranjeros me daba un realce que me proporcionaba otras visitas y otros encargos, y al cabo de pocos años adquirí una posicion que colmó mi ambicion, traspasando las esperanzas del géometra.—Suegro, le decia yo algunas veces, la profesion es buena, y vuestro proverbio no vale nada.

Ya se recordará que Lucy me dijo un día con las lágrimas en los ojos:—En cualquier tiempo, señor Julio, que tengais una desgracia igual á la mía, os suplico me escribais. Esta desgracia sucedió dos años despues de mi matrimonio; y cuando hube tributado los últimos deberes á mi tío, escribí á esta jóven señora la siguiente carta:

«Señora: Acordándome de la súplica que me hicisteis hace dos años, paso á anunciaros la muerte de mi tío. Este es sin duda un consuelo que vuestra bondad me proporciona de antemano; pues así como os dignásteis mostrar algun interés en verme despues de la muerte de vuestro señor padre, juzgado, señora, qué dulzura es para mí el estar seguro de encontrar en vos alguna simpatía para el dolor, y para el vacío, aun mayor, que esperimento.

»He tenido, señora, una pérdida inmensa: mi tío me había educado, me había establecido, y casado; pero sobre todo me había reanimado con esa bondad perfecta, que no encuentro en ninguna parte. He perdido esa alma serena que presidia mi vida, ese espíritu amable, cuya alegría tan dulce y tan sencilla alimentaba todos los días algu-

nas horas; he perdido estos bienes cuando apenas empezaba á apreciarlos y reconocerlos... Ahora comprendo, señora, la aliecion en que os vi en otro tiempo! Cuántas de esas lágrimas que ahora vierto son comunes á vuestro dolor y al mio! Al menos las vuestras no tuvieron nada de amargo; pues he oído á vuestro padre tributar un brillante homenaje á vuestro afecto filial, mientras que mi pobre tío ha muerto antes que tuviese ocasion de tributarme uno semejante.

»Qué triste es, señora, perder esos seres escogidos, ver romperse esa dulce cadena, que no puede ya reanudarse en la tierra! Me asombro y me acuso de que una funesta prevision no haya frecuentemente turbado mis horas; me acuerdo que vuestros ojos se humedecían de antemano, penetrada como estabais de una pérdida mas ó menos próxima, pero en todo caso irreparable. Y yo sin cuidado por el porvenir, gozaba casi sin inquietud de tan raras cualidades, á las que la edad añadía un atractivo venerable y sagrado!

»Mi buen tío ha muerto lo mismo que ha vivido, tranquilo, sereno, casi alegre. Ha visto acercarse la muerte, encadenar sus miembros, helarlos por grados, y sin embargo parecia jugar con ella. En tanto que ha podido, no ha cambiado en nada sus hábitos; solamente cuando ha sido necesario que renunciase á sus trabajos, ha empezado á retenernos mas tiempo á su lado. Sus sufrimientos, á Dios gracias, no han sido nunca estremados, acogiéndolos él sin amargura como un huésped importuno, pero que es preciso recibir y casi tratar con respeto. En cuanto á nosotros, sentados alrededor de su cama, reteniamos nuestras lágrimas, que le hubiesen afligido mas que sus propios males; y aun á veces teniamos que sonreír á las mismas palabras que atestiguan su sufrimiento, porque aun se veía en ellas algunos rasgos de alegría. Sin embargo, era esto un espectáculo digno de lástima. Parece que á estos seres tan buenos es un ultraje el sufrimiento, rebelándose el corazón contra un mal bárbaro que no escoge entre sus víctimas.

»Este domingo pasado fué cuando murió en mis brazos. Al oír las campanas matinales, se puso á decir: «Ahora sí que es esta la última que oigo...» Estas palabras nos han hecho derramar lágrimas... «Verdaderamente, repuso... vais á persuadirme de que no he vivido bastante, hijos míos... estoy así contento... No olvidéis á mi vieja Margarita, que ha tenido tanto cuidado de mis libros y de mí... Julio, cuando escribas á esa buena señora (siempre os llamaba así) dala mi bendicion, si quieres, á ella y á sus hijos... yo espero ver á su padre en la mansion de los justos... con tal, añadió, que me admitan en ella.»

»Después de algun silencio repuso: «Esta malvada me halla mas duro de lo que pensaba... la haré frente hasta que haya concluido todo... Mi testamento está ahí en el cajon de la izquierda... Mi buena Enriqueta! qué gusto era el vivir á vuestro lado... Mis afectos á vuestros honrados padres... mostradme aun otra vez ese niño... Mirad, mi hermano y mi cuñada me van á acosar con preguntas allá arriba... Buenas noticias, les diré, muy buenas!»

»Sin embargo, su vista se debilitaba, su respiracion era mas precipitada, pudiéndose reconocer su fin próximo por diversas señales; pero sus palabras eran claras aun, su espíritu apacible, no debiéndose disipar sino con su vida el dulce calor de su corazón. A eso de las doce me llamó. «Si ha de venir el señor Bernier (este es nuestro párroco), yo creo que ya sea hora... (Le envié á buscar.) He tenido una larga vida... y tengo una muerte feliz... Me hallo en medio de vosotros... Donde está tu mano, mi pobre Julio? Algunos momentos después se anunció la llegada del confesor.

»—Bien venido seais, querido señor Bernier... Héme ya dispuesto, ejerced vuestro ministerio... Ya he vendido mi Hipócrates... ahora es el israelita quien se aprovecha de él... Pero si abandono mi pellejo á esta malvada, no así mi alma... que os la recomiendo, mi buen señor Bernier. Empezad, empezad... no sea que se vaya... aunque está bien firme el hilo!

»Entonces el confesor ha hecho una oracion llena de unción y de bondad. «Amen! ha repetido mi tío... adios, querido señor, hasta la vista... Os recomiendo estos hijos.» El confesor, hombre de edad tambien, le apretó la mano con ese afecto tranquilo que da la convicción de encontrarse pronto en otra parte, y se retiró. Mi tío se adormeció en seguida. Una hora después hizo un esfuerzo, y con voz muy débil dijo, teniendo agarradas nuestras manos: «Julio! Enriqueta!» Estas fueron sus últimas palabras, y bien pronto se detuvo su respiracion.

»Hé aquí, señora, la relacion sencilla de los últimos momentos de un hombre bien oscuro, extraño al mundo, desconocido aun de sus propios vecinos, pero que no puedo menos de colocar entre los mejores de los mortales. Su larga vida se me aparece como el curso de una onda ignorada, pero benéfica, que refresca las modestas orillas que baña, y donde se ve la dulce serenidad de un cielo risueño y sin nubes. Único testigo, aunque no único objeto de esta bondad continua, me parece que mi corazón no puede ser suficiente para amar y venerar dignamente su memoria, siendo la necesidad de asociarme á otro quien me induce á entreteneros con estas cosas. Permitidme, señora,

una confesion libre. Habeis influido mucho en mi destino; vuestra vista y vuestra tristeza me conmovieron vivamente en otro tiempo; vuestras bondades han allanado, si no formado, mi carrera; bajo estos títulos os amo tanto como os respeto; pero lo que me infunde un sentimiento mas dulce y mas profundo aun, es ese punto comun en que se tocan y se igualan nuestros destinos, esos dos hombres excelentes, tan queridos, tan necesarios á ambos, y cuya memoria espero servirá como de lazo entre vos, señora, y el que tiene la dicha de ser vuestro reconocido y respetuoso servidor

JULIO.»

LOS DOS SCHEIDEGG.

Quando se viaja por Suiza solo y sin alguna familia que proporcione una ciudad siempre amable, la lluvia es una mensajera triste que viene á confinarnos en una sala de posada en compañía de viajeros aturridos. Sin duda habria medio de pasar agradablemente el tiempo, si menos preocupados de su falta de objeto, y reuniendo sus recursos de espíritu ó de amabilidad, estos viajeros formasen una colonia improvisada para desmontar durante algunas horas el campo de la alegría y del placer. Pero las conveniencias y vanidad que á falta de familia lleva cada uno consigo, entre estos una reserva aristocrática, entre aquellos una fina timidez, son otras tantas causas que contribuyen á aislar unos de otros á aquellos que podria solo unir, aunque de paso, un buen natural cómodo y benéfico.

En el mes de agosto último llegaba una tarde á Lauterbrunnen, cuando fuí sorprendido por la lluvia. La posada estaba atestada de viajeros que habian ido como yo con la intencion de pasar al dia siguiente á la pequeña Scheidegg. La mayor parte eran ingleses, muchos suizos, y algunos alemanes ó franceses. Toda esta sociedad reunida en el comedor se rozaba sin confundirse: un solo señor, y este en verdad de un natural muy bueno, iba de uno á otro preguntando noticias de barómetro; informándose de los proyectos de cada uno, y anunciando que, por lo que hace á él, se dirigia á Meyringen con la intencion de asistir al otro dia á una gran fiesta del país que debía ofrecer el interesante espectáculo de una lucha nacional embellecida con una gran variedad de costumbres. Como ya se sabe, los pastores de los Alpes, cuando luchan reunidos, se atan á la pierna izquierda una especie de lazo destinado á dar presa al adversario. A fin pues de que cada uno pudiese representarse el asunto tan bien como él, este buen señor se habia tomado el trabajo de arrollar su pañuelo de bolsillo alrededor de su pierna derecha, é iba de un viajero al otro invitando á todos á que cogiesen su pañuelo, colocándose así en la posición exacta de un luchador. Muchas señoras creyeron deber rehusar; pero cuando se acercó al grupo de los ingleses, uno de ellos le preguntó francamente: —Estar ya acabada esta ceremonia desaseada.—No es una ceremonia, señor, repuso el buen hombre; es al contrario, el procedimiento que emplean los luchadores de los Alpes.—Yo no conozco á Vd., señor, y prohibir á Vd. de hablar á mí cuando yo decir nada á Vd.—Bueno! bueno! No hablemos mas de eso, pues es bien fácil. Y se puso á desmenuar su pañuelo de bolsillo, invocando siempre el ayuda de sus vecinos para deshacer el nudo, que se habia apretado por efecto de muchas contracciones sucesivas.

Quando se pusieron á la mesa, me encontré colocado al lado de este buen señor, que me entretuvo con su gran fiesta de Meyringen. —¿Hay mañana, dije al cocinero mientras me servia un gran trozo de pescado, hay una gran fiesta en Meyringen?—No, que yo sepa, respondió él. Mi vecino se echó á reír, tapándose con su servilleta, y mirándome con un aire sumamente maligno. —¿Qué teneis?, le dije. Aguardó á responderme á que se hubiese marchado el cocinero.—Me río, dijo entonces, de vuestra ingenuidad. ¿No sabeis que estas gentes niegan siempre las fiestas que les pueden quitar parroquianos?—Es verdad. Pero ¿de quién tiene V. sus informes?—Justamente de un torpe; de Fellerde Interlaken. Me habia ya aclimatado en su casa hasta el punto que habia resuelto pasar allí el resto de la estacion; aun añadiré que no contribuia mal á acreditar su establecimiento, recibiendo á sus parroquianos, divirtiéndolos su mesa, y haciendo á sus ingleses los honores de la venida, cuando vino á aturdirme la cabeza con esta fiesta, los luchadores y sus costumbres... ¡Por vida de! No he podido contenerme, y héme ya en camino para Meyringen, donde cuento descansar.—Ya estoy en ello, repuse yo. Y me puse á comer pescado, que era perfectamente delicado y superiormente comestible.

Habia enfrente de mí una jóven señorita, cuya vista me distraia agradablemente de la conversacion de mi vecino. Sin ser notable por la belleza de sus facciones, esta jóven era interesante por la gracia de su espresion y por la modestia de sus maneras. Me pareció tambien que estaba distraida, y en el fugitivo rubor que se asomaba por momentos á su rostro, me persuadí bien pronto de que algun sentimiento

tierno de que su corazón estaba agitado, provocaba aquellos signos exteriores de una ingenua vergüenza. Pero hé aquí lo que impedia á mi imaginacion el proseguir y acabar la novela después de estos datos; es que, si bien por una parte habia á la derecha de esta jóven un hombre de edad que no podia ser mas que su padre, por otra parte, en el jóven que estaba sentado á su izquierda demostraba ella un celo demasiado galante para ser un hermano, demasiada familiaridad amistosa para ser un amante, y demasiada libertad para ser un desposado. Por lo demás, las novelas divertidas son justamente las que escitan la curiosidad; de suerte que me hallaba yo en esa agradable situacion de un lector que, impaciente por adivinar, pero con poca prisa para conocer, se limita á interrogar una á una las páginas de su volumen, en lugar de ir derecho á la última, que le diria todo á la vez. Así, cuando se levantaron de la mesa, no estaba aun mas que en el primer capítulo. Sin embargo, cuando en el momento de separarse este jóven dió las buenas noches á su compañera de viaje, comprendí yo, en no sé qué signo del rostro ó talante de ella, que no era su hermana.

¡Pero no comprendí mas, porque este caballero que le hacia tan familiar saludo no era su hermano. Se retiraron. Poco á poco hicieron lo mismo los demás convidados, y yo me quedé enfrente de mi honorable vecino, que se puso á darme conversacion. Sin escucharle en lo mas mínimo pensaba, examinándole, que hay rostros que no se prestan á la novela ni al enigma, ni al menor problema; y que la imaginacion, por curiosa ó vagabunda que se la suponga, no hallará nunca nada que descubrir ni penetrar en un hombre que acaba de pasearse de grupo en grupo con su pierna derecha rodeada de un pañuelo de hilo á grandes cuadros.

Estaba en esto, cuando un jóven entró en la sala con alguna precaucion, la recorrió con la vista, y después de haberse quitado una capa en que iba embozado, hizo señas al camarero de que le sirviese la cena. El camarero le puso un cubierto enfrente de mí, y cuando se hubo colocado, mi vecino no dejó de emprenderla con él, diciéndole:—Va V. probablemente á ver la fiesta en Meyringen?—¿Qué fiesta? repuso el jóven con tono distraído. —¿Una fiesta magnífica! Y se puso á describir de nuevo el orden de los espectáculos, la variedad de las costumbres, la lucha de los pastores, y cómo cada uno de ellos, para dar presa á su adversario, dispone alrededor de su pierna derecha. En esto el camarero vino á interrumpirle diciéndole que su cochera, deseoso de ir aquella misma tarde á Interlaken, queria que le pagase.—Allá voy, dijo; y despidiéndose en seguida, me dejó solo con el jóven. Con el objeto de renovar la conversacion, hice presente la gana que tenia de asistir á aquella fiesta. Debe ser admirable, interrumpió, y hareis bien en ir. ¡En cuanto á mí, mi fiesta está en otra parte!... A estas palabras, que denotaban una secreta preocupacion, me levanté para salir, él se levantó tambien, y como estábamos solos:—Señor, me dijo, cogiendo afectuosamente mi mano, perdonad una pregunta que os parecerá indiscreta. ¿Habeis cenado en compañía de una jóven señorita, acompañada de dos señores. Sabeis si van á esa fiesta?—Creo que ese es su proyecto.—Os doy las gracias, respondió; y dándome las buenas noches, se retiró. Cuando hubo salido, me puse á pensar que si el otro no era su her-

mano, este lo era aun menos. Por desgracia, á medida que la novela tomaba mas interés, se hacia mas probable tambien que se acabase sin mí; de modo que me hallaba en esa situacion desagradable de un lector, que llegando al fin de su primer volumen, sabe que falta el segundo, y que el tercero está en prensa. Fuí á acostarme.

Al dia siguiente amaneció un dia muy hermoso, y la naturaleza, refrescada con las lluvias de la víspera, brillaba extraordinariamente. Desde el valle en que aun estábamos, como del fondo de un oscuro abismo, se veia mas allá de las cimas, aun cubiertas por la sombra matutina, resplandecer sobre un cielo de azul las cumbres de aquella alta cordillera, y mas acá el Stanbach lanzar sus olas retumbantes, desde una altura de novecientos pies. Fuí á visitar la cascada con todos los viajeros: nos pusimos precisamente debajo, de tal modo que levantando la cabeza se veia en el aire el fracaso de las olas que chocaban, que volvían, y que se hacían polvo ó saltaban en forma de canastillos para disiparse antes de acabarse en millares de brillantes gotitas. De estas gotitas, unas se esparcian á lo lejos, y otras se ponian en forma de rocío sobre las yerbas del rededor; las demás, uniéndose á sus hermanas, unas veces á la derecha, y otras á la izquierda, segun el capricho del viento, van á formar un arroyo que corre á mezclarse en las olas retonzonas de la Lutschinen.

En mis viajes he empleado muchas horas en contemplar las olas retonzonas, pues es esto uno de esos momentos en que cuando está ociosa la imaginacion, gusta un encanto tan recreativo. Hé aquí una frágil rama perdida en los borbotones, ó ya un gazapillo que se sumerge, reaparece, lucha, y encontrando al fin el socorro de algunos pedruscos se agarra y se detiene. ¡Desgraciado! ¿Podrá permanecer en esta soledad salvaje olvidada de los leñadores y contigua á selvas en que crecen sus hermanos, ó bien será arrastrado por el impío torrente y llevado lejos de las montañas, hasta esos campos lejanos en que viven esclavos del hombre otros árboles y otras flores? Ahí está el problema, y de pié sobre la orilla pienso en ello con melancolía.

Sin embargo, las olas y los borbotones se suceden unos á otros; el tiempo avanza, nada se decide, y entonces... entonces, antes que llevar conmigo esta duda, ó mejor aun, pues estos son los misterios del espíritu humano, antes de haber hecho un acto de majestad, cien veces me ha sucedido arrancar de su tronco el infeliz arbusto, entregarle al torrente encolerizado, seguir con la vista las vicisitudes de su creciente angustia, y no alejarme hasta haber visto cumplido su destino.

Es verdad que, mejor inspirado otras veces, he redimido con algunas buenas obras estas bárbaras fechorías. Me acuerdo que un dia en este desierto valle de Urscren, en que las aguas procedentes de la Turca, se pasean ociosas y á su capricho sobre una verde llanura, y van á pagar su tributo á la Reuss; hice, á través de la arena, un canal de union, para librar á los pececillos, temerariamente metidos en un charco que estaba á punto de agotarse. Otras veces tuve compasion de un pobre insecto que se hallaba apurado, y retrocedí de mi camino espresamente para llevarle lejos del peligro en algun retiro seguro y florido. Frecuentemente tambien al ver los tilos que costean



Amigo mio, he hecho presente vuestros deseos á la señora, que ha tenido la bondad de interesarse en ello. (LA HERENCIA).

ban el sendero inclinados y como suplicantes, he reprimido ese brutal instinto que induce al viajero á cortar de un palo muchas vidas inocentes, y espero que estas buenas acciones se me tendrán en cuenta. ¿Pero qué? También frecuentemente he roto con arrogancia otros tilos, cuyo soberbio porte ofendía mi orgullo; frecuentemente también, guiado por una curiosidad egoísta, he destruido esas covachas, construidas con tanto trabajo y provistas con tanta inteligencia; muchas veces también he querido, y de ello me avergüenzo hoy, que esa roca que costaba la calzada, toda alfombrada de musgos encantadores, y abrigando en sus calientes fragosidades sociedades enteras de amables florecillas, fuese á rodar al fondo tenebroso de un barranco, lejos del aire y de la luz; lejos del Levante que reanima, y lejos del Poniente que guarece contra el frío relente de la noche! Así hacen los reyes. Mientras que su bondad no es algunas veces mas que un vano capricho, su orgullo es bárbaro, y aun sus juegos causan víctimas.

Desde Lanterbrunnen, para ganar la base de Waegern-Alpon, de la pequeña Scheidegg (con estos dos nombres se designa una misma montaña) se pasa bien la Lutschinen sobre un puente de madera, que parece fijado allí espresamente para que el observador pueda fácilmente contemplar los borbotones y ver las ramas luchando; pero aquel día, irrillándose en compañía de una multitud de viajeros, seguí la caravana sin detenerme á examinar este espectáculo, antes bien, cuando despues de pasar el puente, las diferentes sociedades de que se componía esta caravana se separaron, unas para ir adelante, otras para quedarse atrás, yo me puse á caminar con la que se hallaba compuesta de los personajes que figuraban en mi novela principada. El joven, lo mismo que yo, iba á pie; así que, gracias á esta conformidad de andar, hicimos bien pronto conocimiento, y entablamos conversacion. Delante de nosotros iban en burros la joven señorita y su padre; y mientras que este se estasiaba con un expansivo entusiasmo á vista de nuevas bellezas, que elevándose veía surgir á su alrededor, su hija, mas tranquila ó menos dispuesta á sentir estas bellezas, dejaba á su mula, cuya posición cambiaba á cada zizac del sendero, el cuidado de hacer variar los objetos, sobre los que paseaba una mirada indiferente.

Llegados á la primera llanura en que había algunos arces esparcidos, unos jóvenes y frondosos, otros despoblados por la edad, ó mutilados por la tempestad, hirieron unos cánticos nuestros oídos. Eran dos hijas de Grindelwald, que sobre la pendiente de un cerro estan enseñadas á cantar, al aproximarse los viajeros, esas baladas de montañas, cuya sencilla melodía, mezclada de armoniosos estribillos, adquiere del mismo sitio en que se las oye, á la vista de agradables pastos y al pie de inabundantes rocas, una espresion de tranquila y risueña serenidad. Nos detuvimos á escuchar; pero apenas cesaron de cantar, resaltó la emoción del mas anciano de mis dos compañeros. Desde encima de su mula gritaba ¡bravo! con todas sus fuerzas; despues, dirigiéndose indiferentemente á su hija, al guía ó á mí, espresaba con una ruidosa vivacidad el arrebató de que su alma estaba poseída.

Pero una misma música no ejerce el mismo imperio sobre todos los que la oyen. Esta elocuencia de sonidos es fuerte en verdad, pero confusa; agita el corazón, pero ni le arregla ni le avasalla; y mientras que es para el uno como un himno de alegría y de felicidad, es para el otro como un grito de pesar que no despierta en él mas que vanas esperanzas ó goce ya agotados. Así es al menos como yo me esplicaba lo que pasaba á mi vista. Mientras que dicho señor se entregaba así á aquellos trasportes de alegría, su hija, pálida, reprimía mal un enternecimiento que estaba á punto de revelar por sus lágrimas. Pero se apercibió de ello, y sorprendido por este espectáculo en medio de su alegría, pasó de repente á una tristeza llena de solicitud, pero mezclada también de un embarazo, cuya causa era la presencia de aquel joven. También este, sin parecer haber observado la turbación de su joven compañera, se unió á mí, que iba delante, y fuimos andando juntos. Al cabo de un rato, me dijo:—Si tiene V. cigarros, quisiera me diera V. uno, pues hace diez días que no fumo, por no disgustar á mi prima; ya no puedo mas!

Le dí un cigarro, que encendió, y yo encendí también el mio; pero durante la operacion me hice interiormente esta cuenta: no haber adivinado ayer tarde que no siendo hermano, amante ni esposo, no podía ser mas que primo! Pero cuando hubo encendido él su cigarro, me dijo:—Es mi desposada; qué triste está, no es verdad? Por lo pronto, y siempre interiormente, conviene que era yo un necio, mientras que exteriormente me parecía haber comprendido el asunto desde la vista y á primera vista.—El amor, repuse yo alegremente, cuando es vivo y sincero, siempre se hace traicion. A estas palabras el joven, como sorprendido de mi proposicion, me miró fijamente y dijo:—Lo estaré yo pues? En verdad que no lo creo. Y se puso á marchar pensativo, haciendo yo otro tanto.

Qué enamorado tan singular! decía yo caminando, y cuán indiferente estaria yo en su lugar! Sin embargo, no atreviéndome á dirigirlle preguntas, hacia girar la conversacion sobre los objetos que nos rodeaban. Cerca de la cumbre, en particular, se encuentra un cedro

majestuoso que tiende en todos sentidos sus brazos atormentados, como llamando á sí los viajeros fatigados, ó aquellos abrasados por el ardor del sol, ó á quienes deslumbraba el brillo de los anfiteatros de hielo que del lado del Mediodía ciñen el horizonte.—Oh, qué bella sombra! exclamó mi compañero, dirigiéndonos hácia el cedro. La tierra abatida por la tempestad no criá todo alrededor mas que una yerba corta y robusta, que se encarama mas bien que se balancea; y por bajo el pabellon de ramaje, la vista abraza por el lado de Interlaken una perspectiva de cimas onduladas y silvestres con que las mas cercanas agradan á la vista con una extraña vivacidad de colores; mientras que las mas lejanas, sumergidas en la luz resplandeciente del cielo, parecen vapores flotantes. Al ver esto no pude contener la espresion de mi arrebató.—Es magnífico en efecto, interrumpió Alfredo; pero para gozar de estas escenas es preciso tener el corazón libre... quiero decir el alma ociosa, pues no creais que yo tenga el corazón ocupado. Esta joven que habeis visto, la amo con el afecto de un primo; pero aspiro tan poco á su posesion, que lo que ahora me embaraza es que justamente tengo asegurada esta posesion... Y sin embargo, añadió con una espresion de voz y de rostro que parecía desmentir estas palabras, ¿dónde encontrar mas gracia y tierna dulzura, y facciones que sean el anuncio de una alma mas bella ó mejor dotada?

Yo que estoy sujeto en viaje á encontrar bellas y dignas de ser adoradas en el momento todas las jóvenes que encuentro graciosamente sentadas sobre una mula ó que aparecen sobre la alfombra de los prados ó en las vueltas de los senderos, no hacia ániro, como se puede creer, de ir á contradecir palabras que espresaban también mis propios sentimientos respecto de esta joven en particular. Pero sorprendido cada vez mas del giro inesperado que tomaba la novela, y animado por otra parte por las confidencias que me hacia este joven, le dije:—Caballero, permitidme os advierta que me habeis dicho demasiado, ó aun no bastante; y pues que no habeis temido despertar en tan alto grado mi curiosidad, y sobre todo mi interés por vuestras últimas palabras, no os sorprendais de que yo insista en saber mas.—No me sorprendo de eso, replicó él; por desgracia es una historia bien tonta. En seguida, creyendo debérmela contar: Sabreis desde luego que mi tío... pero alto ahí! Hé aquí mi tío; interrumpió él, dejando caer la punta de su cigarro, que apagó con el talon de la bota.

En efecto, venían ellos, pero no solos. El señor de la fiesta, que los había alcanzado cerca del paraje en que los habíamos dejado, subía con ellos; y mientras que la joven señorita, habiendo ya llegado bajo el cedro, bajaba de su cabalgadura para reposar algunos momentos á la sombra.—Señores! nos gritó desde lejos, mirad qué rododendron! Sabéis lo que es rododendron? Es la rosa de los Alpes... Los ingleses, dejándole hacer, recibieron cada uno con una gravedad solemne una rama de rododendron, y continuaron marchando hácia la cumbre, que está á tres cuartos de hora de este último cedro.

Durante este último tiempo, las mulas se habían puesto á pastar, y sentados nosotros enfrente de los grandes picos que forman los espaldones inferiores de la Jungfrau, asistíamos al espectáculo de la magnífica cordillera que ostentan sobre la sombra azul del cielo. Pero la joven y su padre, aprovechándose con ansia de la ocasion que se les ofrecía de velar con el exterior de una viva admiracion las secretas ocupaciones de su alma, apenas contemplaban este espectáculo, conociéndose que su pensamiento entero estaba fijo en otros objetos que los que teníamos entonces á la vista. Así, cuando el señor de la fiesta, acercándose á nosotros, hizo intencion de empezar sus exclamaciones y sus ofertas, entonces el tío, levantándose bruscamente, dijo con un tono impetuosamente cólico:—Dejadnos, señor, dejadnos!... No veis que nos estais matando hace tiempo con vuestras importunidades?... Qué! no tenéis consideracion ni discrecion!... Me horroriza ¿lo entendéis? vuestra rosa de los Alpes!... Y como vieses en aquel momento la turbacion y el rubor que causaba á su hija tan inconveniente apóstrofe, continuó, redoblando su furor:—Veis pues, señor importuno, cómo vuestra infernal rosa de los Alpes es causa de que alija á las personas que amo! Dicho esto se volvió á sentar, mientras que el señor de la fiesta, menos irritado que aturdido, tomaba el sabio partido de proseguir su camino sin decir una palabra, y sin comprender tampoco cómo podía ser que una persona dotada de razon pudiera tener seriamente una repugnancia tan invencible por la rosa de los Alpes.

En cuanto á mí, testigo confuso de tan vehemente arrebató, empecé á creer que efectivamente este tío no estaba enteramente en su sano juicio; y lo que faltó para asegurarme enteramente en esta idea fué el ver á su propio sobrino romper con una especie de indiferencia, y como se hace con personas en quienes la cólera no hace efecto, el silencio que bajo la impresion de esta escena guardábamos los guías y yo. Dirigiéndose tranquilamente á estos, se hacia decir los nombres de los picos de que he hablado. Estos nombres son bárbaros á nuestros oídos; pero bajo la ruda armonía de sus difíciles sonidos encubren ese vigor de sentido y de imágen que presenta á la imaginacion la cúpula, la cresta, el Titan con su brutal magnitud y su ciego poder. En particular casi todos los que designan las cumbres de esta

cordillera, aunque son ásperos y espresan una sublimidad fiera y vigorosa, parecen ser como los símbolos de la fuerza, que se inclina ante el nombre gracioso y virginal de la cima principal, la *Jungfrau*. Esta circunstancia, observada por el joven, fué para él testó de interesantes observaciones, que terminó sosteniendo con una espiritual galantería, que por todas partes donde el hombre no oye mas que el natural instinto de su espíritu, prodiga los honores á lo que le presentan los atributos del vigor y del poder de que él mismo se halla dotado; pero que reserva la palma y el imperio para el que le subyuga y le agrada, con los mismos atributos que los que ama en su compañía, á saber: la gracia casta y la belleza pura. En seguida, volviéndose, añadió:—Qué pensais de esto, querida prima? Cada vez mas turbada aquella joven, se ruborizó entonces sin responder, y casi me persuadí de que á su vez mi compañero había carecido de tacto y moderacion en sus palabras, cuando como para aprovechar esa turbacion que había provocado de intento, él mismo se puso á decir:—María, qué triste estais!... Y vos, tío mio, qué desgraciado pareceis! ¿No es eso, os pregunto, indicio seguro de una situacion falsa, de una felicidad engañadora?... Apenas pronunció estas palabras, que de la mirada del tío salieron á la vez el espanto, la sospecha y la cólera, y apresurándose á intervenir su hija:—Qué decís, querido Alfredo? Por qué es falsa? Por qué engañadora? Os parecería pues extraño que quisiese pagar con un afecto tierno y duradero, el que vos mismo me demostrais con tanta constancia y generosidad?

Mientras que la joven se espresaba así, creí ver que un punzante dardo había penetrado hasta el corazón de Alfredo, pues á pesar del imperio que este joven me había parecido ejercer sobre sí mismo, se estremeció de placer, y la llama de una viva emocion coloreó su rostro. Sin embargo, dueño casi al punto de este impetuoso movimiento, y haciéndome señas de que permaneciese, en el momento en que iba á alejarme:—María, repuso él con un acento cuya inexplicable dulzura dejaba sin embargo entrever alguna amargura, escusad de antemano á un primo que se esfuerza con gran trabajo en no amaros demasiado... Y pues que á pesar de las ilusiones en que se mece aun mi tío, no podríamos ser el uno para el otro, aborradme hasta esos testimonios de simple afecto que mi corazón se halla demasiado inclinado á despreciar... A este lenguaje, cuya grande ambigüedad dejaba presentir un partido ya tomado, el tío, que no se había dominado hasta entonces sino con trabajo, prorumpió al punto en vehementes trasportes y en fogosas reprensiones; y mientras que su hija se esforzaba en calmarle con sus caricias, ó en contenerle con señas de espanto, los mismos guías, ya sea que se les hubiese dado la señal, ya sea que se llevasen naturalmente por el instintivo deseo de poner fin al triste debate de que eran te-tigos, hicieron adelantar las mulas... —Un momento! repuso entonces Alfredo; aun no he dicho todo. Y vos, María, escuchadme. Justo y razonable, como puede aun serlo, devuelvo á vuestro padre el don que me había hecho de vuestra mano, y espero que, en razon de este mismo sacrificio, al que me condeno con tanto pesar, continuareis viendo en mí el mas rendido de vuestros parientes y el mas seguro de vuestros amigos.

No había esperado el tío para alejarse ni su mula ni el fin de este discurso, y en presa de una agitacion extraordinaria, sabia ya el sendero que conduce á las queserías, mientras que su hija se colocaba precipitadamente en su cabalgadura para reunirse á él cuanto antes. Apenas estuvo dispuesta, tendió su mano á Alfredo como para mostrarle que aunque deploraba lo que acababa de hacer, no le tenia por eso menos afecto, y partió. Entonces, solos bajo el cedro, mi compañero y yo la seguíamos con la vista; en seguida, cuando hubo desaparecido detrás del peñon mas cercano, nos sentamos de nuevo en la yerba, guardando profundo silencio. Es que en efecto, si Alfredo estaba pensativo, yo mismo, aturdido de haberme hallado casualmente iniciado en cosas de intimidad doméstica, no me atrevia entonces á renovarle las preguntas que le había dirigido en el momento en que llegamos juntos á la sombra del cedro.

Al fin, y acostado indolentemente como estaba, dijo él:—Es un juego bien extraño el de las afecciones humanas, cuyas cartas tiene casi siempre en su mano la casualidad, ó á falta de esta, algun diablo malicioso! ¿O bien es que la Providencia en su sabiduría ha querido que los caprichos del corazón viniesen sin cesar á desbaratar los cálculos de las conveniencias, y que el amor entre los jóvenes de ambos sexos permaneciese siempre independiente de las ventajas de riqueza, rango, espíritu ó aun de carácter?... Por lo que hace á mí, no hago mas que oscilar siempre entre estos dos modos de ver; y segun que me inclino al uno ó al otro, ó bien mi alma se somete con tristeza, ó bien se llena de la hiel de la ironía, del sarcasmo ó del disgusto!... En seguida, volviéndose al lado en que la joven acababa de desaparecer: Encantadora criatura, continuó él con un tono lleno de gracia y de tierna lástima, á mí es y no á él á quien debiais amar y querer por esposo!... Pero, pues que te arrastra una inclinacion mas fuerte, marcha, y que se cumpla su destino!...

También aquí hubo una pausa, pues segun el giro que habían tomado los pensamientos de mi compañero, empezaba á parecerme diferente de lo que le había visto hasta entonces, y sentía esa especie de em-

barazo que al lado de un hombre superior, á quien se habla por la vez primera, intimida el espíritu y encadena la palabra. Sin embarco al mismo tiempo que admiraba de qué fuentes tan sublimes tomaba este joven á la vez sus amores y sus convicciones, no podía menos de esperarmente cada vez mas el deseo de penetrar aun mas el secreto de sus afecciones, cuando él mismo, como presintiendo mi deseo, repuso:—Ay! sí, tengo un rival!—Que yo he visto, añadí al punto. Entonces se levantó con ligereza:—Visto! y en dónde?—En Lanterbrunnen ayer tarde.—En verdad, es posible. Y reclinándose de nuevo... —Volveos y le vereis acercarse. Estas palabras me causaron una extrema emocion. En efecto, habiendo salido repentinamente de la selva que costea alguna distancia el sendero de la Scheidegg, el mismo joven que me había hablado la víspera en Lanterbrunnen, se dirigía á nosotros en este instante. Apenas hubo llegado á la sombra bajo la que estábamos sentados, cuando sacando de debajo de su capa un par de pistolas, las echó sobre la yerba. Dirigiéndose en seguida á Alfredo, le dijo:—Espero, caballero, que las armas de que me he provisto serán de vuestro agrado. Al menos al mostraros de qué naturaleza es la satisfaccion que deseo obtener de vos, os dicen, que desde el día en que, despreciando los derechos que me daba un amor correspondido, habeis aceptado la mano de vuestra prima, me creo tan ultrajado como desgraciado!

Entonces, volviéndose Alfredo á mí:—Teneis cigarros? dijo. Ofreced uno á este caballero, si gustais; dadme á mí otro, y en lugar de recurrir de repente á estas armas homicidas, empecaremos por tratar pacíficamente. —Con mucho gusto, dijo el otro joven. Yo les dí los cigarros, y cuando los hubieron encendido, Alfredo prosiguió de esta manera:

—Vuestra proposicion, caballero, no es sino demasiado propia para reducirme, pues no se halla demostrado á mi vista que un accidente que, como un desafío, por ejemplo, me hiciera salir honrosamente de esta vida, no fuese tan provechosa á mí como á vos. No encuentro nada en ello, casi nada que me agrade, pues por la única cosa que abría á mi corazón desgastado una carrera nueva y encantadora, la posesion de mi prima, venís á perseguirme hasta este monte salvaje espresamente para disputármela... Estaria pronto á batirme, aquí y en este mismo instante, con la sola condicion de que uno de los dos debiese necesariamente dejar la vida en el combate, si no temiese que la suerte ciega, perdonándome, fuese á equivocarse de víctima. Pues qué sería de mí, caballero, despues de haberlos sacrificado? Y pensais que pudiese tender en seguida á mi prima una mano manchada de vuestra sangre?... Pensais que vos mismo, despues de haber vertido la mía, consentiría ella en amaros aun y en tomaros por esposo?... Ya lo veis, este combate es imposible.

—Imposible! replicó con suma vehemencia el otro joven, imposible!... Apresurados, os suplico, caballero, á recoger una palabra que me haría dudar de vuestro valor ó de vuestra lealtad... Sí, lo sé, cualquiera que sea el éxito de este combate, María está perdida para mí como para vos; pero, vengando mi ultraje, habré hecho lo que mi honor quiere, lo que mi posición exige, y lo de que mi corazón tiene sed! Por otra parte, continuó con un movimiento tan fiero como apasionado, si se me quita María, ¿no es pues nada el haber obtenido que no sea de otro?... ¿Y no tengo derecho para esto, en razon de su amor que me ha sido dado, y á causa de su fique había recibido? Volviéndose entonces á mí:—Sin conoceros aun, caballero, os hago juez de esto: he hablado.

Aunque fuera embarazosa para mí, en la situacion en que me encontraba, esta brusca interpelacion, iba á dar alguna respuesta conciliadora ó solamente evasiva, cuando apresurándose Alfredo á intervenir, dijo con un acento en el que se entreveía algo de desden:—Al oiros hablar así, caballero, me persuado que mi tío ha tenido razon de confiar en mis sentimientos mas que en los vuestros para asegurar la felicidad de su hija... Qué! en todo esto María es pues la única cosa en que hayais pensado, y os inquietais tan poco de embellecer ó respetar al menos su destino, que con tal de que no sea de otro, os importa poco que viva abandonada, presa de amargos pesares, ó inconsolable por haber sido la causa de la muerte de uno de nosotros!... En verdad, caballero, no puedo creer que sean estos vuestros verdaderos sentimientos; y si tenéis corazón, si os respetais á vos mismo, y si sobre todo amais á mi prima, os conjuro aun otra vez á que convengais que este combate es imposible!...

Mientras que Alfredo hablaba así, la fisonomía del otro joven denotaba sucesivamente el despecho, la cólera, el orgullo herido, una desesperacion celosa, y unas veces á punto de prorumpir en injuriosos trasportes, amenazaba ya con la mirada ó con el gesto; otras, como subyugado por el ascendiente de un lenguaje á la vez afectuoso y noble, parecía dispuesto á dar curso á dolorosos sollozos. Sin embargo, se mantuvo firme, pero con un aire que presagiaba alguna resolucion siniestra. —Es esta, caballero, vuestra última resolucion? dijo á Alfredo. —Así lo había esperado, respondió este con brusca severidad; pero como me parece que no accedeis á las causas que os acabo de esponer, hé aquí, caballero, mi última resolucion! Esta tarde llegaremos á Meyingen por las Scheidegg. Dirigios allí igualmente por el lago, y ma-

ñana á las ocho estad con un testigo en la pequeña pradera de Reusti. Yo mismo me encontraré allí con el señor, si quiere hacerme el favor de servirme para esto. En cuanto á las armas, como sois vos el que me ha provocado, me pertenece la eleccion de ellas. Aunque desazonado por ver á mi compañero aceptar de un modo tan formal este mismo combate que acababa de declarar imposible con tan buenas razones, no pude menos de acceder á su demanda. Entouces el jóven recogió sus pistolas, y despues que le hubimos visto en camino para bajar á Lauterbramen, dejamos la sombra del cedro para dirimirnos á las queserías.

Como se puede creer, estaba yo sumamente impaciente por hallarme solo con Alfredo, á fin de saber de él los motivos por los que habia obrado así; pero como si hubiese querido prohibirme toda cuestion sobre este objeto, él mismo, desde que empezamos á subir la montaña, se apresuró á hacer girar la conversacion sobre otros objetos.—Sabeis el alemán suizo? me preguntó. Y habiéndole advertido de no conocer siquiera el alemán de Alemania, repuso: Es lástima, pues hé aquí una balada que me enseñó un pastor hace tres años en este mismo sitio, y hubiera querido ver si encontrabais en ella el mismo gusto que yo. Pero escuchad al menos la traduccion vulgar:

LA JUNGFRAU.

Visto he la virgen que es de mi adorada,
plateando la luna silenciosa
la pradera de flores esmaltada;
y en la noche callada,
dormida parecióme aun mas hermosa.

Duerme, mi negro toro,
descansa, mi ganado,
dulce y feliz cuidado
del bien que adoro.

Y hácia el alba, de frio escuché transida
la virgen suspirar piadosamente
y calentar su espalda enrojecida;
vi (tal vez conmovida)
la suave luz rosada del Oriente.

Véte á pacer, mi toro,
vé tú tambien, ganado,
dulce y feliz cuidado
del bien que adoro.

La he visto al despertar cuando la aurora
vergonzosa del sol se refugiaba,
y del astro la luz consoladora
que todo el orbe dora,
carinosa á torrentes la inundaba.

Paced tú, negro toro,
y tú tambien, ganado,
dulce y feliz cuidado
del bien que adoro.

Acaríciala ¡oh sol! durante el día,
acaricia á tu blanca compañera,
que mientras la enamoras, á porfía
todo brota en la umbría
floresta, y en el monte y la pradera.

Espláyate, negro toro,
retoza, mi ganado,
dulce y feliz cuidado
del bien que adoro.

Y despues de haber repetido aun otra vez con un movimiento mas marcado:

Espláyate, negro toro,
retoza, mi ganado,
dulce y feliz cuidado
del bien que adoro.

—Hé ahí, exclamó, verdadera y fresca poesia! Esto es ingenuo, alegre, espresivo y transparente de sencillez, y si yo fuese... En este momento fué interrumpido por la mayor parte de los viajeros con quienes habiamos cenado la víspera y que acababan de llegar á nosotros. Las señoras se morian de sed, y los caballeros estaban fatigados, quejándose todos del excesivo calor; pero cuando mi compañero, despues de haberlos saludado políticamente, los empezó á divertir con sus agudezas y á seducir con su amabilidad, se halló de repente que sed, calor y fatiga habian desaparecido como por encanto, y todos opinaban que esta cumbre de la pequeña Scheidegg, adonde llegamos al cabo de una hora, era de un acceso demasiado fácil, pues que allí debia concluir el placer que hallábamos todos en caminar juntos.

Eran las diez, y ni una nube flotaba en toda la estension del firmamento en el momento que llegamos á las queserías. Ya las sociedades de viajeros que nos habian precedido escalonadas por grupos sobre la falda del Wacgera, contemplaban con silencioso recogimiento el imponente espectáculo del Eiger, del Silberhorn y de la Jungfrau, en fin, de lo que en ninguna parte tan bien como aquí se puede ad-

mirar la majestuosa gracia y la imponente grandeza. Desde la pendiente en que se halla uno sentado penetra la vista en un abismo estéril y descarnado, en donde bajo lechos de piedras y restos de témpanos de nieve corren invisibles y sonoros arroyos cenagosos; despues, del fondo de este golfo desolado se elevan por colosales sillares paredes desnudas que soportan los hielos, aquí cortadas en vivas puntas, allí adelgazadas en láminas; mas arriba aun se terminan unas veces en atrevidas pirámides ó en conos elegantes, otras en agujas punzantes ó en cúpulas redondas. Sin embargo, á medida que el sol se eleva en el horizonte, se inflaman los espacios, aparecen terraplenes, y mientras que, encubiertos aun en una límpida sombra, trozos pálidos van á parar á escarpaduras resquebrajadas de donde se exhalan á lo lejos frescos perfumes, se ve aquí y allí en el borde de las hendiduras cavernosas, pedruscos que, iluminados por detrás, ya brillan á porfía, semejantes á una franja de plata, ya misteriosamente diáfanos, se prolongan en festones azulados para ir á perderse en la sombra de la severa dureza de los hielos.

¡Qué bello es este espectáculo, y qué paz hay en esta magnificencia! Es verdad que la confusa voz de las aguas que corren de todas partes, gotean, se infiltran ó caen, conserva en esta soledad una continua impresion de movimiento y de trabajo; pero por otra parte no sé qué inmutabilidad apacible preside á este trabajo arreglado arriba, que el alma, á vista de esta tranquila sublimidad, se imprime á la vez de serenidad y de dicha. Y si volviendo por un momento la vista de esos inaccesibles dominios para dirigirla al monte de alrededor, se encuentra á la hija tostada de la quesería que vuelve de la fuente vecina con un cántaro lleno de agua pura en la cabeza, ó tambien ternillas juguetonas que retozan con sus cuernos nacientes, ¡qué placer causa entonces la gracia encantadora de este contraste, y cómo anima á pensar ese chocante conjunto de la naturaleza bruta y de la naturaleza fértil que se hallan allí en contacto, de hielos sombríos y de yerba risueña, de la muerte y de la vida! Por lo que hace á mí, retirado sobre un cerro apartado, estaba á punto de olvidar el mundo entero y hasta la novela de ayer tarde, de la que, abriéndose á mi vista algunas hojas durante el curso de la mañana, habia mas bien servido á excitar mi curiosidad que á satisfacerla, cuando al ver al señor de la fiesta que se dirigia hácia mí, sentí marcharse mi quietud y disiparse mi sueño. Este buen señor, despues de haber llevado de grupo en grupo un par de anteojos verdes, cosa indispensable, decia él, para poder contemplar bien la Jungfrau, queria hacerme gozar á mi vez del beneficio del instrumento... Pero en el momento en que iba á unirse á mí, un estruendo espantoso llenó de repente los aires, y al punto, como á una señal dada, todas aquellas personas que antes esparcidas y sentadas sobre la falda del Wasgern asistian pacíficamente al radiante espectáculo de los hielos en su lozanía, se levantaron conmovidas y como espontáneamente llevadas á acercarse unas á otras.

Era un témpano, pero aun no se veia nada. Solamente un pastor de la quesería, que el ruido habia hecho salir al umbral de su puerta, despues de haber aplicado el oido y echado una ojeada, indicó con el dedo hácia la última cumbre de la pared de granito, y el sitio en que los hielos, incesantemente impelidos desde arriba, caen al abismo, el punto de donde acababa de rodar el témpano. Al momento se dirigieron todas las miradas hácia aquel lado, y al cabo de pocos instantes, desde la primera meseta en que se rompieron los peñascos, y sucesivamente luego desde todas las mesetas inferiores, á medida que su majestuosa caída llegaba allí aquel rio de hielo, se le veía elevarse al principio pardo y descolorido, mientras subia en la sombra, y de repente iluminado y resplandeciente, cuando habiendo llegado al espacio iluminado por el sol, se desplegó en copos argentinos y en brillante polvo una nube gigantesca... Un grito universal de gozo acogió esta sublime aparicion, mientras que el pastor, sin hacer caso de estas cosas, é indolentemente apoyado sobre el montante de su puerta, consideraba con una tranquila curiosidad nuestros vestidos, nuestros rostros, y el tumultuoso movimiento de nuestras posiciones.

Sin embargo, entre los espectadores de esta escena no habia visto ni el señor de por la mañana ni á su hija, y hacia media hora habia perdido de vista al mismo Alfredo, cuando habiéndome vuelto maquinalmente despues que el témpano hubo cesado de sonar, le apercibí á alguna distancia conversando con dos señores en medio de un círculo de montañeses. Estos señores eran dos jóvenes de Neuchâtel, que habiendo venido aquí para intentar la ascension de la Jungfrau, y animados por la serenidad del cielo á no diferir su pel. groso escalamiento, se ocupaban de su proyecto discutiendo el plan y las aventuras con los guías que habia entonces reunidos casualmente en el Waegern, y fijando para el día siguiente la ejecucion definitiva. En el momento en que me acercaba á ellos, llevados por la buena opinion que habian formado de la inteligencia y vigor de Alfredo, acababan de proponerle que fuese de la partida, y este valiéndose de diferentes pretestos, se esforzaba en eludir sus instancias. Al fin, vivamente apremiado, y habiéndome visto á mí, les dijo:—El señor os podrá decir que mañana me espera un negocio que no es del número de los que se pueden

aplazar sin faltar al honor; no insistais mas; y pues que me he visto obligado á deciros mi secreto, prometedme que le guardareis. Contristados por esta respuesta los dos jóvenes de Neuchâtel, le apretaron la mano; y habiendo llamado á un guía supernumerario que habian tomado, partieron al punto para ir á terminar sus últimos preparativos, y para ver si podian llegar antes de concluirse el día al punto de donde querian emprender su ascension al día siguiente.

Cuando nos hubieron dejado, dije á Alfredo:—¿Con que estais muy determinado á arreglar este asunto por medio de un desafío?—Por qué no? respondió él. Es verdad que he dicho á este jóven que este combate era imposible; pero aun es mas imposible que me case con mi prima, ó que él mismo no se case con ella, si yo rehuso hacerlo. Entouces se sonrió. Qué embrollo! no es verdad? Convenid que para salir de ahí, cualquier medio es bueno! Por lo demás, este sol me abrasa, añadió; y como tengo mis razones para no entrar en la quesería, si quereis que acabe de ponerlos al corriente de una situacion tan miserable, vamos á sentarnos allá bajo á la sombra de aquella roca.

Despues que nos hubimos echado sobre la yerba, repuso Alfredo:—Ese buen hombre que habeis visto esta mañana tan furioso conmigo, es un artista. Ya sabeis que hay artistas de artistas; este es sin juicio, sumamente bueno, generoso, pródigo, vivo, petulante, impresionable en el mas alto grado, y sin un cuarto. De esta manera se casó hace diez y nueve años con mi tia, que era el vivo retrato de su hija María, y adorándola hasta el fin con pasion, con su prevision, su fogosidad, su falta de dinero, su misma desesperacion de haberla apesadumbrado, en fin, con todo lo que regularmente hay de penoso y borrascoso para un alma, á la vez sensible y razonable, de las intemperancias de un carácter sin peso y sin disposicion, lo digo por la primera vez delante de vos, caballero, porque esto me alivia, y porque á primera vista, desde ayer tarde, sentí hácia vos simpatías de confianza, ha emponzoñado su existencia y abreviado sus dias!... Al llegar aquí, los ojos de Alfredo se humedecieron de lágrimas, y repentinamente conmovido yo mismo, no hice mas que apretarle la mano con una viva efusion. Estaba yo bajo el encanto de su relacion, bajo el del noble testimonio que acababa de darme personalmente, finalmente, bajo el de sus propias lágrimas, cuya vista, demostrándome que á las cualidades de espíritu ó de carácter que habia ya podido apreciar en este jóven, era preciso añadir una sensibilidad tan delicada como verdadera, me causaba una impresion sumamente agradable.

Entre otras tonterías, continuó Alfredo, que hizo mi tio, fué una de ellas la de recibir en el número de sus discípulos, y sobre todo, de atraer á su casa al jóven que vino á apostrofarme bajo el cedro. Este jóven, que se llama Federico, tiene talento, espíritu, poco peso tambien, y no mucho dinero. Mi tio estaba encantado de él, gustaba á mi prima, y á lo que parece habia ya habido entre ellos algunas promesas, cuando pidió su mano. Mi tia, que no habia tenido bastante imperio para prevenir este inevitable resultado de una conducta imprudente, obtuvo sin embargo que fuese rehusada la peticion de Federico. Pero enferma ya en esta época, gastada por otra parte por los cuidados y los pesares, atormentada tambien por el pensamiento de que no viviria quizás el tiempo suficiente para impedir que se efectuase este matrimonio, no tardó en deteriorarse rápidamente bajo el peso de la afliccion y la angustia, mientras que mi tio, cada vez mas cierto de su pérdida, y exagerado siempre en todo, ya se abandonaba á todos los trasportes del pesar, del remordimiento ó la desesperacion; ya la daba las mayores seguridades, que sometido en adelante á sus menores deseos, jamás consentiria en confiar la suerte de su hija ni á Federico ni á ningun artista, ni á ningun otro que tuviese la menor semejanza de natural, de carácter ó de profesion con el padre imprudente y esposo imperdonable. En el intermedio fué cuando yo me presenté. Tengo algunos bienes, amo á mi prima tanto como la estimo, y sobre todo veo en ella el vivo retrato de su madre; de suerte, que estando para perder á mi pobre tia, hallé muy agradable el embellecer sus últimos dias de existencia, realizando con este paso lo que yo sabia ser el mas antiguo, y quizás el mas caro de sus votos. Pero apenas hubo dado el último suspiro, cuando entreví ya que María, despues de haberse entregado á mí con un celo filial, era impotente para arrancar de su corazon el amor que habia consagrado á Federico; y cuando me he prestado á emprender este viaje á los cantones, era en la incierta esperanza de que la distancia, la distraccion, un trato mas íntimo, contribuirían á apagar ese sentimiento, y á aproximarla á mí... Pero, vos mismo habeis sido testigo: sorprendida esta mañana por los cánticos de aquellas muchachas, ha manifestado su pesar y su dolor disimulado por largo tiempo, se ha hecho traicion; de modo que obligado yo por una imperiosa necesidad, he tenido que faltar á las promesas que mi tia llevó á la tumba. Pero basta, continuó Alfredo, que durante esta relacion habia dirigido muchas veces la vista hácia la quesería, pues hélos ya aquí que parece van á marchar. A fin de ahorrar á María el disgusto de algun nuevo arranque de su padre en presencia de tanta gente, tened la bondad de adelantarnos á ellos, y decirles que no tardaré en reunirlos.

Dejó pues á Alfredo para ir á cumplir esta ingrata comision. El tio apenas hizo caso de lo que yo le decia, y montado ya en su mula, echó á andar el primero, mientras que yo ayudaba á su hija á subir de la circunstancia de hallarnos solos, me dijo, toda turbada y ruborizada:—Caballero, pues que sois amigo de Alfredo, me atrevo á poner en vos mi confianza, y lo que es mas, mi última esperanza... Conjuradle, os lo suplico en mi nombre y en el de su tia, á retractarse de lo que me ha dicho esta mañana delante de vos... Al acabar ella estas palabras, Alfredo mismo, que viendo de lejos á su tio caminar tranquilamente, echó á correr á su lado, y cogiéndola su mano, que besó con vivacidad, le dijo:—Querida prima, no solo retracto, si quereis, lo que os he dicho esta mañana delante del señor, sino que nunca, os lo aseguro, nunca se dirá que haya renunciado á la dicha de ser vuestro tierno y fiel esposo, en tanto que vos misma no me hayais quitado el derecho de pretenderlo! A estas palabras se pintó en el rostro de la jóven una espresion de gratitud, mas bien que de alegría, no tardando este mismo sentimiento en hacer lugar á la impaciencia que experimentaba de haber alcanzado á su padre para participarle una noticia que debia de volverle el contento y la seguridad.

Por lo que hace á mí, habia escuchado las palabras de Alfredo con mas sorpresa que satisfaccion; y unas veces comparando este lenguaje con el lenguaje enteramente contrario que acababa de tener conmigo poco hacia, veia en él señales de una volubilidad bien estraña en un jóven que me habia parecido por otra parte ser tan recto como reflexivo; otras, reflexionando que al comprometerse de un modo tan irrevocable á casarse con su prima, sellaba definitivamente la palabra que habia dado de batirse al día siguiente, disponiéndose así, cualquiera que fuese el éxito del combate, á hacer ilusorias las promesas con que habia engañado á esta jóven, no podia yo menos de hallar su conducta, si no inexplicable, al menos bien temeraria. Así que, sumamente preocupado con el triste ministerio que me habia impuesto al pedirme el serviese de testigo, no tardó el desafío en ocupar todos mis pensamientos; pero de tal modo, que cuanto mas fijaba en él mi atencion, tanto mas le consideraba como imposible é inevitable á la vez. En esta disposicion de espíritu, fué cuando en la otra estremidad de la cumbre del Waegern vi de repente presentarse á mi vista los prados esmaltados de Grindelwald, los gruesos tramos de la gran Scheidegg; á la derecha las cimas despobladas del Faulhorn, y á la izquierda esos hielos deslumbradores que corren desde las alturas del Eiger hasta el pico perdido del Matterhorn. Pero absorto como estaba por la prevision de este encuentro próximo, y de los siniestros episodios á que podia dar ocasion, todas estas cosas, cuya magnificencia me hubiera encantado vivamente en otro tiempo, me hacian insensible, y todo se habia desvanecido con las impresiones y los goces que habia venido á buscar en estos bellos lugares.

Cuando llegué á Grindelwald encontré á mis tres compañeros que me estaban aguardando en la posada, alrededor de una mesa, en la que habian tenido la atencion de poner un cubierto para mí; en el modo con que fuí acogido por el tio de Alfredo, comprendí bien pronto que le habian puesto al corriente del cambio impensado que se habia efectuado en las resoluciones de su sobrino. Radiante de alegría y chispeante de gozo, le costaba trabajo el mantener en sus justos límites el tormento de sus sentimientos, y como para encontrar en ello un curso que no importunase demasiado la tranquila satisfaccion de dos desposados, le hacia esparcir al primero que venia en alegres interperaciones y en jovialidades de buen género. Así que, habiéndome asomado al umbral de la puerta el señor de la fiesta, que en aquel momento recorría el corredor, leyendo en alta voz los números de las habitaciones hasta que encontrase el del cuarto particular que hacia ánimo de ocupar: gritó al momento mi tio:—Mozo! un cubierto; y dirigiéndose en seguida á él: dispensadme, señor, que os haya insultado indignamente esta mañana, pues me hallaba bajo el imperio de un pesar que se ha cambiado en dicha celestial. Recibid pues mis excusas, y para hacerme ver que me habeis perdonado, comed con nosotros! Al hablar así, habia llenado hasta el borde dos grandes vasos, y despues que hubo cogido uno, dijo: A vuestra salud, y viva la rosa de los Alpes! El señor de la fiesta se bebió todo el vaso, y pidiendo en seguida permiso para ausentarse algunos momentos, no tardó en venir á sentarse en nuestra mesa, y en ser definitivamente de los nuestros.

A eso de las dos nos pusimos en camino para pasar la grande Scheidegg. Mas elevada á la vez, y menos abrupta que la otra, esta Scheidegg se parece á un largo terraplen elevado, mas bien que á una montaña aislada; y gracias á esta configuración, se ven hasta en los bordes de la cumbre campos cultivados, sembrados muy en claro y mezquinos. Cuando desde la nevera que baja aquí hasta el valle se costea esos pequeños cuadrados cerrados de piedras, que encubren con una especie de pelusa espigas frioleras y como temerosas de abrirse, no sé qué encanto secreto se encuentra en este humilde espectáculo, é induce á pensar. Pobres montañeses, se dice, qué trabajos tan rudos y tan módicamente recompensados! Vástagos tan tiernos, cuántos peligros menazan vuestra frágil vida! Buena Providen-

cia, cuánta vigilancia y cuidado por vuestra parte, antes que estos campos hayan dado á estas familias esparecidas su provision de invierno!... Y sin embargo, á las primaveras tardías suceden los inviernos precoces; la tierra, libre apenas y reforescida, desaparece de nuevo bajo las escarchas, no habiendo yo oído decir que sepultados durante largos meses en cabañas cubiertas de nieve, los oscuros colonos de estos ásperos climas vivan tristes, sufridos ó desprovistos mas que otros, ó mas que nosotros mismos.

La cumbre de la gran Scheidegg se apoya en la base de Matterhorn, y desde este pico hasta el de Wetterhorn, que sienta sus estratos verticales sobre los prados de Rosenlawi, se extiende una muralla de rocas coronadas de nieves, desde donde los témpanos ruedan á muchos parajes, y vienen á formar al fondo filas de blancos deltas, que cada uno forma un arroyo fangoso; sobre la pendiente arenosa de los tramos opuestos crecen algunos cedros achaparrados, de los que, unos destruidos por pedazos de hielo, continúan vegetando, y proyectan á nivel del suelo ramas atormentadas; y otros, muertos por el hielo, recuerdan con su triste actitud y su pálida desnudez esos delgados fantasmas de que los poetas pueblan las playas desoladas del Cocyle. Pero en Rosenlawi sobre todo es en donde se reúnen para formar el mas brillante contraste, todo lo que tienen de terrible esas ruinas gigantescas, los crujidos formidables, la misma tierra abierta de parte á parte que abre sus entrañas á los torrentes enfurecidos, y todo lo que tienen de risueño y amable las doradas praderas, los frescos claros, los sotos frondosos, las aguas murmurantes, que ya se entretienen en jugar alrededor de peñascos detenidos en su lecho, ya se deslizan ligeramente sobre un mantel de arena. Del otro lado de Rosenlawi hay un valle de estrecha garganta en que serpentea un rápido sendero, y llegando al último escalon se descubre por cima de sí oscuros nogales, grandes tapias de yerba, el filete azul del Aar, Meyringen, y mas allá, en fin, pegado á las rocas de la montaña opuesta, un verde peñon sobre el que se eleva una oscura casucha. Esta es la pradera de Rensti.

Nuestro proyecto era de pasar de un golpe de Grindelwald hasta Meyringen; pero al ver una fonda que han construido recientemente á la salida del desfiladero, á dos pasos de las caídas del Reichenbach, Alfredo propuso que estableciéramos allí nuestros cuarteles por esta noche.—Así como así, decía él, corremos peligro de no hallar sitio esta noche en las posadas del pueblo, mientras que mañana por la mañana nos bastarán veinte minutos para ir allá: qué pensáis de esto, tío mio? Habiendo apoyado el tío este pensamiento, me avine yo también, y después de vacilar un poco, hizo otro tanto el señor de la fiesta. Solamente temiendo que le faltase alguna cosa del espectáculo de los luchadores, por no llegar á la hora precisa al teatro de las fiestas, apenas se instó, se puso á tomar informes exactos y noticias detalladas, dirigiéndose ya á los pasajeros, ya á los camareros, al patron, en fin, á la muger del patron y á su hija. Ninguno de ellos sabía lo que queria decir con su fiesta; y como por otra parte, preocupados de su hacienda, le respondian corriendo, se le ocurrió bajar á la cocina para preguntar al cocinero. Los cocineros gustan mucho reír, y como estan detenidos en sus hornillas, les sirve á este efecto todo lo que les viene á la mano. Este le acogió muy bien, y sin dejar por eso de espolvorear sus salsas y de menear sus guisados, se complacía en entretenerle con todos los intermedios del día siguiente: luchadores, trajes, tocadas, banderas, y mas de dos mil vacas con toros á la cabeza que debian animar la localidad con el ruido armonioso de sus campanillas. Esta magnífica descripción, que fuera de un gran número de detalles, se asemejaba en lo demás tan felizmente á la de Feller d'Juterlacken, volvió al buen señor su tranquilidad primera; de suerte que, habiendo subido poco tiempo después al comedor, se puso á la mesa brillante de alegría, triunfante con sus noticias y lleno de apetito.

En la cena se habló de ventisqueros, de témpanos, y de la fiesta también; pero la jóven señorita tomaba poca parte en la conversacion, y mucho mas triste y distraída de lo que me habia parecido la noche antes, unas veces pálida y triste, miraba con un silencio cortado; otras, ruborizada y turbada, se esforzaba sin embargo en hablar y reír. Pero nada de su angustia se escapaba á la mirada penetrante de Alfredo, que tanto para apartar la atencion, como para adelantar el término, entretenía á su tío, nos encantaba con sus agudezas, y aceleraba el tiempo de la comida. Cuando hubieron servido los postres dijo:—María, como estareis muy cansada, y además tendreis poca curiosidad de ver á los luchadores, no estéis por mas tiempo en la mesa, y mañana, crédeme, dormid sin cuidado hasta bien tarde. En cuanto á nosotros, señores, hé aquí nuestro programa: A las ocho tendrá lugar la fiesta en la llanura de Rensti: por consiguiente soy de opinion que salgamos de aquí á las siete en punto; después que hayamos visto bastante las campas y la música del señor, no dejaremos, querida prima, de venir á haceros una relacion agradable de lo que haya pasado.—Bien! bien! exclamaron al punto los dos convidados, mientras que yo mismo, al oír la inconcebible proposicion que Alfredo se atrevia á hacer á su tío, me quedé enteramente cortado y confuso. La novela en efecto, después de haber empezado

por lo sentimental, para volver en seguida á lo siniestro, acababa por caer en lo absurdo; y reflexionando que después de todo este jóven, cuyos repentinos cambios de ideas me causaban tanta sorpresa, me era conocido pocas horas hacia, llegué á no poder discernir claramente si habia querido realmente asociarme á una situacion seria, ó si solo habia pretendido hacerme jugar un papel en alguna broma de mal género. Finalmente, estaba enteramente resuelto á aclarar esto cuanto antes, cuando él mismo, como si hubiese querido quitarme la ocasion, se levantó de la mesa, me dió cordialmente las buenas noches, y después de haber acompañado á su prima hasta la puerta de su cuarto, se retiró inmediatamente al suyo. Lo mismo que ayer, me quedé solo en compañía del señor de la fiesta, y observando que aun estaba al principio de su asado, eludí lo mas políticamente que pude la historia de las músicas y campanillas que ya se disponia á empezar, para despedirme de él é irme á acostar.

Dormí mal, y habiéndome levantado al amanecer, bajé al camino para hacer algun ejercicio. Pero á esta hora hace bastante frio, y el suelo está todo cubierto de rocío; de modo que, cada vez mas pasmado, no tardé en entrar en la casa para ir á calentarme al hogar de la cocina. Justamente habia allí una criada ocupada en dar vueltas á un poco de ropa al calor de la clara llama de la leña que estaba ardiendo.—Qué temprano os levantáis! la dije; y cuando iba á responderme:—Está ya listo? exclamó el tío apareciendo en el umbral: ¡id pronto! En seguida, habiéndome visto: Ah señor! me dijo con suma efusion y los ojos preñados de gruesas lágrimas, qué cambio desde ayer! Una noche espantosa, sollozos, trasportes, combates en que ella sucumbe, compromisos á que yo la entrego!... Yo le interrumpí para hacerle presente la parte que tomaba en su dolor, y á fin de poderle calmar con mis palabras, ó socorrerle con mis consejos, le rogué me pudiese al corriente de lo que le habia pasado. Entonces me contó que habiendo creído oír á eso de la una algunos suspiros ahogados, corrió al cuarto de su hija y la halló afligida e inundada en lágrimas; que trastornado por el espectáculo de una desesperacion que se acusaba de haber rovocado con sus arrebatos y obstinacion de la vispera, la habia propuesto al instante ceder á sus votos, librándola de Alfredo para darla á Federico; que en fin, después de haber estado luchando toda la noche con el fin de obtener su consentimiento á esto, no habia podido llegar á devolverla alguna calma, sino comprometiéndose, al contrario, de la manera mas formal, á no intentar nada para deshacer lo que se hizo ayer con tanto trabajo.—Hé ahí mi posicion, añadió; es preciso que ceda contra mi gusto; que oculte contra mi deseo; que finja contra mi carácter, y que aun así, forzado, destruido y desesperado, vaya á divertirme á esta fiesta infernal! Al acabar estas palabras se oyó en la escalera la voz del señor de la fiesta, que tarareaba agradablemente la cancion de las vacas. Al diablo el imbécil! repuso el tío entonces. Y escapándose antes de ser visto, me dejó, no menos confuso con la confidencia que me habia hecho, como incierto sobre el partido que habia de sacar de ello.

En cuanto al señor de la fiesta, no tardó en aparecer á su vez en el umbral de la puerta, donde habiéndose detenido al principio un poco para acabar su cancion de las vacas, se acercó en seguida y me apretó la mano con alegre cordialidad. Su fisonomía bonachona estaba radiante de placer, y su traje, enteramente diferente del de la vispera, denotaba visiblemente la intencion que tenia de no deslucir la fiesta de los Alpes. Vestido en efecto con una blusa abierta, el cuello vuelto, la corbata floja y con las puntas sueltas, llevaba además en su cabeza una especie de gorra á la alemana, y en la mano una larga pica terminada con un cuerno de gamuza. Al verle ataviado así no pude menos de echarme á reír; pero él, sin formalizarse en lo mas mínimo, cogió un pequeño silbato que llevaba colgado de un cordón encarnado, y llevándosele á la boca, silbó con todas sus fuerzas.—Esto, interrumpió él, es para dar la señal á nuestros amigos; después de lo que empezó á silbar de firme, hasta que viniendo á escape la criada, le rogó en nombre de la jóven señorita que cesase al instante en tan atroz música. Nada mas fácil, hija mia, la dijo cesando en efecto, y asegurad á vuestra linda durmiente que de seguro no la rehusaré nunca nada.

Entre tanto, llegando Alfredo en aquel instante, nos dió los buenos días á los dos, y con un aire que no dejaba adivinar ninguna clase de preocupacion, dijo:—Tengo algun trabajo en conseguir que mi tío sea de los nuestros; pero estoy cierto, señores, que si quereis precederme, le arrastraré tanto mas facilmente, cuanto que no querrá entonces dejarme marchar solo; pues tengo empeño en que asista él á esta fiesta, añadió dirigiéndome una mirada significativa.—Estoy á vuestras órdenes, respondí; y si el señor quiere que tomemos la delantera, héme ya dispuesto á partir.—En marcha! exclamó entonces con calor el señor de la fiesta, en marcha! Y sin mas dilacion me precedió, entonando de nuevo á toda voz su cancion de las vacas. La mañana, lo mismo que la de ayer, estaba hermosa; el aire, de una frescura y pureza incomparables; y ya sea que bajo la impresion de una seriedad risueña hubiesen tomado mis ideas un giro menos sombrío; ya sea que el aire ó el acento de Alfredo hubiesen repentinamente ase-

gurado mi confianza en sus acciones, ó mi esperanza en sus intenciones, nada de siniestro atravesaba por entonces mi imaginacion, ni velaba como con un crespon fúnebre el brillo dorado de las montañas. Después que hubimos pasado el Aar sobre el puente cubierto, al que vienen á parar los dos caminos de Scheidegg y de Grimsel, dejamos Meyringen á la izquierda; en seguida, tomando los bosques, vinimos á desembocar justamente á la pequeña pradera en que se eleva la oscura casucha de Reusti. Pero en lugar de banderas y campanillas que buscaba allí mi compañero, no apercibí mas que un jóven que se levantó al acercarnos nosotros, y sobre un pañuelo estendió pistolas, balas y un frasco de pólvora... Al ver esto invadieron repentinamente su rostro señales de un gran espanto, y se disponia á pasar adelante, cuando el jóven, que después de vacilar un poco se adelantó á nosotros, hizo un saludo sumamente ceremonioso, y deotando con un gesto la intencion de tomar la palabra:—Señores, dijo, ya comprendereis que estando sin relaciones en este país, y precisado hasta cierto punto á ocultar mi nombre y mi presencia, no he dependido de mí el que no me presentase aquí acompañado de un amigo: por lo tanto me tomo la libertad de suplicar á aquel de VV. que no esté ya comprometido con mi adversario, tenga á bien servirme de testigo. Y como mi compañero, un poco cortado al oír tan inesperada proposicion, tardase demasiado en responder, repuse yo en su lugar:—Este es un servicio que nunca se rehusa de un hombre de honor á otro. Salgo pues garante por el señor, que acepta con gusto un cargo que así como yo se esforzará en cumplir debidamente. De esta manera fué como el señor de la fiesta, cubierto con una gorra á la alemana, y dispuesto como estaba para los festejos de los Alpes, se halló definitivamente comprometido á figurar como testigo en un desafío de que aun no conocia la causa ni las condiciones.

Sin embargo, no tardaron en aparecer dos personas al otro extremo de la llanura. Aunque los he visto de lejos, sospeché en su mútua actitud que habia pasado alguna cosa entre ellos después que hubimos dejado la fonda, y en particular que el tío habia sido prevenido de que vendria á este sitio para asistir á un encuentro entre los dos rivales que se disputaban la mano de su hija. Con todo, aunque grave y compuesto, no mostré ninguna sorpresa al ver á Federico, mientras que este, al verle aparecer, me dijo con un brusco movimiento:—¿Qué significa esto, caballero?... ¿Qué nos vamos á batir en presencia del padre de María?—Seguramente no lo permitiré, le respondí. Pero mientras hablábamos así, el mismo Alfredo acababa de despedir á su tío, que después de habernos dirigido un saludo silencioso, continuó siguiendo el sendero hasta que hubo llegado á la casucha, detrás de la que desapareció á nuestras miradas.

Entonces, dirigiéndose Alfredo á su adversario, con el rostro pálido y un acento conmovido, dijo:—Caballero, me he hecho una gran violencia al aceptar vuestro desafío, pues hoy, lo mismo que ayer, no me puedo disimular que lo que vamos á arriesgar aquí es meus nuestro destino que el de una prima querida para mí... Con todo, colocada como está ahora entre dos rivales, de los que uno, que sois vos, caballero, hace valer los derechos de un amor correspondido; y el otro, que soy yo, ha solicitado, pedido y obtenido su mano, conozco que su situacion es insostenible, y tenemos por consiguiente que poner término á esto, haciendo que uno de los dos rivales desaparezca sin remedio. Por esto es por lo que, y os recuerdo que ayer dié espresamente mi asentimiento á esto, héme aquí dispuesto á aceptar un combate que me ofrezca la seguridad de este resultado, como también á rehusar toda especie de desafío que no consiga esto de una manera segura é infalible. Federico hizo señas de que aceptaba esta condicion: entonces, volviéndose Alfredo hácia nosotros, dijo:—Señores testigos, á vosotros os toca ahora hacer lo demás.

Sin hablar del señor de la fiesta, cuyas trémulas rodillas y mortal palidez denotaban una estremada angustia, no me acuerdo de haber experimentado en mi vida una emocion mas viva, una duda mas cruel ni mayor confusion. En efecto, si por una parte el tono imponente y resuelto de Alfredo en una circunstancia tan grave me jarrojaba en una completa incertidumbre sobre las intenciones conciliadoras que la generosidad de su carácter me habia autorizado á concederle, de modo que veía como inminente una espantosa catástrofe, por otra parte temía, al intervenir intempestivamente en una situacion en que el honor de dos adversarios no está aun comprometido mas que temporalmente, remachar definitivamente lo que ante todo estaba determinado á impedir con todas mis fuerzas. Por esto, reflexionando que después de todo no podia suceder nada malo hasta que hubiésemos entregado las armas cargadas, tomé el partido de no hacer por entonces ninguna demostracion; y levantando sin decir nada el pañuelo, con todo lo que contenia, me retiré aparte, haciendo señas al señor de la fiesta de que me acompañase. Allí, mientras que Federico se quitaba el frac y Alfredo permanecía de pié en el sitio en que le habia yo dejado, cargué las pistolas; en seguida, después de recomendar por tres veces á mi compañero que no entregase de ningun modo la que yo le daba hasta que me viese entregar la mia, volvimos juntos al lugar del combate.

En este momento era cuando yo me habia propuesto intervenir;

pero en la espresion dulcemente serena que durante estos cortos instantes de solemne espera se habia esparcido en el rostro de Alfredo, mi corazon latió de placer, y aun antes que este jóven hubiese pronunciado una palabra, me habia ya explicado toda su conducta, al parecer tan inexplicable; cómo con tan gran prudencia como noble desinterés no habia cesado un solo instante de querer procurar á su prima una felicidad, cuya realizacion parecia ser imposible, gracias á la obstinacion furiosa de su tío, y gracias también á los grandes celos de Federico. Cuando todo estuvo ya dispuesto:—Escusadme, dijo á su adversario, un capricho por el que hubiera debido empezar, y etc. el de sustituir á estas armas que traen nuestros testigos, otras armas que en mi opinion darán el mismo resultado. Después, al mismo tiempo que la misma figura se iluminaba con una sonrisa de amigable sensibilidad, continuó:—¿No es verdad que si os cedo la mano de la que amais, desaparece el rival, no dejando mas que el primo de María y el amigo de Federico?... En este instante, al través de las lágrimas que inundaban mis párpados, ví una escena de tumultuosa y reconocida efusion: ví á dos jóvenes en brazos uno de otro; al tío que acudió prorumpiendo en ruidosos trasportes, y á mi compañero de angustia, en fin, que tan enternecido como aliviado, con una mano apretaba la de Alfredo, y con la otra, á mi ejemplo, descargaba al aire su pistola.

Lleno de respeto por Alfredo, y penetrado además como estaba de una alegría tan seria como profunda, me costaba irabajo contener su espresion en los límites convenientes, y me acuerdo que mas de una vez, en estos primeros momentos, me abandoné á todo el delirio de una inmoderada alegría; iba y venia, saltaba, abrazaba indiferentemente á todas las personas de que me hallaba rodeado, y creo que si hubiera aparecido entonces en la pequeña llanura de Reusti, me hubiera echado infaliblemente en sus brazos, y le hubiera sorprendido con mis caricias. Es que es propiedad de las acciones, á la vez buenas y desinteresadas, proseguidas con una voluntad firme y generosa, y realizadas en fin con ese imperio de grandeza y de gracia que dan la humanidad, la justicia y la razon victoriosa del interés ó de la propension, el arrojar el alma del que es testigo de ellas en la loca embriaguez de un vivo placer. En efecto, vuelta temporalmente por este espectáculo al conocimiento de su libertad y su nobleza primitivas, nada la oprime ni la pone trabas, sucediendo entonces que denota exteriormente el placer de este delicioso bienestar por la espresion sencilla de una alegría tan expansiva como poderosa. Qué cosa tan agradable! Estábamos allí cinco personas; y unas, poco hacia profundamente divididas entre sí; otras, que no se habian nunca visto hasta ayer, y sin embargo, bajo la comun impresion de lo que acababa de pasar, una felicidad repentina, una afeccion ardiente y una estrecha intimidad acercaban y confundian nuestros corazones. Aun hay mas: el señor de la fiesta habia olvidado las campanillas, la música y los luchadores, y con su brazo bajo el mio, bajábamos juntos el ribazo, como dos antiguos amigos que se entretienen con los beneficios que la bondad de Dios ha esparcido sobre sus parientes.

Bien pronto estuvimos de vuelta en la fonda. Alfredo nos previno sonriendo que halláramos ya dispuesto el almuerzo de reconciliacion, que es de rigor al terminar un desafío, suplicándonos al mismo tiempo que no dejásemos traslucir nada de lo que acabábamos de ser testigos, antes que él mismo hubiese hallado ocasion de preparar para esto á su prima. Pero en estas especies de complot, el placer, la emocion y la prisa de hacer felices deshacen ordinariamente los proyectos, y hacen imposibles los arreglos concertados. Así que, apenas apareció esta jóven en el comedor, cuando en el modo solo con que la mirábamos, en la alegría que brillaba en el rostro de su padre, y en el aire sobre todo y la actitud de Alfredo, lo adivinó todo. Entonces corrieron dulces lágrimas de sus ojos, y ni los trasportes de su padre, ni la repentina aparicion de Federico, que corrió á echarse á sus piés, la hicieron, durante estos primeros momentos, dejar de prodigar las ingenuas caricias de la gratitud al que, tanto por su noble sacrificio como por su afecto protector, acababa de colmar sus votos y asegurar su felicidad.

Por la noche, al salir la luna, fuí á pasearme con Alfredo á las orillas del Aar. Estaba sumamente triste, y nuestra conversacion era lánguida. Al fin, y como si hubiese hecho un esfuerzo para terminar en sí mismo un penoso combate, dijo: Así pues, permaneceré soltero!

LA HERENCIA.

El fastidio es mi mal, lector. Me fastidio en todas partes; en mi casa, fuera de ella, en la mesa, en el baile y en la sala. Nada ocupa mi espíritu, mi corazon; ni mis gustos, y los días me parecen enormemente largos.

Sin embargo, soy de los que llaman felices en este mundo. A los

veinticuatro años no he tenido otra desgracia que la de haber perdido mis padres; y aun el pesar que experimento por esto es el único sentimiento que me causa alguna dulzura. Por otra parte, soy rico, bien tratado, festejado y buscado; no tengo cuidado por el presente ni por el porvenir: todo me es fácil y accesible. Ahadid á esto un padrino (es mi tío) que me quiere y que me destina su inmensa fortuna.

En medio de todos estos bienes, bostezo de manera que casi me descompongo las mandíbulas, y hallando yo mismo que bostezo demasiado, he hablado de esto con mi médico, que dice que todo esto es nervioso, y me hace tomar valeriana por mañana y tarde. A la verdad no había creído que esto fuese tan grave; y como tengo un horrible miedo á la muerte, todas mis ideas se han dirigido al mal interior, que mina y que está oculto. A fuerza de estudiar los síntomas, de tomarme el pulso, de examinar mis sensaciones internas y esternas, y de profundizar la naturaleza particular de mis jaquecas y su coincidencia con mis bostezos, he venido á adquirir una certeza... una certeza que guardo para mí, por miedo de que si la confío á mi médico, no vaya á participar de ella, lo que me mataría por el temor de morir.

Esta certeza es que tengo un pólipo en el corazón. Un pólipo! Confieso que no sé cómo es esto, ni deseo saberlo por miedo de hacer espantosos descubrimientos; pero no me cabe duda que tengo un pólipo en el corazón. Bien se ve que este pólipo esplica todo lo que pasa en mi persona, pues es causa de mis bostezos, y principio de mi fastidio. He modificado mi régimen, y reformado mi mesa. Nada de vino ni de carne de aves. He desterrado el café, porque escita los nervios. Las malvas por la mañana es un remedio muy bueno para los pólipos del corazón. Nada de ácidos ni de cosas tan fuertes ni pesadas, pues esto obra sobre la digestion, reaccionando sobre el sistema nervioso; al instante se entorpece la circulación, y hé aquí mi pólipo que engruesa, se estiende, vegeta... En el fondo casi me lo figuro como una gran seta.

Paso pues horas enteras pensando en mi pólipo. Cuando me hablan, me impide oír mi pólipo; cuando he bailado un galop, me echo en cara este esceso, como incómodo para mi pólipo; vuelvo á casa temprano, me mudo de ropa y hago que me den un caldo sin sal á causa de mi pólipo. Así que, este mal me ocupa mucho, pero no veo que cure el otro, el fastidio.

Por consiguiente empiezo á bostezar. Algunas veces abro un libro. Pero los libros... hay tan pocos agradables! En los buenos todo es serio, profundo, y cuesta trabajo el comprender, gozar y admirar... ¿Las novedades? He leído tanto que nada me parece nuevo. Antes de abrirlas, las conozco; en el título veo todo el asunto; en las viñetas todo el desenlace; y luego mi pólipo no soporta las emociones vivas.

Los estudios serios? También los he ensayado ya; empecé no es nada; pero continuar... yo me pregunto al instante con qué fin. Mi carrera es vivir de mis rentas, ir á caballo, casarme y heredar. Sin tomarme el trabajo de aprender nada, tendré todo esto y aun mas tambien. Soy coronel de la guardia nacional, tengo asiento en el consejo, he rehusado ser alcalde, y llueven honores sobre mi cabeza. Luego mi pólipo no se acomodaría á tanta ocupacion.

—Qué es eso?

—El *Diario*.

—Dámelo á ver qué trae de bueno.

—Hé aquí con qué entretenerme algunos momentos. Busco entre las noticias las de la ciudad, pues las de España me importan poco y las de Bélgica me fastidian. Vaya! no hay suicidios... ni accidentes siniestros; nada de asesinatos ni de incendios. Qué periódico mas tonto! Esto es robar el dinero á los suscritores.

Cómo echo de menos los buenos días del cólera! En aquel tiempo me entretenía el periódico; tenía en suspenso mi temor, interesándome leer el menor accidente relativo al monstruo. Le veía yo avanzar, retroceder, venir hasta mi puerta, abrir la boca... No todo era alegre en estas suposiciones; pero al menos, entre la esperanza de que no vendría y el miedo espantoso de que viniese, no daba lugar al fastidio; sin contar una bayeta que me hacia cosquillas en la piel, de suerte que siempre tenía donde rascarme.

En verdad, no sé que haya fastidio ni entorpecimiento físico ó moral que no ceda á una picazon. Estoy seguro que...

—Qué es eso!

—El señor rector.

—Di que no estoy en casa.

—Es que... héle aquí.

—Señor rector, estoy demasiado ocupado para recibirlos.

—Solamente dos minutos...

—No puedo disponer de uno siquiera.

—Era para que viérais este cuadro cronológico de la Historia Universal...

—(El diablo le lleve á él y á su Historia Universal!) Y bien, qué?

—Os advierto, caballero, que ningun cuadro de esta clase ha llegado al grado de perfeccion que este. Ahí vereis cuatro cronologías diferentes con la reduccion en años del mundo y en años de la era cristiana.

Aquí teneis la serie completa de los antiguos reyes de Egipto y los de Babilonia...

—(Cómo me alegraría que te colgasen á la espalda tu lista de reyes de Babilonia y tus cinco cronologías, tunante! Me sobra con una y me quiere hacer comprar cinco!) Señor rector, no será muy bueno, pero ya no me ocupo de historia.

—Aquí teneis al emperador Kan-tisn-si-long...

—Es supérfluo, señor rector; estoy seguro de que vuestro cuadro es muy bueno.

—Si V. quiere que le remita dos ejemplares...

—No sabría qué hacer con ellos. Tengo tambien el de Hocquart.

—El de Hocquart! lleno de errores! Suplico á V. preste solamente media hora de atencion para comparar...

—(Infame! hacerme á mí semejantes proposiciones!) Nada, señor rector, vuestros cuadros me fastidian; no los quiero.

Aquí hay un gran rato de silencio, mientras que el señor rector arrolla lentamente su cua *ro*, y yo le miro hacer, muy impaciente por saludarle cordialmente.

—¿No tendría V. ocasion...

—No.

—De comprar una enciclopedia...

—No.

—Treinta volúmenes en folio...

—Que no...

—Con láminas...

—Nada.

—É índices...

—No!

—Por Mouchon?

—Digo que no!

—Entonces, señor, tengo el honor de... Agradecería mucho á V. me tomase uno solo de estos cuadros.

—Cómo? aun no hemos acabado!

—Soy padre de familia...

—Esto es insufrible!

—Con siete hijos...

—No puedo hacer nada.

—Siete, por cinco francos en lugar de diez.

—(Siete hijos? llegarán aunque sea á quince! y si á cada uno tengo que comprar un cuadro cronológico de la Historia Universal!) Ahí teneis los cinco francos y dejadme en paz.

Cierro bruscamente la puerta tras él, y vuelvo á sentarme, con una bilis amarga y un humor detestable sobre mi fastidio. Este pólipo me quiere llevar y me llevará! Al recorrer con una mirada compasiva mi cuadro cronológico de la Historia Universal, que el otro dejó sobre mi mesa, no encuentro un nombre siquiera hasta Kan-tisn-si-long y Nectambur que no me parezca mi enemigo personal, un insolente importuno, un truhan con siete hijos, que conspira con los padres de familia contra mi bolsa y mi salud. La cólera se apodera de mí, me exalta, me trasporta... al fuego el cuadro!

Es singular cómo algunas veces es razonable el furor y previsor la cólera. Hé aquí que aparto mi cuadro antes de echarle al fuego, y es que por una parte siento como si quemase los cinco francos que me ha costado; y por otra, este cuadro podrá algun dia ser útil á mis hijos. Esto sí que es prevision, pues aun no estoy casado, y es de presumir que no me case.

Algunas veces pienso que casándome no me fastidiaría tanto. Al menos seríamos dos para fastidiarnos, y esto debe ser mas agradable. ¿Vemos acaso que los padres de familia se hallen sujetos al fastidio? De ningun modo. Los padres de familia son activos, alegres y de buen humor; siempre con ruido ó movimiento á su alrededor; una muger que les adora...

Una muger que me adorase un año, dos, pase; pero si fuese á adorarme treinta ó cuarenta años! Hé aquí lo que me llena de espanto. Adorado por espacio de cuarenta años! Qué largo é interminable debe ser esto! Y luego los hijos que gritan, lloran, disputan, andan á caballo sobre palos, tiran los muebles, se suenan al revés, se limpian mal... Y por toda compensacion formarles el espíritu y el corazón con mi cuadro cronológico de la Historia Universal! Ahí es preciso reflexionar mucho antes de casarse, sin contar mi pólipo del corazón.

Sin embargo, tengo puestas mis miras en una jóven que me convendría por todos conceptos. Figura agradable y una bonita fortuna; nuestros caracteres se avienen; pero tiene cinco tias, padre, madre y dos tíos; en todo once ó doce parientes. Desde que se habla de este matrimonio, todo me previene, me sonrie, me halaga, y parece como que me encuentro casado; esto es morir de fastidio. Me pongo á bostezar; pero ellos redoblan. Entonces siento que mi amor vacila y que permanezco soltero.

Con todo, como los corazones sensibles tienen una imperiosa necesidad de afecciones tiernas, el mio se ha dirigido á otro lado. Siento distintamente que adoro á otra jóven que habia desafiado al principio, por no alimentar dos pasiones á la vez. Tiene esta un perfil tan fino, unos ojos tan hermosos, y un espíritu tan amable y natural, que

es imposible no amarla; además no tiene parientes, siendo esto la causa de que cada dia me enamore mas de sus atractivos y de una fortuna disponible.

No hay mas que un inconveniente, y es, que ninguno le hace la corte mas que yo, lo que acabó por ser causa de que no halle muy bien el suspirar solo por ella. Por bella que sea una flor, si todos la han despreciado, cómo la he de querer yo? yo sobre todo que tengo un gusto delicado y distinguido.

Hace algun tiempo que, cuando llegué al baile, estaba bailando con un arrogante oficial. Graciosa, risueña y animada como estaba, apenas se apercibió de que yo entraba. Hé aquí que mi ardor se enciende, mi corazón se abrasa, y casi me encuentro á dos dedos del himeneo. Voy al momento á comprometerla para la primera redowa.—Con mucho gusto, caballero.—Para la segunda contradanza?—Con mucho gusto.—Para el tercer vals?—Con mucho gusto.—Para el quinto galop?—Con mucho gusto; siempre con mucho gusto; no hay uno que me la dispute, así que, mi ardor disminuyó hasta el punto que toda la noche me estuve comiendo pasteillos.

Desde este dia fué cuando dirigí mis obsequios á otra señorita que al principio me gustaba poco, únicamente porque todo el mundo queria aconsejarme y en particular mi padrino. Esta es la señorita S***, prima de la señora de Luze; esto quiere decir que es de las familias mas distinguidas y que frecuenta las mejores sociedades de la ciudad. Es alta y de buen porte, solicitada de los caballeros tanto por su talento como por su belleza, y mucho mas rica que las dos anteriores. Así que, estoy seguro que ya me habria casado con ella, si no fuera por mi padrino.

El lunes pasado llegó tarde al baile. Habia una multitud de gente alrededor de ella, de modo que tuve que contentarme con comprometerla para la sexta contradanza y con el favor de una vuelta de redowa á partir con otros tres caballeros. Estos obstáculos empezaron á trasportarme; ya pensaba en los pasos positivos que habia de dar al dia siguiente, no pudiendo enfriar mi ardor, la mirada visiblemente aprobadora de mi padrino.

Aunque ella no hablase mas que de cosas del baile, la encontré una gracia deliciosa, tanto mayor cuanto que se contentaba con sonreír muy ligeramente á todas mis agudezas. Yo tengo mucho talento cuando quiero, y probablemente, decia yo, tiene ella tanto como yo. Cosa inapreciable! Así nuestras conversaciones serán picantes; ya hablé ó ya este callada, siempre habrá qué pensar, qué adivinar y qué gustar en este encanto. Pensando de esta manera, la llevaba en el torbellino de la redowa con un embriagamiento que aun no habia sentido hasta entonces. Me parecia tener en mis brazos un celeste conjunto de belleza, de talento y de sentimiento, y su talle de raso dulcemente oprimido bajo mis dedos, mezclaba una especie de voluptuoso perfume á mi delirio encantador.

Ya estaba decidido, enteramente decidido, y cansado además de estar indeciso, cuando al salir encuentro á mi padrino que me está esperando:

—Y bien, al fin has venido! Bien hecho, pues ella te adora!

—De veras?

—Di una palabra y al momento tienes el sí. Su familia te encuentra encantador, todos te quieren.

—Estais bien seguro de ello? le dije algo aturdido.

Entonces acercándose él á mi oído me dijo:

—Ya no se trata mas que de una habitación que agrade á la jóven.

Eh! te digo que has nacido de piés. Déjame á mí hacer...

A medida que hablaba mi padrino, se marchaba mi embriagamiento, el celeste conjunto y el talle tambien.

—Quiero, le dije con frialdad, quiero reflexionar en ello.

Y no volví á pensar mas en esto.

Así es que me encuentro ahora tan indeciso como antes...

—Qué es eso?

—Señor, comerá V.?

—Es claro que comeré.

—Pero aquí en casa?

—Aguarda un poco... Sí, comeré aquí.

—Entonces voy á servirle.

—Sino! no, no sirvas. Comeré fuera de casa.

II.

Si os acordáis, lector, creo que nos fastidiábamos juntos en nuestra última entrevista: yo os dejé bostezando y vos os dejasteis yendo á comer fuera de casa.

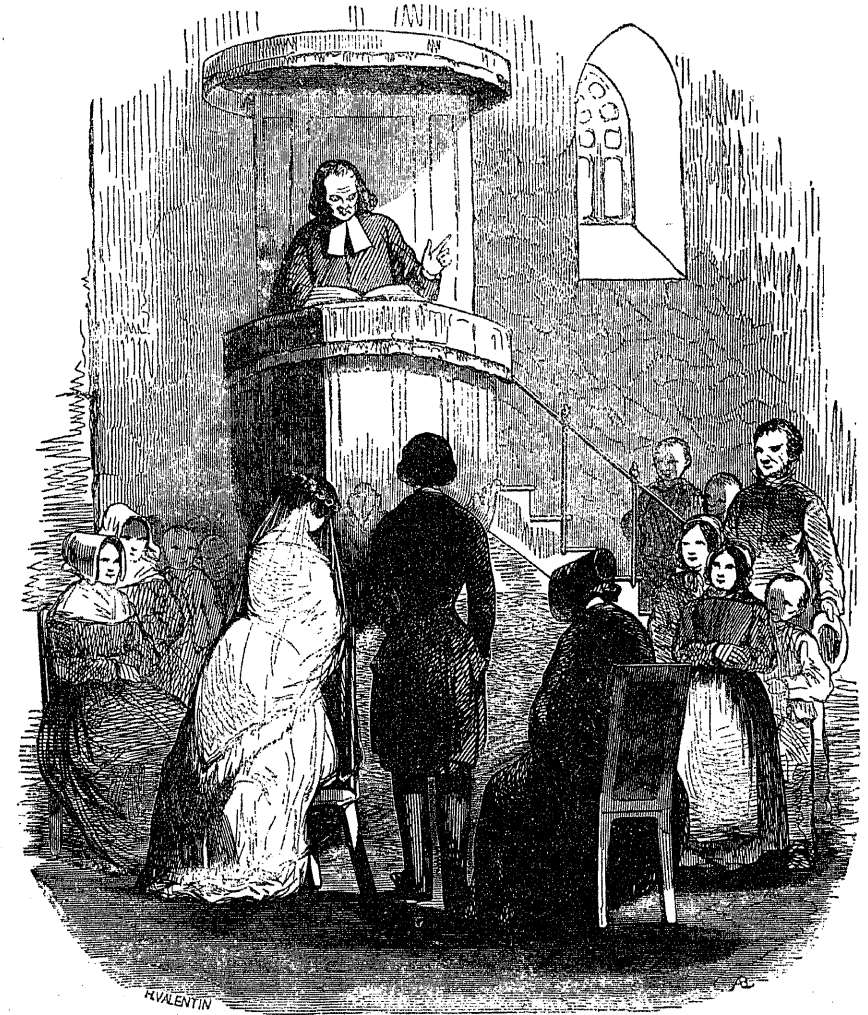
Fuí á comer á casa de un amigo mio, casado, padre de familia, tan feliz y distraído como yo soy poco. El y su jóven esposa se colmaban de agasajos, y sus miradas estaban llenas de una verdadera ternura, pudiéndose juzgar de la estrecha union de sus almas por mil cosas al parecer indiferentes. Gustaban de unos mismos manjares; no bebía el uno sin que bebiera el otro tambien; la corteza de pan dejada de intento por el uno era codiciada, cogida furtivamente y devorada por el otro; de modo que preocupados así con su mútuo cariño, no me hablaban sino por fórmula, haciendo yo allí el papel de un tercero, necesario cuando mas para introducir algo picante en sus amores inocentes y castos.

Estaba sumamente fastidiado, tanto mas, cuanto que me fastidiaba á despecho de mí mismo, contra mi propia voluntad y á pesar de los consejos interiores que me daba á mí mismo. Sabe pues, me demue-

stra, sabe gozar de ese dulce espectáculo; y haciendo un esfuerzo sobre tí mismo, sabe tener envidia á ese matrimonio tan feliz como amable, á esa felicidad que tú tambien puedes procurarte. Sabe...

—Por Dios, respondí á esta apreciable voz, procura callarte. Te pareces á mi padrino, pues este es quien te impele á hablarme así. Déjame comer en paz esta chuleta, pues este es por ahora mi único goce, mi único deseo.

Una de las cosas que dañan mas la buena influencia de las reconvenções interiores es seguramente el timbre de la voz y el aire que les prestamos en nuestra imaginacion. Durante mucho tiempo no he distinguido la voz interior de mi conciencia de la de mi preceptor; así que cuando hablaba mi conciencia creía verle con un vestido negro, un aire magistral y los anteojos puestos. Me parecia que peroraba por costumbre, por cumplir con su obligacion, por ganar su salario, siendo esto causa de que así que se ponía á regentarme, me



En la primavera siguiente Mr. Latour nos desposó en la Iglesia de una aldea.

(LA HERENCIA.)

rebelase yo con su tono, á la vez sumamente respetuoso é insolente, deseso siempre de sustraerme á su dependencia, y celoso por hacer lo contrario de lo que me decía. De aquí he sacado una regla que pienso poner en práctica algún día, y es el dar á mis hijos un preceptor tan amable, tan indulgente, tan bondadoso y tan libre de pedantería y de afectación, que si su conciencia llega mas tarde á revestirse con la figura de este digno maestro, tenga derecho á conducirlos y á hacerse escuchar de ellos. Ah! qué lástima es que con unas miras tan sábias sobre la educación de mis hijos, tenga tan poca vocación para el matrimonio!

Quando hube concluido de comer mi chuleta, como ya no tenía apetito, estaba impaciente por ver terminarse aquella comida, que mis dichosos huéspedes prolongaban tanto en palabras como en bocados. Qué conformidad en sus apetitos! decía yo, pero sobre todo qué apetito! Es posible que se pueda comer así cuando se ama? A lo que conduce el amor conyugal! Oh! cuán diferentes de ese amor apasionado, cuyo encanto consiste en la turbación, que vive de sus pensamientos y se alimenta con su propia llama! Y pensarías tú, Eduardo, (este es mi nombre), pensarías...—Qué pensativo estás, me dijo entonces atentamente la joven esposa de mi amigo.

—Qué teneis?

—Está triste, la respondió este por mí, como todos los viejos solterones. A propósito, cómo van tus amores, Eduardo?

—Están, le dije, mucho menos adelantados que los tuyos.

—Diablos! ya lo creo.

—Yo tambien.

Yo no sé cómo se me escapó esta palabra impolítica. Mi amigo se calló, su muger empezó á hablar de otra cosa, y yo me quedé avergonzado y encolerizado contra mí mismo, haciendo en silencio bolitas de pan, y sintiendo amargamente no haber comido en mi casa, donde no hubiera disgustado á nadie. Me despedí tan pronto como pude sin demasiada impolítica, y volví corriendo á mi casa.

Habia una buena lumbre, y saqué mi mondadientes, pues después de la picacon no hay nada mejor que el mondadientes para ayudar á pasar las horas. Sin él no sabría absolutamente qué hacerme durante ese gran espacio que hay entre la comida y las reuniones de la noche. Con todo, es uno de esos pasatiempos que es mas fácil experimentar que describir.

Recreándome de esta manera el día de que hablo, me puse á pensar en mi amigo el padre de familia, y repasando en mi memoria su aire, su tono y sus palabras, casi llegué á aplaudirme la brusca respuesta que se me escapó. En el fondo existe un rencor secreto entre los jóvenes casados y los viejos solteros, ó cuando menos no hay entre ellos una simpatía íntima y completa. Los jóvenes casados compadecen al viejo soltero; pero su compasión se asemeja á una burla. El viejo soltero admira á los jóvenes casados; pero su admiración no está exenta de mofa. Decía pues que habia hecho bien de poner término á sus pullas, y que si habia sido demasiado fuerte mi respuesta, estaba como débil en mi derecho, pues estaba solo contra dos.

—Señor!...

—Qué hay?

—Ah señor!

—Qué?

—Están tocando á fuego!

—Eso no será nada.

—Cuatro casas, señor!

—Dónde?

—En el arrabal.

—Traeme agua caliente para afeitarme.

—Quiere V...?

—Quiero afeitarme.

—Oye V. gritar?

—Sí.

—Y con todo eso he de traerle á V. el agua caliente?

—Es claro que sí, imbécil; ó quieres que porque tocan á fuego no me afeito?...?

—Verdaderamente es una cosa magnífica los seguros, decía yo quitándome la corbata; hé ahí gentes que verán arder sus casas muy tranquilamente y con los brazos cruzados. Los truhanes cambian sus casuchas por casas nuevas. Un poco de disgusto, es verdad; pero qué es esto en comparación de otras veces? Con esto es una fortuna para los aseguradores que el viento no sea muy fuerte.

—Pero me traes el agua caliente?

—Aquí está!...

—Creo que tiembles.

—Ah señor!... seis casas ardiendo... se teme ya por el cuartel nuevo... y mi madre que vive cerca!

—Y no sabes que además de los socorros que siempre hay, todas estas casas están aseguradas?

—Sí señor; pero mi madre no posee mas que sus muebles. Si V...?

—Ir allá? es que te necesito. Pues bien, véte y vuelve á decirme lo que pasa, y á la vuelta cómprame un frasco de agua de colonia.

Me puse á afeitarme con tanto mas interés, cuanto que probaba un nuevo jabon perfeccionado. La espuma me pareció tan rica y deliciosa, como útil y delicado el perfume; solo el agua no estaba muy caliente, por lo que empecé á maldecir el incendio, que era causa de esto. Mientras tanto repicaban todas las campanas de la ciudad, resonaban gritos lúgubres en las calles vecinas, y multitud de gentes venian á apoderarse, en frente de mi casa, de los cubos de la villa, que estaban bajo un cobertizo. A este ruido me asomé á mi ventana, sumamente deleitado por una emoción secreta que causan ordinariamente estas escenas tumultuosas. Era ya de noche, de modo que no se veían las personas, pero percibí en el cielo una claridad rojiza, sobre la que se dibujaban los tejados y chimeneas en una opaca oscuridad. Algunos reflejos llegaban hasta la gran torre de la catedral, desde cuya cúpula me enviaban las campanas sus clamores, ya en un ruido claro, ya en un murmullo lejano, según que el badajo hería de mi lado ó del lado del horizonte. Esto es magnífico! dije yo, y volví al espejo para acabar de afeitarme.

Esta operación fué muy larga y muy fastidiosa á causa de una pequeña cortadura semi-cicatrizada, que situada en la punta de la barba, exigía el mayor cuidado; además de que iba de cuando en cuando á ver los progresos de la claridad rojiza, que no cesaba de aumentar de extensión é intensidad. Elevándose ya en el aire algunas chispas en forma de canastillos, volvían á caer graciosamente con todo el brillo de unos grandes fuegos artificiales. En verdad, decía yo, esto debe ser un magnífico espectáculo, y tengo ganas de verlo antes de ir al Casino. Me apresuré pues á acabarme de arreglar, y después de ponerme la capa y los guantes blancos, salí dirigiéndome hacia el arrabal. No habia un alma en las calles, y las tiendas estaban cerradas; solamente divisé dos ó tres carruajes que llevaban al Casino á algunos conocidos míos.

Bien pronto llegué al arrabal. El mal era espantoso, el efecto sublime. Cuatro ó cinco techos abrasados lanzaban al cielo torbellinos de llamas y de humo, y en medio de esta lúgubre escena una solemne claridad iluminaba los muelles, los pontones, y millares de hombres trabajando entre el desorden y los clamores. Los habitantes de las casas amenazadas echaban sus muebles por las ventanas ó llevaban á través de la multitud sus mas preciosos efectos hasta un templo vecino que les habian abierto con este objeto. Largas filas de hombres, mugeres y niños comunicaban con el río, haciendo llegar los cubos hasta las bombas, cuyo ruido acompañado dominaba los gritos de la multitud. En medio del fuego, una porción de hombres, armados con hachas derribaban las vigas inflamadas, mientras que otros desde lo alto de las casas vecinas dirigian al centro del inmenso brasero el ruidoso surtidor de las bombas.

—Se sabe, pregunté á un hombre que estaba muy ocupado, se sabe cómo ha prendido el fuego?

—Id á la cadena, me dijo.

—Muy bien. Pero respondedme, se sabe...?

—Para servir á V., amigo mio.

Este hombre me pareció de una grosería estremada, y me puse á deplorar el mal tono de la clase baja, tan comun hoy día, que apenas un hombre bien educado se atreve á dirigirse á los transeuntes, aun empleando las formas mas corteses. Pero otra voz vino á interrumpir estas reflexiones:

—Eh! el aficionado de los guantes blancos, venid aquí á ayudar! ya se os hará sitio...

Yo me marché al otro lado vivamente herido por este apóstrofe indecente y familiar.

—Aquí! Aquí! centinela, traednos aquí á ese buen señor.

Indignado me dirigí á la izquierda.

—Hola! acá el marqués!

Exasperado me dirigí á la derecha.

—Miserable! si no vienes á trabajar, te voy á dar para beber!

Horriblemente herido en mis mas honrosos sentimientos, me decidí á abandonar esta detestable sociedad para ir hacia el Casino.

—Atrás! me dijo un centinela, impidiéndome el paso con su fusil.

—Déjeme V. pasar, pues ya debéis comprender en mi traje que vuestra consigna no se dirige á mí. Voy al Casino.

—Al Casino! Ira de Dios! No veis que hacen falta brazos? Marchad á la cadena!

—Sabeis, amigo mio, que podiais arrepentiros de vuestra brutal grosería? No quiero preguntaros vuestro nombre, pero quitaos de ahí al instante.

—Me llamo Luis Marchand, que no os teme, cazador del quinto, capitán Ledrú. A la cadena, cavalla! Creéis, pues, que estas buenas gentes trabajan en el agua por su gusto?... Ibaís á bailar al Casino, no es eso? cuando estas mugeres se están pasmando...

Durante este debate los techos inflamados acababan de desplomarse con un estrépito terrible, al que siguió un momento de silencio, pues la inmensa multitud con los ojos fijos en este espectáculo habia suspendido su trabajo... Se oía distintamente el chisporroteo de las llamas, al que se mezclaba el sordo ruido de una bomba que llegaba en aquel momento de un comun lejano. Un hombre á caballo

apareció gritando: Animo! ánimo! amigos míos, bien pronto seremos dueños del fuego. Al momento le rodearon muchas personas, y le oí que les decía: El fuego ha alcanzado el cuartel nuevo y acaba de prender la paja de la Balanza; tenemos poca gente; tres hombres han perecido!... En seguida tomó el galope y desapareció. A trabajar! gritaban de todas partes, á trabajar! el fuego está en el cuartel nuevo! Yo fui arrastrado por la multitud y bien pronto me hallé formando parte de aquella inmensa cadena.

Al principio no tuve tiempo para reconocerme. Los cubos se sucedían con una rapidez continua, y á falta de costumbre ó de destreza, daba á cada uno una sacudida que hacia saltar el agua contra mí, con gran perjuicio de mi tocado, lo que me disgustaba bastante, pues aun no habia renunciado al proyecto de ir al Casino. Quise sacarme los guantes, pero estaban tan ajustados á mis manos, que tuve que renunciar á mi operación, para la que hubiera necesitado mucho mas tiempo del que me dejaban. Yo me hallé colocado sobre el muelle, cerca del paraje en que la cadena desembocaba en el río por escalones que bajaban hasta bajo el agua. Allí con un frio intenso, unos hombres con blusa, metidos en el agua hasta las rodillas, llenaban los cubos sin descanso á la luz de una antorcha; y en el vaiven de esta cadena, inclinada sobre una cuesta rápida, recibían en sus hombros una gran parte del agua que dabau á los hombres colocados mas arriba que ellos. Habia á mi alrededor una porción de mugeres de todas edades, pero no de diferente condicion, y el restante de la cadena estaba compuesta de jornaleros, artesanos y algunos señores. Aunque colocados bastante lejos del incendio, cuando el viento venia de nuestro lado nos traía una lluvia de fuego que aumentaba aun la impresion de esta siniestra escena.

Hubo aun algunos instantes en que, insultado é indignado, no pensé mas que en ir á reparar en los salones del Casino los ultrajes hechos á mi dignidad; pero introducido casi á la fuerza en medio de esta nueva escena, mis pensamientos habian tomado otro giro, y á pesar del frio, el agua y el disgusto, pasé poco á poco bajo el imperio de emociones tiernas y vivas, cuyo energético encanto me era desconocido. Una especie de fraternidad fundada en la necesidad comun que tienen unos de otros, el acarreo del trabajo y la conciencia de ser útil, hacia reinar en mí una cordial alegría, que se manifestaba por agudezas sin grosería y por procederes llenos de un generoso desinterés.

—Vamos, buena muger, dejadme vuestro sitio y pasad á los cubos vacíos.

—Dejadme, amigo; soy lavandera, y siempre estoy con los brazos en el agua.

—Eh! el de los guantes blancos! ¿no es á este baile al que ibais? Quéreis cambiar de sitio?

—Gracias, buen hombre, pues empiezo ahora.

—Valor, amigos! eso suaviza los brazos. Caramba! Lavandera, hoy se lavan sin vos vuestras camisas: mi pechera está en legía, pero es igual. Adelante! Una, dos! Derecha, izquierda!

—En esto aparece un hombre.

—¿Quieres beber tú? me dijo.

—De buena gana, amigo, pero lo haré después de estos y después de esta buena muger que trabaja hace mas tiempo que yo.

—No, no, bebed, nada de cumplimientos.

Y bebí el mejor vaso de vino que he bebido en toda mi vida.

Al mismo tiempo que me entregaba á estas emociones expansivas, me sentía poco á poco penetrado de respeto hacia esos hombres de blusa de que la antorcha me permitía ver su infatigable y rudo trabajo. Para ellos el celo solo, la abnegación de sí mismos, el simple desinterés, pero grande, del jornalero que estima en poco sus indispensables servicios, eran los únicos móviles de su actividad desinteresada. No podian ni hablar ni participar de la alegría que reinaba en nuestras filas; no tenían por distracción la vista del incendio, ni por recompensa las miradas de la multitud. Hoy, pensaba yo, en la oscuridad de la noche, estos pobres hacen lo peor del trabajo; mañana en la claridad del día entrarán ignorados en las filas oscuras de sus camaradas... Y un santo respeto, una admiración entusiasta y una veneración completa y reconocida se apoderó con fuerza de mi corazón, de modo que me hubiera puesto de rodillas ante ellos: me honraba de servirles de ayuda mas de lo que estuve nunca con la sonrisa de los grandes ó la acogida aduladora de los poderosos. En este momento los carruajes que habia encontrado la misma noche al ir al Casino se presentaban á mi imaginación para despreciarlos y para hacerme gozar á mí mismo con transporte, de que mi egoismo no me hubiese hecho preferir como á ellos la fria sociedad de los ociosos á la tierna confraternidad de lavanderas y jornaleros.

Ya lo veis, lector, cómo habia cambiado bien mi papel. Ya no era el hombre estragado y fastidiado que conocéis; ya no era el señor que iba á asistir al incendio como á un espectáculo curioso; ya no era, en fin, el ocioso insultado por los trabajadores; sino bien al contrario, por una transformación bastante chistosa para vos, que acabais de leer mi historia, habia llegado á ser el mas encarnizado contra los transeuntes que veía desde mi sitio andar errantes sin ponerse á trabajar. Eh! aficionado, les decía yo, aquí! aquí hay sitio! entrad en línea, señores.

Gentes indignas! veis á esos hombres en el agua hace seis horas y os estáis ahí con los brazos cruzados! Vamos, centinela, emprended á culatazos contra esos holgazanes! Buena muger, no es esto una vergüenza? Y vos, señorita, retiraos, el frio os molesta, y sois demasiado joven para este trabajo.

La joven á quien me dirigía así, se hallaba colocada enfrente de mí. Al principio no la habia reparado en medio del desorden y la oscuridad; pero desde que la luz creciente del incendio habia permitido distinguir los rostros, sus facciones, su juventud y la blancura delicada de sus manos habian poco á poco llamado mi atención, como tambien la dulce conmiseración que veía brillar en su mirada siempre que la dirigía hacia las llamas. Insensiblemente todas las impresiones que acabo de describir se habian confundido con el sentimiento que tenia al ver á esta linda joven de tan corta edad venir á añadir á la obra robusta de la multitud el esfuerzo de sus débiles brazos. Sentía una tierna piedad hacia ella; y aunque este sentimiento me inducía á aconsejarla que se retirase, sentía yo que su ausencia me hubiera arrebatado una dulce embriaguez, y hubiera quitado todo el encanto de esta escena, en la que habia encontrado de repente tan vivas emociones.

No respondo á mis frases mas que algunas palabras, por las que comprendí que esperaba á su madre para retirarse, y que un embarazo bien natural la obligaba á permanecer allí antes que retirarse sola ó á merced de alguno de los hombres que habia á su alrededor. Entre tanto parecia ella estar cada vez mas pasmada, y ya sus vecinos se apercibieron de que sus manos debilitadas no eran aptas para la actividad de la cadena. Uno de ellos, el mismo que me habia interpelado llamándome el de los guantes blancos, la dijo:

—Pobre niña, dejadnos, ó idos á calentar á vuestra casa. Queréis que os acompañe? Quién toma mi puesto?

—Tomad el mio, exclamé, yo la acompañaré.

—Con mucho gusto, señor de los guantes blancos. Buen viaje! nosotros trabajaremos. Atención, tropa! A un tiempo dos movimientos! Después que ha bebido, no debería el truhan tener ya sed. Bravo! Madre Babi, mereceis la cruz de honor. Si el diablo revienta, vos sois quien le habreis hinchado. Un descanso y en marcha!

Mientras que grandes carcajadas acompañaban los alegres dichos de este buen hombre, habia cogido yo la mano helada de la joven, y me alejé de la cadena hacia las calles oscuras en que ya no penetraba la claridad del incendio. Estaba tan lleno de deliciosa turbación al verme único protector de esta amable joven, que se me olvidó enteramente el preguntarle por su casa, donde sin embargo queria yo llevarla. Por lo que he á ella, marchaba precipitadamente, y alojando luego poco á poco el paso, acabó por detenerse como oprimida. No pude distinguir si esto era efecto de la emoción ó de un mal estar causado por el frio. Pero habiéndola sostenido con una de mis manos, desabroché con la otra mi capa y la cubrí con ella, muy conmovido por el placer de verla servir para tan encantador objeto. Algunos instantes después, haciendo un esfuerzo, me dijo con voz fina y tímida, cuyo sonido encantó mi oído:

—Caballero, puesto que no encuentro á mi madre, permitid que me retire sola.

—No puedo, la dije, acceder á vuestra demanda, aunque no quisiera disgustaros. Os hallais indispuerta, y no os dejaré hasta que estéis en vuestra casa y rodeada de los cuidados que mereceis. Tened confianza en mí, pues vuestra juventud me inspira tanto respeto como interés...

No respondió ella nada, y continuamos marchando. Sentía temblar su brazo bajo el mio y agitar sus pasos el pudor. Cuando hubimos lleg do cerca de cierta calle, sacó su brazo y dijo:

—Aquí es, caballero: por consiguiente no me queda mas que daros las gracias...

—Pero encontrareis á vuestra madre ó á alguien?

—Mi madre no puede tardar en venir; os doy las gracias, caballero.

—Entonces permitid que me asegure de ello, pues no creo que haya por ahora nadie en vuestra casa, ni veo una sola luz en toda la vecindad. Tened á bien precederme, pues es mas honesto que os entregue en manos de vuestra señora madre, que el que sepa que un desconocido os ha traído aquí.

Mientras que hablaba así, la tímida niña, al ver á una person que pasaba, entró en el portal y yo la seguí. No me atreví en este paraje oscuro á ofrecerle mi brazo ni á intimidarla con mi aproximación; sin embargo, al volver la escalera di un tropezón, y ella me tendió su mano con un gesto involuntario, y al apoderarme de ella sentí ese vivo embriaguezamiento, que es como las primicias del verdadero amor; que aun no habia encontrado en medio de los sentimientos ficticios y las conveniencias del gran mundo.

Quando llegamos al tercer piso abrió la joven una puerta, y creyendo apercibir que vertía algunas lágrimas, la dije:

—Teneis algun pesar?

—No señor... pero... no sé cómo hacer que os retireis... pues me parece que no debéis entrar aquí á estas horas...

—No entraré, la dije, si esto os causa pena; pero aguardaré aquí

á que vuelva vuestra madre. Entrad, encended una bujía, descansad, y no me envidiéis, sintiendo que esté yo aquí en la puerta, la dicha de creer que velo por vos hasta que otro me releve.

Entonces ella entró, dejando la capa junto á mí, y pocos instantes despues apareció una luz que iluminó un modesto aposento, especie de cocina limpia y bien arreglada, en que algunos muebles elegantes contrastaban con los utensilios de cocina que brillaban sobre vasares.

En este momento no podía yo ver las facciones de la jóven; pero su sombra dibujada sobre las cortinas que ocultaban en el fondo del cuarto una alcoba retirada, me dejaba adivinar un talle encantador y un aire á la vez noble y lleno de juventud. En el movimiento de la sombra juzgué que estaba ocupada en reparar el desórden de sus cabellos, cuyos bucles flotantes veía yo ondear alrededor de un cuello cuya elegante belleza me habia ya revelado la luz del incendio. Aunque era imperfecto este espectáculo, me parecia encantador, y de cuando en cuando mi corazón se entregaba con grande abandono á la seductora dulzura de un sentimiento lleno de encanto y de vivacidad.

Entre tanto pasaba el tiempo en un silencio absoluto. La sombra únicamente me indicaba alguna cosa de aquella cuya vista estaba aun prohibida á mis ojos impacientes por contemplarla. Vi que estaba sentada con la cabeza apoyada sobre la mano; pero un vacilamiento, que atribuí al principio á la trémula llama de la luz, me causaba una ilusión que empezó á darme alguna inquietud. Miré con ansiedad la figura, que parecia inclinarse para levantarse luego con trabajo, y creí oír algunos suspiros ahogados; no pudiendo al fin dominar mi turbación, entré precipitadamente, y vi á la jóven, que pálida y con los ojos apagados, sucumbia bajo el peso de la fatiga, del malestar y de la turbación. En un momento la cogí en mis brazos y la llevé á la cama, oculta por las cortinas de la alcoba. Allí me apresuré á cubrirla con mi capa, y buscando en seguida entre los utensilios de cocina, encontré al momento vinagre, con el que humedecí dulcemente su frente y sus sienas.

No tardé en inquietarme por el estado de esta jóven y lo embarazoso de mi situación; no porque no me pareciese ella mas encantadora que ninguna de las que habia visto en mi vida, sino porque podria comprometer y afligir justamente á la que me era ya tan querida. A medida que mis cuidados la proporcionaban algun alivio, su linda mano hacia algunas señales que hacian trauicion á su alarmante pudor. Entonces me alejé de la cama, descaendo con toda mi alma que volviese la madre, que era la única que podia poner un remedio eficaz á la angustia de la jóven enferma. Muchas veces creí oír hacia la puerta algun ruido que me anunciase su aproximacion; pero engañado en mi esperanza, volví otra vez á mi ansiedad.

Despues de algunos momentos de silencio, habiendo apartado dulcemente la cortina, vi que la jóven se habia dormido tranquilamente, y por un escrúpulo, cuya causa comprendí, habia desviado la capa de encima de ella y se habia arropado con la colcha. No pudiendo resistir al deseo de contemplar sus facciones, acerqué la luz y me puse á admirar su belleza, realzada por un aire de gracia natural y por el dulce brillo de una interesante palidez. Algunos cabellos sueltos cubrian casi su frente virginal, mientras que su delicado cuello reposaba sobre las trenzas desordenadas de su larga cabellera. Jamás en tan crítica situación habian seducido mi vista atractivos mas raros, ni abismado mi corazón en el delirio de tan vivos trasportes. Con todo, antes me hubiera atravesado el pecho con una espada, que osado marchitar con un solo beso la rosa intacta de este modesto rostro. Solamente me incliné para poder aspirar aquel dulce aliento que bastaba á embalsamar mi corazón y mi imaginacion del mas puro perfume de amor...

—Eso es infame! Qué haceis ahí? Quién sois?

Me volví sumamente turbado, y trémulo como un culpable...

—Señora, dije balbuceando, no hago nada malo... Ya os lo diré vuestra misma hija, cuando la haya aliviado el sueño que ha seguido á su indisposicion...

—Qué indisposicion? dijo ella bajando la voz. Qué teneis que hacer aquí? Yo no soy su madre.

—Si no sois su madre, ¿qué derecho teneis á irritaros así por los cuidados que presto á una jóven que la casualidad ha confiado á mi custodia?

—A vuestra custodia! Bien guardada á fé mia!!!... Sois indigno de ello!... Qué, se introduce uno así en una casa honrada?... Salid...

—Me parece, señora, que os llevais de viles sospechas. Y en lugar de retirarme como era mi intencion así que hubiera entregado en manos seguras este precioso depósito, vuestras palabras y vuestros modos me obligan al contrario á permanecer aquí...

—Es nuestra vecina, caballero, dijo entonces la jóven con voz trémula, é ignora vuestras bondades... Tened á bien dejarla conmigo y recibir las gracias que os doy...

—Así lo haré, pues que me lo suplicais... ¿Pero podré aun seros útil yendo á buscar á vuestra señora madre, ó á llevarla noticias vuestras?...

—Ya se la encontrará sin necesidad de vos, repuso brutalmente la vecina; seguid únicamente vuestro camino.

Sin responder á esta muger, me despedí de la amable jóven, manifestándola el deseo que tenia de verla restablecerse pronto, y la intencion que llevaba de venir á informarme de ella por su madre. Despues de lo cual salí, sin pensar en mi capa que quedó al pié de la cama.

Estaba sumamente indignado contra aquella vecina, y vivamente herido por haber sido sorprendido en el único momento en que una curiosidad bien natural me habia hecho acercar á la cama; pero en la pena con que dejaba aquel aposento me parecia como si hubiera dejado allí mi corazón. A medida que caminaba, ese pasado aun tan reciente iba tomando poco á poco el aire de un sueño lejano, de que procuraba apoderarme, y mientras le disputaba así al imperio de impresiones nuevas, me estraviaba por las calles, sin pensar ya en mi casa, en el incendio ni en lo avanzado de la hora. Solo la vista de algun transeunte me hacia latir el corazón; en todos me parecia ver, y creia reconocer la madre de mi protegida, colmando ya de respeto y de amor á ese ser desconocido que habia dado la vida á mi amiga. Mi amiga! así la llamaba ya en mi corazón, en ese secreto santuario en que no tiene trabas la ternura del lenguaje, donde el amor solo dicta las palabras, prestando á cada una su dulzura, su encanto y su prestigio.

Despues de haber andado así errante por largo tiempo, me encontré en las inmediaciones del arrabal. Entonces solamente me puse á pensar en el incendio, y los acontecimientos de la noche se trazaron en mi imaginacion como impresiones casi borradas, en medio de las cuales hallaba sin cesar la imagen de la jóven, sus manos blancas sobre los cubos, y su bella mirada, reflejando el brillo de las llamas. Recordando uno á uno mis recuerdos, la acompañé de nuevo, la cubrí con mi capa, y me apoderé de su mano en la oscuridad; pero sobre todo sentia con emociion en mis brazos el peso de su delicado cuerpo, recordando con delicia el momento en que, cargado con tan dulce peso, la habia transportado á su cama en la soledad de su habitacion. Mientras que era arrebatado por estos pensamientos, pasaba casi sin curiosidad delante de los lugares poco antes decorados por las llamas. El incendio, dominado al fin por los esfuerzos de la multitud, exhalaba sus últimos furores por medio de torbellinos de humo negro. Vigas carbonizadas, montones de ruinas y escombros yacian amontonados sobre aquel vasto espacio, ocupado pocas horas antes por casas populosas, por familias pacíficas, ahora errantes y desoladas. Alrededor de esto velaban algunos hombres, y una bomba echaba su solitario surtidor sobre los puntos en que las ráfagas de un viento helado reanimaban los fuegos moribundos y mal apagados. Habiendo dejado este teatro de desolacion, me perdí en el silencio y la oscuridad de las calles, y algunos instantes despues me encontré en mi habitacion.

III.

Eran las dos de la noche cuando entré en mi casa la noche del incendio. Lleno aun de las impresiones de la noche y de la imagen de mi jóven protegida, me hallaba sujeto á una secreta agitacion que me quitaba las ganas de dormir; así que, despues de haber reanimado el fuego, cuyos tizones humeaban aun, me puse á soñar ó meditar. Esta vez lo hacia de buena gana, por mi gusto, sobre un objeto que me llegaba al corazón, en lugar de que por lo regular soñaba á la fuerza, por holgazanería, y sobre nada absolutamente.

Pero es singular que los menores objetos que nos rodean influyan en la direccion que toman nuestros pensamientos: aunque estaba soñando, tenia delante de mí los chismes de afeitador, que habia dejado esparcidos sobre la chimenea, y entre ellos el jabon perfeccionado, que aun esparcia un sutil perfume de rosa. Este perfume, que yo no habia buscado, llevaba insensiblemente á mis órganos una especie de emanaciones aristocráticas, que hacian poco á poco retroceder mi pensamiento, hasta el momento en que me hallé en este mismo sitio, disponiéndome á ir á pasearme á los salones del Casino, á la vista de mugeres brillantemente adornadas, y en medio de la elegancia del mundo fascinador.

Bien pronto dejé estas escenas de lujo y de grandeza para volver á la humilde morada de mi jóven amiga; pero confieso que no entré ya con el mismo encanto que antes. La sencillez de los muebles me parecia escésiva, herian mi vista los utensilios de cocina, y el tono comun de la vecina resonaba en mis oídos del modo mas desagradable. Para contrabalancear el efecto desastroso que hacian estas cosas sobre mis amorosos sueños, tenia que tener mi imaginacion constantemente ocupada en la jóven, cuyo porte, facciones, voz y aun traje, no me habian ofrecido nada que no fuese noble y gracioso. Así es como conservándome siempre ocupado en el mismo objeto, llegué á dormirle con afecciones aun intactas. Turbado bien pronto por la vuelta de Santiago, aproveché un rato que estuve medio despierto para desnudarme y meterme en la cama.

Es de creer que estaba muy fatigado, pues me quedé dormido hasta las dos de la tarde. En el momento en que abrí los ojos, me

hirió desagradablemente la luz del sol, que venia á contrastar con el universo nocturno, en medio del cual se habia dormido mi imaginacion la vispera. Empecé pues por echar de menos la noche, y sobre todo el incendio, que segun toda probabilidad, no podia esperar se renovase el dia siguiente ni los otros, por lo que sentí un gran vacío y mucho desaliento.

Pero al menos tenia en perspectiva un paso interesante que dar al dia siguiente, y era el volver á casa de mi jóven amiga. Esto era bastante, y me esforcé en alegrarme por ello. Sin embargo, creí reconocer que diez horas de profundo sueño, y sobre todo la vuelta de la luz del sol, habian borrado un poco su encantadora imagen, y despojado sus atractivos de algun prestigio. Temí hallarla ya buena, animada con el apoyo de su madre, ocupada quizás en los cuidados de la casa. Consideraba que una multitud de circunstancias casuales que no podian reproducirse ya, habian contribuido á darla por algunos instantes á mi vista un encanto accidental, del que me habia apasionado, como si pudiera ser duradero. En fin, reflexionando en ciertas ideas novelescas respecto al matrimonio, que me habian parecido naturales pocas horas antes, no podia menos de hallarlas enteramente extravagantes, siendo esto en perjuicio de mi pasion naciente, que perdía así la ventaja de un desenlace posible.

De este modo fui volviéndome poco á poco el hombre de la vispera. Esa llama pasajera que habia brillado por un instante en mi corazón, iba palideciendo por grados, y renaciendo á su lado el fastidio, mas pálido aun. Sin embargo, como todo se marchita con la experiencia, no podia llegar á ser exactamente el mismo. Una vez espermentada esta emociion, deja su vacío en el corazón y no puede ya renacer. En una segunda aventura semejante, no hubiese yo encontrado la misma pureza de impresiones, ese vivo encanto de lo que es nuevo é inesperado; y el sentimiento que yo habia prodigado sin fruto á algunos de estos preciosos tesoros, no me era enteramente extraño, para que no hallase algunas luces en el fondo de esa copa en que acababa de embriagarme.

Tal es el estado en que me encontraba al cabo de una ó dos horas de fastidioso ocio. Todo me era indiferente; habia olvidado mi pólip; y hasta mis mismas costumbres, que de ordinario me servian á llenar el vacío de los dias habian perdido su imperio, y yo permanecia inmóvil cerca de mi chimenea, sin gusto para estar allí, ni ganas para dejarlo. Una tarjeta que habia en un ángulo de mi espejo, me invitaba á pasar la noche en casa de la señora de Luze; pero la miraba con desden y con disgusto; y rebelándome contra sus prevenciones intempestivas, acababa por ver allí á la misma señora de Luze, que me hacia la acogida mas aduladora en provecho de su jóven sobrina (esta es la esposa que me destina mi padrino), me complacia en rehusarla mi saludo, en volverla la espalda, en no escucharla, y en gozar al mismo tiempo de la figura descompuesta de mi padrino. No! le decia á todos, no: ayer podia hallar aun alguna distraccion en nuestros agasajos; pero hoy no. Una jóven pobre, sencilla y oscura me haria olvidar antes que vos, si tuviese fuerzas para amar, el menor deseo de dejar este sitio, desde donde bostezo á causa de vuestras prevenciones, fastidiándome vuestra acogida. Y para probárselo mejor arrojé el billete al fuego.

—Santiago?

—Señor, ha llamado V.?

—Enciende la lámpara, y acuérdate que no quiero recibir á nadie.

—Es que vuestro señor padrino nos ha dicho que vendria á buscaros para ir en casa de la señora de Luze.

—Pues bien, no la enciendas, que voy á salir.

—Entonces será necesario?...

—Nada.

—Es que vendrá.

—Cállate.

—Y entonces...

—Santiago, eres el criado mas insufrible que conozco...

—Es que no es muy alegre lo que dice V.

—Verdaderamente creo que no quieres hacerlo.

—Si señor! pero...

—No repliques nada. Véte y déjame en paz.

Al punto me dispuse á ponerme las botas para salir á fin de escapar de mi padrino, cuya importunidad provocaba en mí el mas violento mal humor. No, decia yo, en tanto que este hombre quiera hacer mi felicidad, no tendré un instante de satisfaccion! Qué dura esclavitud! y cuán difícil de obtener una herencia! Mejor quisiera estar tranquilo en mi casa; pero no; es preciso que yo mismo me eché de ella! En esto se rompió el tirante de mis botas, por lo que no dejé de echar la culpa á mi padrino, á quien envié á todos los diablos...

—Señor!

—Recose ese tirante pronto.

—Es que... está ahí vuestro señor padrino!

—Imbécil! estaba yo seguro que lo echarias á perder. Pues bien, di que no estoy en casa: lo oyes?

Santiago salió espantado y sin atreverse á tomar de mis manos la bota, cuyo movimiento amenazador acompañaba á la ira de mis gestos

y al furor de mis ojos. Apenas hubo salido, cuando entró mi padrino radiante y lleno del mas pesado buen humor. En marcha, en marcha. Eduardo! Qué, no estás dispuesto? Despáchate mientras yo me caliento los pies.

Siempre es una cosa desagradable esa amigable familiaridad que se acampa en vuestra casa, ocupa vuestra chimenea, se instala en vuestra butaca, y cree no hacer otra cosa que usar de los derechos de la amistad, violando el abrigo del domicilio y la libertad de su casa. Así obraba mi padrino; y esto solo contribuía de ordinario á enfriar mi acogida; pero esta vez, contrariado en el mas alto grado, tasqué mi freno, resuelto á responderle con gran sequedad. Sin embargo, habituado á doblegarme ante su herencia, queria mejor hacer un esfuerzo para irle bordeando. Creo, le dije políticamente, creo, querido padrino, que os dejaré marchar solo, si me permitís...

—No te lo permito! Y esta tarde menos que nunca, pues esta tarde es cuando concluiremos el asunto. Sé solamente bien puesto, gracioso y amable, y todo está dicho, pero que sea pronto, pues he prometido que iríamos temprano.

Herido en lo mas vivo al ver que se disponia así de mí y de que se pretendiese imponerme la obligacion de ser amable en un momento en que sentia tan poca gana de serlo, arriesgué una negativa mas positiva: creo, padrino mio, que no quiero acompañaros.

Mi padrino se volvió para mirarme de frente. Todas sus ideas sobre la obediencia de un heredero se habian trastornado por aquel tono de resistencia, y en una situacion tan inesperada no sabia qué decir.

Despues de haberme mirado me dijo bruscamente:

—Vamos, explicate.

—Es, querido padrino, que he reflexionado...

—Ah! no es mas que esto? pues bien, sigue mi consejo y no reflexiones mas; ó si no, no te casarás nunca. Por haber reflexionado, es por lo que me encuentro soltero al presente y el resto de mis dias. Si tú haces lo mismo, mi fortuna y la tuya pasarán á un tercero y el nombre se estingue. No reflexiones mas, pues es inútil é insensato el reflexionar donde se encuentran las conveniencias de rango, riquezas y persona amable y bella. Es preciso obrar y concluir de una vez: vís-tete, y partamos...

—Imposible, querido padrino; no quiero reflexionar; pero al menos para casarme es preciso que tenga gana de ello...

—Ah, par diez! con que estás decidido á no casarte? Entonces dillo: vamos, habla...

Al decir esto, mi padrino habia tomado un tono significativo, y parecia presentarme su herencia para tomarla ó dejarla. Yo queria eludir esta terrible alternativa, y no sabia cómo conseguirla. Felizmente me puse á pensar en las ideas extravagantes de la vispera, y tomándola por pretexto, le dije medio sonriendo:

—Y si mi corazón se hubiera inclinado á otro lado?...

—Pretestos! dijo. Mas quiero que digas francamente, no quiero casarme. Entonces sabre á qué atenerme.

—Y si os engañais, querido padrino, si yo estuviese realmente enamorado, ¿me aconsejariais que me casase con vuestra señorita, habiendo dado á otra mi corazón?

—Es segun y conforme. A quién amas?

—Amo á una jóven encantadora.

—Es rica?

—No tiene trazas de ello.

—Su nombre?

—Lo ignora.

—Hé ahí una cosa buena. Qué diablos significa todo esto?

—Esto significa que, aunque oscura y pobre, esta jóven me es sin embargo bastante querida, para que, si ahora pensase en casarme, lo que no es, me inclinase mas á ella que á otra cualquiera.

—Ah! Ah! pobre, oscura y bella! Esto sí que es una tontería.

—Tontería? No par diez, padrino mio, os lo aseguro!

—No gastemos bromas!

—Creed que no tengo ganas de ello.

—Eh! déjame en paz. Con una posicion como la tuya, rico y de buena familia, ir ahora á pensar en una criatura sin nombre y sin fortuna!... Se pueden tener relaciones con tales personas; pero casarse, no.

Estas palabras de mi padrino, que parecian ultrajar á la jóven cuyo tímido pudor me habia conmovido tanto, me pusieron fuera de mí. Al mismo tiempo que despertaban en mi corazón esos vivos sentimientos que le habian hecho latir la vispera, hacia renacer el desprecio á un viejo que, no encontrando estimacion ni alabanzas sino para el rango y las riquezas, parecia desconocer los encantos sagrados de la inocencia, y como invitarme á profanarlos sin remordimiento.—Padrino mio, le dije con ímpetu, ultrajais á una jóven amable y virtuosa... una jóven mas pura de lo que os figurais, mas digna de respeto que las que me proponéis, y con la que me casaria antes que marchitarla!...

—Pues bien, no la marchites, pero cástate con la otra.

—¿Por qué, si no siento afecto hácia ella, si mis inclinaciones me llevan á otra parte? Vos alegais mi rango, y yo me fastidiao de él; mi

riqueza... yo creo que esta serviría para hacerme mas libre que cualquiera otro en la elección de esposa. Por qué, pues, si hubiese encontrado en esta persona sin fortuna y sin nombre, en esta joven desdichada, en esta criatura, en fin, la belleza, la virtud y otras mil cualidades tan dignas de mi respeto como de mi amor... ¿quién me impediría seguir una inclinación honesta?... ¿Quién podría vituperar que tuviese yo el deseo de dividir mi riqueza con su pobreza, de apoyar su debilidad con mi fuerza, de darle un nombre si no le tiene, y de hallar en esos nobles y generosos motivos una felicidad mas verdadera, mas pura y mas merecida que la que pudiera esperar de todas esas conveniencias vanas y ficticias?... Ah padrino mio! quisiera tener fuerza para ello; quisiera no estar ya encerrado, corrompido por las máximas del mundo en que vivo, encadenado por mil lazos que me estorban y me traban, sindarme la felicidad que podría hallar; en fin, al lado de esa modesta compañera objeto de vuestros desdenes y vuestros ultrajes!

—Predicas maravillosamente, pero como un tonto. Estas ideas ya no se ofrecen, pues eso es solo en las novelas; en la vida es una tontería. Si alguna vez haces semejante tontería, acuérdate que heredarás tus bienes, pero no los míos; pues no los he guardado, aumentado ni beneficiado para hacerlos caer en manos de una grisetá, para emplearlos juntamente en hacer decaer una familia, y disiparlos en sostener las gentes de baja esfera que nos hayas dado por parientes.

Estas palabras no eran propias para hacerme volver; así es que al punto tomé mi partido.

—Por ahora, padrino mio, no pienso en casarme; pero aspiro poderlo hacer libremente como y cuando me convenga, aun cuando fuese con esa joven que desprecias sin conocerla. En este caso es muy justo que me desentienda de toda pretensión á vuestra herencia. Quedaos con ella, y volvedme el derecho de disponer de mí, sin que por esto nos dejemos de querer mutuamente. Por lo que hace á vos, creedme que me seréis mas querido cuando no vea ya en vos el árbitro interesado de mi destino; cuando no esté ya cansado de doblegarme por respeto á vuestras miras, que no son las mías; en una palabra, cuando no sea ya mas que vuestro sobrino que os ama, y no vuestro heredero que os teme y os resiste.

Mientras que hablaba así, el rostro de mi padrino denotaba un despecho lleno de violencia y amargura. Sus planes trastornados, su voluntad despreciada, sus beneficios desdeñados, todo contribuía á ponerle en un estado de cólera y de turbación que le hacia palidecer y sonrojarse sucesivamente.

—Ah! Ah! es eso lo que me tenias preparado? dijo en fin. Mi bondad te cansaba? Mi yugo te era pesado? Querias en buena amistad enviar á paseo mis consejos, mis cuidados y mis beneficios! Basta, te entiendo. Pero, caballero, podeis pasaros sin mi amistad lo mismo que sin mis bienes; pues ni uno ni otro os pertenecen ya. Quedaos con Dios.

Salió, y despues de acompañarle algunos pasos, volví á mi cuarto.

IV.

Lector, ¿os dormís? Qué os parece de mi conducta? A quién dais la razon, á mi padrino ó á mí? Voy á deciroslo.

Creo que podría deciroslo, si me dijeseis vuestra condicion, vuestra edad, si sois hombre ó muger, joven ó señorita.

Me bastaria saber que erais joven para imaginarme que sois de mi partido, no porque yo el de la prudencia ni aun el de la sabiduría, sino porque, lo confieso, es el de la imprudente honradez, el de la generosidad inconsiderada, el que no se sigue cuando los años han dado mas cálculo á la imaginacion, y menos jugo al corazón. Joven amigo ó amiga, si me engaño, dejadme en mi error; si he adivinado justamente, no os quito el vuestro. Bastante pronto llegaréis á ser prudente; bastante pronto aprenderéis la sabiduría; bastante pronto vuestras pasiones entibiadas, dejando de prestar su fuego á vuestros sentimientos honrados, dejarán el campo libre á las graves lecciones de la razon, del interés ó de la preocupación.

Si sois viejo y bastante desgraciado para no ser mas que sabio, pero lleno aun de restos de un corazón que fué ardiente y generoso, estoy seguro que tachándome á vuestro pesar de imprudencia, me tendereis con todo vuestra mano desfallecida, me acogerá vuestra sonrisa, y á despecho de vuestra sabiduría, me aprobareis y me recompensareis con vuestra estimacion. Buen anciano, os conozco; sé que leereis esta relacion; vituperad sin temor, pues leo en vuestras venerables facciones mas pesares que reprensiones, mas apoyo que vituperio.

Pero si en la frialdad de la edad habeis dejado unir el egoismo de carácter al de condicion, el de la avaricia al de las preocupaciones; si en todo tiempo supisteis calcular el presente por el porvenir; si supisteis siempre preferir la seguridad del bienestar á los azares de una

imprudencia generosa; si el calor de las pasiones no supo romper nunca el velo de vuestra vanidad... hombre sabio! entonces seréis en favor de mi padrino; entonces vituperareis al que renuncia una herencia, y le vituperareis aun mas si prendado de los encantos de una niña que no es mas que bella y pura, desconoce su rango y aspira á decaer.

En cuanto á mí, no sentí al principio mas que el placer de haber sacudido el yugo, y entré en mi cuarto con el corazón contento y lleno de vida. Lo confieso, al pensar en los sentimientos que me habían inspirado mis respuestas, se mezclaba algun orgullo á esta alegría; y aunque no habia formado aun ningun proyecto sobre la joven cuya defensa habia tomado, me aplaudia por haber tenido el valor de hablar y obrar con tanto calor como hubiera podido hacerlo estando interesado. Pero aun me agitaban otros sentimientos: habia roto mi cadena; mi suerte me pertenecía en propiedad; era libre, y la libertad no se recobra sin embriaguez. Mi pequeña fortuna, que siempre habia considerado como el origen de un bienestar provisional, tomó de repente valor á mis ojos, llegando á ser un bien real y presente, y desde aquel momento querida y preciosa para mí. Podia al menos disponer de ella á mi capricho, dividirla con quien me pareciera bien, tenia interés en aumentarla, y en lugar de ese entorpecimiento en el que habia sido criado, a gunas ráfagas de ambicion me hacian considerar sin repugnancia la actividad de los proyectos y la necesidad del trabajo. Por un efecto maquinal que provocaba en mí el instinto de la propiedad despertada por estas ideas, coloqué las tenazas en su lugar, puse en orden mis chismes de afeitarse, y echando una mirada amiga alrededor de mi cuarto, en cada objeto, en cada mueble hallaba un precio enteramente nuevo. Bien pronto haciéndome sentir el amor de mi casa sus primeros destellos, miraba de otro modo á mi criado Santiago, pensaba en instruirle, en interesarle; y considerando por la primera vez bajo su verdadero punto de vista todos los recursos de mi condicion, pensé en crear cuanto antes á mi alrededor esa felicidad que siempre habia entrevisto como lejana y dependiente de la muerte de un tí. En medio de estas nuevas ideas, el deseo de las afecciones domésticas llevaba de tiempo en tiempo mi pensamiento hacia una compañera que animara la soledad de mi morada, y entonces hallaba delante de mí la imagen de la joven amiga de la vispera. En fin, como los efectos mas felices tienen frecuentemente causas risibles, lo que mas me encantaba en mi nueva situacion, era el no ir esta noche á tomar el té á casa de la señora de Luze.

De ahí pasé á reflexiones muy filosóficas, segun la costumbre que tenemos de formular en máximas generales todas las lecciones de nuestra esperiencia privada. Ah! quien quiera que seas, que hagais depender vuestra suerte de una herencia, os compadezco! Si vuestro hombre no muere pronto, os esponéis á perder vuestros mejores años en una ingrata y fastidiosa expectativa; y si impacientemente gozar, deseais su muerte, en el mismo instante en que le prodigais vuestras caricias, sois un monstruo. Y luego qué es esto? Ocultar bajo vuestra máscara todos vuestros sentimientos naturales, hacer el sacrificio de vuestras inclinaciones, de vuestras opiniones, y frecuentemente de vuestra rectitud... No, no, nada de herencia! antes trabajar, antes sufrir; pero vivir libre, independiente, dueño de su persona y de su corazón; darle á la que uno ama, y no á la que le imponen... á una joven pura, sencilla, retirada, que os devolverá en ternura y afecto el sacrificio que la haceis de una posicion lisonjera, mejor que á una señorita, que debiéndoos poco, exija mucho, que busque un rango mas bien que un esposo, mas conveniencias que afecciones, y cuyo corazón tendreis sin cesar que disputar á la vanidad, á la disipacion y á los peligros del gran mundo... Amable amiga, decia yo trasportado por la exaltacion de mis pensamientos, modesta joven á quien he visto tan dulce y tan tímida, tan llena de pureza y de gracia, á quien he tenido en mis brazos con tan vivos trasportes, pero tan respetuosos y tan tiernos, ¿por qué he de temer el buscar á tu lado esa felicidad, de la que tú sola me has hecho gustar las primicias y adivinar los atractivos?

Así es como, provocado por el ultraje, renacia el amor en mi corazón, confundiendo con la mas pura llama del desinterés, con la energia de sentimientos verdaderos y honrados. A esta viva expansion sucedia poco á poco alguna curiosidad respecto á la persona de que se trataba, como para asegurarme que en caso de necesidad, su educacion y sus maneras no se hallarian demasiado desacordes con el voto que podría formar de obtener su mano. Entonces fué cuando se presentaron á mi imaginacion una porcion de cosas que no habia observado al principio, de las que me puse á sacar inducciones. Frecuentemente se me presentaba la blancura de sus manos, cuya delicadeza parecia no haber alterado ningun trabajo manual, recordando con placer que la fatiga de la cadena, demasiado fuerte para sus débiles brazos, la habia hecho sucumbir bajo el peso del malestar, como si acostumbrada á una vida dulce y tranquila, no hubiera podido sostener la dureza de un trabajo penoso y grosero. Aunque demasiado inhábil para juzgar de los detalles de un vestido de muger, el suyo sin embargo me habia parecido de una elegancia sencilla y graciosa, estimando en mucho el recuerdo de que quedaba de sus

lindos piés, calzados con cierta coquetería, con unos pequeños brodequines de tela gris, abrochados por un lado. Entrando en seguida en su habitacion, recorria de nuevo todos los rincones, deteniéndome en algunos muebles de valor, que me habian parecido los restos de cierta comodidad pasada, y como los indicios de cierta elegancia de costumbres. Habia visto sobre un sillón un abrigo de seda negro guarnecido de piel del mismo color; y esta prenda, que juzgué seria de la madre, me daba una idea de nobleza y de sencillez venerable. Pero sobre todo me acordé que al buscar el vinagre, fijé la atencion sobre una mesa en que, entre algunas hojas de papel esparcidas, observé algunos libros muy bien encuadernados, y de los que el único que estaba abierto entonces era el poema inglés de Thompson sobre las estaciones. Reuniendo todos estos indicios juntamente con el sonido de la voz, el acento, las maneras, y sobre todo con la tímida reserva de mi joven protegida, llegaba por grados á completar de un modo encantador la imagen imperfecta que me habia quedado de ella, y satisfaciendo así á las exigencias que la educacion, el gusto y los hábitos aristocráticos me habian hecho como naturales, me parecia amarla cien veces mas. La impaciencia de volverla á ver era entonces mas apremiante, y miraba con ansiedad la mano de mi reloj, incierto de si á pesar de lo avanzado de la hora, me encaminaria hacia allá. De repente me levanté y sali.

V.

Así que me encontré en la calle, la calma de la noche, la hora, la oscuridad y el silencio, acabaron de volver á mis sentimientos todo el prestigio y vivacidad que habian tenido la vispera. Me dirigí por las mismas calles, á fin de reparar mejor las mismas impresiones, y bien pronto me encontré cerca de la casa adonde se encaminaban mis pasos. Pero á medida que me acercaba, una emocion desusada acortaba mis pasos, y cuando hubie entrado en el portal me detuve nuevamente, incierto de si subiria ó renunciaría por entonces á mi proyecto.

Lo que hubiera debido hacerme renunciar á ello, fué justamente lo que me indujo á proseguir. Habiéndome adelantado hasta el patio, no vi luz en el piso tercero; de esto hubiera podido deducir que no hallaria á nadie; pero precisamente esta circunstancia fué la que, quitándome parte de mi embarazo, me animó á subir. Tambien me impelia un movimiento de curiosidad, pues esta oscuridad habia contrariado mis esperanzas. No eran mas que las ocho, y no podia suponer que las personas á quienes iba á ver estuviesen ya acostadas.

Empecé pues á subir la escalera con una palpacion de corazón, que se redoblabá cada vez que tropezaba con alguna cosa en la oscuridad, ó cuando deteníndome, encontraba todo en silencio. Al fin llegué á la puerta, pero no me atreví á llamar sino despues de haberme convencido por un largo rato de expectativa y de exámen, de que probablemente no habia nadie que pudiese responderme. Apenas hube llamado, cuando abandonándome de repente mi conviccion, retuve mi aliento, dispuesto á escaparme así que oyese el menor ruido; pero no se oyó nada. Entonces llamé menos despacio, en seguida mas fuerte, y habiendo adquirido así la certeza de que el cuarto estaba inhabitado en aquel momento, me arriesgué á tocar la campanilla... Al punto se abrió una puerta en el cuarto de mas abajo, y una luz iluminó con débil claridad el sitio en que yo estaba.

La persona no se movia ni la luz tampoco. Qué debia hacer yo? Huir á los cuartos de arriba? Esto seria hacerme perseguir, y atraer sobre mí la vergüenza y la sospecha. Permanecer en mi sitio? Un sudor frio me quitaba la fuerza para ello, y cada segundo que pasaba en esta situacion, me parecia un siglo de angustias. Bajar osadamente? No tenia valor para ello. Me decidí pues á llamar otra vez. El es! dijo una voz. Y al momento ví delante de mí á la vecina que me habia insultado la vispera.

El rostro de esta muger respiraba furor.

—Infame! me dijo, os atrevéis á volver!... Qué imprudencia!... Vuestra capa, no es verdad?... Id á buscarla á casa del señor cura de la parroquia. Ya lo sabe todo, y allí encontrareis á quien hablar.

Escuché estas palabras violentas y entrecortadas con mas asombro que cólera.

—Señora, la dije, ignoro quién sois; pero lo que comprendo mejor es la imprudencia con que comprometéis á esa honrada niña al calumniarme á mí.

—Monstruo! interrumpió ella, no te he visto yo?... no he visto tambien sus lágrimas?... y no he sido yo quien ha recogido vuestra capa dejada junto á la cama?...

—No os entiendo, respondí á mi vez; además, no vengo para escucharos ni para recobrar mi capa. Si podeis decirme á qué hora podré encontrar á esta joven y á su señora madre, esta es la única cosa que os pido.

—Aquí no las podreis ver ya; y adonde estan no penseis en ir las á buscar... Marchad, desgraciado, dejad esta casa, y que jamás se vuelva á hablar de vos! esta es la única cosa de que estoy encargada de deciros. Al acabar estas palabras bajó delante de mí, y se detuvo algunos momentos sobre su meseta, como para asegurarse de que me marchaba. Por una ventana que daba al patio apercibí en este momento muchas cabezas asomadas á las ventanas, atentas á lo que pasaba. Como mi sorpresa y sobre todo mi silencio me daban casi un aire vergonzoso y culpable á los ojos de todos, dije á aquella furia que acababa de causar este escándalo:

—Señora, no quiero callar mi nombre á las personas que me estan escuchando; me llamo Eduardo de Vaux. Puede ser que esta joven y su madre sepan conocerme mejor, lo que procuraré; pues las respeto demasiado para que pueda soportar su desprecio. En cuanto á vos, contad siempre con el mio, pues sin fundamento alguno, y movida por la bajeza de vuestros propios sentimientos, habeis hecho á esta joven un agravio quizás irreparable. Despues de estas palabras bajé. Un profundo silencio me permitia oír los cuchicheos de los vecinos, á quienes esta escena habia atraído á la ventana. Bien pronto me encontré en la calle.

Estaba sumamente desconcertado, menos sin embargo por la injusta salida de esta muger, como porque no habia visto á la joven, y que además ignoraba desde entonces el lugar de su retiro. No sabiendo de quién informarme, y quitándome lo avanzado de la hora toda esperanza de poder presentarme este dia, tomé muy apesadumbrado el partido de volver á mi casa.

Sin embargo, este incidente, lejos de enfriar mis sentimientos, los habia prestado, al contrario, una fuerza mas íntima, y la fuga imprevista de estas dos señoras me habia chocado, con algo de misterioso y novelesco, que al mismo tiempo que me afligia, no disgustaba á mi imaginacion. Conmovid por las alarmas de la madre, estaba vivamente impaciente por caluñarlas; y la hija, un instante marchitada por el soplo impuro de la calumnia, me parecia mas interesante. Como esto era por mi causa, me sentia obligado á protegerla aun; y este papel, al que mi conducta para con ella daba alguna nobleza, adulaba mi amor propio, y secundaba la inclinacion que me arrastraba hacia ella.

Al entrar en mi casa me dijo Santiago que una persona me aguardaba en el salon hacia un rato. Entré precipitadamente, y un señor desconocido, que en su traje juzgué al punto seria el cura que tenia mi capa, se levantó de la chimenea para saludarme.

—Vos ignorais, caballero, lo que me trae aquí, me dijo con bastante emocion, y yo mismo me encuentro embarazado para deciroslo.

—¿Sois vos, le contesté, el depositario de mi capa?

—Sí señor.

—En ese caso, caballero, sé el objeto de vuestra venida, y estoy pronto á escucharos.

—Nos sentamos.

—Caballero, repuso, debo deciros que no os conozco, y que á no ser por vuestra capa, que lleva vuestro nombre en el broche, no hubiera tenido medios de venir á importunaros. Por lo demás, los títulos que tengo para presentarme en vuestra casa, no descansan mas que sobre los deberes que me han sido impuestos para con mis feligreses, y que no los haré valer sino en tanto que los reconozcais vos mismo.

—Los reconozco, le dije.

—Os hablaré pues con franqueza, caballero, continuó. Llego aquí prevenido contra vos por apariencias, por las palabras de una vecina, y mas aun por el dolor de una madre respetable, que ve por la primera vez el escándalo y la maledicencia desflorar la corona sin mancha que era el mas bello adorno y la única riqueza de su hija. Pero no ignoro tampoco que el escándalo y la maledicencia no perdonan las intenciones mas puras y los mas honrados procederes, y aun estoy dispuesto á creer así los vuestros. Solamente, caballero, en una cosa que interesa la felicidad de dos personas que su mismo aislamiento pone bajo mi proteccion, me importaba venir á veros, á hablaros y á deciros, si puedo, cuál es el peligro que han corrido ó que pueden aun correr, á fin de poder estar aun mejor en estado de guiarlos segun el buen sentido y la verdad. Os lo confieso aun, por culpable ó imprudente que hayais podido ser, no he desesperado que las palabras de un anciano desinteresado puedan apartaros de hacer el mal, ó cuando menos, inspiraros sentimientos de respeto ó de piedad en favor de mis dos feligresas.

—Caballero, respondí al punto, no vitupero vuestros motivos ni vuestras prevenciones; pero me parece que el testimonio de la joven era aun preferible al mio. Si esta joven me acusa de haber faltado al respeto; si sus palabras declaran otra cosa que no sean los cuidados respetuosos que la he prestado; si manifiestan el menor ataque por mi parte á su pureza... ¿qué necesidad hay de venir á mí? ¿No creeríais antes en el testimonio de esta modesta niña que en el de un hombre á quien ya acusan las apariencias? Así, caballero, al mismo tiempo que respeto vuestras intenciones, no me puedo explicar, ni vuestro paso ni el escándalo que le provoca. Vuelvo pues á acudir á

la misma joven; y si ella me condena, acepto con esta sentencia su desprecio y el vuestro.

—Vuestras palabras, repuso el cura, respiran franqueza y honradez, no siendo además desfavorable el testimonio que invocais. Solamente es incompleto; es el de la inesperienza y del candor que se teme alterar por cuestiones indiscretas. Esta joven, ignorante de lo que se quiere de ella, turbada por lo que oye, no sabe mas que verter lágrimas, manifestando vuestros honestos cuidados. Por mi parte creeria ante todo el tacto de su inocencia. Pero quizá convendréis vos mismo en que hubiérais podido, aun sin saberlo ella, faltar á la estricta honestidad; y cuando un testigo ocular os denuncia y viene á esparcir el terror en el alma de una madre, á quien unas malas apariencias disponen á escucharle, no debeis hallar extraño ni intempestivo el paso que doy recurriendo á vuestra sinceridad. Es penoso, os aseguro, este paso: sospechar de la lealtad, la delicadeza y las intenciones; poner en duda las negativas de una persona honrada; creed que esta es la tarea mas cruel, ó al menos, la mas penosa que puede imponernos nuestro ministerio.

—Es verdad, caballero, le dije secamente. Con todo, puesto que titubeais entre mi testimonio y el de esa muger, no quiero ni ofenderme ni callarme. Hé aquí lo que ha pasado. Pero os prevengo, caballero, que despues que os haya hecho esta relacion, no sufriré de vuestra parte duda ni incertidumbre.

Entonces le conté todos los acontecimientos de la víspera, tales como ya los conocéis, lector. No le oculté ni mi celo ni mi ternura; pues si estas cosas son para una alma baja indicios sospechosos, hay tambien almas nobles para quien son la garantía mas segura de la pureza de corazón y de intenciones. El me escuchó con interés; mas de una vez creí ver pintarse en sus facciones señales de simpatía y de aprobacion; y su mirada absolvióme, y su mano dispuesta á coger la mia... Así que, cuando despues de haber concluido mi relacion, le ví permanecer inmóvil y silencioso, esperé una viva indignacion, y casi estaba á punto de prorumpir en palabras insultantes, cuando contestó:

—No os incomodeis. Ya he escuchado vuestra relacion, y no vacilo entre vos y esta muger; perdonad, sin embargo, si haciendo violencia á mis propias convicciones, no os concedo aun las palabras de estimacion y de reparacion que creo deberos. Pero otro testimonio mas fuerte y mas respetable, una persona interesada en justificarnos, queriendo disculparnos para conmigo, ha hecho mas para alterar esta conviccion de lo que hubiera podido hacer cualquiera voz acusadora...

Escuchaba yo estas palabras como confundido, y el corazón agitado con los mas violentos movimientos de cólera, de desprecio y de arrogancia.

—No quiero fingir nada, continuó: la señorita S***, prima de la señora de Luze, es parienta mia; hace pocos dias que, consultado por su familia, he dado mi asentimiento á su union con un hombre que en mi opinion era mas recomendable por sus costumbres y su carácter que por su rango y su fortuna... á su union con vos, caballero. Vuestro padrino es á quien habiais encargado de dar los pasos por vos; él es tambien quien alamardo al momento por las consecuencias que podrian tener los rumores que acabais de desmentir, y sabiendo que habian llegado á mi noticia, al mismo tiempo que esta capa acusadora, ha venido á defenderos delante de mí. Tenia vuestro consentimiento, imploraba mi indulgencia, y me suplicaba ahogase un escándalo que podia dañaros, rogándome emplease mi influencia para apartaros de una union vergonzosa... Ahora poneos en mi lugar; juzgad vos mismo cuán difícil es de obtener la verdad, aun para aquel que la busca con el mayor deseo, y no os ofendais de no haber encontrado desde luego esa reparacion cumplida y fácil que vuestra inocencia puede hacerlos considerar como un derecho justo y sagrado.

Preso de mil sentimientos contrarios é impetuosos, indignado contra mi padrino, cuya alma demasiado poco elevada habia interpretado mis palabras honestas como los artificios vergonzosos del libertinaje, poseido de estimacion y de respeto hacia el hombre que me hablaba, y deseoso de responder todo á la vez, permanecí por algunos instantes silencioso, dominado por una agitacion que se iba calmado poco á poco, á medida que apartaba de mi pensamiento todas las respuestas que no hubieran parecido perentorias, ni satisfecho las exigencias de mi vanidad é inocencia, ambas ultrajadas. Recordando al fin la palabra, le dije con toda la calma que me permitia la emocion que tenia:

—Caballero, no me ofendeis. Cuando un pariente me deshonra á su gusto, ¿por qué he de esperar de vos una opinion honrosa que él mismo no tiene? Pero tengo con que destruir vuestras sospechas, y afirmar vuestros escrúpulos... Si señor, amo á esa joven... pero lo que ignorais, lo que mi padrino no os ha dicho, es que me he incomodado con él á causa de ella; por ella he sacudido su yugo; he rehusado su herencia, y lo que es mas aun, caballero, la mano de vuestra parienta, la alianza de vuestra familia... Al obrar así, aun no habia puesto mis miras sobre vuestra joven prote-



El cielo se habia cargado de nubes por completo otra vez. (DESFILADERO DE AUTERNE.)

gida; pero hoy que se halla comprometida, hoy que las frases envenenadas de unos y las palabras ofiosas de otros han logrado marchitarla, pido su mano, la deseo, la quiero!... y este era antes de vuestra venida el único proyecto de mi corazón. Me atrevo á esperar de vos, caballero, continué con mas calma, que me apoyareis en el deseo que formo, y que seréis el portador de mi peticion, si, convencido de mi rectitud, me haceis al fin justicia...

Entonces me tendió su mano, no sin algun enternecimiento. —Hace ya tiempo que os hago justicia, amigo mio; teneis ya mi estimacion entera, sincera, y mi corazón se conmueve con estos virtuosos trasportes, que quizás os lleven demasiado lejos... No tengo encargo de litigar por mi parienta, y antes bien litigaria en mi nombre que en el suyo, pues correspondéis á la honrosa opinion que habia concebido de vuestro carácter; pero lo que decidís en este instante es la suerte de vuestra vida... Desechais mil ventajas... repudiáis á una muger amable y digna de vos... os enajenais un pariente, perdeis una fortuna que os destinaba... y qué hallareis en cambio? La virtud sin duda, las gracias de cuerpo y de espíritu, pero una persona oscura y sin fortuna;

una niña abandonada del mundo que veis, y que las preocupaciones os prohibirán presentar en él... Por lo demás, continuó, no quiera Dios que haga yo perjuicio á las que me estan confiadas, y que aparte de ellas una felicidad que quizás la Providencia tuviera reservada á su infortunio y á sus virtudes. ¡Ya lo veis, amigo mio! He querido ilustraros, y no romper vuestra honesta energia; he querido no apagar esos trasportes, sino unir á ellos la reflexion, que es la única que puede hacerlos prudentes. Pero si persistís en estos generosos proyectos, no temais que deje á otros el dulce cuidado de anunciárselo, de ser el mas fiel apoyo, de consagraros desde hoy una afectuosa estimacion, y de dirigir á Dios los mas ardientes votos por una union formada bajo tan tiernos auspicios! A estas palabras me arrojé en sus brazos, y habiéndole abrazado, acabé de abrirle mi corazón. Pudo ver que mis reflexiones habian precedido á las suyas, y que mi resolucion, por haberse formado de repente, no era menos fundada sobre verdaderas conveniencias y sobre el deseo de hallar entre afectos y deberes una felicidad que me habia rehusado hasta entonces una situacion demasiado feliz y fácil. Bien pronto, dejando todos sus escrúpulos, acabó por asociarse á mis proyectos con todo el arrebato de un corazón ardiente y generoso; y como sucede cuando una verdadera simpatía ha hecho desaparecer la diferencia de edad, de condicion ó de rango, este hombre venerable, á quien hablaba por la primera vez de mi vida, me inspiraba el respeto de un padre y la confianza de un antiguo amigo. Entonces fué cuando empecé á preguntarle sobre estas dos señoras, que estando ya tan ligadas á mi existencia, no me eran conocidas ni aun de nombre.

Me dijo que la joven se llamaba Adela Senárs, y, lo confieso, este nombre me encantó. Estoy muy sujeto á hallar en los nombres propios un aire comun ó distinguido, y por un capricho de la imaginacion de que aun no me habia corregido, hubiera preferido mil veces un nombre que no me disgustase, á ventajas reales de fortuna ó de rango; pero el amable nombre de Adela, además del encanto que ya me causaba, tenia uno que los años no han podido destruir, porque

SESTA SERIE.—ENTREGA 17.

grabado desde entonces en los mas dulces parajes de mi corazón, replega á sí las últimas impresiones de mi juventud, y todo lo que he podido gustar despues de verdadera felicidad.

Además, en todo lo que me dijo el cura, sin chocar ninguna de las preocupaciones que me son propias, redoblaban mi embriaguez y mi alegría. El padre de esta joven era suizo como yo. Habiendo entrado joven al servicio de la marina inglesa, llegó á un grado poco elevado, pero honroso, y durante su residencia en Inglaterra se habia casado con la madre de mi Adela. Esto, al mismo tiempo que me explicaba por qué habia visto sobre la mesa el poema de las Estaciones, me parecia prestar al aire de esta joven ese atractivo que regularmente tienen para nosotros las mugeres extranjeras, y me complacia en atribuir á su origen inglés su tez deslumbradora, la melancólica dulzura de sus grandes ojos azules, y la amable inocencia de su frente. Hacia algunos años que su madre la habia llevado á Suiza para darla con menos gastos una educacion que consideraba ella como un recurso para el porvenir, y despues de la muerte del padre, ocurrida dos años antes, estas dos señoras, reducidas á vivir con la módica pension que la ley inglesa asegura á la viuda de un oficial muerto en el servicio, habian venido á vivir á la habitacion adonde la casualidad me habia conducido. De ahí esos muebles elegantes que habia observado, con otros indicios de una condicion en otro tiempo mas acomodada.

Todas estas cosas me arrebatában. ¿Pero creéis, le decia yo, que estas señoras, tan prevenidas contra mí, acogerán mi peticion?... ¿Pensais que podré hacerme amar de esa joven, para quien los bienes de fortuna que puedo ofrecerle no son nada sin duda, y cuyo corazón, tímido por el mismo pudor, no se atreverá á entregarse á los trasportes de amor? Yo creo que no tengo mas recurso ni esperanza que vos, su digno protector, y el único que puede, por el respeto que inspirais, destruir las prevenciones de estas dos señoras y hacerlas aceptar unos votos de que acaso ellas desconocen.

—Eso es, amigo mio, lo que yo procuraré, me dijo. Por lo demás, temo poco sus prevenciones y sí su vanidad. Al oír los primeros clamores de aquella vecina irritada, mi primer cuidado ha sido el sustraer de su influencia á mis dos amigas, ocultándolas al mismo tiempo de vos, por si realmente, despues de haberos visto, hallaba fundadas las palabras de aquella muger. De esta manera no han podido aumentarse sus prevenciones; y mi testimonio, en que ellas confian, bastará á asegurarlas completamente. Pero tienen el orgullo de la honradez pobre; vuestra fortuna, vuestro rango superior al suyo, puede encender su arrogancia; y las ideas de la madre, que yo mismo he alentado, han sido siempre el buscar la felicidad de su hija en una condicion oscura, la única que les permitia su posicion, pero de la que una educacion demasiado cultivada les cerraba quizás el camino. Pues no podriais creer, añadió mientras mi corazón devoraba sus palabras, cuánta inteligencia, gusto y verdadero adorno de espíritu embellecen á las inquietas del aposento tan sencillez que habeis visto. Esta joven tan tímida y tan inesperta posee y cultiva una multitud de conocimientos; se ha dedicado á la música y al dibujo, teniendo para todo esto la ventaja de una aptitud natural, y yo no sé qué gracia llena de sentimiento. Su madre reúne á todas estas cualidades la



¿Es vuestro este perro? le dije.—No; del que está en esta sepultura. (ELISA Y WIDMER.)

que dan la experiencia, los viajes, una vida bien empleada, pero sobre todo esa dulce amenidad procedente de una sensibilidad ejercitada en las pruebas y goces del corazón. Así que, siempre he hallado un nuevo placer en visitarlas. Este es el rincón mas agradable de mi parroquia; frecuentemente me olvido allí, y no salgo nunca que no admire cómo la honradez, el trabajo y la educación pueden reunir tantas gracias y atractivos alrededor de este pequeño hogar tan cercano á la incomodidad y á la miseria.

Esta conversacion duró hasta muy tarde, y yo la prolongaba con mil preguntas, no causándome de oír contar á mi respetable amigo lo que sabia de las personas que me inspiraban tan vivo interés. Conviniémos en que al día siguiente por la mañana iría á verlas; que según la disposición en que las encontrase daría los primeros pasos, y que tal vez, para responder á mi impaciencia, me daría alguna contestación antes de mediodía. Despues de esto se levantó para marcharse, pero quise acompañarle hasta su casa, donde me despedí de él con el corazón lleno de afecto, de gozo y de esperanza.

VI.

Volví á mi casa muy dichoso y enteramente cambiado. Me parecía que empezaba á vivir desde aquel día, y aun creo hoy que te era verdad; pues si desde entonces han agitado mi vida algunos reveses, nunca he caído en ese estado de entorpecimiento, fruto ordinario de una existencia asegurada y de un porvenir á trazado, en que el corazón está vacío, en que las facultades estan en inacción, en que el espíritu va reduciéndose, y acaba por concentrarse en los pequeños intereses de los salones, en las frívolas preocupaciones de la vanidad. Pertenezco á una clase en que es comun esta situación, en nuestros días sobre todo; y al ver cuál es el patrimonio de los que permanecen en ella, creo que si tuviese aun que escoger mi vida, á falta de aquella en que he encontrado la felicidad, preferiría la sujeción laboriosa de donde nacen la actividad y los esfuerzos, á esa ociosa opulencia en que he vegetado durante la mitad de mis mejores años.

Lo mismo que la noche anterior, me habia puesto á pensar en medio de una agitación llena de un interés vivo y poderoso, como sucede en esos momentos solemnes de la vida en que se dice adiós á lo pasado para dirigirse enteramente á un destino nuevo. Unas veces sentado y con los ojos fijos en el fuego, reanimaba mis esperanzas con todo lo que podia recordar de afectuoso en las palabras ó en la expresión de la jóven, y sobre todo con todo el peso que tendrían para estas señoras las recomendaciones de mi amigo; ó bien, mirando ya como realizadas estas esperanzas, me levantaba con trasporte, me paseaba por mi cuarto, y anticipando los días, las semanas y los años, me imaginaba una felicidad risueña, á la que hacia concurrir mil encantadores proyectos. En medio de estos sueños, cayeron mis ojos sobre un billete dirigido á mí, que en mi preocupacion no habia notado, aunque estuviese puesto enfrente de mí sobre la chimenea.

En el sobre reconocí al momento la letra de mi padrino, y llamé: —¿Cuándo han traído esta carta? dijo á Santiago.

—Mientras que V. ha salido: por cierto que han respondido.

—Está bien.

Abrió la carta con mediana prisa, y héla aquí:

«Mi querido Eduardo:

Quiero olvidarlo todo. Al dejarte, he sabido tu calaverada, y que tu capa se ha quedado allí. Al momento he obrado cerca de quien correspondía, y ahogado el ruido que empezaba á esparcirse vigorosamente. Lo mas apremiante era el halagar al señor cura Latour, pariente de tu futura, y al fin lo he logrado: nada se ha echado á perder.

«Una vez que has deshonrado á esa jóven, creo que todo está ya dicho por este lado. Les debes alguna indemnización, de la que yo me encargo. Nada de incertidumbre ni de dilaciones. Mañana terminaremos, y á este precio (no eres digno de lástima) hallarás la herencia y la amistad de tu afectuoso padrino.»

La lectura de esta carta me entregó á la mas violenta cólera, y prorumpí en insultos contra mi padrino, que se descubría á mí como un ser sin corazón y sin moralidad, cuyas repugnantes palabras profanaban todo lo que yo miraba como puro y sagrado. Cogí al punto la pluma, y escribí una respuesta cuya impetuosa despreciadora era demasiado excesiva para que me sorprendiese yo mismo algunos momentos despues. Así que, la rompí para volver á hacer otra; despues, una tercera; hasta que ya mas tranquilo, reflexionando que mi suerte, que debía quizás decidirse al día siguiente, seria la mejor respuesta á su injuriosa carta, acabé por dejar de escribirle, y volví por toda venganza á mis dulces sueños.

Eran cerca de las tres de la mañana cuando me metí en la cama. Esperaba engañar por algunas horas de sueño la impaciencia con que esperaba el día siguiente; pero apenas cerré los ojos por algunos mo-

mentos, cuando á los primeros rayos de luz que penetraron en mi cuarto, me levanté para vestirme y para aguardar con una impaciencia cada vez mas viva. Con los ojos fijos sobre el reloj calculaba la hora en que se levantaria el señor Latour, se dispondría á partir, estaria en camino, y en fin, se presentaria á estas señoras. Llegado á este momento, componia su propio discurso de mil modos, según la situación, el lugar y las disposiciones en que encontrase á sus dos amigas; ayudado en seguida con las ilusiones del deseo y del amor, prestaba á la expresión de mi bien amada y á las palabras de su madre un lenguaje que colmaba mis votos. Al fin me fué insoportable el esperar, y me decidí á salir al momento para ir al encuentro de la respuesta que debía darme el señor Latour.

Este buen cura habia recogido el día anterior á estas dos señoras en su propia casa de campo, distante una legua de la ciudad, á la que me encaminé en una mañana de diciembre, cuyas impresiones no saldrán nunca de mi memoria. El tiempo era agradable, los caminos espantosos. Un sol pálido iluminaba con una luz argentina los campos sin verdor y los árboles sin hojas, y la nieve de las montañas brillaba débilmente tras una bruma ligera. Pero mi corazón reanimaba con su propio fuego esa naturaleza helada, y como enternecido por la esperanza de una felicidad próxima, se pintaba la felicidad y el amor esparciendo sus dones hasta en las mas pequeñas cabañas esparcidas en los prados que costean el camino. Me acuerdo que habiéndome sentado para esperar al señor Latour, se detuvieron mis ojos en una de ellas, casi sepultada en el espeso ramaje de los olmos, y de donde se escapaba una tranquila humareda. Me imaginé fijar mi suerte bajo esta humilde cabaña, llamé á ella á mi amante y arreglé allí mi vida; y animado insensiblemente estas sombras despojadas con el vivo encanto de mis sueños, mi impaciencia, engañada por algunos momentos, dejaba errar mis pensamientos alrededor de este rústico asilo. Algunas veces el porvenir da á los sueños del corazón como una especie de presentimiento. Pocos años despues ví realizarse los míos en un retiro vecino.

Mientras estaba sentado, un carro que apareció á la estremidad del camino me hizo levantar sobresaltado y correr á su encuentro. Desde lejos reconocí que iba vacío, é iba yo á pasar adelante, cuando el hombre que le conducía, despues de haber acertado el paso de su caballo, acabó por detenerle, y me preguntó si no era yo la persona que el señor cura Latour enviaba á buscar... En un momento me metí en el carro, que retrocedió rápidamente. Sucediendo á la impaciencia la emoción y la turbación, me quitaron toda impaciencia de espíritu; de suerte que hubiera dado cualquier cosa porque el carro no me llevase con tanta ligereza.

Bien pronto divisé la casa, situada en la falda de un vallado, á la que se llegaba por una cuesta rápida llena de nogales viejos. El corazón me latía con violencia, y mis ojos procuraban con ansiedad descubrir algun movimiento alrededor. Pero un tranquilo silencio reinaba en este retiro, indicando únicamente que estuviese habitada, dos postigos abiertos en el piso bajo. Sin embargo, la cuesta terminaba ya; ya los vallados mas cercanos me quitaban la vista de los edificios; veía una portada, y los ladridos de un perro se confundieron de repente con el sonido de las ruedas que entraban en el patio. El carro se detuvo, y todo quedó en silencio.

Acababa de bajar, cuando apareció el señor Latour con una señora, de unos cincuenta años, apoyada en su brazo. Estaba esta vestida con gusto y sencillez, y á pesar de la emoción que turbaba la serena nobleza de su rostro, su mirada penetrante y sensible fijada sobre mí, aumentaba mi timidez al mismo tiempo que ganaba mi corazón. En los primeros momentos no supe qué decirle, y él misma guardó silencio; pero dirigiéndose á mí el buen cura, me dijo:

—Amigo mío, ya he hecho presente vuestros votos á esta señora, que parece haberse conmovido. Yo creo que es todo lo que yo podia hacer; lo demás os pertenece á vos, ó mas bien á vuestro mérito, que se conocerá mejor por sí mismo que por mi boca.

—Caballero, dijo entonces la señora con voz conmovida, nos empezamos á conocer de un modo bien extraño... Con todo, las palabras del señor Latour son demasiado poderosas para ganarnos mi estimación, y no puedo rehusar una petición apoyada por él... Mi hija no sabe nada aun, pero no tengo ya que callarla nada... y una vez que ya he confiado en vuestro carácter, debo dejar lo demás á su libre albedrío... Pero tened la bondad de entrar...

Estaba yo demasiado turbado para atreverme á responder; sin embargo, olvidando en la expansión de mi corazón esa reserva conforme con la política, cogí la mano de esta señora y la llevé á mis labios con un trasporte de que pareció conmovida. Apenas he leído este movimiento en su rostro, cuando menos tímido ya, la ofrecí mi brazo para conducirla al salón. En este momento me imaginaba yo ser su hijo, y mi corazón, exaltado por la felicidad y la gratitud, la consagraba con juramentos esa afección sincera con que despues he procurado reanimar sus últimos días.

Así que entré en el salón, me reconoció la jóven, y sus mejillas se colorearon de un vivo rubor. Despues, viéndome llevar del brazo á su madre, tomó un aire mas tranquilo y se inclinó para saludarme. Estaba ella de pie, en una actitud llena de gracia y de modestia aguar-

dando para sentarse á que las otras personas lo hubiesen ya hecho. —Espero, señorita, la dije, que ya no os resentireis mucho de las fatigas de aquella noche á la que debo la dicha de conocerlos.

Ella se sonrojó de nuevo, y yo me puse á hablar del incendio, para evitar la confusión que la causaban estos recuerdos. Entonces empezó la conversacion, pero fría y forzada, como sucede cuando las palabras no sirven mas que á encubrir las preocupaciones del corazón. Solo la jóven, extraña á estas preocupaciones, se entregaba con abandono al placer de escuchar, añadiendo algunas tímidas palabras á aquella relación que cautivaba toda su atención.

Sin embargo, como se prolongase esta situación, se hacia ya incómoda; y aunque ya mas confiada, las palabras de aquella señora me habian dejado incierto sobre lo que me atreveria á decir. Al fin, dirigiéndose el señor Latour á la jóven señorita, la dijo:

—He formado un voto, señorita Adela, y es que mi amigo, que es tambien el de vuestra señora madre, pueda ser algun día el vuestro.

—Ya sabeis, señor Latour, dijo tímidamente la jóven, pero sin avergonzarse, que amo á todos los que son queridos á mi madre y á vos.

Entonces comprendí yo que ella no sospechaba el motivo de mi venida, y que su ingénuo corazón no habia penetrado el sentido de las palabras del señor Latour.

—Señorita, repuse al punto, el menor afecto de vuestra parte es un favor inestimable á mis ojos; pero por qué he de callaros el voto al que asocio toda mi felicidad?... Lo que imploro es el don de vuestra mano, es la dicha de asociar mi vida á la vuestra, y la de hallar con una compañera tan amable, una madre á quien ya venero y respeto como á la que he perdido!

Mientras me expresaba así, la jóven, sorprendida y alarmada dirigía alternativamente sus miradas al señor Latour, á mí ó á su madre. Esta, en el momento que tenia que decidir sola de la suerte de una hija tan querida, habia sentido abrirse la llaga de su corazón; de suerte que desgarrada por los recuerdos de lo pasado, sumisa y trémula ante la incertidumbre del porvenir, su mirada imploraba la afección, el apoyo y la piedad, y no pudiendo contenerse, derramaba abundantes lágrimas de sus ojos.

—Mamá, la decía su hija refugiándose junto á ella, ¿por qué llorais?... Amo al señor y os soy obediente... disponed de mí para vuestra felicidad, siendo allí solamente donde yo hallaré la mía...

Su madre no podia responderla; pero buscando al fin sus alarmas su refugio en mí, cogió su mano y la puso sobre la mía.

Desde este momento quedamos unidos. El verdadero candor es confiado, y un corazón nuevo para el amor se entrega sin reserva; así que encontré intactos en el de Adela esos tesoros que de ordinario el mundo mancha ó marchita, pero que el retiro embellece y conserva. Notable por su elegante belleza, y llena de gracias, dotada de esa sensibilidad que en una muger realiza los talentos y el saber, su alma generosa y modesta no conocia otros placeres que los del afecto; y al mismo tiempo que parecía prodigar las gracias de sus modales y de su espíritu, no sé qué púdica reserva daba á sus menores favores un encanto mas profundo y mas picante mil veces que el que esas mugeres tan hermosas buscan en vano en los cálculos de la mas refinada coquetería.

Se convino en que estas señoras acabarían de pasar el invierno en este retiro que les ofrecía el buen señor Latour. Allí es donde todos los días, durante los rigores de un invierno helado, venia con trasporte á embriagarme al lado de esta encantadora niña, con todas las delicias de un amor cada vez mas vivo y cada vez mejor correspondido. Tiempos de felicidad presente y de risueña esperanza! Días felices de mi vida! No, no habeis pasado, como otros muchos placeres que los años llevan sin volver, sin dejar amables huellas; vosotros fuisteis la brillante aurora de esa felicidad que experimento hoy, y mi corazón, retrocediendo hasta vos, no tiene que pedir os cuenta de las dulces promesas con que le hayais engañado!

A la primavera siguiente nos casó el señor Latour en la iglesia de una aldea vecina; dichoso por una union que fué obra de su prudencia y de su desinterés, siempre ha sido nuestro mas constante amigo. Santiago me ha acompañado en mi nueva condición, y mi padrino, muerto dos años despues sin haberme perdonado, repartió sus bienes entre parientes mas pobres que yo. Ya he concluido, lector; me habeis seguido hasta el fin? Lo que es yo así me lo he figurado, y por eso siento tanto pesar en dejaros.

EL DESFILADERO DE AUTERNE.

El valle de Servoz es el primero que se presenta al salir del de Chamounix. Este valle, aunque salvaje, es risueño cuando han desaparecido las nieves de las cimas vecinas, cuando los prados han

tomado su verdura, y cuando el sol de la tarde dora las rocas que le rodean. Hay algunas cabañas esparcidas, y entre ellas una pequeña posada adonde llegué el 12 de junio por la tarde.

Se puede salir de este valle de varios modos. Algunos salen por el camino real: esto es lo mas sencillo; pero en aquel tiempo, yo que era jóven y además viajero, desdeñaba esa manera tonta de salir de los valles. Un viajero quiere cimas, quiere desfiladeros, quiere aventuras, peligros, milagros. Por qué? Esa es su esfera. Así como un asno no imagina que se pueda ir del molino al horno de otro modo que por el camino mas corto, mas llano y mejor, así un viajero no imagina, al contrario, que se pueda ir de Servoz á Ginebra sino por el camino mas largo, mas arduo y mas detestable. Los viajeros empleados, los comerciantes de queso, los hacendistas y los viejos hacen como el asno; los literatos, los artistas, los ingleses y yo, hacemos como el viajero.

Por eso, así que llegué á la pequeña hostería de Servoz, me informé de la naturaleza de los desfiladeros y del paso. Me hablaron del desfiladero de Auterne, que es una garganta estrecha entre los picos de Fiz y la base del monte Buet; el sendero es difícil, y la cuesta áspera y descarnada... Vi que esto era lo que me convenia, y resolví ir en busca de un buen guía. Por desgracia no habia guías en aquel paraje, y no pudieran indicarme mas que un cazador de gazuas, que decian podría servirme para esto; pero me encontré con que este hombre estaba ya comprometido con un viajero inglés que queria ir á Sixt por el mismo camino que me proponia llevar yo.

A mi llegada habia visto á este viajero á la puerta de la posada. Era un *gentleman* de buena traza, de figura tan propia como esmerada, y de maneras muy distinguidas, pues no me volvió el saludo que le dirigí al pasar, lo que entre los ingleses bien educados es señal de buen tono y de conocimiento del mundo. Sin embargo, cuando supe que el único hombre que podia guiarme al desfiladero de Auterne se hallaba ya comprometido con aquel viajero, me dirigí á este, muy deseoso de ver si me permitía unirme á él para pasar el desfiladero, pagando á medias al cazador de gazuas.

El inglés estaba sentado enfrente de Mont-Blanc, que por cierto no miraba.

Acababa de bostezar, y yo bostecé tambien en señal de simpatía; despues de lo cual creí deber dejar pasar algunos minutos, para que teniendo Milord tiempo de familiarizarse con mi persona, me hallaria así como presentado ó introducido á él. Cuando me pareció el momento propicio: Magnífico! dije á media voz y sin dirigirme aun á nadie, sublime espectáculo!...

Pero no se movió, ni respondió nada. Entonces me acerqué á él y le dije muy cortésmente:

—Caballero, viene V. tal vez de Chamounix?

—Sí.

—Yo tambien he salido de allí esta mañana.

El inglés bostezó segunda vez.

—No he tenido, caballero, la fortuna de encontraros en el camino; ¿habreis pasado por el desfiladero de Balme?

—No.

—¿Por el Prarion quizás?

—No.

—Yo llegué ayer por la Tete-Noire, y me propongo pasar mañana el desfiladero de Auterne, si puedo encontrar un guía. Me han dicho que os habeis podido procurar uno?

—Sí...

—Sí! no! el diablo le lleve! decía yo para mí. Pedazo de animal! Diciéndome en seguida á manifestarle mi proposición, le dije:

—¿Habria indiscreción, caballero, si en el caso en que no pudiera proporcionarme un guía, os pidiera el permiso de asociarme á vos, pagando el vuestro á medias?

—Sí. Haber en ello indiscreción.

—En ese caso no insisto, le dije; y me alejé muy encantado de tan interesante coloquio.

En viaje es una hora encantadora la de la tarde, cuando en un paraje solitario y salvaje se anda dulcemente á la ventura, sin otro cuidado que el de ver lo que se presenta, el conversar con el que pasa, y llevar á punto un apetito que la marcha ha aguzado ya, y que la comida dispuesta va pronto á satisfacer. Estando paseándome me dirigí á una roca cubierta de ruinas, que llaman el Monte de San Miguel, en la que estaban pastando dos cabras que huyeron al aproximarme yo, dejándome dueño de aquel sitio, en donde me senté junto á unos chopos jóvenes que crecen en este lugar.

No creais, lector, que es esta una aventura cuyas circunstancias estoy disponiendo, pues estaba sentado, esto es todo; pero es mucho, os lo aseguro, á estas horas y en este sitio. El valle está ya sombrio; pero por el lado en que se abre sobre Mont-Blanc, que está inmediato, una claridad resplandeciente ilumina y colora los hielos de esa cima majestuosa, cuyos picos se destacan con magnificencia sobre un azul oscuro. A medida que el sol baja, el brillo se va por grados de las mesetas de hielo y de los transparentes abismos; y cuando con el último rayo desaparece la última luz, parece que la vida ha cesado de animar

la naturaleza. Entonces los sentidos, hasta aquel momento encantados, atentos y como encadenados á aquellas cimas, se vuelven á acordar del valle; las mejillas sienten la frescura del viento, el oído encuentra el ruido del río, y desde estas contemplativas alturas baja el espíritu á pensar en la cena.

Un pastor vino á buscar las cabras, y yo me volví con él. Este buen hombre tenía algunas nociones sobre el desfiladero de Auterne, y seguramente le hubiera propuesto que me sirviese de guía al día siguiente, á no ser por la estremada pusilanimidad que creí observar en él.

—Las gentes, pase; pero los señores! no. La nieve está muy alta. No hace ocho días que han perecido allí dos cerdos; son de Pedro; y su muger también, que los llevaba de la feria de Samoins. Dos cerdos ya criados! Si por fin los hubiera vendido, se hubiera encontrado el dinero! Os digo que es un paso muy malo en junio.

—Yo le sostuve, con mi itinerario en la mano, que el desfiladero de Auterne es, al contrario, un paso muy fácil, pues no está elevado mas que siete mil ochenta y seis pies sobre el nivel del mar, mientras que el límite de las nieves perpetuas está á siete mil ochocientos doce pies. Y como la fuerza de mi argumento no me pareciese haber convencido al pastor, cogí mi lápiz, y haciendo sobre la misma cubierta del itinerario una resta victoriosa, demostré que teníamos aun, á contar desde la cima del desfiladero, setecientos veinte y seis pies de roca limpia, por consiguiente sin nieve ni hielo.

—No hay que fiarse de eso! dijo él en su patués. Ya veo vuestros números; pero mirad: hace dos años que en este mismo mes se quedó allí un inglés. Este era el hijo. Vi á su padre llorando y de luto. Se le obsequió en casa de Renaud; se le presentaron nueces secas, carne y otras cosas, pero de nada sirvió, pues lo que quería él era su hijo. Al cabo de treinta y seis horas se le llevaron, pero ya cadáver.

Me pareció evidente que este hombre hacia alguna confusion de nombres, pues el itinerario era positivo y la deducción clara. Además, me gustaban un poco los peligros, y aun suponiendo que el pastor no hubiese hecho mas que representar, con la exageracion de un espíritu tímido, cosas en el fondo verdaderas hasta cierto punto, se encontraba que el desfiladero de Auterne era el que mas me convenia entre todos los desfiladeros. Por consiguiente persistí en mi proyecto de atravesarle sin guía, pues que no le hallaba, pero con el socorro de mi escelente itinerario, y teniendo cuidado de salir poco tiempo despues que el inglés, de manera que pudiese seguir de lejos sus huellas.

Al entrar en la fonda encontré la cena dispuesta. Habian puesto una mesita para mí, y mas lejos tenia Milord la suya, donde comia en compañía de una jóven señorita hija suya que aun no habia yo visto. Era bella y deslumbradora de frescura, y sus maneras presentaban esa mezcla de gracia y de aspereza que frecuentemente se encuentra en las jóvenes inglesas que pertenecen á las clases aristocráticas. Como sé el inglés, hubiera podido conocer su conversacion sin tomar en ella parte; pero se limitaron á cambiar algunas sílabas que expresaban un desden lleno de dignidad con motivo del servicio de los criados, de la calidad de los manjares ó de la equívoca limpieza de los utensilios. Aquellos mismos manjares eran especialmente escogidos y singularmente repartidos. La señorita se habia hecho servir un gran *beefsteak*, y sus lindos labios no desafiaban dejar pasar algunos tragos de un vino que juzgué deberia formar parte de la provision de viaje. Mientras tanto se ocupaba Milord en prepararse un gran té que debia constituir toda su comida. Ponia en esta operacion ese cuidado minucioso y esa importancia grave que sabe poner un inglés *comme il faut*; y aunque toda la casa se levantase con motivo de este té, dispuesta á hacer cualquier cosa ó á echarse al fuego porque este té fuese perfecto, Milord acogia toda la casa con ese humor áspero que frecuentemente caracteriza al inglés de calidad, en viaje, en la posada y en el continente.

Al fin de la cena entró el guía.

—Hola! eh! decid, caballero, tendremos que marchar mañana temprano? Acabo de examinar el tiempo: á eso de mediodía podremos tener tempestad, y eso es muy malo por allá arriba á causa de las nieves. Y luego no sería la sombrilla de esta señorita la que la sacaría de allí!

Esta manera libre de espresarse chocó visiblemente á Milord, y antes de responder entabló con su hija un coloquio en inglés. Por la claridad de la relacion reproduzo este coloquio en esa especie de idioma que usan entre sí los ingleses cuando hablan en francés.

Milord á su hija: Este guía tener una manera muy irreverenciosa. —El me parecia un estúpido. Decir á él que yo no querer partir que cuando el cielo no tener una nube.

Milord al guía: Yo no querer partir que cuando el cielo no tener una sola nube.

—Pero si no es eso! repuso el guía. Os prevengo que mañana temprano habrá nieves, y aun así es preciso marchar temprano. Dejados pues á nosotros, que conocemos el tiempo y los parajes.

Milord á su hija: Esto ser una mentira.

Al guía: Yo decir á vos que no querer partir que cuando el cielo no tener una única nube.

—Como queráis. Apuesto que el cielo estará despejado á eso de las nueve: una suposicion; marchareis á las nueve, pero como os he dicho que á eso de mediodía puede haber tempestad, al mediodía estaremos justamente en medio de las nieves; y si en lugar de esto salimos temprano, á mediodía estamos en Sixt, y venga entonces la tormenta.

Milord á su hija: Esto ser una mentira. Comprendeis vos la cosa, Clara? El conocer que hacia mal tiempo mañana y querer obligarnos á salir temprano, porque mas tarde hacia lluvia y perdía su dinero.

—Yo creerlo tambien.

—Estos hombres ser todos remarcablemente ladrones!

—Todos. Ordenarle vuestra voluntad; él ser bien atrapado!

Milord al guía: Mi amigo, yo distinguir perfectamente vuestra estratagemá! Yo no querer partir que cuando el cielo no tener ya mas nubes que sobre este plato... Entendeis?

—Entiendo, entiendo; pero es una tontería. Mirad, dejadme que os traiga á Pedro. Con sus dos cerdos que le ha costado eso!...

—Yo prohibir á vos de traer cerdos...

—Es para hacer ver á V...

—Yo prohibir á vos!

—Como queráis.

—Yo prohibir, diablo!

El guía salió, y de este modo no pude, contra mi costumbre, decir desde la víspera la hora de partida. Empecé á creer al guía sincero en sus aserciones; pero no teniendo voz ni voto, me tuve que contentar con asociar mi destino al de Milord, y en esta resolucion me marché á acostar.

Los guías tienen sus ideas. A pesar de las órdenes que habia recibido, este empezó á meter ruido al amanecer para despertar á Milord y obligarle á marchar. Milord, herido ya en sus mas íntimas susceptibilidades por el modo estrepitoso que tenia el cazador de despertar á su gente, saltó de la cama, vino á asomarse á la ventana, y viendo el cielo todo cubierto de nubes, no pudo contener su viva indignacion:

Si vos ser uno mentiroso, señor! uno mentiroso! decía al guía detrás de su puerta; yo conocer vuestra estratagemá! yo conocer!... Y declaro aun una vez que no partir si haber una sola única nube en toda la circunferencia del firmamento! Marchaos! pronto, pronto!...

El guía se marchó gruñendo, pero sin comprender demasiado el motivo de tan brusca acogida. Por lo demás, no tardaron en realizarse sus predicciones meteorológicas. Desde las ocho el sol atravesó el pabellón de nubes que hasta entonces se habia estendido sobre el valle, y disipando bien pronto aquellos ligeros vapores, se le vió brillar en un cielo perfectamente puro. Entonces fué solamente cuando decidiéndose á marchar Milord y su hija, montaron en dos mulas, que ensilladas y embriadas estaban aguardando hacia mas de dos horas delante de la posada en compañía del guía. Otra mula llevaba su maleta á Sixt por un camino mas corto y fácil. Como unos veinte minutos despues de su marcha, me cargué á la espalda mi pequeña mochila, y paré á pié en seguimiento suyo.

La montaña que pasábamos es pintoresca é interesante. Hasta la mitad son cumbres magníficamente pobladas; hay nogales, hayas y abetos; luego abedules, cuyo trémulo follaje cubren troncos esbeltos y plateados; finalmente, las rocas de Fiz. Estas rocas, que se dirigen hacia las nubes, son mas elevadas y mas amenazadoras, á medida que se aproxima uno á ellas, y formando una vasta cadena que va por el lado de Sallanche, donde se termina por la majestuosa aguja de Wurens. Estas rocas estan carcomidas y minadas por las aguas; y han formado, por hundimientos sucesivos, de los que el mas reciente tuvo lugar en el siglo pasado, esas cumbres, hoy pobladas y sembradas de risueños pastos, pero que encubren cuerpos de hombres, cabañas y pueblos enteros. De cuando en cuando algunos cazadores atrevidos han escalado los Fiz, y dicen que en esta áspera cumbre se encuentra un lago sombrío y profundo, del que se cuentan en la comarca cosas maravillosas.

El último lugar que se pasa, subiendo de Servoz, es la aldea de Mosit. Admirado de la destruccion que reinaba en esta pequeña aldea, en que no veia ni habitantes ni animales, hice alto junto á una fuente; pero no pareció nadie á quien poder preguntar la causa de una soledad tan profunda. Si hubiese podido, un triste desencantamiento hubiera acompañado mi curiosidad satisfecha; en efecto, al día siguiente, al entrar en Bouneville, nuestro cochero me indicaba con el dedo la prision que encerraba todos los desgraciados habitantes de aquella aldea.

Es una historia funesta. Esta aldea, como las demás del valle, tenía su parte de bienes y virtudes; como en las otras, el trabajo y la sencillez de costumbres hacian reinar allí el orden y una módica comodidad, sucediéndose las generaciones, oscuras, sí, pero unidas y apacibles. Sin embargo, cuando al fin de las guerras del imperio volvieron algunos á sus hogares, llevaron allí hábitos de ociosidad y de borrachera; hicieron ver allí cómo se despreciaba en otras partes la Iglesia, y cómo se burlaban de los curas; dijeron que los saboyanos son muy estimados en París, y que en pocos años, por servicios nada

—Pues bien! la bestia es segura, marcharé detrás...

Clara: Oh! oh! no dejar la mula!

Milord: No dejar! *ohé! sohat fellow we have there!* Yo prohibir á vos de fumar; y si fumáis, yo rehusar absolutamente de pagar á vos! —Está bien eso!... vale mas llevar las bestias á la feria! dijo el guía, metiéndose la pipa en el bolsillo. Vamos, adelante! añadió. El tiempo se enreda y hay que pasar las nieves.

Efectivamente se habia vuelto á cargar enteramente de nubes; no se veian las cimas, y el viento, ya mas violento, hacia arremolinar el polvo de las ramblas. Hacia ya tres horas que subíamos, y sin embargo aun parecia lejos lo alto del desfiladero. Desde que llegamos por bajo de las rocas del Fiz, al mismo tiempo que dejábamos atrás las últimas huellas de vegetacion, estas mismas rocas que empezábamos á volver nos quitaban la vista del valle de Servoz. La escena habia cambiado enteramente: á la izquierda rocas verticales; á la derecha las bases de Buet cubiertas de hielo y de piedras, y alrededor de nosotros una comarca desierta y triste, cuyo aspecto solo variaba por las planchas blancas de nieve que se veian á cada instante mas numerosas para ser bien pronto continuas.

Milord á Clara: Yo tener las suspencion de que este tuno no conocer el true camino!

—Yo tambien, respondió Clara con un aire de inquietud.

Milord: Vos llevar á nos en un mal camino, guía?

—Aquí no hay por qué quejarse. Aguardad á que esteis arriba. Adelante, adelante!

Clara á Milord: Oh! yo temer mucho, padre mio!

—Adelante, adelante! No me habeis querid crear ayer; ahora veremos cómo salimos de aquí.

—Yo querer volver! volver absolutamente! exclamó la jóven Miss muy asustada.

—Imp-sible, señorita! Pero seguramente nos valdría mas estar á estas horas del otro lado.

—Detened la mula, guía! detened! dijo Milord.

Muy preocupado el guía, no hizo caso de este mandato.

—Parad! repitió la jóven Miss.

—Parad! repitió Milord; pronto, pronto!

El guía sin detenerse y sin responder, miraba atentamente al cielo detrás de nosotros.

—Malo! dijo.

En seguida deteniendo bruscamente las mulas:

—Señor, señorita, es preciso bajar.

—Bajar! exclamaron los dos á la vez.

—Y pronto! Volver es imposible. Hé aquí la tormenta que viene tras de nosotros; el viento la trae á buen paso. No tenemos mas que una suerte y es que no nos atrape. El desfiladero está lejos aun; si le queremos pasar, perecemos antes de llegar á él. Es preciso saltar este tramo á la izquierda, pues se acorta; pasando este ya estamos fuera del viento. Abajo! las mulas hallarán su camino. Abajo pues!

La sangre fria de este hombre impuso á Milord, al mismo tiempo que sus palabras le causaban una grande inquietud. Bajó sin decir un palabra. Entonces me acerqué yo. La jóven Miss estaba temblando. Sin pedir permiso la ayudé á bajar de su cabalgadura, dirigiéndola algunas palabras consoladoras.

Cuando su padre vió sus delicados piés sumergirse profundamente en la nieve, se pintó en su rostro un movimiento de espanto.

—Guía, dije al momento al hombre que enganchaba á toda prisa los estribos á la silla de las mulas, á vos os toca sacarnos de aquí. Me han hablado de vuestro valor y vuestra fuerza; sois Felisaz, el mas hábil cazador del valle; confiamos en vos.

Volviéndome en seguida á Milord, le dije:

—No tengais miedo, señor; yo tambien soy fuerte y acostumbrado á las montañas. Entre este buen hombre y yo sostendremos á la señorita, si llegase á rendirse bajo el exceso de la fatiga.

—Reconocido; me respondió distraído por tan viva emocion.

Aunque menos turbado que el inglés, no estaba menos inquieto. La relacion del pastor, que apenas habia escuchado la víspera, se presentaba á mi imaginacion y me hacia juzgar muy peligrosa nuestra situacion. Aquel hombre me contó con todos sus detalles, las circunstancias que habian acompañado la muerte del jóven inglés y la de la muger de Pedro, pareciéndome verlos presentarse todos con una espantosa verdad. La desgraciada al llegar cerca de la cumbre con su compañía, la habian faltado las fuerzas para huir, y al cabo de algun tiempo pereció envuelta por la tormenta, que es un viento que precipitándose en las fragosidad-s de estas estrechas gargantas, forma torbellinos violentos, separando enormes masas de nieve, bajo las que permanecen sepultados todos los objetos sobre los que estiene sus furioses. Ahora bien, elevándose este torbellino detrás de nosotros, como si saliera del fondo del valle, parecia deber alcanzarnos dentro de pocos momentos. Así que el guía lo hubo apercibido, y antes que nosotros pudiésemos sospechar el peligro, no le habia él perdido de vista, midiendo con sagacidad su distancia, presagiando su direccion, y juzgando con un golpe de vista tan seguro como pronto, que era pre-

duros, recogen una gran cantidad de dinero; de suerte que muchos, se lucidos, se espatriaron para volver al cabo de algunos años. Llevaban una gran cantidad, pero al mismo tiempo, vicios desconocidos, un vergonzoso libertinaje, y el conocimiento y la necesidad del desorden. Ya antes habian preparado el suelo el desden de las máximas antiguas, el desprecio de los usos sencillos y de las prácticas religiosas; así que, germinó allí la corrupcion, echó raíces, se estendió y penetró hasta el fondo de todos aquellos hogares; la intemperancia, las enfermedades y la miseria corroyeron como otras tantas úlceras aquellas familias, en otro tiempo sanas y arregladas, y al cabo de pocos años aquella pequeña sociedad, arruinada por el abandono de los hábitos de orden y de labor, y unida solamente por los lazos del vicio y la necesidad, formó un abominable complot contra la propiedad de los comunes vecinos. Se apropiaban las bestias; disputaban los títulos y pretendian terrenos, hasta que, llevados ante la justicia, ganaban su causa por medio de falsos testimonios, á lo que se habian obligado todos solidariamente por un execrable juramento. Por fin, se puso término á estos crímenes: los padres y las madres fueron encerrados en calabozos, y sus hijos, huérfanos, ajados y dispersos, tenían que comer el pan amargo de la limosna alrededor de las cabañas ó en las calles de las ciudades.

Felizmente no sabia yo estas cosas. Sentado junto á la fuente, admiraba sus aguas cristalinas y los brillantes musgos; me figuraba que las buenas gentes que no veia sobre el pórtico de las casas ó alrededor de los establos, estaban trabajando en la selva, ó haciendo pacer lejos sus numerosos ganados. ¡Cómo imaginarse en estos sitios apartados y bajo tan agradables sombras, una poblacion devorada por esas plagas que corren al pueblo de las grandes ciudades! ¡Cómo renunciar en el seno de los Alpes, á ese encanto de inocencia que se viene á buscar aquí como en un asilo inviolable! Y sin embargo, muchas veces, decaída ya, renace la ilusión sin cesar, porque para nosotros que vivimos en las ciudades, nos conmueve esa vasta naturaleza; el silencio de las montañas nos habla, nuestro corazon se eleva, se purga, parece volver á tomar su primitiva inocencia, y bien pronto, no concibiendo ya el mal, los vicios ni las abyectas pasiones, va prestando á todo ese encanto que la embriaga.

Yo sentí ese encanto en toda su pureza, y aun mas á medida que me elevaba. Sin embargo, á eso de las once se cernian algunas nubes por cima de las profundas gargantas; el Mont-Blanc tenia ese aspecto mate que deja dibujarse los picos negros de las rocas sobre una blancura apagada, y ya soplaban un viento Sud algo frio. Me puse á pensar en las predicciones del guía, pero solamente para reirme del buen Milord, que á fin de no caer en un lazo imaginario, se habia tendido á sí mismo uno muy real. Cuando el soto era menos espeso y la pendiente mas escarpada, veia de cuando en cuando las dos mulas por cima de mi cabeza. Milord y su hija marchaban sin decir una palabra, cuando el guía que conducia de la mano la mula de la jóven Miss, habiéndose detenido para mostrarles alguna cosa, se siguió una especie de altercado.

Es preciso saber que los guías, al llegar á este sitio, enseñan al viajero una mancha de color ferruginoso que se ve á una gran distancia sobre la pared de Fiz. Llaman á esta mancha *el hombre de Fiz*, porque pretenden que tiene la forma y el aspecto de unos calzones amarillos, mientras que las demás apariencias de alrededor completan, segun ellos, la figura del gigante. Esta curiosidad era la que el guía indicaba con el dedo á la jóven Miss, y para mostrarla el hombre la enseñaba los calzones. Ya se sabe lo poco conveniente que es esta palabra á los oídos ingleses; así que, se pintó una espresion de recato en el rostro de la jóven, mientras que Milord dejaba ver en el suyo señales de la mas cómica indignacion.

—Aquí arriba, á la izquierda, repelia el guía, ¿unos calzones amarillos?

—¡Yo prohibir á vos, guía, de decir esa palabra!

—Es que no la ve V. Mirad justamente el extremo de mi palo... unos calzones amarillos...

Aquí redobló la jóven Miss su púdico malestar; y Milord, incomodado por esta reincidencia, dijo:

—¡Sois uno puerco, señor! yo haber dicho á vos de no pronunciar esa sucia palabra! Yo pagaros y vos tener obediencia!

A su hija: Picad la mula, Clara.

La caravana siguió su camino. El guía, simple cazador de gamuzas, guía solamente por casualidad, y no enterado, como lo estan los de Chamounix, de los usos y costumbres, comprendia cada vez menos con quién se las habia. Pero al fin, cuidando solamente de su salario, no insistió, y poniéndose en la boca una enorme pipa bien llena de tabaco que sacó de su bolsillo, se puso á encender lumbré...

Clara á Milord: Oh! el detestabel perfume, si este hombre querer fumar su pipa!

Milord á Clara: ¡Yo no haber conocido un hombre tan intolerabel!

Al guía: Yo prohibir á vos de fumar, porque mi hija temer el perfume.

—No es perfume, es buen tabaco, y muy bueno!

—Es uno perfume malo: yo prohibir á vos!

ciso, para no perecer, escalar cuanto antes la pendiente que acababa de mostrarnos.

Apenas libres las mulas, escaparon con ligereza, con la cabeza alzada y las narices abiertas. Guiadas por su instinto, dejaron el sendero por el que habíamos venido, y echándose á la izquierda para alejarse de la manga, se metieron en una oscura garganta, donde bien pronto as perdimos de vista.

—Adelante! Vamos! Gritaba sin cesar el guía.

Pero la cuesta era tan rápida, que á no ser por la nieve que se nos amontonaba en los pies, hubiera sido imposible el tenerse de pié aun al mas hábil cazador. A pesar de esta circunstancia favorable, apenas adelantábamos nada, turbados mas bien que sostenidos por los mandatos apremiantes del guía. Comprimiendo la joven Miss su terror para no aumentar el espanto que parecia encadenar á su padre, hacia esfuerzos inauditos para subir; pero sus fuerzas se iban consumiendo, y despues de haber manifestado, por una reserva natural, algun embarazo al aceptar mi mano, llegó á colgarse de mi brazo y á dejarme frecuentemente el cuidado de sostenerla y de llevarla casi. Estenuado yo mismo y creyéndome á cada instante llegado al último término de mis fuerzas, reanimaba mi valor el gran peligro que corría la joven señorita, y aun hice un esfuerzo. Al fin llegó ella al extremo de la cuesta, en donde la dejamos para ir á socorrer á su padre.

Una circunstancia singular habia aumentado la angustia de aquel pobre señor. Mientras procuraba disminuir la rapidez de la cuesta dando rodeos, habia ido á parar á un pedazo de roca oculto bajo la nieve, y como sucede algunas veces, puesto en equilibrio. El peso del cuerpo habia hecho vacilar un poco esta enorme masa, siendo el terror de Milord tan repentino y tan vivo, que, incapaz de sobreponerse, se dejó caer sobre sus trémulas rodillas con el rostro pálido y descompuesto. Su hija, que desde lo alto del desfiladero acababa de apercibirle en este estado, daba gritos de desesperacion, y nosotros mismos no sabíamos qué resolver.

—Dejadme, nos dijo él, y salvad á mi hija!

Entonces repuso el guía:

—Animo, buen señor! eso no es nada.

Y dirigiéndose á mí:

—Llévemosle. Reunimos nuestros esfuerzos, y con gran trabajo llegamos á la cumbre.

Habia sobre esta cumbre un espacio de algunos pies, que azotado sin cesar por el viento, se hallaba despojado de nieve, y allí es donde nos hallábamos reunidos los cuatro. La tormenta se iba siempre aproximando.

—No hay que vegetar aquí, dijo el guía Yo cogeré al señor, que es el mas pesado, y vos á la señorita. No tenemos mas que bajar, pero por cima de veinte pies de nieve. Dirijan VV. sus pasos por donde yo vaya, y no olvidéis esto, pues es para evitar los agujeros que hay alrededor de las rocas. Animo, mi buen señor! ánimo, señor! ánimo, señorita! Esto no es nada! Aquí tengo con qué reanimaros....

Y diciendo esto sacó el guía de su bolsillo una bota vieja de cuero que contenia aun algunas gotas de un mal aguardiente del país.

—En la guerra como en la guerra, dijo: y al mismo tiempo presentaba la botella á los labios de la joven Miss, que probó el licor y le devolvió la calabaza con una sonrisa de reconocimiento. El guía hizo beber en seguida á Milord, y despues me la pasó á mí. Era muy ligera:

—A vos os toca, guía, le dije.

—Bebed solo vos, repuso, disponiéndose á marchar, pues apenas encontrareis nada.

Mirando en seguida por cima de su cabeza:

—En marcha! gritó de repente y como sorprendido al ver el estado del cielo.

En efecto, la manga, semejante á una inmensa columna, avanzaba oblicuamente, y desplomándose ya su parte superior sobre el sitio en que estábamos, nos ocultaba las cimas de Fiz á la izquierda.

Aquel poco de licor habia reanimado algo nuestras fuerzas: así es que empezamos á bajar. Pero desde los primeros pasos se presentaron obstáculos insuperables.

Abrigada en este lado la nieve contra el viento frio que reinaba por el otro, se habia ablandado y nos metíamos hasta la cintura. Adhiriéndose á sus piernas los vestidos de la joven Miss, enteramente mojados por el contacto de la nieve, la helaban de frio, estorbando además sus movimientos. A cada momento se tenia que detener, sin que yo pudiera aliviarla en nada, atendida la naturaleza del obstáculo. El guía se apercibió de ello y apostrofándose á sí mismo:

—Qué bestia soy! decía... Arriba es donde debia haber hablado. Par diez! Es preciso que la señorita haga como las mugeres del país unos calzones de sus sayas!...

La situación habia ya cambiado hacia algunas horas. Así es que la joven inglesa, no sin embarazo en verdad, pero esta vez sin falso recato, puso manos á la obra, y llevando atrás la estremidad anterior de su vestido, la fijó allí con un alfiler, haciéndose así una especie de pantalon suelto, que la permitió andar algo con mas comodidad.

Por lo que hace á Milord, preocupado enteramente con el cuidado de su hija:

—Reconocido! me decia á cada paso, reconocido! Dios mio! Dios mio! Guía, falta mucho como esto?

—Mirad, le contestó el guía, ya estamos en salvo; pero mirad por dónde debíamos haber pasado.

A estas palabras del guía nos separamos unos de otros como por un comun movimiento, y dirigiendo nuestra vista por este lado nos miramos en silencio. La manga se habia estrellado allí con un fracaso espantoso. Inmensos rastros de nieve cayendo sobre las rocas saltaban por el aire, y apoderándose el viento de estos trozos estraviados, los hacia chocar unos contra otros, de suerte que se veia como una vasta nube repentinamente desgarrada por todos los vientos desencadenados. Al ver Milord estos horrores, creyendo apenas su hija libre de la mas espantosa muerte, se volvió hácia ella penetrado de una emocion profunda, y como para oprimirla en sus brazos... pero comovida y sobrecogida por el frio, esta joven acababa de perder el conocimiento.

Al punto me despojé de mi vestido, con el que cubrí á aquella joven señorita, levantándola despues en mis brazos, mientras que su padre sacaba de mi mochila algunos trapos, con los que rodeamos sus pies y piernas helados. Entonces abrió los ojos y se sonrojó al verse en mis brazos.

—Esto va ya mejor, dije á Milord; volved á tomar el brazo del guía, y marchemos. Yo llevaré á la señorita hasta que estemos en mejor sitio.

En este momento la joven Miss dijo con una voz débil:

—Gracias, caballero... Marchad, padre mio, os lo suplico.

Y pasando su brazo alrededor de mi cuello, se contenia ella para hacerme menos pesada su persona.

—Puesto que es así, dijo el guía, tiraremos hácia la derecha, pues conozco una barraca.

Efectivamente, al cabo de veinte minutos este buen hombre nos encontró una mala quesería, cuya chimenea era la única que atravesaba la espesa capa de nieve bajo la que estaba enterrada. Estas cabañas son muy bajas; el guía quitó la nieve, hizo un agujero en el techo, bajó el primero, tomó á la joven de mis brazos en los suyos, y bien pronto nos metimos todos en aquella habitacion, cuyas paredes eran vigas negras y ahumadas, y el suelo un terreno húmedo, cuya naturaleza indicaba bastante la residencia que habian hecho allí los ganados el verano anterior.

Sin esta miserable cabaña, que nos fué tan preciosa, es difícil ver lo que hubiera sido de nuestra joven compañera. A la tormenta, que habia estallado antes de alcanzarnos, habia sucedido una lluvia fria, mezclada de nieve, cuyas gotas picaban el rostro, incomodaban á la vista, y limitaban nuestro horizonte á algunos pasos, de tal modo, que el mismo guía no tenia otro indicio para conducirnos que la cuesta de la montaña; estos eran los restos de la tempestad que pasaba por cima de nuestras cabezas. Por otra parte, aunque la joven Miss era ligera, me hubiera sido absolutamente imposible llevarla mas lejos, y por su parte el guía no podia sucederme en mi oficio sin abandonar la conducta de nuestra pequeña caravana en medio de un camino cuyas dificultades y peligros reclamaban toda su atencion y toda la libertad de sus movimientos. Así lo habia presentado este buen hombre antes que nosotros, cuando dijo bruscamente:

—Conozco una barraca!

Luego que hubimos entrado, desvencijó la puerta, la levantó sobre sus goznes, é inclinándola despues convenientemente y de modo que nos presentase el lado menos húmedo, estendí por cima todo lo que contenia mi mochila, y pusimos allí á la joven Miss. Silencioso Milord, pero presa de una fuerte agitacion interior, sostenia con uno de sus brazos la cabeza de su hija, para que no descansase sobre la madera, y con el otro echaba sobre su cuerpo helado todos los vestidos secos que nos quedaban.

Mientras tanto Felisaz habia escogido entre las tablas interiores del techo, el pequeño número de las que aun no habia alcanzado el deshielo de la primavera, y poniéndolas amontonadas sobre algun poco de paja recogida una á una entre las vigas de la quesería, sacó las yescas de su bolsillo y se puso á decir mirando á Milord:

—No temais, que no es para mi pipa esta vez!

A estas palabras, que para el pobre cazador encerraban una cruel reconvenccion, penetrando un rayo de vivo pesar hasta el corazon del inglés, hizo asomar el rubor á sus mejillas. Su boca permaneció muda, pero su mirada espresaba la vergüenza, siempre chocante en un hombre de edad, y pude leer en él que no se perdonaba el haber sido duro hácia aquel hombre á quien se veia ahora deudor de los dias de su hija.

Ya chisporroteaba la llama en el hogar: así es que nos acercamos. A este dulce calor pareció la joven Miss volver á la vida, reapareciendo los colores sobre su hermoso rostro; poco á poco sus miembros, ya menos helados, la permitian movimientos mas fáciles, y sus primeras palabras, llenas de reconocimiento por nuestros cuidados, la daban un aire de gracia encantadora, aun cuando ya su belleza brillaba extraordinariamente en medio de aquella negra morada y á la clara llama del benéfico hogar. Por lo que hace á Milord, asegurado ya de la salvacion

de su hija, pasaba en aquel momento de la mas viva angustia á la emocion de la mayor alegría, y las lágrimas corrían por su rostro antes que hubiese podido aun pronunciar una sola palabra. De cuando en cuando, dejando la mano de su hija, apretaba la mia y la del guía, y este hombre le respondia con sencillez:

—Ya os decia yo, mi buen señor, que esto no era nada. No: correr grandes peligros, ver durante dos horas próximos y casi presentes los golpes de la muerte, no es comprar á demasiado precio esos momentos sin igual en que la esperanza renace al salir de la angustia, en que la felicidad reaparece repentinamente en toda su ardiente vivacidad, en que el gozo del corazon se desborda, se esparce por fuera, y se confunde en la alegría de todos y de cada uno. Fácilmente olvidaré algunas alegrías locas y algunos risueños placeres que he tenido en el curso de mi vida; pero nunca mi corazon perderá el recuerdo de esta hora pasada con tres estranjeros en una quesería ahumada, en medio de las nieves y del ruido de la tempestad.

Siempre activo y previsor el guía, habia fabricado junto al fuego una especie de tendadero donde colgó nuestros vestidos; los de la joven Miss se habian secado sobre ella misma, y vuelta ya en sí, aseguraba poder partir. Un rayo de sol que asomó en aquel instante por el agujero que habíamos hecho en el techo, y que Felisaz habia agrandado para conservar nuestro fuego, acabó de darnos la seguridad.

—Señal de frio, dijo el guía; la nieve se mantendrá. Es igual; mis zapatos no estarán demás sobre las piedras!

Designaba así una especie de chanclos de madera que acababa de cortar con su cuchillo para la joven Miss, cuyo delicado calzado, ya muy estropeado, no estaba en estado de resistir ni á la humedad de las nieves ni á la aspereza del sendero. Mientras acabábamos nuestros preparativos de marcha, se puso el mismo á ponérselos, y bien pronto dejamos la quesería despues de haber apagado el fuego con la nieve.

La tarde era hermosa; ¡pero qué brillo tan seductor le daban á nuestros ojos las horas que acababan de pasarse! ¡Cuán conforme estaba el dulce esplendor de la tarde con esa serenidad que sucedia en nuestras almas á tan siniestras agitaciones! Marchábamos juntos, dichosos por no temer ya nada, y unidos aun sin embargo por el reciente recuerdo de un peligro comun y de un comun desinterés. La joven Miss iba apoyada en mi brazo, pues así lo habia querido su padre, cuando por discrecion lo rehusó ella: para él era esto un respeto que se me debia, y para mí una cosa á la que daba yo tanto valor, como secreto placer encontraba en ello. Al cabo de tres cuartos de hora nos hallamos fuera de las nieves.

—Ahora, exclamó Milord con trasporte, yo ser feliz, mucho feliz! y dar yo gracias á Dios!

Dirigiéndose en seguida á mí:

—Vos ser mi amigo, señor, y no tener otra cosa que decir á á vos!... Vos el guía pedidme y obtener todo de mi gratitud y de mi afecto. Vos ser un excelente y un digno hombre! Yo haberos juzgado mal ayer y tener una gran remordimiento!... Fumad la pipa, amigo mio, para contentar á mí!

—Eso no vale nada! respondió Felisaz; y al punto se puso á la obra.

El resto de la bajada fué fácil, y llegamos á Sixt antes de anochecer. Allí el inglés y la joven Miss encontraron su maleta, y pudieron al fin mudarse de traje. Exigieron que cenase con ellos, cediendo en esto mas al movimiento de su corazon que á la extrema fatiga que debia hacerles necesitar tan gran reposo. Al fin de la cena llamaron al guía, y Milord echó un brindis en su honor, y al mismo tiempo que le deslizó en la mano algunas piezas de oro, supo atestiguarle que hay servicios que se pagan menos con dinero que con la estimacion y un afectuoso reconocimiento. Al dia siguiente nos separamos. La jornada me pareció larga y el camino ingrato. Qué mas diré? Habia llevado en mis brazos á la joven Miss; durante algunos instantes su vida, sus gracias y su belleza habian sido objeto de mi viva y tierna solicitud, no necesitándose mas para que bastantes dias aun hallase ingratos todos los sitios en que ella no estaba.

ELISA Y WIDMER.

Algunas veces suelo ir al cementerio, que es un lugar que me conmueve mas que me entristece. A medida que adelanto en edad, me parece que los lazos que me unen á los vivos van desatándose, y formándose otros en secreto que me arrastran hácia los muertos, esa sociedad futura á la que bien pronto estoy para bajar.

En nuestras ciudades protestantes hay una hora, el domingo, en que las calles estan tranquilas, las habitaciones desiertas: un silencio santo parece reinar en la ciudad. Mientras que las familias se esplayan

en el campo buscando el sol y el placer, algunos fieles, personas de edad y achacosas, y que agobiadas por algun infortunio huyen del ruido y del tropel, sentadas en la sombra del atrio, escuchan los oficios ó cantan salmos al Señor. Frecuentemente entro en alguno de estos templos para gustar la frescura de sus bóvedas, para escuchar el eco misterioso de la voz que habla, para dejarme conmovido por los preludios del órgano, y una vez conmovido, unirme al santo concierto. Yo soy á quien se ve allí arriba, solo, en aquella galeria desierta; soy conocido del sacristan, quien me tiene por un hombre singular, de ideas no enteramente sanas.

Mas frecuentemente á estas horas yo no sé qué tristeza me arroja fuera de mi casa y me lleva al campo. Dejo la sombra de las calles, llevo bajo la bóveda del cielo: pero me desagrada la multitud; esos vestidos de fiesta me chocan; el ruido y el polvo me entristecen, y vuelvo hácia los lugares abandonados, hácia las avenidas solitarias; bien pronto mis pasos siguen aquella por donde casi no pasan mas que los muertos en su último paseo. Llego á la puerta, entro, y ando errante por las tumbas.

Aquí no es ya tristeza sino melancolía la que penetra mi corazon, algunas veces un poco amarga, y frecuentemente dulce y tierna. Piso estas yerbas, paso bajo la sombra de los sauces, miro el brillo deslumbrador de las paredes blancas que rodean esta soledad, y sin mas distracciones que estas se me van pasando rápidamente las horas. Es que mientras mis sentidos estan ocupados así, mil sueños cautivan mi corazon, se pintan en él mil figuras, y viven en él mil sentimientos; ha llegado á ser el dominio de una poesía vaga, pero profunda; siniestra, pero que conmueve. Me parece como si me meciese por cima de la vida, por cima de las edades, de los destinos; como si viese desde el cielo esas generaciones diversas que cubren la tierra que piso; despues vuelvo en mí mismo, bien pronto hollado por otros. Mi juventud se ha concluido; el placer se ha gastado ya para mí; ya no conoceré las pasiones ardientes ni las risas locas; pero mi alma tiene aun curiosidad por penetrar ese gran misterio de la muerte; la atrae por un encanto invencible, y este triste placer sobrevive á todos los demás.

Sin embargo, no es todo sombrío el recuerdo que evoca para mí esta llanura fúnebre. Recela seres, bajo cuyas alas se abrigó mi alegre niñez, y que yo he perdido demasiado pronto para que su muerte me hiciese heridas bien crueles. Mas tarde es cuando se aprende á sufrir, y aun así la vida no es mas que una lar, a niñez; seres ligeros que nada destrozan, porque á nada se han agarrado; seres felices, pero cuya felicidad no causa envidia.

Así es como yo visito sin pesar ese sitio en que reposa una anciana tia, cuyo recuerdo lejano, pero presente aun, me trasporta á la frescura risueña de mis primeros años. Achacosa, casada y encorvada por la edad y los cuidados, llegaba ya al término de su vida, cuando yo entraba lleno de indiferencia y de loca alegría. Iba á verla; sus ventanas daban al lago, cuyas aguas azules me parecían encantadoras. Desde este retiro aparecia el mundo á mi joven imaginacion como una habitacion toda decorada de azul y de riquezas, como un brillante palacio para gozar y reír, como un asilo afortunado en que volaban los pájaros, en que los animales pastaban entre las flores, y en que el hombre llevaba siempre una felicidad tranquila y pura. Hoy dia, engañado por estas ilusiones, estan sin embargo tan vivas aun en mi memoria, que sobre esta misma tumba llena de huesos y de polvo, ocultan bajo su brillante enrejado la realidad ideal de la muerte.

Pobre tia! Ignoro en qué grado era yo su sobrino; pero su acento, que resuena aun en mis oídos, me ha hecho pensar mas tarde que era alemana, parienta de mi padre á lo que creo. Ella tenia pesares: despues he participado de ellos; pero entonces el pesar no le podia yo comprender. El pesar en un universo tan risueño, en esa bella morada de fiesta! El pesar en casa de mi tia, que criaba dos canarios encantadores, que tenia un gato tan gracioso, bombones en su armario y azúcar en el cajón! El pesar! Bien veia yo señales de él en su figura, pero sin comprender el sentido ni la causa. Frecuentemente sentada en su poltrona, despues de haberme dejado entretenido en algun juego, se volvia pensativa, triste, y si se ponía á leer algunos papeles que encerraba el otro cajón, estaba seguro de ver correr lágrimas por sus mejillas.

—Tia, la decia yo, dejad esos papeles, que llorais.

—Sí, hijo mio, respondia ella; ya he concluido. Y los colocaba en el cajón; pero aun derramaba lágrimas por algun tiempo; de suerte que, afectado al ver esto, continuaba jugando, pero sin ruido, y sin comprender tampoco por qué lloraba aun mi tia. Recuerdo tiernos! Buena anciana, cuya bondad me atraia entonces, pero que despues he querido tiernamente! Sueños lejanos que el tiempo embellece, que la distancia colora, y que son el tesoro del corazon y el bálsamo de la edad madura!

Hace treinta y dos años, poco mas ó menos, que ha muerto. Creo que debí verla en sus últimos momentos, pues no dejaba de visitarla despues de algunos meses que guardaba cama. No estaba mas triste que antes, á no ser cuando le atormentaban sus dolores. Desde su antigua cama, rodeada de cortinas verdes, velaba sobre mis juegos,

me escitaba á que hablase, y sonreía á mi alegría; y cuando ya no se podía levantar, yo mismo era el encargado de servirme en el armario ó en el cajón; entonces se reía ella al ver la sagacidad de mi elección, que caía siempre sobre el mayor pedazo ó sobre el confite mas grande.

—Ya sabes escoger mejor que yo, decía ella. Aun la estoy oyendo.

De cuando en cuando leía ella en un gran libro de canto encarnado. Un confuso instinto me inducía á no interrumpirla en aquellos momentos; andaba despacio por el cuarto, y no me atrevía á incomodar al gato, que hacia la rueda sobre el marco de la ventana, y muchas veces me ponía de codos junto á ella para escuchar la cháchara de los canarios, cuyos saltos y juegos me recreaban á falta de aquellos en que hubiera querido yo mejor ser actor. Pero cuando oía cerrar el gran libro, recobraba al instante mi libertad.

Mas tarde he sabido que este gran libro era *La Biblia*. Como siempre la veía recogida durante esta lectura, y mas serena despues de concluir, me ha quedado una impresion indeleble de respeto por el mismo libro, y la convicción de los consuelos que da la religion á los que la cultivan por sí mismos en la sencillez de su corazón. Ya se ha muerto mi pobre tia; pero estoy seguro que ha sido contando con las divinas promesas, as, irando á un mundo mejor, y llevando sus obras, sus virtudes, sus pesares y e-a dulce confianza que tienen las buenas almas en un Dios reparador y benéfico que perdona las faltas y tiene en cuenta los esfuerzos. No! no me entristece esa tumba, sino la entrada que es preciso franquear para reunirme á mi tia; cuando lleven allí mis huesos, ya habrá volado hácia ella mi alma fuera del alcance del dolor y de la muerte.

Algunas veces, durante mis paseos, me detengo á considerar las inscripciones que abundan alrededor de estos cerros. Las hay que no designan de todo lo que ocultan mas que la edad y el nombre. ¡Cosa singular é interesante! El nombre, ignoro por qué, á no ser porque preste involuntariamente este nombre rasgos mas ó menos amables, y deduciendo de estos rasgos cualidades del corazón, circunstancias de la vida, penas ó goces, riquezas ó miseria, ya este desconocido atrae mejor mi simpatía que si ignorase hasta el nombre que llevó. Pero la edad habla mejor aun. La edad sobre una tumba tiene un lenguaje elocuente: dice si este mortal fué sacado de en medio de los placeres, cogido en la embriaguez de su juventud, arrancado de los brazos de una madre ó de una amante; ó si llegando ya á los límites de una larga vida, teniendo el corazón apagado, y siendo un peso inútil, no hizo mas que pasar de un entorpecimiento cado al sueño del sepulcro.

Entre estos mármoles hay uno que me interesó desde mis primeras visitas á este lugar, y lo que es mas aun, antes que comprendiese el sentido de las líneas grabadas en él, pues estan escritas en alemán. Es verdad que habiendo aprendido en mi infancia algunas palabras de esta lengua, pude descifrar la primera línea: era esta un pensamiento de una extrema sencillez, pero que tomaba del lugar en que la leía y de la disposición en que yo mismo me encontraba, un rasgo melancólico que no le hubiera hallado en otra parte. Hé aquí el verso:

Das leben gleicht der Frühlings blüme...

«La vida es como la flor de la primavera.» ¡Es bien cierto, bien tristemente cierto! decía yo para mí; y reuniendo estas palabras con diversos emblemas esculpidos en el márgen de la inscripción, llegaba á pintarme bajo la imagen de esta flor, yo no sé qué amable jóven marchitándose en medio de los obsequios, inclinándose hácia el suelo, y llevando allí sus frios despojos, cuando un nombre propio que pude leer en los siguientes versos, fijó estas suposiciones. Era un nombre de muger, Elisa. Al momento me interesó este nombre, me le imaginé con facciones, me asocié á los que lloraban este ser amable, y ya mi corazón se mecía con emociones dulces y compasivas junto á esta fria losa, como si estuviese rodeado de afligidos y de amigos. Pero ya era tarde: el sol, que estaba para ponerse, no doraba mas que la cresta de los cerros: los cipreses proyectaban á lo lejos largas sombras, y la puerta del cercado se cerraba al anochecer: así es que me levanté para salir. Me costaba sin embargo trabajo el separarme bruscamente de esta tumba; para llevarme alguna cosa, copié las estrofas que se leían allí, y volví dulcemente á mi casa saboreando la tristeza del único verso que habia comprendido. Luego que estuve en mi casa, encendí una luz é intenté descubrir con ayuda de un diccionario el sentido de los demás. Tuve mucho trabajo para conseguirlo; sin embargo quise mejor no comprenderlos sino imperfectamente, que ir á profanar, acudiendo á alguna persona indiferente, el encanto secreto que hallaba en este misterio.

A medida que penetraba el sentido de las estrofas, me interesaba cada vez mas Elisa. Bien pronto la supe de memoria, siendo para mí una música agradable el repetir las, á pesar del obstáculo que me oponía la pronunciación de un idioma extranjero. Quise hacer mas, quise traducirlas; pero desde las primeras palabras desanimado por la dificultad y sobre todo por la alteración que sufrirían al pasar á nuestro idioma los rasgos sencillos y tiernos del original, abandoné este proyecto, contentándome con fiar á mi memoria los versos siguientes:

*Das leben gleicht der Frühlings blüme
Sie gehet anf, und welk'et ab.
Elisa liegt mit stillem Ruhme,
O weint um sie! im frühen Grab.
Sie stand verpflangt anf unsier Erde
Und blühte nicht am rechten Ort,
Dawirt sie ganz yum Engel werde
Nahm Gott sie wey;—sie blühet dort.*

Algun tiempo despues volví al cementerio sin otro fin que el de pasearme allí, segun mi costumbre, en mis horas de ocio. El tiempo estaba triste; las rocas de San Juan, parduscas y tristes, se dibujaban sobre un cielo nebuloso, y un viento borrascoso hacia plegar las yerbas de la llanura. Parecía que un viento desolador pasaba sobre estos sepulcros, y queria penetrar hasta la última morada de los muertos. Así que hube entrado, corrió hácia mí un perrito y me colmó de caricias. Me senté para devolvérselas; pero poco despues me dejó como disgustado de lo que esperaba, y se alejó. Entonces fué cuando, siguiéndole con la vista, apercibí un hombre á la otra estremidad de la llanura, y me dirigí hácia él.

Era un sepulturero que estaba esperando apoyado en su paleta.

—Es de V. este lindo perro? le dije.

—No, es del que está en este hoyo. Le hemos enterrado ayer, y es preciso que el perro no se haya movido, pues ahí le he encontrado esta mañana... No es el primero! añadió.

Mientras hablaba este hombre, me acerqué al perro, conmovido con la mayor ternura hácia este animal. Estaba agachado junto á la tumba; el movimiento de su cola me acogía, pero su mirada sin alegría expresaba ese dolor resignado, tan chocante entre los animales que son susceptibles de sentido. A medida que le colmaba de caricias, parecía mas triste y mas inquieto; al fin se puso á aullar sordamente, como si los halagos de una mano estrana le hiciesen sentir mas la ausencia de su amo. Por lo que hace á mí, interpretando así el abatimiento de este fiel servidor, sentía al ver: un enternecimiento que procuraba ocultar al sepulturero.

—Esperais algun entierro? repuse al momento.

—Sí; y cuánto tarda en venir! Ya llueve. (Algunas gotas manchaban ya os sepulcros.)

—Sabeis quién es ese muerto?

—No. Seguramente es un cadáver, pero nosotros no sabemos mas que esto.

—¿No podríais decirme quién era el amo de ese perro?

—Sí, ese: porque cuando vivía, venía á vernos con su perro Oscar, como él le llamaba (el perro volvió la cabeza, meneando la cola). Pobre animal! ya no pertenece á nadie. Toma!

Y le echó un pedazo de pan duro, que el perro olió sin tocarle.

—Si ese perro no pertenece á nadie, dije al sepulturero, me alegraría encargarme de él.

—Haria V. bien seguramente. Y luego, ¿qué puede costar el mantener un animal como ese? No gran cosa. Ya me le hubiera yo llevado, si no fuera porque á nosotros no nos sobra nada.

—¿Me habeis dicho que su amo venía á veros?

—No á nosotros, pero sí á su muger, que está enterrada allá abajo.

—Era jóven?

—No; y luego se hallaba achacoso por el pesar. Un marido con o no se ve nunca. Venía á llorar allí de cuando en cuando, y luego r'o sé mas sino que su perro nos hacia compañía.

—A qué tumba iba él?

—A aquella negra que está bajo el sauce...

Era la de Elisa! En el primer momento, viniendo á chocar lo que me decía este hombre con la imagen bajo la cual se habia representado mi imaginación á aquella jóven, me hallé algo desconcertado: la realidad, como quiera que sea, no tiene nunca el prestigio que los sueños. Con todo, despues de los primeros instantes de disgusto, aquella jóven, objeto de pesares tan constantes, empezaba á chocarme mas aun, compadeciéndome de aquel hombre que habia llevado por tantos años el peso del dolor; y ese perro fiel, el único sobreviviente á esos seres infortunados, añadía á este conjunto un rasgo inesperado, que mi imaginación no habia podido coger, pero del que procuraba apoderarse con ansia.

—Es preciso, repuse, que me digais todo lo que sepais de ese señor, sepulturero.

—Ya os he dicho todo. Su nombre lo ignoro. Si es para alguna herencia, lo podreis saber en la cancellería. Un desgraciado, os digo, y no sé mas que esto; y luego algunas monedas de plata que nos daba de cuando en cuando.

—Era de la ciudad?

—Es de creer; pero en realidad no sé nada.

Mientras hablaba con este hombre, acababa de entrar en el cementerio una muger anciana vestida de luto. El perro corrió hácia ella con extraordinarias demostraciones de gozo; pero á pesar de las

instancias de aquella muger para obligarle á seguirla, volvió él á acurrucarse junto á la tumba. Por lo que hace á ella, visiblemente conmovida, parecía no querer venir á buscarle hasta allí; de suerte que, permaneciendo á alguna distancia, continuó llamándole.

—Buenos señores, nos dijo al fin, ¿podríais traérmele, que aquí tengo con qué atarle?

—Es de V.? la dije.

—Sí señor, os lo aseguro.

—Decidme dónde vivís, que yo os le llevaré.

—Aquí cerca, por bajo Champel.

—Vuestro nombre?

—Margarita.

—Preguntad por el *roble viejo*. Allí es; pero no me engañeis, buen señor. Este perro me ha sido confiado por mi amo... Y las lágrimas la cortaron la voz. Me acerqué á ella, cogí el cordel para servirme de él, y la obligué á marcharse, prometiéndola que aquel mismo dia me vería llegar á su casa con el perro.

Quando se hubo alejado aquella muger, rogué al sepulturero que me ayudase. El tuvo el perro mientras yo ataba la cuerda á mi pañuelo, con el que habia hecho una especie de collar que le rodeaba el cuello. El pobre animal dejaba obrar con una visible ansiedad; pero cuando quise llevarle los ojos de este lugar, empezó á dar gritos dolorosos, y mientras que se resistía con todas sus fuerzas, su mirada expresiva y suplicante me quitaba todo el valor. Renuncié pues á llevarle de esta manera, y habiéndole tapado los ojos con mi pañuelo, le cogí bajo el brazo y le llevé así, procurando vencer con mis caricias la resistencia que me oponía. En la puerta sobre todo me costó mucho trabajo el contenerle, mientras que pasaba delante de nosotros el entierro que esperaba el sepulturero.

Este dolor de los animales inspira suena lástima. Tan franco, tan libre de cálculo y tan puro de toda mezcla, al mismo tiempo que se espresa por signos de una sencilla energía, no admite como el nuestro palabras de consuelo: se le contempla sin podersele dulcificar. ¡Pobre perro! No podía apartarle del error que le encadenaba á esta tumba, pues al arrancarle de ella parecia hacerle violencia; y aun cuando le amase, lo tenia derecho mas que á sus quejas y murmullos.

Caminaba yo por senderos solitarios, bajo las colinas de Champel, preguntando en los cortijos dónde estaba la casa del *roble viejo*. Bien pronto la reconocí por las indicaciones que me habian dado, principalmente en un antiguo roble, cuyo espeso ramaje ocultaba una vieja portada, cubriendo casi enteramente con su vasta sombra un pequeño patio frío y silencioso. Detrás de este roble habia una casita pegada á la colina, cuya base, plantada de estacas, está coronada por cimas desnudas é inhabitadas.

Sin duda influyó en mis impresiones lo que ya sabia del dueño de este recinto; con todo, el aspecto de esta casa me chocó por su aire de tristeza y de desnudez. No reinaba en ella el desorden ni la ruina, pero no ofrecía alrededor ninguno de esos rasgos en los que se reconoce la satisfacción de la vida rústica, los gustos de un campesino que se complace en sus flores, en sus plantas, que embellece su pequeño dominio, creándose una morada á su gusto. No se veía parterre ni

corral; nada de útiles campesinos, ni de huerta, ni cerca, sino un espeso césped, y hasta la puerta de la casa ortigas, bardanas y algunas plantas silvestres que vejetaban á la sombra de aquel árbol viejo. Cuando entré, atravesaba el patio una comadreja.

Oyendo sin duda alguna cosa la buena vieja, se asomó á una ventana del primer piso.

—Ya subo, la dije, no bajeis, que aquí traigo vuestro perro.

Ella me salió al encuentro, y yo la seguí á una habitación alta, donde estaba ocupada en arreglar ropas y papeles. Al momento dejó todo por el perro, y feliz por volver á verle en su poder, me daba las gracias con lágrimas e los ojos, prodigando al mismo tiempo sus caricias al animal, que inquieto y preocupado, no respondía á ellas sino con un pequeño movimiento de cola, volviéndose á cada instante hácia la puerta, que habíamos tenido cuidado de cerrar. En seguida le presenté ella una taza de leche, que lamio con avidez.

—Estais sola aquí? dije á esta muger.

—Por ahora sí, me respondió. Tenia un amo que Dios se lo ha llevado.

—¿Pero vuestro amo no tenia parientes ó amigos?

—Parientes no, y amigos nada mas que yo, para servir á V. Antiguamente tenia su suegra; pero habiendo muerto esta, me tomó á su servicio y nos vinimos aquí. Vivía retirado aquí, y no veía á nadie; á falta de familia han acompañado el féretro mi hermano y los vecinos.

—Lo que me decís, buena muger, escita vivamente mi interés; y pues que la casualidad me ha llamado á hacereros un pequeño servicio, hacedme en cambio el gusto de contarme lo que sabeis de ese amo que llorais.

—Lloro solo por mí, buen señor, dijo ella: por lo que hace á él, la muerte le ha librado de una vida que ya no amaba. En cuanto á su historia, os diré lo que sé, aunque poca cosa. No hablaba nunca de sus pesares, y lo que he sabido de ellos ha sido por otra parte. Cuando jóven habia amado á una jóven señorita, prometiéndose ser el uno para el otro; pero no tenían bienes. Tomó un estado, trabajó con buen ánimo durante muchos años, y una vez arreglados sus

asuntos, se casó n. Yo no los he conocido en este tiempo, á no ser un dia que vi á aquella señora, muy jóven y muy pálida, que estaba mirando á esta ventana. Poco tiempo despues murió. Su mal no lo he sabido nunca. Pero desde este dia mi pobre amo ha gemido y vivido con pena... Ya hace dos años que iba decayendo, no hablándome casi nunca... Hace ocho dias... ocho dias solamente, señor, que me dijo: Margarita!... esto se concluye pronto...

La buena muger se detuvo algunos instantes para dar curso á sus lágrimas.

—Voy á librarte de mí... repuse ella, continuando su relacion. Estoy asombrado de vivir aun... y otras cosas así á propósito para partir el corazón, buen señor, y á las cuales, ¿qué podía yo decir sino llorar?... A medida que se ha sentido mas cerca de la muerte, me hablaba con mas frecuencia; dos veces me ha cogido la mano, lo que no le sucedia nunca; de modo que creia verle volver á tomar vida; pero por mas que he hecho, no ha querido ver al médico, diciendo que, á Dios gracias, habia llegado su hora; que no la habia adelantado, pero que tampoco queria retrasarla. Margarita, dijo él, mi vida ha sido



Bien pronto la reconocí por las indicaciones que me habian hecho. (ELISA Y WIDMER.)

destrozada cuando creía llegar al colmo de la felicidad... Lo que ha sido después ya lo has visto: ¿encuentras tú que se la pueda echar de menos?... Cómo pasan las horas!... Cada una me acerca al término á que aspiro... Elisa me espera... me llama... voy á unirme á ella, y esta vez para siempre!

La buena muger se detenía frecuentemente interrumpida por sus lágrimas; yo mismo, conmovido por esta relación, me dejaba enternecer; de suerte que, olvidando ambos á dos que nos hablábamos por la primera vez, esta conversación tomaba poco á poco el encanto de un confiado abandono, y veía con placer el alivio que experimentaba Margarita al hablarme de su amo.

—El viernes murió, continuó ella, á eso de las diez de la noche. Por la mañana se hallaba aun sentado en su cama... Me dijo cosas que no repetiré, pero tampoco olvidaré...

—Hablad, os lo suplico, á menos que no sea un secreto que no deba revelarse.

—No señor; pero son términos de que no era yo digna... Margarita, es preciso despedirme; ya hallarás un recuerdo mio donde yo te indiqué... pero no puedo hacerte ni decirte lo bastante para pagar tus cuidados y tu afecto... A tí debo el no haber puesto fin á mis días... Si pudiese echar de menos esta tierra, sería por tí, Margarita... pero ya nos veremos... y me abrazó.

Después de lo cual me mandó abrir un cajón de su mesa. Allí había un paquete de cartas, cuya vista le turbó mucho; de suerte que débil como estaba, no pudo hablarme en seguida, y me hacía señas de que esperase: Vé á buscar fuego, repuso; quémalas ahí delante de mí. Yo hice como me dijo.

—No habeis sabido cómo eran esas cartas?

Presumo que fuesen las que escribía á su amiga en su juventud, pues en una de ellas se leía el sobre: *A la señorita Elisa Meyer*.

—Meyer! Estais segura de ese nombre?

—Sí; además de que sé que era el nombre de familia de esa señora.

—Era del país?

—No, no era natural de aquí, pero había venido aquí con su madre...

—Habeis conocido á su madre?...

—No, pues ya había muerto cuando entré al servicio de mi amo; pero ese es su nombre, pues le he visto sobre su ropa, que heredó mi señor; y también está en este libro...

—Mi tía! exclamé. Era *La Biblia* de canto encarnado! Y al momento todas las emociones que acababa de experimentar, ligándose de repente á los recuerdos de mi infancia, permanecí por algunos instantes bajo el imperio de la sorpresa, de la turbación, y de no sé qué dulzura que encontraba yo en formar parte de la relación que acababa de oír. Aunque siento repugnancia en mezclar mi insignificante historia con la de seres tan dignos de interés, es preciso sin embargo que diga aquí algunas palabras para explicar la ignorancia en que me encontraba de los hechos relativos á mi propia familia.

En la época en que fui á casa de mi tía, había ya perdido á mi madre, siendo sin duda para suplir el cariño maternal de que me hallaba privado, por lo que esta excelente muger me llevó á su lado á pesar de sus pesares, y soportaba con tanta paciencia la petulancia de mi edad primera. Algunas veces me había hablado de una hija suya; pero no habiéndola yo visto nunca, se me borró casi enteramente de la memoria este vago recuerdo.

A poco de la muerte de mi tía entré en la adolescencia. Entregado á los juegos y á los compañeros de mi edad, tuve menos ocasión de cultivar las relaciones de familia, que mi padre en medio del desorden de sus negocios y algun desarreglo de conducta había él mismo roto, no poniendo ningun interés en hacérmelas conservar. Insensiblemente llegué á hacerme enteramente extraño á mi propia familia, cuando después de una juventud borrascosa, el acontecimiento que ha decidido del resto de mi vida, contribuyó aun mas que todo á hacerme perder la huella de los parientes que podían quedarme entonces.

El amor influye siempre mucho en nuestro destino: se apodera del corazón en el principio de la vida, le abraza, le domina y se divierte con él, como el viento con una hoja ligera. El jóven entrega sus bellos días á ese amor perdido, á ese guía ciego, y va en pos de él por senderos, cuyas entradas, siempre agradables y floridas, ocultan salidas muy distintas. Aun para los mas dichosos van marchitándose las flores, el cielo pierde su brillante azul, y prolongándose el camino, se hace mas difícil; pero hasta el último momento han tenido frutos que coger y que saborear; á la embriaguez pasajera han sucedido bienes menos brillantes, pero mas duraderos. Para los demás... ¡qué decepciones, qué amargos disgustos y qué profundos suspiros les preparan esos cortos momentos de trasportes embriagadores! ¡Cuántos avanzan por ese sendero florido hácia las orillas ingratas, hácia la desolada playa, hácia el abismo espantoso! ¡Cuántos sin haber gozado aun algunos instantes de felicidad pura, no salen de la turbación de la pasión ó de las angustias de los celos, sino para llegar á una calma sin dulzura! Desgraciados! El alma marchitada, el corazón agotado, des-

pojados antes de tiempo de ilusiones de que hubieran podido aun participar y gozar por largo tiempo!...

A estos últimos pertenezco yo. Lo mismo que una copa llena de un agradable brebaje, mi corazón se ha vertido enteramente en el primer amor, no quedando mas que una luz amarga... Así, envejecido antes de tiempo, extraño á las afecciones que embellecen la existencia de otros, á los cuidados y á los deberes que tienen para otros atractivo y valor, vegeto sobre esta tierra, poco celoso de permanecer en ella, y sin ganas de salir de ella; pues ni aquí abajo, ni arriba puedo alcanzarla. Mas digno de lástima, quizá, que ese hombre por el que lloraba pocos instantes hace, si paso días menos sombríos, no tengo como él la esperanza que alivia los dolores... mi destierro es sin término. Así busco la soledad; así voy á los lugares abandonados; sufro en el cementerio y ando errante entre las tumbas, porque aun encuentro algun sabor en esos fúnebres placeres; mi tristeza se alimenta allí, mis pesares se templan y mis recuerdos se bañan allí, sin contar ese sombrío gozo que hallan las almas desoladas en contemplar los estragos de la muerte y las plagas de la humanidad.

En una juventud entregada sin freno á sus impetuosas inclinaciones había conocido el vicio, pero no el amor; mi corazón estaba virgen aun, cuando se me apareció la que debía hacerle conocer el delirio de la mas ardiente pasión. Yo amaba, adoraba, conocía la embriaguez de los juramentos, el dulce atractivo de las promesas, la vehemencia de los trasportes... pero qué iba á hacer! Reavivar mi llaga, remover ese dardo que hay en él, hacerla sangrar aun... No; baste decir, que había tenido cuidado por mis desórdenes de cerrarme las puertas á una honesta unión; no tenía ni el rango ni las riquezas con que se componen la moral y las preocupaciones; sus parientes la alejaron de mí. Quiso ella luchar, guardar su fé;... pero demasiado débil ó poco enamorada, la hizo traición, y fué para otro. Recibí el anuncio de ello de su misma mano, y al día siguiente abandoné los lugares funestos en que me había sido arrebatada mi amante.

Hace dos años que se la ha llevado la muerte. Yo he vuelto, pero extraño á los hombres y á las cosas de mi país, sin relaciones antiguas y sin deseo de formar otras. Habiendo muerto mi padre durante mi ausencia, recogí la pequeña herencia de mi madre, y como estaba dispuesto á huir de los parientes cercanos, no tenía cuidado de informarme de aquellos cuya existencia ignoraba. Lo siento; pues si hubiese conocido al hombre cuya historia he leído sobre su tumba, hubiese hallado algun encanto en reunir mis dolores á los suyos; en ese desgraciado hubiera encontrado quizás el amigo que echo de menos, y que no puedo buscar entre aquellos que una suerte mas próspera me hace extraños.

Hice esta relación á aquella buena muger para explicarla el asombro que había experimentado á la vista del libro, y vi que la idea de encontrar un pariente de su amo sonreía á su corazón, lo mismo que á su probidad.

—Me causais mucho placer; buen señor, me dijo, pues tenía algun escrúpulo en hallarme sola aquí con los afectos de mi amo. Además, ignoro lo que es preciso hacer... Contaba ir hoy á casa del señor que le traía su dinero; pero ya es inútil, si quereis ocuparos de los asuntos de vuestro pariente.

—No tengo derecho para ello, la respondí; pero no me habeis dicho si os ha dejado alguna orden.

—Sí señor; el mismo día, luego que hube quemado las cartas, me dijo que después de su muerte hallaría en ese cajón un pliego cerrado en que estaba escrita su última voluntad. Aquí está.

—Y no le habeis abier o?

—No; no quería hacerlo sin testigos, y luego tenía poca prisa... Este pliego cerrado me causaba espanto.

—Esta dirigido á vos: ¿quereis abrirle, ó preferís que lo haga yo?

—Hacedlo, dijo ella.

Abrió el pliego, que contenía algunos papeles; pero en la cubierta había algunas líneas dirigidas á Margarita, que se las leí mientras la pobre muger estaba deshecha en lágrimas. Hélas aquí:

«Mi buena Margarita: Te confío los adjuntos papeles. Después que me hayas cerrado los ojos, lee lo que contienen, y llévalos en seguida á casa del escribano Pigalle, á quien recomiendo tus intereses en la adjunta carta que le remitirás. Deseo que descanses y que no sirvas mas.

«Adios, Margarita; cuando leas esto, tu amo será feliz. Acuérdate de él para amarle y no para llorarle.—Tu afectísimo amigo—CARLOS WIDMER.»

Los demás papeles estaban abiertos, excepto la carta del escribano. Se los leí á Margarita; el uno contenía un estado de las propiedades del difunto, y el otro sus disposiciones testamentarias. Como este último escrito puede ofrecer algun interés á los que hayan seguido hasta aquí la lectura de esta relación, pongo á continuación las dos únicas disposiciones que contenía:

«No dejando ningun heredero, lego mis bienes, cuyo detalle ya adjunto, por dos partes iguales, la una á los pobres del comun donde está mi casa, y la otra á Margarita Besson, deseando reconocer en algun modo los cuidados que me ha prestado durante veinte años.—De-

seo, sin hacer de ello una condicion, que posea y continúe habitando esta casa en que hemos vivido juntos. La lego, además de la parte anterior, toda la ropa, vajilla y muebles existentes en mi domicilio el día de mi fallecimiento.

«He heredado de mi muger y de su madre la cantidad de tres mil francos y diversos objetos detallados aquí. Ignoro si vive aun el señor Luis Lemarne, primo de mi muger, que era después de la muerte de su hermano su pariente mas cercano; á falta de él ó de otros habitantes-derechos, esta parte de mi herencia volverá por iguales partes á los herederos arriba designados.»

Yo era quien designaba así el testamento del señor Widmer. Así á cada instante, por caminos ocultos hasta ahora, me iba acercando á ese hombre desgraciado, á su jóven esposa, á mi querida tía, y por una casualidad no menos extraña, llegaba á ser el poseedor de esta *Biblia*, de esta poltrona y de esos antiguos muebles, cuya vista me hacia retroceder á través de las vicisitudes de mi vida, hasta los risueños días de mi primera edad. El libro, sobre todo, me parecía un precioso tesoro; frecuentemente le había echado de menos, había creído que me hubiera gustado leer en él como mi anciana tía, sacar á su ejemplo la calma y la serenidad, y al encontrar de una manera inesperada este amigo de la niñez, me prometía con dulzura cultivar su trato y no separarme mas de él.

A medida que se descubrian estas cosas, veía yo á Margarita mirarme por grados con un aire mas respetuoso, y perder ese abandono familiar que había dado hasta entonces algun atractivo á nuestra conversacion. Parecía como si la autoridad que su amo había tenido sobre ella hubiese pasado á mí, y que al heredar alguna parte de sus bienes había tambien heredado sus derechos á la sumision y al respeto de su fiel criada. Ella se había levantado, y habiendo arrojado calladito su silla contra la pared, estaba de pie delante de mí, y parecía aguardar que yo la dirigiese la palabra.

—Margarita, la dije, vos, la amiga del señor Widmer, os suplico ocupéis vuestro puesto y os persuadais que aquí sois el ama, menos aun por este papel que por vuestras virtudes y por vuestro carácter que os hacen digna de toda consideracion.

—La buena muger se acercó entonces, mas bien por sumision y por complacerme, que por asentimiento á las cosas que la decia; pues su corazón, mas modesto aun que rendido, era generoso por instinto y grande sin saberlo.

Al momento me ocupé de los asuntos de la herencia y de los medios de poner á Margarita en posesion de su pequeña fortuna. No me costó ningun trabajo, gracias al celo que encontré en el señor Pigalle, cuyo corazón honrado y lleno de humanidad comprendió al momento todo lo que había de sagrado en las recomendaciones del señor Widmer. Me llevó á Margarita á mi casa durante la posion de sellos; y al cabo de algunas semanas empleadas en las formalidades indispensables y en hacer una exacta division de los bienes, volví á establecerme en la casita del señor Widmer. Después de estos días de ausencia, no entró ella allí sin una viva emocion; y su dolor, renovado por la vista de estos lugares desiertos, estalló en ardientes sollozos. Insensible á la comodidad de su nueva posion, no pensaba mas que en lo pasado: lloraba amargamente á su amo, y parecía disgustarse de vivir en adelante sin servirle; de suerte que en esta digna anciana estaba viendo yo la última víctima destinada á consumirse en el pesar de una acepcion rota.

—Margarita, la dije, no os dejeis llevar de esos amargos pesares por un amo que sabeis es feliz á estas horas. Sacad fuerzas en la conciencia de lo que habeis sido para él, y respetad sus votos, que han sido que gozaseis al fin de paz y libertad en medio de una comodidad que os habeis ganado tan bien.

Recordándola mis palabras las bondades de su amo, no hacian mas que provocar abundantemente sus lágrimas. Entonces fué cuando, según la intencion que había formado durante su residencia en mi casa, la di parte de un proyecto que agradaba á mi corazón.

—Escuchadme, Margarita, repuse. No quiero sacar de aquí esos muebles que me pertenecen; antes bien deseo venir á vivir con vos y con ellos, si os gusta este proyecto...

—Ah señor! me dijo ella al punto, de esta manera quiero permanecer aquí, pero de otro modo, imposible! Tomadme á vuestro servicio; sed el amo entonces; continuaré viviendo aquí... Vos amais al señor Widmer, y así me parecerá que le sirvo aun... y que soy para él alguna cosa.

—Acepto, Margarita; pero hé aquí con qué condiciones: os pagaré el valor de mi hospedaje sin mas ni menos. En cuanto á vuestro servicio, para probaros que quiero ser vuestro amigo y no vuestro amo, le acepto de buena gana y sin ofreceros salario alguno. Soy solo; he tenido tambien mis pesares que me separan del mundo; siento el vacío de una afeccion que me consuele y me recree, y puedo hallarla mejor en vos que en ninguna otra: estos son los motivos que me hacen desear el acabar mi vida en este retiro, y unir mi existencia á la vuestra. Vos llevareis el gobierno de la casa; yo intervendré en nuestros intereses, y esta reciprocidad de servicios nos unirá aun mas el uno al otro. Hé aquí, añadí acariciando al perro, ¡vuestro amigo co-

mun, Margarita; vos no querriais cedérmele, y yo sentiria dejárosle arreglémonos pues para poseerle ambos á dos

Mis palabras agradaron visiblemente á Margarita. Desde este momento recobró mas calma, y habiendo entrado en una condicion mas análoga á sus costumbres, se ocupa en diversos cuidados que la distraian de sus pesares. El desinterés era una necesidad para este corazón amante y modesto: servir á un amo, cuidar á alguno, olvidarse por otro, era para ella el empleo y el fin de sus días; y sin ser capaz de elevarse por cima del estado de criada, ennoblecía esta humilde condicion, dándole una verdadera grandeza, mayor de la que se encuentra en la de los buenos amos.

Después de haber consagrado algunos días en estas nuevas disposiciones, vine á reunirme á Margarita, teniendo un encanto lleno de dulzura y de seguridad al entrar en esta habitacion con el proyecto de no salir ya de ella. Arreglé mi vida allí, dispuse á mi gusto los muebles de mi tía en la pieza que quería habitar, y gusté del placer, hace largo tiempo perdido para mí, de una sociedad que no espantaba mi tristeza, y de una amiga que comía en mi mesa. Algun tiempo después hicimos juntos una visita al cementerio, de donde volvimos tristes por la noche, seguidos del perro, que nos había adoptado por sus nuevos amos.

En los muebles que me habían tocado se hallaban los papeles de mi tía, y entre estos papeles cartas de su hija y del señor Widmer. Había yo esperado el recorrerlos en el primer rato que tuviera desocupado, y el recoger con ávida curiosidad lo que pudiera saber de esta Elisa tan tiernamente amada. Luego que nos hubimos establecido en nuestra habitacion, procedí á esta tarea interesante, hice el despojo de los papeles, y aunque había muchos blancos, pudo sin embargo encontrar la huella de ese afecto profundo empezado sobre la tierra, roto por la suerte, y resistiendo al tiempo para reanudarse en el cielo. Frecuentemente durante este trabajo me hice amargas reflexiones á mí mismo. No! no es la muerte la que rompiendo los nudos del amor hace sangrientas llagas en el corazón... Los juramentos violados, una felicidad que huye sin volver, y los pesares sin esperanza, hé ahí lo que lleva la muerte hasta el mismo corazón. Pues que he emprendido esta relación, quiero seguirla aun, decir lo que sé de estos dos amantes, y concluir así estas páginas, demasiado interesantes para mí. Si no me repugnase el descubrir el misterio de sus tiernos amores, dejaría hablar las mismas cartas que poseo; ¿pues qué relación podría llegar al encanto de esas líneas impregnadas de ternura y de gracia, en que la ingenuidad, la frescura y la energía de la adolescencia se muestra bajo los mas amables rasgos, en que la confiada seguridad de esa edad hace un contraste tan chocante con una separacion espantosa y próxima? Pero no puedo; quiero mejor disminuir este encanto que profanarle.

Elisa Meyer nació en Zurich, donde pasó sus primeros años. Su padre, hombre amable y de buenas cualidades, tomó un cariño singular á esta niña, y se complació en cultivar en ella las felices disposiciones que encantaban su ternura. Pero parece que entre los cuidados de instruccion, se entregó demasiado al placer de desenvolver temprano la sensibilidad de su hija, y de recoger los frutos precoces de ella. A la edad en que sus compañeras no eran aun mas que muchachas alegres y locuelas, Elisa conocía mil sentimientos fuertes ó delicados, y su alma exaltada, soñaba ya con el heroismo del amor, del afecto y de la fé jurada; así, cuando al cabo de un corto número de años se murió su padre, el pesar agobió á esta débil niña, y estuvo á pique de seguirla. No tenía entonces mas que diez años; tengo á la vista un retrato de ella hecho en aquella época: sus facciones estan llenas de gracia y de finura; pero es fácil reconocer en la expresion de sus ojos, en la melancólica sonrisa de su boca, y en no sé qué aureola de seriedad que parecía rodear su pálida frente, que esta niña había ya pasado su edad, y que su corazón debía conocer pronto profundas pasiones.

Después de la muerte de su esposo es cuando mi tía, deseando reunirse á su familia, vino á fijarse aquí. Aquí conoció á mi madre, y me acuerdo que la conservaba un recuerdo lleno de afecto y de estimacion. Ocupada de la educacion de sus dos hijos, procuraba disminuir el desarrollo demasiado precoz de su hija, y procurar el progreso de su hijo, de menos edad que Elisa. Un jóven daba lecciones á este. Pobre, pero instruido y estimado, debía á una proteccion que le habían merecido su conducta y su talento, el haber sido introducido en la casa de mi tía. Esto era Widmer. Elisa asistía frecuentemente á sus lecciones: ella escuchaba con avidez sus explicaciones, mas conformes á su espíritu que los fútiles conocimientos que recibía de las maestras de moda; poco á poco su interés se extendía tambien al mismo maestro: ella le preguntaba, gustaba oírle, y aquel jóven, cautivado por la inteligencia y las gracias de tan amable discípula, bebía á largos tragos ese encanto poderoso que aun no conocía. Sin duda desde entonces había adivinado mi tía esa inclinacion naciente; pero, madre tierna y muger sin preocupaciones, veía en aquel honrado jóven al que, destinado á fijar el afecto de su hija, le presentaba por otra parte las mas seguras garantías para su felicidad.

Elisa tenía entonces unos catorce años, y Widmer diez y seis. Ya se amaban con ese amor que su misma pureza exalta, y según una

carta de mi tía á Widmer, conjeturo que en su ingenuidad estos dos niños no habian creído hacer mal al confesarse su inclinación y al jurarse una eterna ternura. En la carta de que hablo, mi tía, instruida por la declaración espontánea de su hija, habla á Widmer con un lenguaje lleno de indulgencia y de elevación; no se atreve, por un vituperio imprudente, á inspirarle desconfianza sobre un acto que sabe es puro y honesto; solamente le instruye sobre cosas convenientes, le ilustra sobre su posición, sobre los esfuerzos que debe hacer, sobre los miramientos que exige el carácter demasiado sensible de su hija; y sin prometerle aun nada, le hace entrever que esta unión puede llegar á ser el precio de sus progresos, de su conducta y de su honradez. No me asombro yo de que, calmada por los avisos de esta mujer tan sensata como tierna, la inclinación de estos dos jóvenes haya tomado por grados esa fuerza íntima, contra la que debía estrellarse la fuerza de los años y del destino.

Trasportado Widmer por esta esperanza, se entregaba sin descanso al trabajo; la ambición, cubierta bajo el exterior del amor, le hacia dedicarse con celo al estudio, y ya entre los jóvenes de su edad se le señalaba como destinado á alcanzar una brillante carrera. Además del valor que le inspiraba su mismo ardor, Elisa le habia inflamado con el suyo propio para todo lo que es grande, noble y digno de entusiasmo; la exaltación de esta joven habia pasado á él para acrecentarse aun, siendo ella á su vez la que moderaba los trasportes que ella misma habia hecho nacer, y la que retardaba el ímpetu de su amante. En este elevado trato se confundían sus almas, dignas una de otra, se unían por todos los puntos, y sin duda estaban ya lejos de aquellos tiempos en que sus labios debían comprometer el porvenir con múltiples juramentos. Ya no se trataba de promesas, y mi tía veía con algún espanto á estos dos seres dependientes uno de otro.

Una prueba de esto encuentro yo en las líneas que la dirige con este motivo Widmer. Este desgraciado conforta á la madre de Elisa con esa seguridad temeraria que inspira los sentimientos fuertes; y se rece desafiando al destino y sus golpes, engañado por una pasión que le eleva pasajeramente por cima de los demás hombres.

«¿Qué importa, escribe él, qué importa que la muerte pueda separar nuestros cuerpos por algunos días, si vuestras almas están al abrigo de sus golpes! Si la una precede á la otra al cielo, es para esperarla; y en esta misma expectativa, ¿habrán dejado de estar juntas, de ser la una para la otra, de buscarse y encontrarse sin cesar? Desechad esos temores, querida mamá, pues son indignos de un amor cuya llama pura y celeste puede avivarse, pero jamás apagarse por el impotente soplo de los vientos de esta tierra.»

Desde esta época esos temores de mi tía habian tomado á sus ojos un grado de realidad que la preocupaba mucho. Por diversos signos creía reconocer en Elisa los indicios secretos de algun deterioro. Una palidez mas habitual habia reemplazado los delicados colores de sus mejillas; alguna falta de carnes se mezcló á la finura de sus facciones, y mientras que se adhería á su rostro un aire mas delicado, el fuego tranquilo y profundo de su mirada in-cieba demasado que un alma ardiente minaba lentamente aquel cuerpo tan gracioso y tan frágil. Bien pronto llegaron aquellos temores á ser bastante fuertes para provocar cuidados que revelaron su causa á Widmer. Por consejo de los médicos, tuvo mi tía que conducir á su hija á climas mas dulces, donde la proximidad de los montes mezclase al calor del aire su influencia viva y restauradora. A la primavera siguiente partieron para Aoste, pequeña ciudad del Piamonte, inmediata á las gargantas del gran San Bernardo, y en donde la proximidad de los Alpes atempera el calor de los vientos de Italia. Los dos amantes se separaron; ¡triste preliminar de la separación mas larga que de este día era presagio!

Pero para los corazones apasionados todo es alimento á la llama que los devora. En esta nueva morada, Elisa lejos de Widmer se consumía con la impaciencia de unirse á él; forzada á no verle ni á hablarle, suplía estas dulzuras con el vuelo de su pensamiento constantemente presente en las orillas en que sabia que Widmer pasaba un ingrato destierro; observaba, considerando á su amante, esos lugares nuevos, esa población extranjera, y ese conjunto pintoresco de ruinas romanas y de habitaciones modernas que caracteriza la villa de Aoste; se conmovía al contemplar tan próxima á este valle florido las cimas cubiertas de nieve de los grandes Alpes, y celosa por no sentir nada de que su amigo participase, pasaba la mayor parte del día ocupada en trazarle sus impresiones, mezclando las poéticas descripciones de esta residencia, á las expresiones apasionadas de una ternura que la distancia hacia menos tímida. En medio de esta vida de turbación, de emociones y de sentimientos ardientes, la dulzura del clima era impotente á defender el cuerpo contra los estragos del corazón: Elisa se iba debilitando; ya no podia soportar la fatiga de los paseos y del trabajo; ya se privaba con amargura de escribir, y su exaltación, combatida por el decaimiento de sus fuerzas, se convertía frecuentemente en llantos involuntarios y en un amargo enternecimiento no menos contrario al restablecimiento de su salud.

¡Criatura amable, afectuosa niña, que te inclinas así hacia el sepulcro! Tierra flor que vas marchitándose aun llena y adornada de gra-

cias! Frágil rama separada bien pronto del joven tronco que te servi de apoyo!... Apenas puedo proseguir: la tristeza oprime mi corazón las lágrimas turban mi vista... Si al menos pudiese retardar ese instante que se adelanta... conducirlos hacia esos cipreses, ocultándolos su aproximación!... Pero no puedo: el misterio encubre con su sombra esos últimos bellos días: para recoger las raras flores de que fueron sembrados aun, sería preciso que el fuego devolviese las cartas que ha devorado para siempre.

Al acercarse el invierno deliberó mi tía si debería volver á llevar su hija á Ginebra, ó conducirla á parajes mas distantes de las escarchas. Widmer lo queria así, y escribia que iba á unirse á ellas, y que todo lo esperaba del dulce sol de Toscana. Ya se habia puesto en camino; pero al llegar á Martigny recibió una carta de mi tía, en que le prevenía su próxima vuelta, encargándole que buscara á los alrededores de la ciudad una casa bien situada. Parece que Elisa, apremiada ya por siniestros presentimientos, habia querido volver á ver el cielo de su patria y los lugares testigos de sus primeros juramentos. Se pusieron en camino por la via mas corta, que era el gran San Bernardo; pero demasiado débil ya para sostenerse sobre una caballería, fué llevada Elisa en litera hasta la hospedería. Montada su madre sobre una mula, no se apartaba de su lado, devorando en secreto sus dolores, y afectando un valor que venia á estrellarse contra las caricias de su hija angelical.

Sin embargo, habiendo alquilado Widmer la pequeña casa que ha poseído despues, habia preparado ya todo para recibir á Elisa y su madre. Este joven no estaba abatido, pues le agitaban sentimientos demasiado fuertes. Unas veces pintándose un mal grave que minaba sordamente los días de su amante; otras, ateniéndose á los menores signos de mejoría que descubria en las cartas de mi tía, pasaba de la desesperación mas violenta á la mas loca alegría. Informado de que Elisa habia pasado los Alpes, voló á su encuentro, cuando recibió algunas líneas de la señora mayor que le rogaba esperase su llegada. Esta desgraciada madre, despues de haber pasado por las mas crueles angustias, obligada en fin por el estado de su hija á detenerse en la pequeña aldea de Saint-Branchier, creía no poderla llevar viva hasta su casa; y despues de ponerse en camino, temía que la aparición repentina de Widmer y las emociones de una entrevista no viniesen á romper el hilo ligero de que pendían los días de Elisa.

Estas señoras llegaron el primer viernes de setiembre, y Widmer se alejó por consejo de mi tía, permaneciendo bajo esos árboles frondosos que dominan la casa. Desde allí es de donde apercibió á Elisa, pálida y demudada, medio recostada en el fondo de un carruaje abierto. Entregado enteramente á la dicha de verla, palpitaba su corazón de alegría, y atribuía á la fatiga del viaje lo que le chocaba en las facciones y en la actitud de su amante. Pero cuando vió acercarse el carricoche y la tomó en sus brazos para llevarla á la casa, toda su alegría, violentamente lollada en su corazón, hizo lugar al delirio de la mas espantosa desesperación. Así que Elisa hubo entrado, y viéndolo la señora mayor venir al patio, corrió á echarse en sus brazos, y estos dos seres, á quienes unía un dolor comun, se inundaron en silencio de amargas lágrimas.

Bien pronto entraron en la casa enjugándose las lágrimas. Sola Elisa, y echada en un sofá, recorria con su mirada apagada aquella nueva habitación débilmente iluminada por la caída de la tarde. Abatida bajo el peso de la fatiga y de la emoción, una débil languidez encadenaba sus miembros, no dejando lucir en su alma mas que la empañada claridad del recuerdo confuso, al que se mezclaba una tristeza sin esperanza y sin valor. Cuando entró su madre y fué á sentarse cerca de ella para hablarla de Widmer, le dió ella afectuosamente la mano, pero sin romper aquel lúgubre silencio. Durante estos momentos, errante Widmer en el corredor vecino, y treveía por la primera vez el horror de su destino, y la felicidad se arrancaba violentamente de su corazón, destrozándole para siempre.

La criada llevó una luz. No pudiendo Widmer esperar mas, la siguió hasta el umbral de la puerta:

—Widmer! dijo Elisa sin sorpresa y con dulce voz.

—Elisa! exclamó él precipitándose hacia ella.

Y sus ojos brillaron con una sombría llama al ver á su amante débil y descolorida. En seguida, no pudiendo vencer ya la punzante amargura á la que le entregaba este espectáculo, cayó á sus pies, la cogió las manos, y cubriéndolas de besos, procuraba confundir sus sollozos con las mas vivas caricias. A estos testimonios de un amor tan puro, Elisa tomaba fuerzas para enternecerse: algunas lágrimas surcaban su pálido rostro; el deseo de la vida empezaba á pintarse en su corazón resignado, y el pesar se mezclaba en ella misma á la tierna compasión que la inspiraba el desgraciado Widmer, bien pronto llamado á sobrevivirla.

—Widmer, le dijo ella despues de algunos momentos de silencio... qué ha sido de vuestra Elisa!

Y las lágrimas apagaron su débil voz; haciendo despues un esfuerzo para sobreponerse á ellas, continuó:

—Habia creído que soportaria con mas valor los momentos que me quedaban... pero... no tengo fuerzas, Widmer, para vuestras caricias...

«migo mio!... mi dulce amigo!... hubiera sido esta demasiada felicidad para mortales... Dios me quiere llevar... Le doy gracias por haberme dado bastantes dias para gustar esas delicias de que me colmaba vuestro amor...»

¡Ay estas desgarradoras palabras no sabia qué responder la señora Meyer, sino por lágrimas que la oprimían; y permaneciendo Widmer silencioso, con el corazón oprimido y sin llorar, apretaba con agitación en sus manos ardientes las débiles manos de Elisa. Murmuraba en su alma contra el cielo y contra Dios, que arrebatava aquella joven celestial, digna de todos los bienes, y consagrada á la muerte; y vagando entonces en su pensamiento espantosos proyectos, provocaban sobre sus labios una siniestra sonrisa. Pero al ver á aquella víctima resignada, tenia vergüenza de sí mismo, y comprendiendo que todo lo que no fuera sufrido, animoso y noble, le hacia indigno de Elisa, y le separaba de ella, quizás para siempre, ahogaba el murmullo, y hollaba sus proyectos. Conducido de esta manera al frente de una desgracia que no tenia remedio, el dolor demasiado fuerte no dejaba salida á sus lágrimas:

—No! Elisa... dijo él al fin... Elisa... no, Dios no os llevará!... Elisa!... joven adorada!... ¿yo sin vos aquí abajo? No!... Que perezca yo con vos, ó que me seais devuelta!...

Y como la desesperación le llevaba á los mas violentos trasportes, temiendo la señora Meyer á la vez por Elisa y por él, le llevó fuera de la habitación.

Bien pronto volvió la señora Meyer junto á su hija. Hacia ya algun tiempo que dormía ella sola en su cuarto, dulcificando con sus cuidados la larga angustia de las noches. Fatigada probablemente Elisa por las emociones de este día, descansó algunas horas, contra lo que esperaba. Por lo que hace á Widmer no se acostó, y desde el amanecer se andaba paseando alrededor de la casa, preocupado con pensamientos que parecían darle algun valor. Cuando se medio abrieron los postigos en el cuarto de Elisa, pareció él sentir algun placer, y espíaba con impaciencia el momento de ver á la señora Meyer. Luego que hubo bajado esta al piso bajo, corrió á abrazarla, y supo con enternecimiento que, despues de una buena noche, estaba aun descansando Elisa; llevándola despues al patio, se paseó allí largo tiempo con ella, participándola con una calma forzada, cosas á las que esta señora parecia oponer consideraciones de moderación y prudencia. A esta resistencia se animaba Widmer por grados, apremiaba ó suplucaba, ó bien su tristeza amenazadora inducia á la señora Meyer á no irritarle con sus negativas. Al retirarse ella pareció ceder alguna cosa, y Widmer se alejó mas tranquilo.

Una carta que tengo á la vista me pone al corriente del proyecto de Widmer. En ella da cuenta á la señora Meyer de una entrevista que acababa de tener con Elisa. Tambien se refieren á estos funestos dias muchos billetes, escritos sobre pedazos de papel, porque estando la señora Meyer constantemente ocupada al lado de Elisa, y no pudiendo Widmer verla muchas veces sola ni hablarla delante de su hija, la informaba por este medio de lo que deseaba hacerla saber.

En esta carta anuncia Widmer á la señora Meyer que ha visto á Elisa, y que accede á su proyecto, siempre que se pueda realizar lejos de toda mirada.

—Otras veces, exclamaba él, otras veces, en esos dias para siempre echados de menos, nos jurábamos ser el uno para el otro; pero nuestros juramentos se detenían en el corto espacio de esta vida... el que acabamos de hacer abraza la otra... ¡Es sagrado, indescriptible!... pero no es esto bastante. Quiero que esta unión sea sellada ante Dios; quiero que me sea entregada mi prometida por vos ante el altar; que la muerte me arrebaté mi esposa, y no únicamente mi amante!... Con esta condicion soportaré la vida...

Tales eran los proyectos de este desgraciado. En ellos se reconoce ese tinte de exaltación que habia presidido siempre á sus amores, y que si habia contribuido á apretar ese nudo tan difícil de romper ahora, entonces al menos vertía algun bálsamo sobre sus heridas, y engañaba por algunos instantes sus dolores. Estas cosas no carecian de dulzura, para Elisa sobre todo, cuyos instantes eran contados. Widmer respondía á su esperanza, pues veía con gozo hacer á su amante lo que hubiera hecho ella misma; la muerte no destruía ya esa unión que habia sido el sueño de toda su vida, pareciéndola mas ligera la tumba para esperar á Widmer. Esto solo es lo que me hace encontrar un encanto consolador en este proyecto, pareciéndome mas chocante que extraño cuando pienso que pudo dulcificar á esta víctima el horror del sacrificio. Desde que se formó, pareció tomar Elisa alguna vida; su mirada se reanimó; una fuerza ficticia sostuvo sus miembros, y desde el sofá en que estaba echada, tomaba ella misma parte en los preparativos de este día.

Sintiendo la señora Meyer la imposibilidad de resistir al voto de los dos amantes, se ocupó en tomar medidas que pudiesen asegurar su cumplimiento. Siempre habia conservado relaciones con el cura que habia instruido á Elisa en su religión, y á él fué á quien se confió, implorando su apoyo. Era este un digno anciano que servía el curato de Sattigny, pequeña villa de Maudement, que se ofreció á obtener una autorización para ir á la misma casa á bendecir este matrimonio,

á fin de evitar á Elisa las fatigas de una mudanza: pero la joven, consultada por su madre, se opuso á ello; de suerte que se convino que al día siguiente, despues de ponerse el sol, irían en coche á la iglesia, y que entonces el cura se hallaría dispuesto á subir al púlpito.

Widmer, la señora Meyer y Elisa pasaron juntos todo el día siguiente. Adivinando esta joven, á través de la calma de los rostros, la secreta angustia de sus dos amigos, les decia palabras afectuosas y procuraba comunicarles su tranquila resignación; pero á medida que pasaban las horas, se atrevían menos á hablar de la ceremonia de la noche. Ella fué la que viendo desaparecer el sol tras las cimas azuladas del Jura, les dijo:

—Ya es hora...

Y levantándose de su asiento, dió algunos pasos hasta una silla inmediata, donde se detuvo á descansar. Su madre la cubrió con un ancho ropón de pieles, mientras que Widmer disponía el coche para recibirla. Elisa quiso bajar ella misma, apoyada en sus brazos, y á poco despues se encontró en el carruaje, que se alejó dulcemente, mientras la criada sola horaba en el patio.

Elisa se hallaba colocada entre su madre y Widmer, dando una de sus manos á cada uno de ellos. De cuando en cuando les dirigía algunas palabras dulces; pero no se atrevían á responder sino apretándola la mano, pues su corazón hinchado estaba pronto á prorumpir en sollozos en el momento en que sus labios se abrieron para hablar. Solamente Widmer, para darse á sí mismo algun valor y engañar sus preocupaciones, miró su reloj y dijo algunas palabras sobre las meditaciones tomadas con el cura para la ceremonia. Pero cuando despues del crepúsculo encubrieron las tinieblas la expresión de los rostros, entonces pudieron llorar en silencio, y mas de una lágrima al caer en las manos de Elisa la indicó los funebres pensamientos que rodaban en el alma de su madre y de su amante. Llegados delante de la iglesia, se detuvo el carruaje; al cabo de algunos segundos se abrió la puerta, y el anciano cura, con una lámpara en la mano, acogió á sus huéspedes con benéfica bondad. Pero al ver á aquella pálida prometida á quien sostenían dos seres llorosos, se quedó pensativo, elevándose sus pensamientos hacia un Dios misericordioso y reparador.

Al pié del púlpito colocaron un sitial para Elisa: Widmer estaba de rodillas junto á ella, y la señora Meyer de pié sostenía con uno de sus brazos la cabeza lánguida de su hija, que habiendo casi llegado al término de sus fuerzas, empleaba los últimos restos en vencer la turbación bajo la que ella desfallecía.

Desde lo alto del púlpito proyectaba apenas la lámpara alguna claridad sobre aquellos desgraciados, y en medio de tan lúgubre silencio les menores ruidos resonaban en el tenebroso espacio de las bóvedas.

Despues de una corta invocación leyó el cura la liturgia, y tuvo cuidado de citar algunas de esas frases que presagiando largos dias de felicidad, hacen estremecer á los jóvenes esposos á quienes acompaña al altar una risueña esperanza; pero que al frente de esta virgen moribunda hubiesen hecho un contraste demasiado desgarrador. Luego que hubo acabado su lectura, hizo una pausa, y penetrado de compasión hacia aquellos seres desolados, añadió estas palabras con voz conmovida:

—Acabo de uniros á la faz del Eterno... sus vias son desconocidas, pero su bondad es cierta. En este mismo instante os está mirando, ve vuestros llantos, lee en vuestros contristados corazones: y si no es dado á su humilde ministro el contemplar sin lágrimas esas nubes que encubren pasajeramente la felicidad de que sois tan dignos, él, lleno de misericordia y de amor, os prepara beneficios tanto mas seguros y tanto mas grandes, cuanto que vuestra llama es mas pura, vuestra felicidad era mas merecida, y que habiérais soportado mejor la prueba, si su sabiduría os la destinara...

Elisa Meyer... hija mia... dejadme daros este dulce título... Os conozco... Sé lo que podeis sentir... Invoco aquí con todo el poder de mi alma al soberano dispensador de las gracias, para que prolongue vuestros dias en esta tierra... ¡Que no pueda yo conseguir que se dignase tomar sobre mi blanca cabeza los pocos años que me restan aun, para añadirlos á los vuestros! Yo los daría con gusto; pero si no es esa su voluntad... querida hija!... Ved el cielo ya abierto para recibirlos... Ved á vuestra madre que os seguirá dentro de poco... Ved á este joven, ahora vuestro esposo, cuyo corazón, vuestro hace ya tiempo y vuestro para siempre, no esperará mas que la hora de dejar para siempre esta tierra de destierro, para unirse á vos en las celestes moradas; en esos lugares en que no tiene entrada la muerte, en donde la felicidad no tiene término, en donde ese amor sagrado que os unió aquí abajo, os unirá de nuevo para toda una eternidad!

El anciano cura se calló, y algunos gemidos sordos se oyeron al pié del púlpito. Bajó este, y viniendo á mezclarse con sus alligidos, los sostenía con palabras de paz y de consuelo; pero tal era la enérgica tristeza de esta escena, que el pobre anciano, traspasado de dolor sintió debilitarse y faltarle la voz. Widmer tomó á Elisa en sus brazos, y habiendo llegado al carruaje, no quiso ya separarse de ella. La llamaba su esposa, su tierna esposa, que nadie ya le podría arrebatar; y colmándola de compasivas caricias, parecia que todo su co-

razon se salía fuera como para reanimar aquella vida que estaba para apagarse. Elisa no respondía ya á sus trasportes sino por la débil presión de sus brazos.

Así llegaron á casa. Colocada Elisa en su cuarto, les hizo señas de que se acercasen. Su respiración era corta y precipitada; el calorífico recorría ya sus miembros, y el pálido violado de la muerte jaspeaba su hermoso rostro...

—Este es el momento de separarnos... dijo ella con esfuerzo; pobre mamá, os dejo con él... Widmer... marchó á esperaros... Que el recuerdo de Elisa os sostenga y os proteja!...

Ya no pudo proseguir; y mientras que su madre y su amante la tenían abrazada, recogiendo el último suspiro de sus labios, espiró, y su alma pura se escapó á los cielos.

EL LAGO DE GERS.

Desde Sixt se puede pasar al valle de Arve atravesando una cadena de altas montañas que se extienden entre Ghises y Sallenche. Este paso es casi desconocido, y únicamente frecuentado por contrabandistas, que abundan en esta comarca. Estos hombres atrevidos se proveen en Martigny en Vallais, y caminando en seguida, cargados de pesos enormes, á través de desfiladeros inaccesibles, bajan á los valles interiores de la Saboya, mientras que los aduaneros vigilan los confines del país.

Los aduaneros son hombres que tienen un uniforme, las manos grasientas, y una pipa en la boca. Sentados al sol, están holgazaneando hasta que para algún carruaje, que seguramente no para delante de ellos sino porque no tienen nada de contrabando.

—¿No tiene V. nada que declarar?

—No.

Y hélos al punto, á pesar de esta respuesta categórica, que abren los cofres, meten las manos entre la ropa blanca, los vestidos de seda y pañuelos de bolsillo. El Estado los paga para ejercer esta profesion. Esto me ha parecido siempre muy gracioso.

Los contrabandistas son hombres armados hasta los dientes, y siempre dispuestos á atravesar de un balazo al aduanero que tuviera la idea de ir á pasearse al camino que ellos se han reservado para sí. Felizmente los aduaneros que presumen esta circunstancia, no se pasean ó se van por otra parte. Esto me ha parecido siempre una señal de tacto en los aduaneros.

Aduanas y contrabando, dos úlceras de nuestra sociedad. Las líneas de aduanas son una cintura de vicio y de libertinaje que encierra un país. Las expediciones de contrabando son una admirable escuela de latrocinio y de crimen, de donde salen anualmente buenos discípulos, que la sociedad se encarga mas tarde de alojar y mantener á sus espensas en prisiones y mazmorras.

Frecuentemente he tenido que hacer con los aduaneros. Mis camisas han tenido el honor de ser palpadas en todas las fronteras por los agentes de todos los gobiernos, ya absolutos ú otros; pero no han encontrado nada prohibido.

A propósito de camisas, hé aquí una historia. Iba yo á Lyon. En Bellegarde registraron nuestras maletas, y quisieron también palpar nuestras personas por sospechas de que llevásemos relojes; pues no está lejos Ginebra. Yo me presté benignamente á esta operacion; pero un oficial inglés que formaba parte de los viajeros, habiéndose hecho explicar lo que se quería de él, sacó tranquilamente un cuchillo de su bolsillo, y declaró que partiría en dos al primero, como también al segundo que se atreviese á tocarle aun de lejos.

Esto causó un gran rumor. Los aduaneros no querían mas que ejecutar el reglamento; pero este valiente de Waterloo les intimidaba espantosamente con su cuchillo de acero fino. Entre tanto el jefe repetía con autoridad:

—Registrad á ese hombre!

Pero el otro repetía también con un furor creciente.

—Venid, y yo cortar en dos al primero, como también al segundo y aun al tercero.

Por este tercero designaba al jefe.

Las cosas hubieran podido acabar de una manera trágica, tan grande era la exasperacion de este digno *gentleman*, si no hubiera yo intervenido.

—Haced pasar vuestros vestidos á los aduaneros, dije; y ejecutarán sus órdenes sin que vuestra dignidad tenga que sufrir lo mas mínimo.

Apenas hube hablado así, cuando accediendo el inglés á estas condiciones, se quitó sus vestidos apresuradamente, arrojándolos en seguida delante de los aduaneros. Se quedó desnudo como la palma de

la mano, y nunca olvidaré el aire con que cubrió al jefe con su camisa, diciéndole:

—Tené, miserable! tené!

Con menos frecuencia he tenido que hacer con contrabandistas; sin embargo, tuve algunas relaciones con ellos el día que se me antojó pasar solo de Sixt á Sallenche por las montañas de que he hablado. Había hecho que me indicasen el camino: una hora antes de llegar á la cumbre se costea un pequeño lago llamado el lago de Gers; mas allá sigue una sierra de rocas que atraviesa una llanura cubierta de nieves heladas, despues de lo cual se baja hácia las selvas que coronan por el lado de Sallenche la cascada de Arpenas. Al cabo de tres horas de una cuesta rápida descubrí el pequeño lago. Es este un estanque encajonado entre dos cuevas cubiertas de verde, que se reflejan en tintes sombríos, mientras que la transparencia de sus olas deja penetrar la mirada hasta en los brillantes musgos que en el fondo tapizan el suelo. Me senté al borde de este charco, y á ejemplo de Narciso me miré en él... me miraba comer una pata de pollo, sin que el placer de contemplar mi imágen me hiciese perder un solo bocado.

Además de mi persona, veía también en el charco la imágen vuelta de las cimas vecinas, de las selvas y de toda la bella naturaleza en fin, comprendidos en ella dos cuervos que volando por lo mas alto de los aires, me parecían en este espejo volar á lo mas profundo de los antípodas. Mientras que estaba entretenido en considerar este espectáculo, me pareció haberse movido en la pendiente de un monte una cabeza de hombre, de muger ó de bestia, ó cuando menos alguna cosa viviente. Este monte era el que yo iba á pasar. Levanté súbitamente los ojos para reconocer el mismo objeto, pero no ví ya nada; de suerte que, atribuyendo este fenómeno á alguna ondulacion de la superficie del agua, me puse en camino, muy persuadido de que me hallaba solo en aquel paraje. Con todo, persuadido igualmente de que había visto alguna cosa, me detenía de cuando en cuando para mirar por un lado y por otro, y cuando estuve cerca del paraje en que había creído ver la cabeza, dí con precaucion la vuelta á algunas rocas y redoblé mi circunspeccion.

Ya me habían contado una historia con motivo del desfiladero, de rocas que atravesaba en este instante, y creo sea hora de decirla. Una vez pasaban por allí diez y ocho contrabandistas cargados cada uno con un saco de pólvora de Berna. El último de ellos se apercebía de que su saco se aligeraba sensiblemente, y ya se iba á felicitar por ello, cuando sospechó ingeniosamente que el aligeramiento seria quizás á espensas de la carga. Esto era muy cierto; un largo rastro de pólvora se veía por el camino que había seguido. Esta era una pérdida y sobre todo un indicio que podía revelar la marcha de la tropa y comprometer sus destinos. Gritó alto, y á este grito los otros diez y siete se sentaron al mismo tiempo en su saco para beber un trago de aguardiente y enjugarse la frente.

Mientras tanto el otro, el ingenioso, retrocedió hasta el origen del rastro de pólvora. Llegó á él al cabo de dos horas de marcha y le puso fuego con su pipa: esto era para destruir el indicio. Dos minutos despues oyó una detonacion espantosa que rechazando contra las paredes de estas montañas, rodando por los valles y subiendo por las gargantas, le causó una gran sorpresa. Estos eran los diez y siete sacos, que alcanzados por el rastro saltaban al aire juntamente con los diez y siete padres de familia sentados encima. Sobre esto tengo que observar dos cosas.

La primera es, que esta historia es una verdadera historia agradable y recreativa, bastante verosímil, probada por la tradicion y por el desfiladero que subsiste siempre, como cualquiera puede asegurarse de ello. Yo la tengo por tan cierta como el paso de Anibal por el monte del pequeño San Bernardo. ¿Cómo se prueba el paso de Anibal por el pequeño San Bernardo? Se empieza por mostraros una blanca roca al pié del monte, despues de lo cual se os demuestra que es la misma que el cartaginés, al llegar á la cumbre, hizo derretir en vinagre.

La segunda cosa que observo es que en esta historia perecen diez y siete hombres; pero reparad bien, queda uno para llevar la noticia. Hé ahí, si no me equivoco, el signo, el criterio de una historia modelo; pues es muy mezzuino que perezcan pocos en una batalla, en un desastre ó en una catástrofe: que perezcan todos, ese es el asunto. Pero que de en medio de una inmensa derrota se escape uno, uno solo justamente para llevar la noticia, esto es lo mas magnífico y agradable para un aficionado. Por esto es por lo que la historia, tanto la griega como la romana y la moderna, es rica en rasgos semejantes.

Hacia mucho calor en mi desfiladero; con todo, á esta altura el calor se atempera por la vivacidad del aire; por otra parte, la belleza del espectáculo que se tiene á la vista cautiva el alma y hace olvidar las pequeñas incomodidades que parecen algunas veces tan intolerables en una llanura ingrata. Volviéndome veía de muy cerca la cúpula de hielo del monte Buet... cria ver también no muy lejos alguna cosa que se movía tras los últimos abetos que había pasado, y me imaginé que podían ser estos los piés de la cabeza que había visto; de suerte que continué marchando con mayor circunspeccion.

Desgraciadamente soy muy miedoso; detesto el peligro, en que se complacen los héroes; nada amo tanto como una entera seguridad en todo y por todo. La idea sola de que en un duelo se espone uno á ver la punta de una espada en frente de sí, ha bastado siempre para darme una gran prudencia, á pesar de mi natural vivo, y una susceptibilidad obtusa, á pesar de mi delicada arrogancia. Y esto podía aun ser peor que un duelo: podía ser un atentado contra mi bolsa ó mi persona, ó contra las dos á la vez; podía ser una catástrofe espantosa, y nadie para llevar la noticia! Cuando me vino esta idea, no tuve ya otra, y me dominó tanto, que concluí por ocultarme entre las rocas para observar desde allí lo que pasaba á mis espaldas.

Al cabo de media hora observé (pues esto es muy pesado) que un hombre de mala traza se aventuró á salir despacito por detrás de los abetos. Estuvo mirando largo tiempo en direccion de las rocas, entre las que estaba yo oculto, y en seguida dió dos palmadas. A esta señal aparecieron otros dos hombres, y cargándose los tres al hombro un gran saco, empezaron á subir tranquilamente fumando sus pipas, que encendieron. Bien pronto llegaron al mismo sitio en que yo observaba acurrucado en el suelo, y se sentaron en sus sacos precisamente como los diez y siete. Por fortuna me volvían la espalda.

Tuve el tiempo suficiente para hacer mis observaciones. Estos señores me parecieron muy bien armados, pues tenían entre los tres una carabina y dos pistolas, sin contar el gran saco, que mi imaginacion, fiel á las lecciones de la historia, no dejó de figurarse lleno de pólvora de Berna. Ya me estremecía á la idea de algun rastro, cuando levantándose uno de ellos y yendo algunos pasos, dejó sobre su saco su pipa encendida. Al ver esto, encomendé mi alma á Dios, y aguardé la explosion arrimándome mucho contra una roca, al abrigo de la cual me puse justamente para no gritar de miedo.

El hombre que acababa de alejarse había pasado una altura desde donde echó una mirada de observacion sobre el camino que iban á recorrer, y volviendo en seguida hácia sus compañeros, dijo:

—Ya no se le ve.

—No importa, dijo el otro, ese miserable basta para vendernos!

—Y apuesto, interrumpió el tercero, á que va delante por eso.

—Os digo que es un aduanero disfrazado; y se detuvo como para husmear mirando aquí y allí... Ah! ¡ que no le hayamos despachado, ni visto, ni conocido, en este rinconcito tan propicio y solitario! No hay mas que los muertos que no vuelvan.

—Así Jean-Jean no ha vuelto, repuso el segundo que había hablado. Hé aquí justamente al pié de este tramo el agujero donde se ha podrido su esqueleto. El tunante, cuando le cogimos, para darse el aire de un particular, echó lejos de sí su carabina: esta es. Bien pronto se hizo su proceso. Apenas se le cogió, Laméche le ató á un árbol, y Pedro le mató de un balazo en la cabeza, y el truhan no le dijo hasta despues: Jean-Jean, encomiéndate á Dios!

Una espantosa risa siguió á estas horribles palabras, hasta que levantándose el mismo hombre para dar la señal de marcha:

—Par diez! exclamó aperebiéndome, ya cogimos al pájaro en el nido. Hé aquí á nuestro amigo!

A estas palabras se levantaron los otros dos sobresaltados, y vi, ó creí ver, un sin número de pistolas contra mi cabeza.

—Señores, les dije, señores, yo... os equivocáis... dejad... bajad pronto esas armas... Señores, soy el hombre mas honrado del mundo... (ellos fruncieron el ceño) os suplico bajéis vuestras armas, pues podrían dispararse sin querer... soy un literato... enteramente extraño á las aduanas... casado y padre de familia... os suplico bajéis vuestras armas, que me impiden recoger mis ideas. Dignaos continuar vuestro camino sin inquietaros por mí... Me burlo de las aduanas, y aun me intereso en vuestro penoso oficio. Sois unas gentes honradas que lleváis la abundancia á las víctimas de una odiosa fiscalizacion. Señores, tengo el honor de saludaros con respeto.

—Estas tú aquí para observarnos? repuso con un tono de cartucho el mas malo de los tres.

—No! no!... estoy aquí para...

—Para observarnos y vendernos. Ya te conocemos, pues te hemos visto allá abajo espiar y mirar...

—La bella naturaleza, mis buenos señores, nada mas.

—La bella naturaleza?... Y ese rincon en que te has acurrucado, dime, era para coger simples? Mal oficio ejerces. Estas montañas son nuestras, ¡ y desgraciado del que venga á espiarnos! Encomiéndate á Dios...

Levantó su pistola, y yo caí al suelo. Los otros dos se acercaron, ya que no intervinieron, y todos tres cambiaron en voz baja algunas palabras, de resultados de las cuales uno de ellos, colocandó sin cumplimiento su carga sobre mis hombros, exclamó:

—¡Yu!

Así es como me hallé formar parte de una expedicion de contrabando. Esto fué por la primera vez de mi vida, y despues me he arreglado de modo que fuese la última.

Parece que mi suerte acababa de decidirse en consejo secreto, pues estos hombres no se ocupaban ya de mí, y marchaban en silencio, llevando sucesivamente las dos cargas restantes. Con todo, inten-

té volver á demostrar mi inocencia; pero su vista ejercitada abogaba mas en mi favor, que pudieran hacerlo todas mis seguridades; solamente no se podían explicar por qué había marchado con circunspeccion, cuando debí creerme solo. Yo les dí la llave de este misterio, confesándoles la aparicion que me había chocado cuando estaba considerando el charco de agua.

—Es igual, dijo el mas malo; inocente ó no, puedes vendernos: marcha. Ya está cerca la selva donde se arreglará tu asunto.

Ya se puede juzgar del siniestro sentido que debí dar á estas palabras. Así que, durante la media hora de paseo que nos condujo á la selva inmediata, tuve tiempo de formarme una idea exacta de las angustias de un paciente que conducen al cadalso, y puedo asegurar que son muy dignas de lástima. Aun tenía yo en mi favor, primero mi inocencia, y luego la suerte de encontrar alguno, sin contar la que se me presentaba de precipitarme yo y mi carga en un abismo muy á propósito que se abría á nuestra derecha. La primera de estas suertes no se presentó, y tampoco me gustó la otra; de suerte que llegamos sin estorbo á la selva. Estos señores me quitaron allí mi carga, me ataron fuertemente á un gran cedro, y... en lugar de matarme como habían hecho con Jean-Jean, me dijeron:

—Necesitamos veinticuatro horas para estar en seguridad. Daos por satisfecho. Mañana al pasar os desataremos, y el reconocimiento os hará discreto.

Despues de lo cual volvieron á tomar su carga y me dejaron.

Creo que nunca me pareció la naturaleza tan bella y radiante como en aquel momento. Cosa singular! Mi cedro no me incomodaba de ningún modo. Veinticuatro horas me parecían un minuto, aquellos hombres gentes muy honradas, un poco bruscas por necesidad, pero por otra parte estimables y conocedores de las costumbres. Es que realmente me habían vuelto la vida! Así que, al cabo de algunos minutos, sucediendo una grande alegría á la mas horrible turbacion, sentí una especie de amiguamiento, y cuando volví en mí, las lágrimas inundaron mi rostro. No he querido mezclar á la relacion de las angustias visibles, por el desenlace que tomaron, el de los movimientos que agitaron mi corazon en esta ocasion; ¿pero por qué he de callar que, apenas libre, dí gracias á Dios con toda mi alma, y que estas lágrimas que vertía con tanta dulzura eran las de ese amor y esa gratitud profunda que no pueden sentirse sino hácia aquel que tiene nuestros dias en sus manos? Le bendigo mil veces, y el primer sentimiento que sucedió á estas acciones de gracias fué el de la felicidad que experimentaba, despues de tan vivas angustias, al encontrarme en medio de mi familia. Estaba tan impaciente por ir á echarme en sus brazos, que por esto fué por lo que empecé á sentir el inconveniente de tener un cedro pegado á mi persona.

Eran las dos de la tarde, por consiguiente no tenía mas que veintitres horas que esperar, en este sitio salvaje, todo rodeado de nieves, y de ningún modo frecuentado de viajeros. Finalmente, si en los primeros momentos se me hubiera aparecido alguna persona, creo que penetrado como aun estaba de un profundo respeto hácia mis perseguidores; que no podían estar muy lejos, la hubiera rogado que no me libertase ni se acercase. Con todo, á eso de las cuatro mi respeto disminuyó en razon directa del cuadrado de la distancia, y al mismo tiempo mi cedro empezaba ya á oprimirme la espalda de un modo muy extraño; pero no por eso estaba mas adelantado, y no veía mas que el raton de la fábula que me pudiese sacar de aquí, cuando apareció uno natural.

Este natural era muy original. Tenía un sombrero roto, calzones y sin medias, y por bajo de la nariz una especie de selva negra, procedente del uso inmoderado de un tabaco, sin duda de contrabando.

—Hola! Eh! Socorro, buen hombre! gritó.

Pero en lugar de acudir, se detuvo y tomó un gran sorbo de tabaco.

El paisano saboyardo no es cauteloso, pero sí prudente. Por nada se precipita; no alarga el brazo sino donde ve claro, y no se mezcla en un asunto sino cuando no percibe al través ni camorras con la autoridad, ni discusion con sus vecinos, ni roce alguno con los carabineros reales. Por lo demás, es el mejor hombre del mundo; lo que digo seriamente por haberlo experimentado en muchas ocasiones.

Mi natural era pues el mejor hombre del mundo; pero no le parecía muy claro un hombre atado á un cedro, pues podía ser por la autoridad, por alguno ó por cualquier otra cosa. Por esto antes de avanzar quiso verme venir.

Al fin:

—Hace un tiempo muy bueno! me dijo sonriéndose socarronamente, y como si yo estuviese allí por gusto de pasar, muy bueno!

—Venid á desatarme, en lugar de hablarme del buen tiempo, señor bufon.

—Ya se os desatará. ¿Hace mucho tiempo que estais allí?

—Hace tres horas. Vamos! á la obra.

Dió dos pasos.

—¿No sabéis nada de los malvados que os han puesto así?

—Yo os contaré todo. Pero desatadme pronto.

Dió otros tres pasos, y ya creí haber llegado al término de mi

tribulaciones, cuando se puso á decir en voz baja y con aire misterioso:

—Decid: ¿serian tal vez contrabandistas?

—Justamente habeis acertado. Esos malvados me han atado á este árbol para que me muera de aquí á mañana que pasarán.

Estas palabras hicieron un efecto prodigioso en el natural. Retrocedió espantado, haciendo intencion de dejarme allí. Entonces, no pudiendo contener ya mi cólera, le insulté y le traté como al último de los miserables que tienen, ó mas bien que no tienen figura humana. Por lo que hace á él, sin alterarse con mis injurias:

—Ya se verá, murmuraba retirándose poco á poco. Se os desatará!...

Apretando en seguida el paso, desapareció á la vuelta del sendero, y yo le acompañé con mis maldiciones.

No sabia yo qué pensar ni qué hacer. Mi situacion me parecia agravada por lo que habia dicho á este hombre, que podia comprometerme con los contrabandistas, si es que no era él algun afiliado de la compañía. Así que mi imaginacion empezaba á oscurecerse singularmente, y sin los juegos de dos ardillas que me ofrecieron algun motivo de distraccion, hubiera sido muy desgraciado. Estos lindos, pero tímidos animales, creyéndose solos en el bosque, jugueteaban con esa libertad y esa gracia de movimiento que mata el miedo, y persiguiéndose de árbol en árbol, me sorprendian por la agilidad de sus saltos y por la elegante finura de sus maniobras. Como yo formaba parte del cedro, una de ellas bajó sin pensar á lo largo de mi persona para pasar á un árbol vecino, sobre el que la otra le persiguió de rama en rama hasta la cima. De repente se quedaron inmóviles, como de comun acuerdo, lo que me hizo conjeturar que desde arriba veian acercarse á alguien.

No me engañé, pues apareció un hombre gordo, seguido del natural de la selva negra. Este hombre gordo tenia barba triple, una cara de luna llena, ojos pequeños y desgraciadamente muy prudentes, un sombrero apuntado y un vestido de cola. Cuando me hubo apercibido, se puso en observacion.

—Quién sois? le dije.

—El síndico del comun, respondió sin avanzar un paso.

—Pues bien, síndico del comun, os intimo que me desateis ó me hagais desatar por ese subalterno que se está atracando de tabaco á vuestro lado.

—Ya se os desatará! dijeron los dos al mismo tiempo...

—Decid algo de vuestro asunto! añadió el síndico.

Instruido por la esperiencia, me habia propuesto no decir palabra de los contrabandistas:

—Mi historia? es muy sencilla. He sido atacado y despojado por unos ladrones que me han atado á este árbol, y pido que me libren pronto.

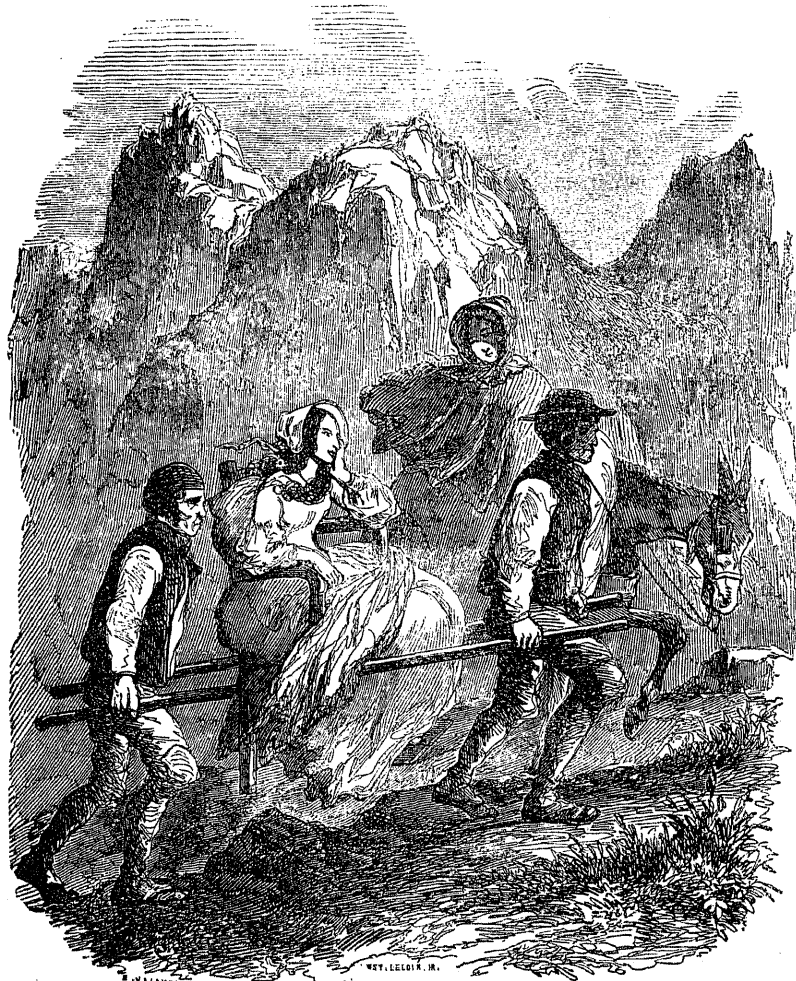
—Ah! hé ahí el asunto! dijo el síndico. Ladrones? qué decis?...

—Sí, ladrones. Pasaba yo la montaña con una mula que llevaba mi maleta, y me han robado la mula y la maleta...

—Ah! hé ahí el asunto!

—Seguramente que ese es el caso! Y ahora que estais ya enterado, avanzad y desatadme pronto. Vamos!

—Hé ahí el caso! repitió, en lugar de avanzar. Decid; pues va á haber mucho que escribir para eso...



Elisa fué trasladada en litera hasta el hospicio. (ELISA Y WIDMER.)

—Desatadme pronto, miserable! ¿Qué quereis que haga con vuestros escritos!

—Es que ya veis, será preciso verbalizar.

—Ya verbalizareis despues; pero desatadme pronto.

—Imposible, mi buen señor, pues caeria en falta. Primero verbalizar y luego desataros. Voy á buscar testigos, pues es preciso que tenga dos al menos que puedan firmar. Ya podeis concebir que es necesario tiempo para esto, y luego hay que pagarlos; pero. V. tendrá medios suficientes...

Volviéndose en seguida hácia el natural, le dijo:

—Ve á ver en casa de la Pernette en Maglan. Ella te indicará dónde está su hombre el escribano, al que irás á buscar para que suba; despues de lo cual te diriges á San Martin, donde encontrarás á Benaiton el sacristan, que de seguro está allí, pues hoy tiene que tocar en la boda de los Chozet, y le dirás que suba tambien. Y que el escribano traiga el escritorio, pues el nuestro se vertió el martes por la noche, y tambien el papel timbrado. Anda, chico, despáchate; siempre hay que contar con las gentes honradas, y nunca se pierde nada.

Anda; y al pasar por Veluz, dí á Juan Marcos que su yegua tiene el muermo, y que se la ha aplicado el fuego, pero que en el otoño se restablecerá. Anda.

—Vaya al diablo Juan, Marcos y su yegua, y vos tambien!... Magistrado estúpido! miserable sin humanidad!... andad, desatadme, y os daré un Luis de oro á cada uno.

A esta proposicion, el natural que habia ya echado á andar, se detuvo al momento abriendo grandes ojos de concupiscencia. Pero el síndico dijo:

—Ya pagareis los escritos y los gastos, y luego siempre dareis para beber un trago si quereis, y nadie quedará disgustado; pero por lo que hace á darle de antemano, aunque pusiérais luises sobre luises, esto no haria nada. Sabéis que el sindicato del comun va de padres á hijos, desde Antonio Bautista mi antepasado, y que antes faltará agua al Arve que se cometa una falta!

—Pero vas tú? dijo el natural.

—Tened paciencia, añadió dejándome, que voy á buscar media azumbre de lo tinto para que os confortéis.

Así es como la dolorosa, pero meritoria honradez de este buen hombre, me contrarió tanto como su respeto á las formas establecidas. Me quedé de nuevo solo, y muy seguro

esta vez de que no me librarian hasta la mañana siguiente, procuré hacerme á esta idea. Felizmente la tarde era templada, y el aire de una serenidad deliciosa. El sol, ya para ponerse, penetraba horizontalmente en la selva, cerrada durante el día á sus rayos, y los troncos de los cedros se proyectaban en largas sombras sobre un suelo de musgo resplandeciente y brillante. Ya habian desaparecido algunos pernocteros que habia visto cernerse por cima de mi cabeza; los cuervos atravesaban cruzando el valle del Arve para llegar á sus moradas nocturnas, y las mismas cimas, descolgándose poco á poco, parecian pasar de la actividad de la vida al silencio del sueño. Esa paz de la noche, ese espectáculo de la naturaleza que se llena de sombras y se duerme en la oscuridad, ejercen sobre el alma un secreto poder que apoya la turbacion y las preocupaciones en el encanto de una dulce melancolia. A pesar de lo desagradable de mi situacion, no me escapé á estas impresiones. Mi corazon dulcemente conmovido se referia á las horas de este borrascoso día, y al hallar la causa de las angustias de la mañana, saboreaba con mas vivacidad la tranquila dulzura de

la tarde y la firme esperanza de una libertad, si no inmediata, al menos segura y próxima.

Sin embargo, á los últimos rayos de Poniente, vi aparecer sobre mi horizonte algunos hombres, mugeres y niños, en fin todo un lugar. Estas figuras, colocadas entre el sol y yo, se destacaban en movidizos perfiles sobre el trasparente follaje de los cedros inferiores; de suerte que no reconocí al principio entre ellos á mi síndico y su jarro de vino, sin embargo de que se encontraba allí, así como el cura, á quien llevaba tambien la fama de mi aventura. La visita de este eclesiástico reanimó mis esperanzas y me preparé á volver en provecho de mi libertad todo lo que podria hallar en él de virtudes cristianas.

Este cura era ya de bastante edad y achacoso; así que, subia lentamente.

—Oh! dije al apercibirme; con que esos malvados os han atado? Os saludo, señor.

El tono franco y abierto de este buen anciano me arrebataron de gozo.

—Vilmente en verdad, respondí; escusadme si por esta causa no puedo inclinarme ni quitaros el sombrero, señor cura. ¿Podria hablar con vos algunos momentos en particular?

—Me parece que lo mas urgente es el desataros, repuso; luego me hablareis mas cómodamente. Vamos, Antonio, dijo al síndico, manos á la obra! y cortadme esas cuerdas, que será lo mas breve.

Yo me confundia en espresiones de reconocimiento, que seguramente partian del corazon. Habiendo sacado su cuchillo, Antonio se disponia á cortar mis lazos, cuando el natural, que codiciaba la cuerda y que estaba celoso por poseerla entera, apartó el cuchillo y fué derecho al nudo, que llegó á deshacer al cabo de algunos momentos. Apenas me vi libre, apreté la mano del cura, y el primer movimiento de mi alegría fué besarle en los dos carrillos. Pero al punto se hizo sentir un vivo dolor en todos mis miembros, é incapaz de mover mis piernas entorpecidas, me vi obligado á sentarme en el mismo sitio. Entonces se acercó Antonio con el jarro, mientras que el cura enviaba á uno de sus feligreses á buscar su mula para ponerla á mi disposicion. Dadas estas órdenes, me dijo:

—Estoy pronto á escucharos.

Y todo el lugar, mugeres, chicos, pastores, síndico y sacristan, hicieron círculo alrededor de nosotros. El sol acababa de ponerse.

Conté mi historia entera y verdadera. Las circunstancias atroces que habian acompañado á la muerte de Jean-Jean, penetraron de espanto á aquellas buenas gentes; y cuando hube repetido la blasfemia que habia provocado la risa de los contrabandistas: *Jean-Jean, encomiéndate á Dios!* todos, cura y feligreses, se santiguaron á un tiempo en medio de un respetuoso silencio. Conmovido al ver esto, y vivamente apremiado por asociarme á este sencillo arranque de un sentimiento tan natural, llevé instintivamente la mano á mi sombrero y me descubrí... Los feligreses se quedaron sorprendidos; el cura permaneció grave é inmóvil, y yo... me encontré desconcertado.

—Continuad, continuad, me dijo el buen anciano.

Y acabé la historia, sin olvidar la excesiva prudencia del natural, ni el loable desinterés del síndico.

Cuando hube acabado esta relacion, dijo el anciano cura:

—Está bien.

Dirigiéndose en seguida á sus feligreses:

SÉSTA SERIE.—ENTREGA 18.

—Escuchadme vosotros. Siempre temblais delante de esos malvados, y hé ahí por qué se atreven á todo, pues son unos cobardes que se hacen los valientes. Y lo que es peor, es que algunos se aprovechan de su abominable tráfico. ¿Ves tú ahora, Andrés, adónde te han conducido tu desorden en el tabaco y ese modo brutal de consumir mas de lo que tienes? Tu nariz está llena, pero no tienes medias. Pase aun el no tener medias; pero ese tabaco lo compras á los defraudadores; y luego, por no desavenirte con ellos, no te atreves á libertar á un hombre en pena, como debe hacer todo cristiano. ¡Pero sabes tú, Andrés, que esos malvados serán esparillados en el infierno y descuartizados por cuatro diablos... y que no respondo nada de los que los atienden! Creeme, hijo mio, toma menos tabaco, y cómprale en el estanco. Por lo que hace á Antonio, ha creído hacer bien, y lo que es mas, ha hecho bien, pues la regla es la que le sujeta á él y no sus deseos.

Al acabar el buen cura estas palabras, dió familiarmente en el hombro á Antonio, que glorioso de esta aprobacion dada ante todo el lugar á su conducta prudente y desinteresada, se enorgullecó sencillamente, teniendo su jarra en una mano y su sombrero de picos en la otra.

Mientras tanto ya habia llegado la mula, á la que me ayudaron á montar, pudiendo al fin despedirme de mi cedro. Empezamos á bajar. El síndico llevaba la brida, el buen cura iba hablando á mi lado, despues venian los feligreses, y esta pintoresca procesion marchaba á la luz de un claro crepúsculo, unas veces esparcida sobre los musgos de las selva, y otras aglomerada en el fondo de un barranco ó bajando en fila los contornos sinuosos de un estrecho sendero. Al cabo de media hora llegamos á unos pastos abiertos, desde donde se descubria la otra vuelta del valle del Arve, ya sepultada en una oscuridad profunda, y á poca distancia de nosotros algun cultivo, algunas hayas, y la aguja inclinada de un campanario destruido. Esta era la aldea.

Cuando hubimos entrado:

—Buenas noches, señores, dijo el cura á su gente.

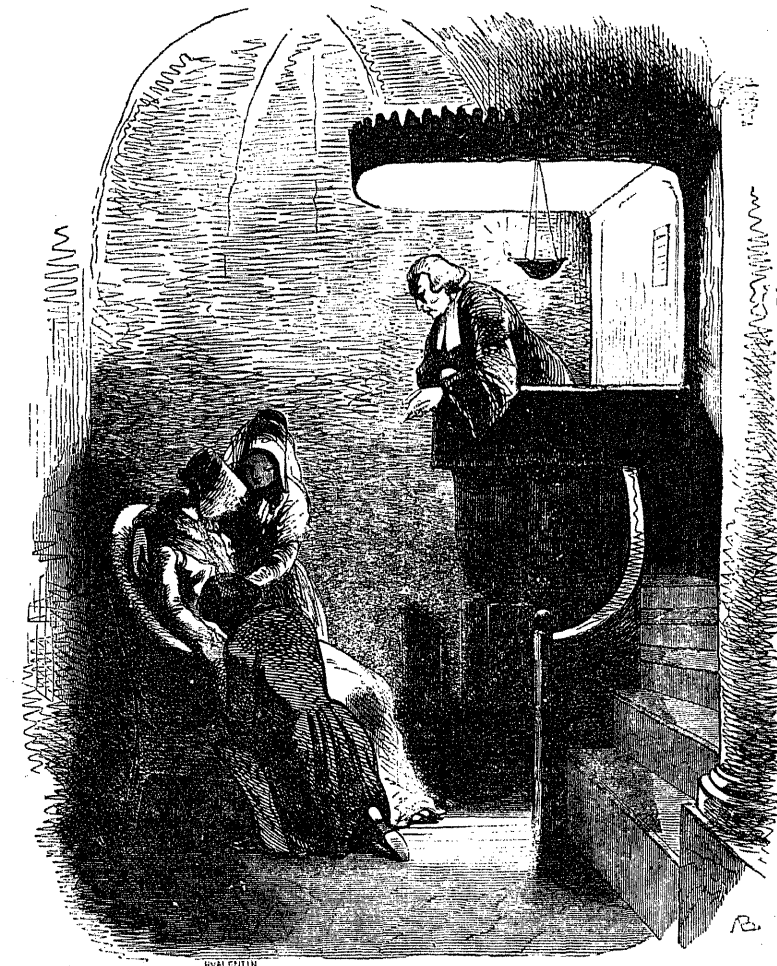
Por lo que hace á vos, caballero, os ofrezco cana y cena. Hoy es día de viernes, pero ya he visto arriba que no sois católico, así que os daré de comer como mejor pueda.

Marta, dijo acercándose al ama, dispon pronto un pollo, y dame la llave de la bodega.

Cené á solas con este

excelente hombre, que comió de viernes, mientras yo devoraba el pollo. Despues que hubimos dado fin á una botella de vino añejo que habia destapado por mí, me despedí de mi huésped para gozar un reposo de que tenia gran necesidad.

Al día siguiente bajé á Maglan. Mi objeto habia sido el visitar Chamonix, pero despues de emociones tan vivas y de tan cruel aventura, no me sentí con la menor gana de recorrer el país, de suerte que volví la espalda á las montañas, y me apresuré á volver á mi casa por el camino mas corto.



Acabo de unirte en presencia del eterno. (ELISA Y WIDMER.)

LA TRAVESIA.

En una ocasion conocí á un niño que anunciaba las mas brillantes cualidades militares: desgraciadamente era jorobado. Niño tambien

yo en aquel tiempo, le acompañaba á la revista, á la parada, al ejercicio y por todas partes donde sonaba el tambor ó se veían uniformes; y no era que estos espectáculos tuviesen para mí un vivo atractivo; si no porque unido á mi camarada, me gustaba perder el tiempo en su compañía.

Este jorobado se animaba pues al son de los pífanos y tambores; y cuando á esta música de ruido, sucedía la música mas espresiva de los instrumentos de viento, yo no sé qué vehementemente impresionando en su alma, esparcía en sus facciones como un rayo de heliocosa fiereza y de ardor marcial. Si en seguida los fuegos de filas, el estruendo de la artillería resonaban en la llanura; si los regimientos marchando unos contra otros, simulaban el ataque, la victoria, la retirada y todo el aparato de la guerra; el niño entonces apasionado al ver esto, se lanzaba en medio de los torbellinos de humo, se mezclaba entre los tiradores, acompañaba las piezas, corría al lado de los escuadrones, esponiéndose á cada instante á ser arroyado por las columnas ó maltratado por los soldados á quienes impedía los movimientos. Acabada la revista marchaba á compás á la cabeza del batallón, con los ojos fijos en el comandante y fingiendo con algun gesto que obedecía las órdenes y ejecutaba mentalmente todas las evoluciones. Esto le hacía notable á la multitud, y la gente se reía de verle; pero él, bajo el imperio de un sentimiento serio, continuaba marchando á compás, insensible á la burla y embriagado por las emociones de gloria, de patria y de combates.

—En cuanto tenga la edad voy á alistarme, me decía, cuando errando por la tarde á los alrededores de la ciudad, nos paseábamos solos.

—¿Has visto al comandante cuando galopaba por medio de la llanura!... ¡Mandar un escuadrón! ¡Meterse como el rayo entre las líneas erizadas de hierro! ¡Adquirir la gloria, no esperando la muerte, sino volando á buscarla ó darla! ¡Romper, dispersar, perseguir!... Mi arma, Luis, es la caballería.

Algo conmovido por tanto entusiasmo, me maravillaba, también en mi imaginación, por romper, dispersar y perseguir... Por lo que hace á él replicaba en seguida:

—Y esto no es nada aun! Helos ahí que huyen dejando en el campo sus muertos y heridos... entonces rehago mis dragones todos cubiertos de polvo, de espuma y de sangre, y tomamos el camino de la ciudad salvada... Se ve á lo lejos la multitud que inunda las murallas, que cubre los tejados de las casas... se acercan, desfilan, el jefe herido caracolea á la cabeza de sus bravos... todas las miradas le echan coronas, todos los corazones vuelan á su encuentro... mi arma, Luis, es la caballería.

Yo me complacía en estos discursos tan animados por el fuego de un sentimiento vivo y apasionado. Por otra parte, acostumbrado á ver en este niño un amigo, antes de ver en él un jorobado, la idea grotesca de su pobre persona sobre un noble corcel, no se presentaba á mi pensamiento para disminuir el brillo de tan brillantes cuadros. Muy lejos pues de reirme, escuchaba con avidez; y dominado bien pronto por ese ascendiente que ejerce un carácter fuerte y ardiente, me figuraba ser soldado de mi generalísimo, y después de haber ejecutado bajo sus órdenes hábiles maniobras, tomábamos el camino de la ciudad, ya marcando ó ya acelerando el paso al son de la música, pífanos ó tambores. ¡Candor encantador de la primera edad! ¡Niños amables cuyos corazones ingenuos se aman y se unen á pesar de la fealdad corporal y á despecho de las esterioridades, cuyos juegos no son aun turbados por la vergüenza y la ponzoña de la ridiculez!

Siempre he visto en las disposiciones de este niño una prueba palpable de esa diferencia que se dice existir entre las dos sustancias de que se compone nuestro ser. Qué! ese cuerpo débil y deformado, y luego esa alma caballeresca embriagándose con la misma sombra de la gloria y del triunfo, ó ese desgraciado que su estatura hace ocultarse, callarse y reprimir el ímpetu del sentimiento, del entusiasmo y de la pasión... y esa alma tan bella como la que mas, ávida de emociones, de fieros trasportes y de sacrificios tan nobles! ¿No es esta la imagen patente de un conjunto forzado entre dos naturalezas sin relación entre sí, de una capa terrestre y grosera que tiene cautiva un alma pura?

Además no hay necesidad de recurrir á los jorobados para obtener iguales pruebas. Mirad á vuestro alrededor. ¡Cuántos rostros encontrareis duros, sombríos y feos, de donde se escapan sin embargo rayos de serena bondad y de delicado afecto! Cuántas frágiles estatuas encerrando almas de hierro! Cuántos cuerpos colosales llenos de huesos y de músculos, encubriendo almas blandas y sin vigor! Y sin mirar á otros, ¡quién no siente vivir en sí ese huésped extraño á la morada que habita, ese noble desterrado á quien ahogan las murallas de su estrecha prisión! Quién no le siente enristecerse ó gozarse en su misma tristeza ó alegría! Quién no le siente agitarse, saltar, estremecerse de entusiasmo ó de alegría, aun cuando el cuerpo parece dormitar, y dormitar aun cuando el cuerpo se halle en el seno de sus mayores delicias!

Cuando aparece en la escena la dulce y pura Desdemona, cuando Otelo cambia con ella los trasportes de una ciega ternura, cuando

esta serpiente de Yago se arrastra alrededor de estas dos criaturas tan felices, tan serenas siempre... cuando ya el veneno, circulando en las venas del moro, inflama su sangre, hace salir el fuego de su pupila, y penetrar en su corazón el odio de las venganzas... Mirad en el anfiteatro aquellas mil figuras cogidas en hilera unas á otras, silenciosas y como privadas de vida: son las imágenes corpóreas, los cadáveres terrestres... Interin que extraños al drama que se desarrolla, llenan las gradas con su masa inmóvil, sus almas se han escapado ya: ardientes, agitadas, tumultuosas, trémulas de horror ó llenas de lástima, andan errando en desorden sobre la escena; se esparcen en olas de maldición sobre Yago, gritan al moro que le engañan, le rodean, cubren y protegen con toda la compasión y el amor que tienen á la amante pura y amenazada; y por un contraste chocante, mientras que todo es reposo y entorpecimiento en aquel vasto recinto, todo es pasión, movimiento y tormenta en la invisible región en que locas se oprimen!

Vuelvo á mi jiboso. Estaba en el destino de este pobre niño que cada una de las ilusiones, á las que su corazón abría tan fácil acceso, debiera desvanecerse á las primeras lecciones de una experiencia precoz. Así sus trasportes guerreros fueron de poca duración: á medida que crecía, la risa y la mofa le hallaban menos insensible; una tímida vergüenza contenía poco á poco el vuelo de sus pensamientos; conoció con amargura que la caballería no era su arma. Pero el natural no varió sino con el tiempo, y si Enrique (este es el nombre de mi amigo) no concurría ya á las revistas, no por eso había desistido de distinguirse y conquistar los sufragios de la muchedumbre. Este deseo solamente le hizo cambiar de objeto. Testigo un día del triunfo de un abogado, vió desde luego abrirse ante él la carrera del foro, é inflamando sus esperanzas la idea de adquirirse un nombre en ella, sintió menos desde entonces la gloria del soldado, que cual ninguna había seducido tan villanamente su joven imaginación. Aunque bien niño, se entregó al estudio con un ardor del que sus maestros ignoraban la causa, y bien penetrado de la gravedad y nobleza de sus futuros trabajos, se apasionaba por la inocencia y ensayaba perfectamente defensas llenas de un énfasis juvenil. Las defensas fueron en lo sucesivo el único y constante objeto de nuestras conversaciones y el atractivo principal de nuestros paseos.

—¿Tú eres el acusado, exclamaba de repente, cuando llegábamos á algun sitio retirado; tu crimen, yo te le presentaré, siéntate. Aquí los jueces, allí los jurados, de este lado el público (porque él necesitaba público), y principio:

«Jueces, decía con solemnidad desde lo alto de su tribuna, mientras que tendido negligentemente sobre los céspedes me dejaba defender buenamente; jueces! A la vista de este desgraciado que una sangrienta catástrofe ha traído á este banco de ignominia, me encuentro sumamente afectado... Su causa es buena sin embargo; pero yo desconfo de mis fuerzas, y al pensar que la suerte y la vida quizá de mi cliente, pende del uso que haga de mi defensa, no puedo reprimir un temblor involuntario...»

—El sol me abrasa, interrumpí levantándome para cambiar de sitio.

—No te muevas, ó no te defiendes!... gritó el abogado con un ademán muy serio.

—«Voy á contar los hechos. Lejos de mí toda reticencia, todo subterfugio: pues solo en la exposición fiel de la verdad, es donde yo veo la fuerza de mi causa. Escuchadme pues, jurados; reclamó en mi ayuda vuestra atención, vuestras luces, vuestras conciencias; y bien seguro de que esta misma convicción de donde ahora saco todo mi valor, vá á trasmitirse á vosotros bien pronto, espero con confianza vuestra sentencia suprema.»

«Luis Desprez, mi cliente (es mi propio nombre, que figuraba así en el proceso), se ha casado hace doce años con Eleonora Kersaint, hija de un abogado, cuya voz ha resonado muchas veces en este recinto. Los primeros años de esta unión, fueron felices, y cinco niños...»

Aquí el defensor fué interrumpido por grandes carcajadas: eran amigos que paseándose cerca de nosotros, acababan de vernos. El jiboso bajó de su tribuna. Otro subió al instante para remedarle, haciendo contrastar risiblemente el talento del orador, su fisonomía enfermiza, sus gestos angulosos y estrechos, con el énfasis sonoro de sus palabras. Mi pobre amigo, pálido y desconcertado, hizo un esfuerzo por sonreír á estos rasgos que destrozaban su corazón, puesto que su mas cara esperanza, desaparecía en este momento. Creyendo ver en efecto en las risas de que él era objeto, la impresión que causaría algun día en el público, cuyos sufragios ambicionaba, le faltó todo el valor; y desde este momento no pensó mas en la carrera del foro. Pero había renunciado á esto desde que tuvo que sufrir las burlas y pullas que autoriza entre compañeros una familiaridad que no es muchas veces sino una falta de bondad.

No sucedió sin embargo en esta ocasión, ni en otras, lo que por lo general acontece á los jorobados, lo que es causa de que el proverbio les atribuya un carácter sumamente malicioso. Siendo sin cesar el blanco del ridículo, recogen el arma que se les tira, y la devuelven

aguzada por una malicia vengativa. Este es el triste ejercicio en que procuran adiestrarse para coger prontamente el lado vulnerable de su adversario, y arrojar con mano pronta y segura un dardo fuerte y exacto. En este triste ejercicio es particularmente donde los jibosos del pueblo bajo, los que nadie protege ni obliga, contraen ese aire de innoble malicia, esa cínica sonrisa, esa mirada sin gracia y celosa, ese espíritu mordaz, en fin, que el proverbio señala, sin añadir ni hacer saber que no es el arma de una legítima defensa la que oponen á una agresión mala y malvada. Por lo que hace á Enrique, aunque en medio de la vida republicana de los colegios se hallase constantemente espuesto á las burlas y los sarcasmos, su corazón no perdió nada de su nobleza y bondad. Ocultando sus llagas bajo una máscara de indiferencia ó resignación, se desdeñaba de recoger el dardo que le habían lanzado, porque no hubiese encontrado ningun consuelo en devolver el mal que le habían hecho. Prefería ser molesto, pero bien visto de sus camaradas, y amado de ellos quizá, á la triste ventaja de ser temido, pero despreciado. Esa nobleza de alma se pintaba en su rostro, cuyas facciones amables y espresion dulce y melancólica, hacían olvidar sin destruirle el vicio de su estatura.

Así es [como despues de una ingrata adolescencia, avanzaba Enrique hacia una juventud despojada de antemano de todos sus prestigios. Sus ojos se habían ido abriendo por grados; había entrevisto los límites de la esfera en que era permitido moverse, y adivinando, sin esperarlas, las rudas lecciones del ridículo, empleaba sus esfuerzos en avasallar facultades celosas de presentarse, y en domar los movimientos de un natural ardiente y expansivo. Esto era prudente; pero cuando lo llegó á obtener, su condición fué aun mas triste. Las mismas cosas que le habían cautivado hasta entonces, el estudio y el saber, se le hicieron poco á poco indiferentes, á medida que iba viniendo en ello, no ya un medio de distinguirse en una carrera activa y pública, sino solamente una ocupación ociosa y un recreo estéril. Despues de haber vegetado durante algunos años, acabó por resignarse en la oscuridad, dejándose guiar por sus parientes, de los que hasta entonces había contrariado las miras, severas sin duda, pero previsoras. Le hicieron abrazar la carrera del comercio, y aquel joven, sepultado en adelante en lo profundo de un escritorio, aplicaba allí esa inteligencia y esos talentos de los que había pensado hacer á sus semejantes un homenaje desinteresado, y en saber cómo se gana el oro y se aumenta la fortuna.

Sin embargo, estas no eran mas que las primicias de males mas reales. Acercándose Enrique á esa edad en que nace en el corazón una ambición mas legítima é imperiosa, que la de distinguirse ó obtener la gloria: amar, ser amado, conocer los goces de un amor correspondido, y la felicidad de una unión íntima y tierna, este es el voto de la naturaleza, y la irresistible inclinación de todos los mortales. Esta inclinación nadie la engaña sin corromperse; nadie emprende hollarla ni vencerla, sin entregarse á un largo suplicio de que la edad amortigua el sufrimiento; pero cuyo término es únicamente la muerte. Tal es sin embargo el destino que amenaza á todo ser deforme, aquel justamente en quien largas y secretas amarguras han aguzado la necesidad de las afecciones, y que un celibato forzado entrega á las torturas de un aislamiento eterno y detestado.

Por esto es por lo que el desgraciado es digno de compasión, y que su vista arroja en el corazón un dardo de dolorosa lástima. Un día, un extranjero visitaba una fábrica. Entre otros trabajadores, se le hizo notar un antiguo soldado que se había hecho jornalero. El rostro de aquel hombre estaba desfigurado de un modo espantoso, por horribles cicatrices. Al ver esto se conmovió mucho el extranjero, y preguntó:

—¿Está casado?

Respondiéndole afirmativamente, pareció calmarse súbitamente su emoción, y pasó adelante, diciendo:

—En ese caso, reservemos nuestra compasión para otros.

Yo estaba presente; estas palabras quedaron largo tiempo grabadas en mi memoria como extrañas y duras á la vez; pero hoy reconozco en ellas un sentido tan justo como lleno de humanidad. En efecto, en las almas ardientes y generosas, sucede por lo regular que en la edad ya madura, ese sentimiento que les hacia ambicionar los homenajes y simpatías de la multitud, cambie de objeto, y busque en el amor y la estimación de una compañera, lo que desespera hallar en otra parte. Muchos héroes adolescentes, engañados en sus sueños de gloria, ó naufragados en sus esperanzas de inmortalidad, han venido á abordar al puerto de una oscura y apacible unión. No eran dignos de lástima. Encontrar el amor, verse reanudar, fijar su vejez en el hogar doméstico, este es el fin de su destino, obteniendo al menos su parte entre los preciosos bienes que parecen prometidos á todos ¡Pero entrever esos bienes, contemplarlos á su alrededor, aspirar á ellos con toda la fuerza de su alma, y no poderlos nunca conseguir! ¡Pero vivir en medio de esos jóvenes, cuya vista sola arroja en el corazón un irresistible deseo de posesión, y sentirse excluido para siempre de la dicha de agradar y de ser amado; no ser para una mujer mas que un monstruo, cuyos obsequios no podrian ser sino insultantes ó risibles!... Ah! esto sí que es mucho

mas digno de compasión que el último de los miserables; y ahora se comprende bien por qué aquel extranjero de que he hablado hace poco, no compadeciéndose y pasando adelante, era un hombre digno, humano y sensible.

Felizmente esa perspectiva de un espantoso aislamiento, no se muestra de repente ni como cierta al desgraciado que la espera; y así es sin duda como en lugar de estrellarse con desesperación contra el injusto rigor de la suerte, emplea por grados y lleva hasta el fin el peso de una vida sin dulzura. Cuando mi amigo entró en el mundo, aunque desengañado sobre mil cosas por una precoz experiencia, no se había formado la idea de que el homenaje de un corazón como el suyo fuese indigno de ser aceptado, ni que la carrera del matrimonio debiera corrersele, como la del foro ó la de la milicia. Con todo, si se hacia ilusiones respecto á esto, había sufrido ya bastantes desprecios para mostrarse tímido cerca de las mujeres; para no querer agradecer sino por los rasgos de un espíritu amable y cultivado, sin intentar nunca cautivar por la espresion de los sentimientos vivos y reales de que su corazón estaba lleno. Esta situación era para él una asechanza continua. Le sufrían, gustaba su trato, y aun le buscaban á condición de que ocupase siempre este puesto; pero él, por tenerse siempre firme, y para no osar nunca provocar ni arriesgar una palabra de afecto, no hacia otra cosa que consumirse en esfuerzos si lo conseguía, ó atraerse bárbaras mortificaciones si dejaba asomar en sus maneras ó en sus palabras el menor indicio de una tierna preferencia.

Yo era entonces su confidente; él lloraba muchas veces. Yo sabía la causa; pero nunca le incitaba á que me descubriese heridas, para las cuales no conocía remedio alguno; y él mismo por una especie de repugnancia que experimentaba al remontarse hasta la ridícula causa de sus penas, quería mas dejarme adivinar sus males, que hablar abiertamente de ellos conmigo. Esto no obstante solia decirme:

—La que yo amo es bella, amable entre todas!... pero te lo juro, antes que permanecer soltero, me dirigiria á la menos bella, á la menos amable, si conocía que esta mas bien que las otras pudiera quererme y amarme!

Yo le animaba en estos votos modestos, y aprovechando su mismo abatimiento para combatir la naciente pasión que le arrastraba hacia una elección imposible, le hacía considerar, con una esperanza de la que yo mismo participaba, que limitando así sus pretensiones, y renunciando las prendas físicas, seductoras, pero pasajeras, no podía dejar de ser feliz algun día.

Estos pesados consuelos le afligian: con todo, tenía demasiado buen sentido para no tenerlos en cuenta, y sus maneras eran tales, que al menos el ridículo no se unía á sentimientos, de los que ninguna esterilidad revelaba la existencia.

Mas sin embargo, si Enrique se evadía de los tiros de un mundo duro y burlesco, el desaliento y la tristeza se apoderaban de él tambien por otro lado, arrebatándole hasta los mismos bienes que le parecían adquiridos. No tardó en distinguirse en su nueva carrera; poseía ya la consideración pública; se abría ante él un porvenir de brillante fortuna, y le correspondía á él mas que á ningun otro ennoblecer su profesión, por la elevación de su carácter y por el esplendor de los servicios hechos. Pero á medida que descubria mas la imposibilidad de presentar estos bienes á una compañera de su elección, su valor menguaba á su vista, é insensiblemente toda idea ambiciosa se apagaba en su corazón. Bien pronto se paró en este camino, que hasta entonces había recorrido con distinción: redujo su posición comercial á no ser ya sino un simple oficio para vivir, pues dejando la mayor parte de sus relaciones, se desterró de los salones que había frecuentado, y concluyó por retirarse á una vida taciturna y solitaria.

Un rasgo singular, extraño, pinta bien, me parece, el estado mental en que se hallaba mi amigo en aquella época, y da un indicio de los tumultuosos movimientos que sostenía una devoradora amargura. Un día que nos paseábamos juntos, oímos á alguna distancia dos voces de muger, acompañadas de un arpa. Enrique, sobre quien la música ejercía en todo tiempo mucho imperio, se paró para escuchar; despues me arrastró hacia el lado de donde parecían salir las voces. Era en el patio silencioso de un rico palacio. Allí nos encontramos dos cantatrices ambulantes.

Estas dos mugeres cantaban una balada antigua. Había en sus posturas y en sus modales un aire de nobleza y honestidad. Una de ellas, niña joven y tímida, parecía ser hija de la otra. Sus cabellos de un rubio bajo y suave estaban colocados sobre su frente ennegrecida por el sol; larga pestañas pardas disimulaban su mirada modesta, y sus acciones presentaban esa mezcla de gracia delicada y salvaje dureza, cuyo poético atractivo no se encuentra sino entre las mugeres dedicadas á la vida errante y aventurera. Al ver su juventud puesta así á las miradas atrevidas de la muchedumbre, no podía uno desentenderse de un sentimiento de compasión, y se contemplaba con una especie de melancolía á aquella joven planta, abandonada á las injurias del aire, que florecía lejos de su patria, bajo la tormenta amenazadora del cielo y los ultrajes de los viajeros.

Pero lo que no era para ningun otro mas que una fugitiva impre-

sion, basta algunas veces para conmovier profundamente un corazón enfermo. De pie é inmóvil á mi lado, consideraba mi amigo á aquella niña con tierna compasion. Sus facciones se animaban con un rayo de sentimiento, al sonido de aquella melodía poco variada, pero dulce y sencilla; y sus párpados se humedecían de lágrimas. Parecía que habia pasado bajo el encanto de esos brillantes sueños, de esos trasportes sin causa que hacen surgir de lo profundo del alma un canto espresivo, latiendo su corazón por la joven, cuyos acentos le proporcionaban esa felicidad pasajera, pero viva. Como estas emociones no tenían en general por efecto sino el agravar mas tarde su tristeza, quise evitar esto alejándolos; pero ni me retuvo ni me siguió. Después de una balada, cantaron aquellas mugeres otra: la jóven vino ruborizada á coger nuestra ofrenda, y en seguida se retiraron para volver á empezar en otra parte; pero nosotros las fuimos siguiendo hasta la noche.

Quando las hubimos dejado, permaneció Enrique largo tiempo silencioso y preocupado, hasta que al fin, dando salida á su pensamiento, dijo bruscamente:

—¿Quién arrancara á esas mugeres de ese oficio abyecto y penoso?... ¿Quién colocara á esa niña en el lugar de que estoy seguro es digna de ocupar?... No, añadió; no se ruborizaría así, no tendría esa mirada tímida y esa frente casta, si no fuese honesta y pura...

Al hablar así con tan apasionado acento, Enrique me miraba firmemente, como para penetrar la impresion secreta que me hacían sus palabras. Y como, incierto yo mismo sobre el sentido que habria que darias, vacilase en responder, repuso con vehemencia:

—Yo! yo soy quien quisiera ponerla en ese lugar de que es digna!... pero ella será la que no me querrá, y no os atreveis á decírmelo!

Y al acabar estas palabras, se alteró su voz y asomaron las lágrimas á sus ojos.

—Enrique, le dije, Enrique, vos desvariais. ¿Podia yo comprenderos? Yo creo que esas mugeres serán honestas; ¿pero os perdonaria la opinion el escándalo de semejante union?...

Estas palabras le hicieron caer en trasportes de furor y desesperacion:

—La opinion! interrumpió sumamente pálido de rabia: ¡sacrificarse á la opinion! Yo! ¿y á qué título? qué la debo?... La opinion! la aborrezco, la desprecio y la desafío... No quiero sufrir ni morir por ella, ¿lo entendéis, Luis?... La opinion! el escándalo! Ah! si fuesen estas las únicas dificultades!... Pero no; hablad claro, decid que una jóven que hubiera yo recogido en la calle es aun un partido demasiado brillante para que yo me atreva á aspirar á él... Decid que estoy condenado á vivir y á morir solo y miserable... Decid que vos mismo, vos, mi amigo, no podeis menos de suscribir esta sentencia...

Y no pudo continuar, pues los sollozos ahogaron su voz.

Así se terminó esta conversacion; ya no se trató de aquellas mugeres, y bien pronto cayó Enrique en un sombrío abatimiento. Pero desde aquel día fueron menos frecuentes nuestras relaciones, y menos íntimas nuestras conversaciones. Habia hallado crueles mis palabras, y mas aun mi silencio; y como si hubiese tenido que rebajar en la ceguera de mi amistad, la suya se enfrió insensiblemente. Algunos meses despues dió, sin instruirme de ello, algunos pasos cerca de una jóven que carecia de belleza y de fortuna, y habiendo sido rehusado, puso en órden sus asuntos sin misterio, pero sin dar á conocer sus proyectos, y bien pronto se supo que habia abandonado la ciudad. Muchos rumores circularon acerca de esta marcha clandestina; y yo mismo ignoraba cuál habria podido ser el destino de mi amigo, cuando despues de siete años de silencio por su parte, recibí dias pasados a carta que voy á leer, escribiendo con este motivo las páginas que preceden:

«¿Os acordais, Luis, de un pobre jarobado á quien habeis amado, soportado y consolado? Hoy se halla casado, padre de familia y contento, como no lo estuvo nunca un hombre sin joroba. El es quien os escribe.

«La desgracia irrita y ciega. Cuando me marché me detestaba á mi mismo, y ya no os amaba. Hoy pienso, llorando, que he podido desconocer vuestra larga y paciente amistad, y mi corazón no se perdona el haber sido ingrato con el vuestro.

«¡Tengo una compañera, Luis! Esta felicidad que he soñado tanto, la gozo ahora en toda su plenitud. Dios me ha sacado del borde del abismo hácia el que me arrastraba la desesparacion, para elevarme á esa condicion de hombre y de padre. Decid, Luis, á vuestras señoritas que se casen con jarobados, pues yo creo verdaderamente que un jarobado podria ser mas apasionado, si no el mas seductor de los maridos. Su esposa es para él mas bien que una muger, una providencia que le ha salvado; no se cree ser su igual, sino su reconocido servidor; y sobre todo, no puedo olvidar nunca que al concederle ese afecto al que no podia pretender, le ha puesto ella en posesion de los gozes celestiales de que estaba desheredado, y su corazón todo entero no es suficiente á amarla dignamente.

«Cuando partí, no fui á deciros mis proyectos, porque no los tenia, amigo mio. Mi único deseo era el huir de los lugares en que habia sufrido tanto, alejándome de ellos lo que me fuera posible. Así que, cuando despues de residir algun tiempo en París, me propusieron pasar á América para terminar allí un asunto en el que estaban comprometidos grandes intereses, me apresuré á aceptar, y pocos dias despues bogaba en el Océano.

«El buque estaba lleno de pasajeros, entre los cuales noté un jóven de unos veinte y cinco años, cuyo aire grave y triste á la vez, atrajo desde el primer día mi simpatía. Me dirigí á él y principiamos á hablar. Parecía atormentado por algun mal que soportaba con tranquila resignacion. Este mal se agravó mucho durante la travesía, que fué larga y penosa, y cuando ya estábamos cerca de tierra, parecia improbable que pudiese desembarcar vivo. Su jóven esposa no le abandonaba un instante; me acuerdo, que testigo de los tiernos cuidados que le prodigaba, miraba con celos á aquel moribundo, y hubiera comprado con todo lo que me restaba de bienes ó de esperanza, el placer de morir en brazos de aquella angélica criatura.

«Este señor era un jóven eclesiástico lleno de fe y de desinterés, que iba á un paraje lejano del Oeste, para servir allí una iglesia nueva. Un hermano suyo, establecido hacia algunos años en la comarca, le habia llamado. El mismo fué quien me contó todo esto: «pero, añadió él un día que su muger no podia oírnos, dudo que pueda llegar hasta allá bajo! Lo que pido á Dios, pues que me llama ante él, es que me deje el tiempo de confiar mi muger al cuidado de mi hermano...» Estas últimas palabras le causaron un enternecimiento, contra el cual se esforzó en luchar, rogando á Dios con una sencillez de términos, y una fe tan cándida, que me impedían hallar extraño que pasase así delante de mí de la conversacion á la oracion.

«Vivió lo bastante para saltar en tierra. Su aislamiento me habia hecho necesario, hallando el olvido entero de mis propios pesares en la idea de no ser inútil á aquellos dos afligidos. A fin de acomodarme á su situacion, que requeria la mas estricta economía, escogí entre las fondas de Nueva York, la mas modesta, y me establecí allí con ellos. El reposo, y sobre todo, el cuidado de un hábil doctor, suspendieron por algunos dias los progresos de la enfermedad; pero sin dar á aquel desgraciado esperanzas de curar y de vivir. Como su muger y yo nos sucediamos á su cabecera, aproveché las ocasiones que tenia de verle solo, para calmar las angustias que le causaba el próximo abandono de su jóven compañera. Yo le prometí que la conduciria al lado de su hermano, luego que hubiera terminado el asunto que me llevaba á Nueva York, y que si ella no se determinaba á permanecer con él, la volvería á llevar á Europa para entregarla en manos de su propia familia. Estas promesas le dieron la calma, y ya no se ocupó de su esposa, sino para prepararla á una separacion próxima; y sostenido hasta el último momento por las esperanzas de la fe, se estinguíó apaciblemente al cabo de pocas semanas.

«De esta manera quedé siendo el protector de su viuda. Nuestra situacion era equívoca á los ojos del mundo; pero para los dos era clara y decidida, pues Jenny, este es el nombre de aquella jóven señora, supo de su mismo marido mis promesas y su consentimiento. La veia todos los dias, y ya conocereis, Luis, suficientemente cuál era la situacion de mi alma en aquella época, para adivinar, sin que os lo diga, los sentimientos que debieron nacer bien pronto; pero entonces lo mismo que antes contenia la espresion de ellos, y limitándome á cumplir los compromisos que habia contraido, miraba como una felicidad el tener al menos que proteger y servir á la que idolatraba en el fondo de mi corazón.

«Así vivimos durante un año, dilatando dimes y meas nuestra marcha, hasta que hubiesen terminado mis asuntos. En seguida emprendimos un viaje de mas de 900 millas, hasta los mas recónditos parajes del Oeste. Sensible Jenni á mis cuidados, me demostraba frecuentemente su reconocimiento; hablábamos de su porvenir, de su familia, de los países que recorriamos, estableciéndose entre nosotros un lazo de intimidad que era para ella dulce y sin combates. Reunia ella á un alma sencilla un espíritu cultivado, así que hallaba yo en su conversacion un atractivo bastante vivo para hacerme olvidar, mientras estaba á su lado, ese espantoso pensamiento de que nunca seria nada para ella. Sin embargo, ella adivinó en mí alguna pena secreta, y en el cuidado que ponía en no detenerse nunca sobre ciertos objetos, juzgué que empezaba á serle conocido.

«El paraje en que se habia establecido el cuñado de Jenny, es una de esas pequeñas aldeas que se ven por todas partes en los confines del desierto, para ser bien pronto abandonadas por los atrevidos colonos que incansablemente avanzan en estas soledades. Al llegar, nos encontramos rodeados por los habitantes de tan pintorresco lugar, quienes nos indicaron la casa que buscábamos, pero diciéndonos al mismo tiempo que no hallaríamos en ella al dueño. La misma enfermedad á la que habia sucumbido su hermano, le habia arrebatado dos meses antes. Habia legado sus bienes al esposo de Jenny, pero por la muerte de este pasaban á otro hermano que estaba en Europa, quedando á sí esta jóven privada de todo recurso.

«Al saber esto se apoderó el desaliento de Jenny; se vió como aban-

donada por el cielo y por los hombres, en medio de aquella apartada region, y cediendo á un trasporte de desesperacion, se echó en mis brazos y me inundó de lágrimas. A este movimiento de una jóven que parecia implorar mi proteccion y entregarse á mí como al único amigo que la quedaba en la tierra, espermenté la mayor impresion que haya recibido en mi vida... La felicidad, la turbacion me quitaron la voz y casi la respiración; un rayo de esperanza que acababa de lucir en mi corazón arrojaba en medio del tumulto de los sentimientos, el delirio de la mas poderosa alegría. Este momento, Luis, cambió mi ser, cayendo una barrera insuperable, y me hallé como libre de las cadenas de temor y de vergüenza que hacia tantos años pesaban sobre mi corazón. Luego que estuvimos mas tranquilos uno y otro, me atreví á hacer á Jenny la libre declaracion de mis sentimientos, y proponerla la union de nuestros destinos luego que estuviéramos en una situacion mas fija y menos precaria. Ella me escuchó con emocion, pero sin sorpresa, y convencida de que era mas bien un afecto sincero, que un sentimiento de lástima por su falta de recursos, lo que me sugeria mi determinacion, me dijo con sencillez:

«—Será vuestra esposa, señor Enrique, y ojalá encontréis en mí una compañera digna de vos! Pues os entrego con gusto el voto de mi corazón.

«Desde este momento, querido amigo, es desde cuando datan para mí los dias de una felicidad constante y sin tinieblas. Bendigo la Providencia, que por medio de tan misteriosas y estrañas circunstancias, me ha conducido como por la mano ante el único bien que deseaba, y que me le ha hecho encontrar cuando creia hallarme mas lejos que nunca. Tales han sido sus dispensaciones para mí, que hoy el afecto, el reconocimiento y la alegría comparten mi corazón, sacando mi condicion presente un encanto inexplicable de las angustias y miserias porque he pasado.

«Jenny habia perdido su padre y su madre, y no le quedaba en Europa mas que un tio cargado de familia; así que la necesidad mas bien que el afecto habria podido llamarla allí, y yo mismo no hubiera vuelto sino con repugnancia. Además me habia seducido la idea de permanecer en medio de la nueva sociedad en cuyo seno acababan de abrirse para mí dias felices. El paraje en que estábamos era magnífico, alterado apenas por los primeros trabajos del hombre, enteramente salvaje y silencioso, y sin embargo animado hasta cierto punto por el movimiento de la civilizacion naciente. Deseaba yo entrar en este movimiento, revivir en esa vida sencilla y primitiva en que los afectos de familia que suavizan vuestras costumbres y vuestros placeres mundanos, se estrechan, se concentran y se saborean en toda su plenitud. Comunicué mis deseos á Jenny, que al punto los aceptó, y yo pensamos mas que en ponerlos en ejecucion. Me presenté para adquirir la casa y la propiedad del cuñado de mi muger, y habiéndola obtenido por un precio módico, impuse una cantidad que mas tarde ha vuelto á los herederos.

«Hé aquí mi historia, mi querido Luis, y ya podeis figuraros lo demás. Fundo una ciudad, desmonto tierras, y soy una de esas activas hormigas que recorren, abaten, trasportan y cambian por su accion imperceptible, pero constante, la faz de este vasto continente. Elijo, voto, y me cargan de derechos políticos, que atendido mi natural y mis inclinaciones, es la única cosa que me fatiga y oprime en esta admirable comarca. Pero este es un mal pasajero, y cuando he gritado, elegido y votado durante todo un día, encuentro á mi Jenny y á mis hijos, juzgando admirables y sublimes las instituciones de un país en que tengo una muger y tres hijos.

«En nuestra colonia hay tambien otros tres jarobados; felicidadme por tener esta compañía, pero no los compadezcáis, Luis, pues su joroba no les es mas pesada que lo es la mía en el día, aunque dos de entre ellos no estén aun casados; pero ya encontrarán muger cuando quieran, pues aquí los pobres, es decir, los Perezosos, son los únicos que no las encuentran. El matrimonio no es aquí el desenlace de una inclinacion delicada ó de una pasion novelesca, sino un simple establecimiento; no se trata mas que de unir la actividad de una compañera á la que uno mismo tiene, y de tener un hijo cada año. El hombre acomodado, industrial, hábil en los asuntos y de buena salud, aunque fuese de la peor figura, puede escoger entre las mas lindas chicas del país, y ser preferido á un Adonis que no sepa hacer un trato, ni explotar un terreno, ni aprovechar cualquiera ganancia. Si yo hubiera nacido en este rincón del mundo, con la aptitud que he tenido para los asuntos, hubiera llegado á ser el primer partido de aquí, y me hubiera aborrado muchos sufrimientos. Sin embargo, no hago ánimo de quejarme de mi destino, pues si he sufrido antes, ahora gozo en compensacion. Si fuera uno de esos hombres dichosos cuya felicidad me causa mas placer que envidia, desconoceria mil sentimientos vivos, en los que hallo el encanto de mi existencia.

«Enviadnos pues vuestros jarobados, que ya les buscaremos aquí mugeres; y á propósito de esto, ¿qué miserable furia, decidme, es esa opinion con que quisiste algun día meterme miedo? En este país un jarobado anda su camino, no encuentra ninguna traba, si es activo, industrial y medianamente provo; llega á ser esposo, padre, juez, presidente, qué se yo! En este mismo país tan fiero y tan fanático por

la democracia, la libertad y la igualdad, un hombre, aunque sea bueno y honrado, pero negro; si es bueno, generoso y amable, pero mulato; si es activo, industrial, hábil y emprendedor, pero mestizo, ese hombre es marcado por una mancha indeleble, es rechazado, despreciado y echado para siempre de todo cambio de afecto y de los lazos de sociedad y familia con los blancos; no puede casarse con su hija ni sentarse en sus sitios, pues se halla cercado en las ciudades, en los teatros y en las iglesias... Hé allí lo que la opinion libre y republicana por excelencia, tan liera y arrogante por sus teorías de democracia y de igualdad, encuentra justo, ordinario y natural. ¡Qué loca barbaridad tan inconsecuente é inhumana!... ¡y aun esos procederes burlescos y crueles que en vuestras lindas sociedades se encarnizan contra los desgraciados de mi clase, se atreven con deformidades reales y repugnantes! ¡Aun aquellos que hacen uso de esto no se pican de ningun modo de ser humanos y generosos por excelencia, y al atormentar y despedazar sus víctimas no se enorgullecen de su dulzura ni se engríen con su caridad!

«Pero alejemos de nuestro pensamiento tan triste objeto, que no me faltarian otros mas halagüenos, si no fuera ya preciso cerrar esta larga carta. ¡Cuán precioso me seria, querido Luis, el trato de un amigo como vos en esta tierra sobre todo tan fecunda en espectáculos interesantes; en que la raza humana venida de ayer se funda un destino nuevo; en que la sociedad se crea á vuestra vista; en que tantas cuestiones, disputadas hace ya siglos entre vuestros hombres racionales, llegan diariamente á sufrir sobre un suelo vírgen y en una nacion sin antecedentes, la prueba de la práctica y de la experiencia; en que de cada idea nace un hecho que la hace sensible á la vista, que la presenta á la imaginacion y la hace objeto de una investigacion animada, viva y llena de atractivo para un espíritu curioso! Y si reanudando nuestros hábitos antiguos dejamos las ciudades para errar por los campos, ¡qué espectáculo tan amable y seductor presentarían nuestras corridas por estos alrededores, en que la naturaleza reina como soberana desde la creacion del mundo; en estas soledades sombrías, verdosas y silenciosas, llenas de grandeza y de misterio, en que la vista se pasea de maravilla en maravilla, en que el pensamiento se engrandece y purifica, en que el hombre débil y perezoso, hallándose frente á frente con las obras del Todopoderoso, siente como un estretemiento de temor religioso, y se refugia y abraza con amor y temblando bajo el ala de la bondad eterna! Ah! amigo mio, si estas emociones me penetran cuando ando errante solo en este desierto, ¿qué seria si estuviéramos los dos juntos? Por lo que hace á estas gentes que me rodean, no sienten nada, son aventurados sin insensibilidad; religiosos sin poesia; puros yanques que van, vienen y especulan, no viendo en los objetos mas sublimes mas que una materia que explotar, y en los encantos tan verdaderos de la contemplacion, mas que la cosa mas segura para fastidiarse mortalmente. Así no deseo ya de los años pasados mas que la dicha de veros algun día. Ya hace tiempo he olvidado la caballería, y lo que he visto del foro me ha disgustado de él; ya no me queda mas que una vana imágen de aquel niño por quien esperímente en otro tiempo un sentimiento tan impetuoso; pero en tanto que viva sentiré que el destino me haya separado de vos, y si hago algun día un viaje á Europa, vos solo seréis, mi querido amigo, el que me habeis inducido á ello.»

EL VALLE DE TRENTO.

Hace tres años partí una mañana de Chamounix para ir á Martigny en Valais. Lo mismo hicieron aquel dia otros muchos viajeros. Todos tenían sus mulas; yo solo partí á pié, pero en este país montañoso el peon tiene sobre los demás viajeros la ventaja de la ligereza, así como la de una entera libertad en su marcha.

El camino estaba pues animado por el aspecto de diversas caravanas que marchaban á alguna distancia unas de otras. Me puse á delimitar entre mí sobre el uso que habia de hacer de mi independencia, pues tenia que escoger entre tres modos de obrar: ó formar solo la retaguardia, ó adelantar á todo el mundo y marchar solo á la cabeza, ó finalmente, ir de grupo en grupo anudando conocimientos y añadiendo al encanto del paseo el de la conversacion. Este último partido me pareció preferible.

Aleancé aquella sociedad de que me hallaba cerca, necesitándose poco para que me fijase en ella todo el día. Se encontraba allí en efecto una jóven señorita, bella, amable y encantadora... Esta es al menos la impresion que produjo en mí. Pero he observado una cosa, y es, que en viaje todas las señoritas me producen esta impresion, de donde saco la consecuencia que esta señorita no era quizá mas encantadora ni mas bella que cualquiera otra.

En viaje el corazón toma ideas novelescas y aventureras, se dilata con mas prontitud y es decididamente mas tierno; el sexo ó la be-

lleza, como diría uno de buen humor, le parece más digno ahora de sus obsequios que en cualquiera otra ocasión; y como por lo regular en estos encuentros fortuitos ningún proyecto serio, ni ningún cálculo de himeneo rotiene como una carga útil el ímpetu del sentimiento puro, este mismo sentimiento toma al punto su vuelo, elevándose en pocos momentos á una altura prodigiosa.

Y no solo el corazón se porta así en viaje, sino que es seguro también de que una persona joven contrae ciertos atractivos de circunstancia que no podría tener en un salón. Desde luego se halla aislada de sus más bellas ó amables compañeras; es una flor más ó menos rara, más ó menos brillante; pero esta misma flor, que no sería nada perdida en el orgulloso brillo de un ramillete, gusta, choca y parece graciosa y encantadora cuando sola, sobre un prado aislado, anima su aspecto esparciendo en él sus perfumes. ¿En el fondo hay nada tan tonto como un ramillete? ¿Serrallo indigno en que un amo estúpido amontona belleza sobre belleza, y de las ruinas de cada una compone un conjunto brillante, pero sin gracia; de los delicados perfumes de cada una un olor grosero! Anda, anda, vil sultan, mancha, marchita, inmola á tus placeres la frescura de mil rosas... Por lo que hace á mí, iré á buscar mi flor á los sitios en que bambolea su tallo solitario, y celoso de sus modestas gracias, lejos de darla compañeras, temeré aun el escogerla.

No es esto todo: esta persona joven, en viaje está más cerca de vos, ó bien su corazón, que está ya dado, la induce á huir la vista de los jóvenes, ó forzosamente la interesa vuestra presencia y la agradan vuestras atenciones; el imperio que ejerce sobre vos, la dicha que experimentais á su lado no podría escapársela ni disgustarla, á no suponer al menos que tan delicado como sensible, se hiciesen traición vuestros sentimientos más de lo que aparecen á la vista. ¡Y cuántas ocasiones hay, á propósito de incidentes, que nacen ó de objetos que se presentan, de atestiguar un celo adulator, de encontrarse en un pensamiento común, de sentir juntos, de provocar ó deber nacer esa simpatía á la que se adapta la edad, la inclinación y el irresistible atractivo de dos corazones jóvenes! Esa simpatía será de algunas horas, de un día quizás; pero si es pasajera, es viva y pura, quedando en lugar de pesares un recuerdo lleno de encanto.

¿Y qué será si esos objetos que se presentan á vuestra vista son esos valles, esas selvas, esos montes sin número, esos hielos infinitos, en una palabra, esa naturaleza, ya risueña, ya sublime de los grandes Alpes? ¿Si á cada instante un espectáculo interesante provoca esta admiración expansiva, esta necesidad de compartir las emociones, cuyas olas no pueden tener enteras en el corazón, y que su religiosa pureza libra del yugo de una púdica reserva? ¿Qué será si la joven en medio de estos transportes y olvidada de su rústica cabalgadura, os deja usurpar el dulce cuidado de dirigir su marcha y arreglar sus caprichos? Mientras que con la brida en la mano poneis entre la mula y el abismo la muralla de vuestro cuerpo, ella admira y se conmueve, su rostro se embellece con la vida del sentimiento, la brisa de la mañana que sopla desde lo alto reaviva las rosas de su tez, y recogiendo en los pliegues de su capa, dibuja ó descubre las gracias de su posición. Ah! pobre joven, ya vuestro corazón y vuestra mirada infiel á las montañas, vaga con un amor al rededor de tan encantadora criatura; es amable, no es verdad? Es bella, encantadora... Esto es todo lo que yo quería probar.

Aquel día experimenté todos los sentimientos que acabo de describir. Tenía la brida en la mano; hice de mi cuerpo una muralla; pero desgraciadamente no había abismo. Nos detuvimos cerca del ventisquero de Tour, pues acabábamos de descubrir delante de nosotros aquel estrecho y solitario valle en que concluye contra las cuevas del desfiladero de Balme el valle de Chamounix: aun estaba todo sombrío, pero detrás de nosotros este mismo valle se mostraba ya en todo el brillo de su esplendor matinal. Llegado el sol á la altura de las gargantas lanzaba allí sus fuegos á través de vapores azulados, rozando desde la cima hasta la base las puntas dentadas de los ventisqueros, y haciendo brillar por cima de las sombras de las selvas las innumerables agujas de Bois, de Bossons y del Taconag; dejando en seguida en la sombra el Arve y sus islas pobladas, venía á dorar al pie de las paredes del Brévent los tranquilos prados en que brillan esparcidas las cabañas del Priorato. «¿Qué espectáculo! dijo mi compañera, quiero bajar...» Yo la ayudé, y una de mis manos quitaba el estribo, mientras que la otra, dulcemente oprimida por la suya, la servía de apoyo para saltar ligeramente á tierra. Entonces nos sentamos sobre un peñasco de granito, mientras que la mula pastaba las yerbas que forman la orilla del camino.

Hay momentos en que la contemplación es de rigor, sin ser por esto más fácil. Se trataba de admirar, pues no nos habíamos sentado más que para esto; pero si mi compañera, poco hecha á las costumbres pastorales, sentía algún embarazo al hallarse así sola conmigo, yo por mi parte estaba demasiado preocupado por su presencia, para que me fuese fácil hablar elocuentemente de las montañas. Sin embargo lo intenté; pero después de algunos lugares comunes, cuya simpleza me importunaba á mí mismo, retrocedí como pude hacia un objeto más á la orden del día que el esplendor matinal.—Ya veis, señorita, la

dije, que el camino se divide aquí en dos; ¿me atrevería á preguntaros si vuestros padres se han decidido por la Tête-Noire ó por el desfiladero de Balme?—Lo ignoro, caballero, me respondió, y volviéndose en seguida del otro lado para ocultarme su rubor:—Creeo que son ellos los que veo allá bajo.

Efectivamente, el resto de la caravana que habíamos dejado atrás, se iba acercando insensiblemente; observé que los padres de mi joven compañera habían tomado á su vez la delantera sobre los demás viajeros, y que sin vernos aun apretaban el paso de sus mulas. Cuando nos hubieron alcanzado:—Vaya, señoras, dijo el padre, este es el momento de decidirmos. Volviéndose en seguida á mí: y vos, caballero, por dónde pasáis?

Esta insidiosa cuestión no me sorprendió tanto como me contrarió. Ya la víspera había dicho imprudentemente á aquel caballero que mi proyecto era pasar á la Tête-Noire, y había creído proceder hábilmente, pues este paso, más fácil que el otro, es el que escoge por lo regular una sociedad en que hay señoras. Pero la víspera también aquel caballero me había prevenido prudentemente, que por lo que hace á él estaba aun incierto sobre cuál de los dos pasos elegiría. Era pues manifiesto que aquel padre visor había querido evitar cualquier eventualidad, y entre otras hacer pasar á su hija por el lado por donde yo no fuera. Así que, comprendiendo maravillosamente toda la estension de su pregunta, y celoso por salvar al menos mi dignidad:—Ya lo sabéis, caballero, respondí, mi proyecto ha sido pasar por la Tête-Noire... El me interrumpió:—Desgraciadamente nosotros vamos por el desfiladero de Balme. Verdaderamente lo siento. Buen viaje, caballero: estoy muy contento por haber gozado al menos durante esta mañana de vuestra amable sociedad. Yo me confundí en cumplimientos también muy sinceros, y nos separamos.

Me quedé muy triste frente á frente con la bella naturaleza, que no me parecía del todo muy bella. El Priorato me parecía triste y los Bossons me importunaban. Sentado sobre mi peñasco me entregaba á reflexiones rencorosas sobre la hipócrita tiranía de los padres, que secunda frecuentemente, tan mal á propósito, la sumisión demasiado angélica de sus hijas. En este momento pasó otra caravana, á la que me reuní á falta de otra cosa, y también para combatir por la distracción las llagas del sentimiento.

Esta caravana se componía de tres señores á pié y de una mula cargada de piedras. Estos señores eran geólogos, los que son una compañía encantadora, pero sobre todo para ellos mismos. Su costumbre es detenerse en cualquier guijarro y ponerse á pronosticar sobre cualquiera capa de tierra. Rompen los guijarros para llevarse algo de ellos; raspan las capas de tierra para formar un sistema cada vez; en fin, esto es muy largo. No carecen de imaginación, pero esta tiene por dominio el fondo de los mares y las entrañas de la tierra, apagándose luego que llega á la superficie. Mostrábles una cima soberbia; es cosa del viento; un barranco lleno de nieve; ven en ello la acción del fuego; un bosque; no tienen nada que ver con él. A la mitad del camino de Valorsine puso á mis tres geólogos en movimiento un mal pedazo de roca, sobre el que estaba yo descansando; fué preciso levantarme al momento y abandonarles mi asiento. Mientras le partían en pedazos me fui alejando poco á poco hasta que me perdieron de vista. *Sic me servavit Apollo.*

Con todo, si procuro evitar al geólogo, amo en todo tiempo la geología. El invierno, sobre todo, en el rincón del fuego, es magnífico el oír racionar sobre la formación de las bellas montañas que se han visitado durante los días buenos; sobre el diluvio y sobre los volcanes, sobre el gran deshielo y los vientos, y sobre los fósiles sobre todo. Cuando se trata de los fósiles, no dejo nunca de introducir en la conversación el gran Mastodonte de no sé quien, ó el Megalosaurus de Cuvier, que es un gran lagarto de 12 piés de largo, del que no tenemos más que los huesos sin la piel. Pero figuraos este grande animal paseándose al través del antiguo mundo y alimentando á su familia de elefantes á guisa de moscardones. Vivan las descripciones! Ellas propagan y popularizan la ciencia: ahí es hasta donde alcanza mi geología.

Aun sin las descripciones, ¿quién no es un poco geólogo? ¿Quién no se pregunta á vista de los accidentes ó maravillas que ostenta una comarca montuosa, cómo se han abierto ó ahuecado esos abismos, cómo esas cimas se han lanzado hacia los cielos, por qué esas dulces cuevas y esas ásperas rocas, de donde vienen esos colosos de granito que pesan sobre la llanura, ó esos despojos marinos ocultos en las montañas? Estas preguntas son de la geología pura, á la vez elemental y trascendente. Los geólogos no se dirigen otras, y ni aun están nunca de acuerdo sobre el modo de resolverlas, pues dicen que es el agua, el fuego, la erosión ó el viento. Por todas partes hay sistemas, y en ninguna verdades. Muchos trabajadores y pocos prácticos. Sacerdotes y ningún dios; de tal modo que cada uno puede acercarse su hipótesis al fuego del altar, y decir viéndole arder: humo por humo, el mito vale tanto como el vuestro.

Por eso precisamente es por lo que amo esta ciencia, pues es infinita y vaga como toda poesía. Como toda poesía, sondea los misterios, se sumerge en ellos, y flota sin perecer. No descubre los velos, pero

los agita, y por agujeros casuales penetran algunos rayos que deslumbran á la vista. En lugar de llamar en su ayuda el laborioso socorro del entendimiento, toma la imaginación por compañera y la arrastra á las profundidades tenebrosas de la tierra, ó bien retrocediendo con ella hasta los primeros días del mundo, la pasea sobre jóvenes y verdes continentes poco hace abiertos por el caos, brillantes con su primitivo adorno, y que hollan esas razas perdidas, pero cuyos restos gigantescos nos revelan hoy su existencia. Si no llega á un término, al dirigirse á él recorre un camino halagüeño; si divaga ó desatina sobre las causas secundarias sin cesar por todas partes y en virtud de su misma impotencia, nos pone frente á frente con la causa primera; y por esto es por lo que siempre amada y siempre cultivada esta ciencia es tan antigua como el hombre. *El Génesis* es el tratado más antiguo y más sublime; y entre los poetas por excelencia, entre los griegos, los teógonos y los cosmógonos abundan desde la primera edad; desde entonces como hoy, los partidarios de Vulcano y de Neptuno se disputan, no en verdad los sufragios del mundo sabio, sino la admiración sencilla, la curiosidad ociosa y el sentimiento poético de una multitud inteligente y crédula.

En Valorsine me uní á otros tres viajeros; eran estos un francés y dos ingleses, gentes sin ninguna especie de relación entre sí, sino es la que establecen temporalmente las maneras *comme il faut*, y esa especie de simpatía aristocrática, en virtud de la cual hombres que se estiman de igual condición, consienten en rozarse entre sí cuando por otra parte no pueden rozarse con otra persona.

Los ingleses eran dos buenos mozos, de esos poco hace estudiantes y aun no hombres, que mi lord su padre envía apenas escapados de Cambridge á dar una vuelta por el continente, acompañados de una especie de ayo subalterno que les limpia las botas y lleva su cuenta. Ya los había yo encontrado los días anteriores. En la fonda y en la mesa me habían parecido tener todo el decoro del *gentleman* inglés; en el camino los había visto jugueteando entre sí ó con los pasajeros, así que, me parecían á esos grandes perros de Terranova que á punto de permanecer graves, se sorprenden aun en saltar con alegría ó en jugar con los perrillos del continente.

El francés era un elegante joven, carlista de opinión, de conversación y de bigotes; uno de esos políticos de salón que se adulan de haber conspirado, que estiman haber combatido en Vendée, y que se persuaden de que pacificado el Oeste, deben á la tranquilidad de su familia dar una vuelta por Suiza para dar al gobierno un buen pretesto de hacer la vista gorda sobre la audacia de sus antecedentes. Por lo demás, jovial, el mejor hombre del mundo, y con guantes blancos.

Los dos ingleses eran sobrios de palabras, torpes en sus maneras, pero bastante inteligentes de las bellezas de la comarca. La frescura de los yerbas, la limpieza de las aguas, y sobre todo lo atrevido de las cimas, les causaba una especie de satisfacción interior de que las exigencias de su dignidad no bastaban siempre á reprimir su espresión. —Magnífico murmuraban de cuando en cuando, cambiando una mirada.

Por otra parte estaban arreglados con esa sencillez confortable y costosa que distingue á los viajeros de su nación; buenos sombreros de paja de grandes alas, perfectamente limpias, pero rozadas por el uso, y negligentemente puestos sobre su cabeza; levitas de tela gris, de un corte cómodo, y llevando en profundos bolsillos una gran vista de Dollond, una petaca de plata, y los ingredientes necesarios ó útiles en su viaje por países montañosos. La misma sencillez y la misma limpieza había en su ropa blanca, y en medio de la torpeza un poco pesada de sus movimientos, esa firmeza de los jóvenes lores, que dispuestos según el fin que se proponen, han contado con su sastrero para estar con comodidad, con sus buenas maneras para hacerse distinguir, contando en todo caso con sus guineas para hacerse respetar ó querer de los posaderos del continente.

El francés, por el contrario, era eminentemente comunicativo, cómodo y vivo en sus maneras, sumamente entusiasta de las bellezas de los Alpes, de las que por otra parte no tenía ningún sentimiento. Como los ingleses, estaba también encantado de la limpieza de las aguas, pero era esto para comparar su frescura á las aguas tibias que se beben en París. Las cimas le encantaban, pero era á vista de los saltos prodigiosos que daban las gamuzas para pasar de una á otra, y sobre todo con la esperanza de perseguirlas bien pronto, cuando hubiera recibido de París una excelente escopeta de Lepage que se había apresurado á pedir.

—La primera que mate, dijo, voy á enviarla á Praga. Además estaban vestidos como Robinson por una modista. Un magnífico sombrero impermeable, de alas pequeñas, se hallaba coquetamente puesto sobre su lustrosa cabellera; una corbata, impermeable también, le oprimía el cuello; su levita de terciopelo, con los faldones elegantemente escotados por delante para facilitar la marcha, un talle bajo y ajustado para dar ligereza, estaba provista de bolsillos y contrabolsillos, llenos de futilidades microscópicas, de las que la mayor parte no se usaban, ya por su naturaleza ó ya en virtud de su misma pequeñez. Pero lo que era una obra maestra del arte era su baston,

que se desplegaba en silla para gozar cómodamente de los puntos de vista, se abría en forma de quitasol para preservar de los ardores del sol, y se cerraba como baston para atravesar las montañas. El baston era pesado como un garrote, el quitasolsegado como un ala de murciélago, la silla cómoda como un taburete sin paja; y sin embargo, el poseedor estaba satisfecho y triunfante por la multitud de goces indispensables que le proporcionaba aquella obra maestra.

Encontré á estos señores sentados no lejos de las mulas y metidos en una conversación, de la que el francés hacía el gasto, al menos por las diez y nueve vigésimas partes. En efecto, acababa de tratar á fondo toda la cuestión dinástica, la de la república y de los doctrinarios, en seguida había pasado á Enrique V, y de allí á las gamuzas, á propósito de un tiro que se había oído del lado de las cimas. Sobre aquel cuadrúpedo, como sobre la política, su erudición era cerrada, su idea completa y sus acciones enteramente formuladas; evidentemente había estudiado su gamuza en las obras de Alejandro Dumas, de Raoul Rochette y de otros teóricos famosos; pero como estudiante que va más lejos que sus maestros, y para quien las teorías emitidas no son más que fruslerías en comparación de la que se encuentra en estos lugares. Nada era más agradable que ver á este petulante orador arrojando á los dos hemáticos ingleses, demasiado sensatos para ser crédulos, demasiado políticos para contradecir, aunque perfectamente abrumados, sin embargo, por una charlatanería rápida é inagotable. Sin poner grande atención á esto, fumaban sus cigarros, pensando cómodamente en sí mismos: Cuánto la nación francesa ser loca, y enteramente vestida como un maestro de baile.

—Señores, les decía el francés, sé un hecho singular y que no conocéis... pues le tengo de un cazador que ha matado en un año veinte machos cabrios y noventa y nueve gamuzas, y una vez dos de un solo tiro; ya os contaré esto despues... un hecho que no pertenece sino á esta caza, y la única que yo no he ejercitado; he cazado corzos y jabalíes; le hubieran muerto á no ser por el rey á quien se deja el honor de tirar... Un hecho curioso es, que no se tira á la gamuza en línea recta y frente de sí como una chocha. La gamuza es astuta y desconfiada, si percibe el estremo de una carabina, adios! Corred tras de ella... ¿Pero qué hacen? Hé ahí á la gamuza sobre la punta de su roca; pues bien; el cazador que está emboscado apunta á una peña inmediata más ó menos lejos, según; sale el tiro, la bala rebota, y la gamuza cae sin saber de dónde la viene esta ciruela... Esto sí que es grande!

—Guía, interrumpió en este instante uno de los ingleses, despa-chaos. Yo tener que tenemos la lluvia, vamos adelante.

A estas palabras nos levantamos los cuatro para ponernos en marcha, en el momento en que los geólogos entraban en Valorsine. Mas allá de esta aldea se estrecha el valle, y bien pronto despues se le encuentra metido en los desfiladeros salvajes de la Tête-noire.

El tiempo, tan hermoso por la mañana, había cambiado en efecto. Unos vapores vivos y blancos que flotaban con rapidez, habían cubierto insensiblemente el azul de los cielos y empañado el brillo del sol: á estas horas se iban formando nubes amenazadoras que se amontonaban tumultuosamente alrededor de las cimas. Un viento cálido que soplabá del valle del Ródano, subía con impetuosa por esta estrecha garganta, levantando la arena, echando por tierra las yerbas y silbando entre el ramaje de los abetos. Dejamos de hablar, y marchando con ligereza dejábamos de cuando en cuando algunas crucecitas plantadas en el suelo sobre los bordes del sendero. Estas cruces designan el sitio en que durante el invierno ó en los primeros días de la primavera han perecido algunos montañeses, sorprendidos por el frío ó por los témpanos de nieve. Al pié de una de ellas estaba una pobre muger arrodillada, orando por el muerto, mientras que su cabra, asustada al vernos, se puso á saltar de piedra en piedra hasta la orilla de un pequeño barranco, desde donde nos consideró curiosamente. Bien poco despues estalló la tempestad y sobrevino la lluvia; pero llegamos á la piedra de los ingleses, donde buscamos un abrigo.

Esta piedra es una enorme roca que se adelanta sobresaliendo por cima del sendero. Una inscripción esculpida en el lugar más aparente, indica que la roca ha sido bien y debidamente comprada al comun por una señora inglesa.

—Vaya! dijo nuestro francés al percibir de lejos la inscripción, un monumento? Un sepulcro?

Pero cuando hubo leído la inscripción. —¿Hé aquí una cosa buena! exclamó echándose á reír... habladme de una joya como esta... desafío á los geólogos á que la lleven! Y el comun, decis... Si estamos en Inglaterra! Muy reconocido, señores, por la hospitalidad, añadió dirigiéndose á los ingleses, solamente quisiera un *roastbeef* y Burdeos!

Los dos ingleses á quienes no gustaba mucho aquel tono irreverente aplicado por un francés á un hecho cuya escentricidad les parecía en el fondo una cosa grande, y cuya extravagancia una cosa muy nacional, se encerraron en una taciturnidad á la vez desdeñosa é incontinente. Claramente se veía que con muy poco esfuerzo y sin otro cuidado que el de adular justamente su pensamiento secreto para hacerle salir fuera, bien pronto se les hubiera inducido á exaltar con motivo de la palabra «magnífico y hermoso!» á declarar los ingleses y

as inglesas el primer pueblo de la tierra, qué se yo? Acentonar un ronco y solemne *God save the King...* lo que hubiera sido mas entretenido que el silencio que guardaban entonces. Sin embargo, si se hallaban ofendidos, bien pronto tomaron su rebancha. Para gozar de la vista, nuestro compañero acababa de instalar su silla mecánica; apenas se hubo sentado, cuando rompiéndose los tres pies á la vez, cayó patas arriba con la espalda en el suelo y la cabeza en un charco... No, nunca he visto á dos ingleses riéndose con tan perfecta armonía, con un timbre mas estrepitoso y con mayor satisfacción. Por lo que hace al francés se levantó jurando, arrojó los restos de su mecánica al torrente, y se puso en seguida á reír en coro con nosotros, con la mayor franqueza del mundo.

Entre tanto, en lugar de cesar la lluvia, caía con mayor violencia: --Ya estamos en Inglaterra, dijo al momento el francés, pero no me encuentro mucho mejor por esto... además mas vale marchar mojados que acercarse aquí. Quien quiera que siga! Y se puso alegremente en marcha. Los ingleses hicieron lo mismo y yo seguí su ejemplo.

Cuando uno es joven y de buena salud, cuando sobre todo se tiene el gusto y la costumbre de viajar á pié, no es una cosa tan mala como se piensa el proseguir su camino arrojando la tempestad. Está como mojado, y como dice Panurgo, entra el agua por el cuello y sale por los talones, pero estas son las arras del vivo placer que os espera: el de llegar á casa, el de quitarse sus húmedos vestidos, el de presentar á la clara llama del hogar sus helados miembros, y finalmente el de ir á reparar su fatiga y restaurar sus fuerzas alrededor de una mesa bien servida. Además, ¿no es nada el asistir á esas grandes escenas? ¿No encuentra el alma algun encanto, ella que siempre está ávida de movimiento, de emociones y de pensamientos? Despues de haber reflexado como el espejo de un lago la fresca serenidad de la mañana y los radiantes ardores del mediodía, ella refleja á su vez las nubes pardas, se repliega bajo el soplo tempestuoso del viento, penetra en ella la turbacion de la naturaleza, y escitada entonces encuentra en el seno mismo de la turbacion, esos misterios y esos goces de que está privado el entorpecimiento del bienestar.

Para gozar mejor estas emociones, me quedé atrás de mis compañeros. Gustaba hallarme solo en aquel abismo de la Tête-noire, batido por la lluvia, aturdido por el estrépito del torrente, por el ruido de las piedras que bajaban por los barrancos chocando unas contra otras, por el del rayo, cuyos fuertes estallidos se prolongaban en ruidos sordos, majestuosos, ya lejanos, ya próximos, y como por cima de mi cabeza. La escena era tan magnífica y mi preocupacion tan grande, que me quedé desconcertado cuando vi tan cerca de mí las cabañas de Trento, de las que aun me creía lejos. En esto se oyeron unas risas en el corredor de una casa. Era el francés que acababa de verme.—Aquí hay vino, me dijo, con qué mezclar vuestra agua. Entré pues en la quiescencia.

Las cabañas de Trento están situadas en medio de un pequeño valle, cuyo aspecto es chocante y lleno de propiedad. Este valle, que no tiene por ningun lado mas de una milla de largo, está tan profundamente encajonado entre dos montañas de una altura inmensa, que el sol no penetra el fondo sino á eso de mediodía y durante un corto tiempo. En una de las estremidades, el ventisquero de Trento, metido entre las paredes de un estrecho desfiladero de granito, hace oír sordos chasquidos, y abierto en su base, vomita como por una boca azulada, olas negras y arremolinadas, que bien pronto corren dulcemente á través del prado. En la otra estremidad, una montaña abierta perpendicularmente hasta su base, da paso á aquel torrente, que se pierde en tenebra. Los abismos impenetrables al hombre, para salir cerca de Martigny en Valais y desembocar en el Ródano. La situacion de este valle, aquella sombra perpétua, el ventisquero y las aguas conservan allí una hermosa frescura, resplandeciendo con el brillo de una verdura incomparable la alfombra de yerba que tapiza el fondo cuando se mira por primera vez desde lo alto de la montaña. Parece que se descubre un Eden desapercibido aun, un retiro en que viven ocultos hace siglos los primitivos habitantes de la comarca. Baja uno á aquella límpida sombra, saborea aquel aire restaurador, escucha aquella voz sonora; continúa de las aguas que llegan y se van, y maravillándose la vista con un nuevo esplendor, se conmueve dulcemente el corazón.

A este valle es adonde van á parar los dos caminos de la Tête-noire y del desfiladero de Balme, reuniéndose los dos senderos al pié de la Forelaz, que es preciso atravesar y volver á bajar para llegar á Martigny. No se encuentra otro descanso que la taberna donde acababa yo de entrar. En el piso bajo está el establo, la pajera, y encima el cuarto de los bebedores, al que se sube por algunos escalones de madera que van á parar al corredor, desde donde me habia llamado el francés. Como suele suceder alguna vez que otra que algun viajero, sorprendido por la noche ó por la tempestad, se ve precisado á detenerse en Trento, los dueños de la taberna tienen dos camas en aquel mismo cuarto. En el momento en que yo entraba, renunciando los dos ingleses á llegar á Martigny con un tiempo tan malo, acababan de apoderarse de ellas, acostándose en seguida, despues de haber rondado de ropa y encendido su cigarro.

La tempestad habia llegado á ser tan terrible, que me hallaba muy inquieto por la suerte de la caravana que habia dejado por la mañana, y muy impaciente por saber si habia ya bajado el desfiladero y atravesado Trento. Iba á preguntar al patron, cuando un relámpago deslumbrador, seguido de un trueno espantoso, nos hizo estremecer. El patron se santiguó, y corriendo su muger á la ventana exclamó: ¡Es en el bosque Maguin! Miramos y vimos á un hombre que salía del bosque corriendo con todas sus fuerzas hácia donde estábamos nosotros. Cuando estuvo ya cerca le llamamos, y al punto le reconocí por haberle visto por la mañana con los padres de mi joven compañera. Lleno de ansiedad le pregunté, pero no me dijo nada. En la cumbre le habian hecho adelantarse, con orden de ir á Martigny para obtener alguna habitacion. Una hora despues sobrevino la lluvia, en seguida la tempestad y despues el rayo.

—¡Ha caído, añadió, en la quiescencia de Privaz, que está ardiendo á estas horas, y los animales andan esparcidos, en particular una ternerrilla que he dejado atrás, que berreaba que era una lástima... me ha seguido hasta ese trueno que ha sonado, y por cierto que creía yo ser esto el fin del mundo!

El francés, que habia escuchado este coloquio, exclamó de repente: —Señoras en ese bosque!... Señoras en medio de esa tempestad. Par diez! no se dirá que no las he de sacar yo de ahí. ¿Quién viene conmigo?

—Estoy á vuestra disposicion, le dije. En marcha! Yo llevo estas dos pieles de cordero que hay colgadas en la pared.

—Y yo este cordial, dijo el francés, echando el vino de nuestra jarra en su bota, y sin mas preparativos partimos.

En este momento llegaban los tres geólogos... ¡en qué estado, Dios mio! chorreando agua por los codos, por los bolsillos, por las narices y por los dedos; parecian abejorros flotando en el cataclismo de un surco, ó auegados por el diluvio nadando hácia el arca!... y sin embargo, atentos aun á las piedras, echaban una ojeada á las estratificaciones. Así entraron en la cabaña.

Bien pronto empezamos la subida del desfiladero de Balme. —Estos comerciantes, decia el francés, son unos ladrones con su impermeable; todo mi sombrero está lleno de agua!... á propósito: ¿son bonitas vuestras señoras?

Un nuevo trueno, seguido de redobles espantosos, me dispensó de responder, además de que costaba mucho trabajo el oírse. El sendero habia llegado á ser lecho de un furioso arroyo; por todas partes caía el agua en forma de cascadas, y á medida que nos elevábamos, era el frío cada vez mas vivo. Por cima del bosque Maguin, la lluvia era helada y mezclada de granizo. Una hora despues nos hallábamos en la nieve. Entonces el silencio sucedió de repente al fracaso de las aguas y al silbido del viento en la selva.

Ya no se distinguía el sendero, y nadie respondía á los gritos que dábamos de cuando en cuando; así que desesperábamos ya del éxito de nuestra tentativa, cuando vimos delante de nosotros una mula que bajaba el desfiladero sola, ensillada, y con la brida arrastrando por el suelo. Para no espantarla nos escondimos tras la saliente de una roca, y cuando pasó junto á nosotros, salió á su encuentro mi compañero, mientras que yo la cogía la brida. Reconocí la misma que habia tenido por la mañana; ¡era la mula de Emilia! Entonces empezamos á presagiar las cosas mas siniestras. Sin perder tiempo monté el francés sobre el animal, mientras yo iba detrás pegándola para obligarla á marchar y guiarnos al mismo tiempo. Pero cuando hubimos llegado por cima de un terraplen abierto por todos lados, echándose la mula bruscamente hácia la izquierda, empezó á correr con suma ligereza, procurando desembarazarse de su ginete. El francés que era buen ginete se picó en su honor, y siguiendo firme, le perdí de vista al cabo de pocos instantes. Así, me quedé solo agitado por la mas viva inquietud y no sabiendo á qué lado dirigirme. Despues de haber andado errante algun tiempo encontré las huellas que la mula habia dejado impresas en la nieve al bajar, y tomé el partido de seguir las, lo que fué una idea feliz, pues al cabo de un cuarto de hora me hallé frente á frente con un hombre que bajaba siguiendo las mismas huellas.

Era el guía que corria tras de su bestia. —Ya tenemos vuestra mula, le dije; ¿pero adónde está vuestra gente?

—Dónde están, dónde están? Qué sé yo? Con esta nieve de ahora y despues de la tempestad de hace una hora, ya no hay senderos ni se ve, con un viento que barre los árboles, y con rayos á cada momento. Cada uno teniamos nuestro animal, y yo estaba jurando al mio; y ya no nos hemos vuelto á ver. Por fortuna he podido dirigirme hácia una caverna no muy lejos, donde he puesto al abrigo á la señorita, que está bien apurada la pobre joven, y luego sin mi mula no la puedo sacar de allí.

Estas últimas palabras que habia oído me hicieron pasar de una espantosa inquietud á una grande alegría. No solamente Emilia estaba en seguridad, sino que llegaba yo precisamente á tiempo.

—Buen hombre, le dije, vais á recorrer todo esto hasta que hayais encontrado á todos, y yo no me moveré de la caverna hasta que hayais vuelto. Dónde está?

Me indicó á alguna distancia una roca negruzca, diciéndome:

—Es justamente allá abajo, y no podeis equivocarse el camino. Y partió.

Yo me dirigí hácia la roca. ¿Pero qué decís, lector, de la situacion? Si la vida de viaje aislando á una joven de sus compañeras, acercándola á vos, ó proporcionándose solamente la ocasion de cambiar algunas palabras realza á vuestra vista sus atractivos, redobla su gracia y aumenta su belleza, ¿qué será si corriendo á libertarla la sorprendéis en la sombra de una gruta, sola, trémula, y sin embargo, asegurándose al acercaros, acogiendo con una sonrisa de gratitud vuestro celo por volar en su ayuda? Verdaderamente es de temer que turbado vos mismo por el placer, alentado por vuestras ventajas, no dejéis ver demasiado un celo que se podría pronto conjeturar importuno. Esto es lo que yo tenia gran cuidado de decirme á mí mismo cuando subia hácia la roca.

Pero por mas que se haga para mantenerse en los términos de una respetuosa urbanidad, no puede aparecer un joven á la entrada de una gruta, sin que la joven que se haya refugiado en ella experimente ese embarazo púdico, del que ya la preservaba apenas el sentimiento de su soledad. Al verme un vivo rubor coloreó las mejillas de Emilia, y dejando al instante el sitio retirado en que se hallaba sentada, corrió á la puerta como para ponerse bajo la proteccion del día y del cielo. Este movimiento, por natural que fuese, no podia serme agradable, pues la mas ligera alarma ultraja un sentimiento delicado y honesto. Con todo, el disgusto que sentia por esto me sirvió de algo para dar á mi aparicion el giro prosaico que reclamaban las circunstancias. Conté á Emilia á qué series de circunstancias debia la dicha de estar á su lado. La hice saber las medidas que acababa de tomar para acelerar su reunion con sus padres, que estarían ya sin duda seguros á esta hora por la llegada de mi amigo á su lado; animado en seguida por el visible placer que la causaban tan buenas noticias, arreglé mis palabras de manera á dar bastante seguridad para que estos cortos momentos de una conversacion á solas y tan inesperada, no fuesen turbados por la ponzoña de la inquietud y del espanto. Entonces se sonrió Emilia, humedeciéndose sus ojos con lágrimas de enternecimiento, y si es verdad que conservó algun embarazo, esta vez no tenia otra causa que la decente reserva que la impedia demostrarme bastante un reconocimiento que vivamente sentia.

En aquel momento habia cesado de caer la nieve, y dueño el viento del desfiladero y de las aluras, tenia suspensas en el aire las pesadas nubes. Un sol triste y pálido iluminaba la superficie de los terraplenes, mientras que una oscuridad húmeda reinaba en las gargantas del fondo, de las cuales se elevaban á trozos vapores grises é inciertos. Nos sentamos en el sitio en que estábamos, y con los ojos fijos en este espectáculo empezamos á hablar de las aventuras del día, de los fururos de la tempestad, de los magníficos contrastes que se ofrecieron á nuestra vista en el espacio de algunas horas; hasta que habiéndonos encontrado agradablemente, sobre mil impresiones que habiamos sentido ambos, aunque separados, se siguieron palabras menos reservadas y un abandono mas íntimo. Emilia me confesó que una vez reunida

á sus padres contaría aquel día, en que habia experimentado tantas emociones, tanto terror y tanto gozo, entre los mas hermosos de su vida... Entonces me aventuré á responderle que aquel momento en que tenia la dicha de encontrarla sola y de poder declarar la los sentimientos de que mi corazón se hallaba poseído, era un momento con el que no podría comparar ninguno de mi vida pasada, y que nunca le podría hallar igual lejos de su presencia. Estas palabras la causaron una estrema turbacion. Para entretenernos, y como estaba pasmada por el frío de las alturas, la obligué á ponerse aquella piel de cordero que habia llevado de Trento, que es una especie de capa gruesa en que se embozan los pastores del país. Ella se prestó á mi deseo sonriendo, y mientras que con una mano tenia suspendido el ropaje del pastor, con la otra iba por la abertura de las mangas al encuentro de la suya. Pero hé aquí que bajo aquella agreste vestimenta brillaron las gracias delicadas de su rostro con un resplandor tan vivo y tan nuevo, que trasportado de amor se deslizaron mis labios sobre aquella mano que aun tenia yo, é imprimieron en ella un beso. Confusa y trémula Emilia apartaba su mano, cuando se oyeron unas voces: Nos levantamos sobresaltados. Era el guía, y tras él el padre.

Nunca he visto la alegría de hallar un padre á su hija, tan expresivamente mezclada de despecho por no hallarla sola, como en aquel. Para ocultarle su rubor, Emilia se habia arrojado en sus brazos; yo mismo me apresuré á mostrarle la parte que tomaba en esta dichosa reunion, y sin embargo, ni sus palabras ni sus maneras podian de ningun modo estar acordes con las nuestras, aunque la situacion le mandase mostrarse tierno con su hija y sobre todo reconocido conmigo. Así que su embarazo, demasiado marcado, se comunicaba ya á nosotros mismos, cuando para disimularlo algo se echó á reír del atavío pastoral de Emilia. Esto fué una salida admirablemente hallada, que nos hizo reír á todos á mas y mejor, sin tener ni unos ni otros el menor deseo de ello. En seguida vinieron las esplicaciones mutuas sobre los incidentes del día. Mi amigo el francés habia hecho maravillas. Habia encontrado al guía, al padre, á la madre, y asegurado á ambos de que su hija estaba

hacia una hora bajo mi salvaguardia en el fondo de una gruta. Al oír esta palabra fué cuando el señor Desalle (padre de Emilia), en lugar de manifestar una grande alegría, se levantó bruscamente para reunirse á nosotros á toda prisa.

Una cosa he olvidado decirlos, lector, y es que ya habia conocido hacia tiempo en Ginebra á aquella joven en las reuniones del invierno; tambien la habia visto en los primeros dias buenos, cuando cambiando las jóvenes las lanas y pieles de la estacion fria por las ropas ligeras y chales flotantes, parecen como flores poco hace abiertas ó salidas de la cubierta celosa que ocultaba su brillo. Y tambien la habia visto cuando en el mes de agosto partió á visitar los ventisqueros, partiendo yo en pos de ella. Preguntareis acaso si ella me habia observado á mí á su vez. Esto no me toca á mí decirlo; pero lo que sí puedo afirmar es que sus mismos padres me habian observado infinitas veces. Mi asiduidad, que turbaba su reposo y que contrariaba sus miras, era lo único que les habia inducido á dejar su casa para



Este caballero era un turista... muy bien vestido y muy comunicativo. (EL GRAN SAN BERNARDO.)

ir á ver una bella naturaleza, con la que no tenían nada que hacer, y como se ha visto mas arriba, á preferir el paso penoso del desfiladero de Balmes á la travesía fácil de la Tête-noire. Este corto informe explica muchas cosas, y podría darle mas completo avanzando sobre un porvenir poco lejano, si no temiese dañar el interés de mi relacion, aproximando estas poéticas aventuras al desenlace, feliz en verdad, pero prosaico, en que terminaron á los seis meses. Vuelvo pues á seguir mi relacion.

El tiempo, sin dejar de ser sombrío, no era ya tempestuoso; la poca nieve que habia caído empezaba á desaparecer, prometiendo toda una tarde tranquila... Dejamos pues la gruta y nos dirigimos hácia un torbellino de humo que, elevándose tras de un bosque de cedros, designaba el sitio en que nos esperaban. El francés estaba ausente á la sazón, pero hallamos á la señora Desalle cómodamente establecida en el mejor vivac posible.

—¡Vuestro amigo, caballero, es un hombre excelente! me dijo ella luego que me hubo apercibido. En efecto, con esa actividad caritativa y galante que despliega tan pronto en los franceses la vista del bello sexo angustiado, mi compañero habia formado en pocos instantes una especie de banco por medio de algunas piedras, justamente colocadas y cubiertas de una capa de musgo seco; encima habia entrelazado las ramas de los cedros de manera á formar un abrigo impenetrable á la nieve; encendiendo en seguida una pequeña lumbre para la señora Desalle, habia reunido á mas distancia ramas gruesas, de modo que produjeron una gran fogata, alrededor de la cual habia unas varillas puestas sobre hendiduras hechas en los cedros vecinos, esperando que se colgasen allí para secarse los efectos de la caravana. Estas atenciones para una señora que no era jóven, y esos cuidados previsores para asegurar el bienestar de nuestra pequeña colonia, provocaron en todos nosotros ese sentimiento de gratitud tan admirable para cambiar las situaciones mas ingratas en momentos llenos de satisfacción. Pero al ver un pequeño utensilio de plata formado de tres ó cuatro piezas artísticamente ajustadas y lleno de un líquido en ebullición, no pude menos de reirme. En él reconocí una cafetera mecánica para dos ó tres usos, cuyas propiedades nos habia enseñado nuestro compañero en Valorsine, y en la cual acababa de echar algunas gotas de esencia de café comprada en París, sobre un poco de nieve que cogió en el desfiladero de Balme.

En aquel instante le vimos al mismo que subia el cerro en que estábamos, trayendo consigo una vaca que le seguia sin mucho trabajo...—Bravo! exclamó al vernos á todos reunidos; aquí traigo para todo el mundo, pero café solo para estas señoras. Tengo el honor de saludaros, señorita; tened á bien, señores, dejar ese chal y esas capas en las varillas; yo me encargo de lo demás. En seguida, despues de haber abierto y dejado junto á las señoras un pequeño azucarero de bolsillo, se puso á ordeñar la vaca en dos tazas de coco que sirven para beber en los manantiales, y echando despues el café, presentó aquella bebida con un aire, á la vez diligente y glorioso, que hacia morir de risa. Yo tambien reia, pero esta vez de alegría, de contento y sin mezcla alguna de malicia, como habia hecho en Valorsine. En efecto, únicamente entonces acababa de comprender una cosa bien sencilla, y es que en viaje, como en cualquier otra parte, no hay peor atavío que aquel que no conviniendo mas que á su dueño, no sirve para otro.

Quando se sale de una angustia los corazones se abren fácilmente á la indulgencia, á la felicidad y á una cordialidad expansiva que quita todo sentimiento rencoroso. El señor y señora Desalle parecían ya no acordarse de la gruta ni de otros obstáculos mas antiguos; y yo mismo, reconocido á la acogida amistosa que me hacían, evitaba darles qué sospachar, mostrándome demasiado celoso por su hija. Por lo que hace á esta, vuelta en sí de su turbación, pero interiormente agitada, se esforzaba en ocultar sus preocupaciones bajo un aire de alegría, mientras que mi nuevo amigo, el francés, habiéndose metido en el bolsillo su batería de cocina, se ocupaba con los guías en los preparativos de marcha.

En el momento en que partimos acababa de aparecer el sol en el horizonte, y el pabellon de nubes pardas que habia estado hasta entonces sobre nuestras cabezas, teñido de repente por los fuegos de Poniente, se habia cambiado en una cúpula de un esplendor sublime. Insensiblemente se fué borrando este brillo; la pálida claridad de las estrellas brillaba aquí y allí en el cielo, y la noche nos sorprendió en medio de la bajada. Ya no podía tratarse de llegar hasta Martigny, y por otra parte, dormir en Trento parecia un partido desesperado. Los mismos guías no nos incitaban.—Nada para dormir, decían, y para vivir huevos...

—Huevos!... interrumpió el francés; escuchad, yo me encargo de la cena... reflexionando un instante... y de la cama tambien! añadió; pues tengo camas para estas señoras. Pero es preciso que me adelante; así, buen viaje y hasta la vista. Nosotros quisimos detenerle y darle gracias al menos, pero ya se habia perdido de vista. Al cabo de hora y media salimos del bosque Magnin, y á la viva luz que brillaba en las ventanas de una casa, reconocimos de lejos las cabañas de Trento, juzgando que nuestro compañero estaria ya disponiendo algo. Al

acercarnos encontramos dos viajeros, que vimos con sorpresa meterse en hora tan avanzada en el sendero de la Forclaz. Eran nuestros dos ingleses. A su llegada se habia apresurado el francés á despertarlos para anunciarles la agradable nueva de que, contando con su corte-sanía, habia prometido sus camas á dos señoras que estaban para llegar. Visiblemente contrariados los dos ingleses salieron de la cama silenciosamente, y despues de irritarse contra la patrona, que les proponía se acostasen en el heno, se decidieron á partir.

Ya he descrito mas arriba la fonda de aquel lugar, adonde llegamos á eso de las diez. Al pasar por la puerta de la cocina vimos un gran movimiento de gentes que iban y venían, y en medio á nuestro francés, que iluminado por el vivo resplandor del hogar, daba sus órdenes, volando al mismo tiempo sobre una especie de cacerola en que cocía una cosa espumosa. Subid! subid! nos dijo, pues no puedo dejar mi *sambayon*, del que depende mi gloria y vuestro entrenés. Subimos á la sala de arriba, donde los tres geólogos, con vidados al festin, nos acogieron con una cordial bondad. Encontré la sala bastante cambiada. No estaban quitadas las dos camas, pero estaban dispuestas con decencia, y haciéndose entregar el francés todos los manteles de la casa, los habia colgado en las ventanas en forma de cortinas, aprovechándose de la amplitud de estas blancas telas para levantarlas en festones por los lados. Esta sola disposicion, quitando á la sala de la taberna el recuerdo de su destino, la daba un aspecto de conveniencia y limpieza que realizaba el placer de todos, y de nuestras señoras sobre todo. Pero lo que habia que admirar era la mesa. Seis velas, propiamente puestas en unas botellas, iluminaban un mantel cargado de manjares campestres y utensilios pintorescos; en medio habia una sopa humeante, á los lados tres ó cuatro clases de tortillas, y alrededor y simétricamente puestas jarras de estaño, llenas unas de moscatelillo de Valais y otras de agua del ventisquero. Nos sentamos sumamente contentos. El placer de llegar, la sorpresa de encontrar tantos recursos, y mas que todo el sentimiento de que todo esto era originario de un amable celo, llevaron á su colmo el contento, al que se mezclaba en los primeros momentos el encanto mas serio del reconocimiento.

El francés no tardó en aparecer, y tras de él la patrona sumamente grave y obediente, llevando el *sambayon*. Ponderamos el placer de la sorpresa y el hábil orden del festin, ¿no es verdad? Hé ahí lo que tiene, añadió, volviéndose hácia la pobre muger, el encontrar buenas gentes que abren la bodega, dan huevos y entregan sus manteles. Andad, buena muger, enviad á acostar á vuestra gente, y cuando el vino esté cociendo llamadme. Esto es un *néguis*, nos dijo. ¡A la mesa ahora! Aquí la señora Desalle, allí la señorita Emilia, el señor Desalle á la cabecera, yo al pié, vos y estos señores en los intermedios, y viva la posada de Trento! Hicimos un coro general; yo sobre todo que acababa de fijar mi asiento entre Emilia y su madre.

La cena, como se puede creer, fué deliciosa. Desde la sopa, que era buena, aunque clara, hubo exclamaciones que se renovaron á cada plato; y sin hablar de lo que el corazón siente, todos los que han pasado en las montañas un día de fatigas y de privaciones, saben lo que vale una sopa mediana, y cuán fácilmente se encuentran exquisitos los mas sencillos alimentos. Pero cuando tocó el turno al *sambayon* redoblaron las exclamaciones. El francés, mas alegre que todos nosotros, respondía á ellas con rasgos de fogosa alegría, de tal modo que el tumulto que empezó por felicitaciones se prolongaba en carcajadas. La llegada del *néguis* suspendió este tumulto. Luego que se hubo servido todo el mundo á la vez y el francés tambien, reclamó el favor de echar un brindis; pero apropiándose Mr. de Desalle la palabra en razon de su edad, dijo:—Brindo á la salud de nuestro anfitrión! Que me excuse si le designo así, mientras sé un nombre que nos será caro á todos y á mi familia en particular. Habeis hecho de un día de fatigas y alarmas un día de placeres y recreo, por lo que sois digno de nuestra afectuosa y viva gratitud. Todos nos levantamos para chocar nuestros vasos con el del francés, que replicó en seguida. ¡La modestia no me permite nombrarme; pero ahí está mi nombre escrito en el fondo de mi sombrero! Permitaseme tambien decir á mi vez, que desde que viajó nunca he tenido tanto placer como hoy, concluyendo por consiguiente que nunca me he hallado en tan amable compañía. Bebo á la vuestra, señoras y caballeros!

Poco despues nos despedimos de las señoras y nos fuimos á acostar en nuestra cama campestre, de donde, gracias á las fatigas del día, no despertamos hasta el amanecer.

EL GRAN SAN BERNARDO.

Estábamos en la hospedería del gran San Bernardo, calentándonos al fuego en compañía del prior. Este, despues de muchas relaciones,

provocadas por nuestras preguntas, dijo:—Por lo demás, señores, nuestro monte de San Bernardo es mas célebre que conocido...

—Y voy á deciros por qué, padre, interrumpió un señor grueso, que sentado á la derecha del hogar, no habia tomado aun parte en la conversacion; es poco conocido, porque se han hecho muchas descripciones de él. Sucede con vuestro célebre monte lo que con muchos autores del día, célebres tambien, y á quienes nosotros, el público, no conocemos sino por sus obras, sus biografías y sus retratos. Las obras divierten, las biografías mienten y los retratos adulan: el todo es falso como un epitafio!

Este señor se calló. Pero yo que soy público tambien, yo que tengo mis ideas y mis convicciones de público, me sentí herido por la diestra dureza de sus palabras:

—Permitid, le dije, los epitafios... No me dejó él concluir.

—Los epitafios! ¿Querriais quizá tomar la defensa de los epitafios? Entonces os enviaria á pasear... (me estremecí, y de seguro se pusieron chispeantes mis ojos) durante una hora solamente al cementerio del Padre-Lachaise.

No negareis, caballero, que hay muchos diablos bajo esta tierra. Pues bien, los epitafios no designan allí mas que ángeles.

—Es posible, le dije. Cuando mas se concibe que los sobrevivientes en el exceso de su dolor... Tambien me interrumpió:

—Sois jóven, caballero, muy jóven, y no sabreis que no es nunca el dolor, sino mas bien el fausto, la vanidad ó el júbilo quien dictan ó pagan esas mentiras. Yo exclamé:

—La vanidad, pase; pero el júbilo, señor, el júbilo en el cementerio, sobre una tumba!

—El júbilo, sí; la alegría, si lo queréis mejor; esa alegría sorda y poderosa adonde arroja la llegada de una abundante herencia... Además, por un sentimiento natural, pero que no tiene nada de comun con el dolor, se quiere reconocer de algun modo el bien que nos ha hecho, y entonces se presenta el epitafio. Esta es la manera mas cómoda de todas, la menos costosa, y por lo tanto la mas generalmente practicada. Graba, escultor, graba profundo y pon ahí virtudes; paga el tributo de... de quién? Señores, decidme, si no es de nuestra profunda gratitud hácia el difunto, de nuestra perfecta y completa satisfacción, de nuestra alegría, tanto mas viva y ardiente interiormente, cuanto que le está por ahora prohibido el esparcirse...

—Hay monstruos, repuse indignado, que son así; pero...

—Retirad esa palabra, jóven, y reservadla para cosas mas odiosas; pues lo que es miseria, y miseria inherente á la humanidad, no podría llamarse monstruoso sin injusticia. Os hablo aquí de hechos comunes; os hablo de un egoismo, mas bien feo que perverso; de una hipocresía decente y honesta; os hablo de lo que han podido hacer monstruos tales como vos y yo, por ejemplo. Lo que yo quiero decir que esos mismos monstruos, si estan alligidos, no deben hacer mausoleos ni epitafios. El dolor se alimenta de sí mismo; es tímido y tiene pudor; hasta esos vestidos de luto que le impone la costumbre, la importunan atrayendo las miradas. El dolor llora todo el ser, escusando sus defectos y amando sus virtudes, á las que tributa el culto secreto de amargos suspiros y lágrimas ignoradas. El dolor verdadero y profundo, caballero, lejos de oteutarse, apenas se deja sorprender; y si, hijo ingrato, quisiera yo hacer creer el mio, me guardaria muy bien de ir á poner una lápida sobre la tumba de mi madre!

El caballero que hablaba así no me gustó, como tampoco el prior que manifestaba adherirse á una opinion, cuya expresion me parecia tristemente severa, y el sentido falso y paradójico: Por no contradecir y entretenernos algo dije:—Vaya con los epitafios, caballero; pero creo que hablábamos hace poco de descripciones, de biografías y de retratos de autores...

—Yo creo en todo esto como en los epitafios, y no es decir que no crea en ello del todo. Escuchad, puede ser que esos diablos del padre Lachaise fuesen en el fondo unos buenos diablos; de seguro no carecian de cualidades, y el epitafio miente quizá tanto por las de sus virtudes como omite por las que les conceden... además esos retratos de nuestros célebres no carecen de semejanza, pero es igualmente bueno lo que es falso, é incompleto lo que es verdadero. No es la figura del hombre la que nos da, es el rostro del inmortal; no es como en otro tiempo esa mezquina cabeza de Fenelon metida en una peluca, es una magnífica máscara bien puesta y desgreñada para el público y para la posteridad... Otras veces se dejaba al público el cuidado de hallar sobre aquella mezquina figura el alma que habian revelado los escritos; hoy este mismo público tiene que hallar en los escritos la inspiracion, la originalidad, la intimidad y la humanidad inscriptos en el rostro. Epitafio, caballero! En todas esas máscaras litografiadas, buriladas ó pintadas, leo en gruesos caracteres: «Hé aquí al mas grande de los poetas! Hé aquí al mas sublime de los líricos!» Este estaba pálido de meditación, aquel vacío de profundidad, y ese otro abotagado de genio. ¡Epitafio, caballero, todo es epitafio!... Pero volviendo al gran San Bernardo...

En este momento se oyó algun tumulto en el piso bajo de la hospedería, hácia la puerta, y los ladridos de los perros cubrian la voz de nuestro señor gordo. Será gente que llega, dijo el prior, y nos dejó

para ir á recibirlos. Nos quedamos solos el señor gordo y yo, ocupados cada uno por nuestra parte en formar conjeturas sobre lo que pasaba, y sin pensar ya en los epitafios. Al cabo de algunos instantes entró un señor en la sala.

Era este un viajero de unos treinta años de edad, muy bien puesto y muy comunicativo.

—Saludo á VV., señores.

Tomó una silla, y nosotros nos alineamos para hacerle sitio.

—Perdonad, pero el fuego agrada mucho cuando se sale de un témpano...

—Un témpano? dijo el señor grueso.

—En esta estacion? añadió yo.

—Y muy bueno, os respondo, de un cuarto de legua al menos.

No comprendí nada del témpano de aquel señor. En efecto, estábamos á fines de julio, por consiguiente en una estacion en que las montañas vecinas estan desprovistas de nieve, y esta nieve, que no existe, no podría precipitarse en forma de témpano. No atreviéndome sin embargo á contradecirle, me limité á suplicar á aquel caballero que nos contase su aventura.

—Conmucha gusto, dijo. Dejamos la cantina á las seis. (La cantina es por el lado de Valais, la última casa habitada que se encuentra antes de llegar á la hospedería). A quince pasos de mí venia andando una sociedad compuesta de dos caballeros y una jóven, linda á fé mia, pero enferma del pecho, por lo que la llevan á pasar el invierno á Italia. Uno de los dos hombres es su padre, el otro su prometido, un gran Juan, tranquilo y diligente como una estatua. Todos los suizos son así. Llegados al témpano...

Aquí intenté interrumpirle:

—Permitid, caballero; pero ordinariamente el témpano es el que llega sobre vos...

—Esperad. Llegados al témpano, veo que la mula de aquella señorita se mete allí hasta el vientre, y que no la sacarán de allí, porque el guía no entiende una palabra de dirigir una caballería. Entonces me acerco, aparto á un lado aquel patán, tomo la brida y hago marchar la mula, era menester verlo!... Pero hé aquí que la señorita se asusta, el padre se enfada, el desposado grita, aunque el rocín es caprichudo, y viene el guía á impedirme que la mueva á palos.

—Par diez! le dije, tomad vuestra mula, y le eché la brida.

Aquel imbécil no la cogió, el animal se cae, y la señorita rueda al fondo del témpano...

—Pero permitid, le interrumpí otra vez; ordinariamente es el témpano el que rueda sobre la señorita...

—Esperad pues. Hé aquí á mis dos poltrones que se ponen á vociferar al guía que jura, y á la señorita que pide socorro. Los envió á todos á los diablos; y no viendo padres ni perros, me lanzo al témpano: llego á la señorita; y ayudado del guía, la llevo sana y salva á la calzada.

Esta es la historia, dijo nuestro viajero terminando.

Empezando en seguida á toser:

—Cómo constipa el témpano! Buenas noches, señores; voy á acostarme y á beber algo caliente.

Despues de esto se retiró, sin habernos dado tiempo para rectificar la idea, singularmente errónea, que se formaba de un témpano.

Se sabe en efecto que un témpano es una bola de nieve, que destacándose de las alturas, se aumenta con las nieves sobre que rueda, se hace en pocos instantes una masa formidable, y en su caída precipitada, rompe, trastorna y aplasta todo á su paso. Circunstancias accidentales pueden determinar un témpano en cualquier paraje en que la nieve se halla sobre cuevas rápidas, pero generalmente es en los mismos sitios donde tienen lugar cada año, en virtud de circunstancias favorables y constantes que les hacen tomar este camino. En medio del verano, cuando se viaja por los Alpes, se ve muy bien esos desfiladeros, que son grandes cuevas, enteramente desprovistas de árboles y de rocas, al pié de las cuales hay acumulados restos de hace siglos, que la vegetacion invade y encubre á medida que se amontonan, sirviéndose de murallas á sí mismos. En los valles altos, en donde los calores son de corta duracion, no teniendo tiempo para derretirse las nieves que se han acumulado durante el invierno al pié de estos desfiladeros, quedan allí estancadas, sucediendo á las gentes del país llamar témpanos á estos restos de témpanos verdaderos. De ahí la equivocacion de nuestro viajero, que visitando estos valles por la primera vez y con la cabeza llena de nociones de itinerarios, se hallaba muy persuadido de que habia tenido gloriosamente que hacer con ese temible azote de los altos Alpes.

Hubiera intentado desengañarle si nos hubiera dejado tiempo para ello, aunque es una tarea incómoda é ingrata el desengañar á un hombre, cuando cree firmemente una cosa que halaga su amor propio. Cuando mi primo Ernesto se batió en desafío, nosotros, festigos honrados y buenos parientes, cargamos solo con pólvora: el adversario apuntó, Ernesto disparó al aire, y se fué á almorzar, quedando el honor satisfecho. Pero cuando cuenta la historia mi primo Ernesto, pretende que la bala rozó su oído, é imita el silbido del proyectil; mi tia Sara se estremece, y con ella toda la compañía, y

nosotros... nosotros, testigos honrados y buenos parientes, nos vemos obligados á temblar con la sociedad y con mi tia. ¿Temblaríamos nosotros si no fuera una cosa ingrata é incómoda el desengañar á nuestro primo?

Acababa de dejarnos el viajero, cuando entraron en la sala dos señores que me parecieron ser el padre y el desposado. Estos señores se pusieron á la mesa, y parecieron disponerse á cenar bien. Su apetito me chocó, y su seguridad me desagradó. Aquel señor de edad me parecía demasiado tranquilo para un padre, cuya hija, ya enferma del pecho, acababa de pasar media hora en la nieve; y en cuanto al desposado, á cada bocado que tomaba, me indignaba como un ultraje hecho á la belleza degradada y paciente. Me acuerdo tambien, que á ejemplo del viajero, sacaba yo de este espectáculo inducciones enteramente desfavorables á la sentimentalidad suiza.

Mientras me hallaba ocupado en mis inducciones, entró un criado en la sala, llevando té en una taza, y al punto apareció la misma señorita. Ciertamente era ella, pues levantándose su padre, la abrazó y la besó en la frente, demostrando un gran júbilo al verla tan prontamente restablecida, mientras que el zanguango del desposado, en lugar de estasiarse ó confundirse en expresiones sentidas de viva felicidad ó de tierno júbilo, continuaba comiendo y diciendo con el acento mas tranquilo y mas vulgar:

—Siéntate ahí, Luisa, y toma el té antes que se enfríe.

Seguramente no era aquel el tuteamiento apasionado de Saint-Preux, dirigiéndose á Julia: así que, esta tranquila familiaridad me hacia el efecto de una profanacion.

Esta señorita era en efecto muy linda, y el peligro que acababa de correr realzaba á mis ojos el atractivo de sus facciones y las gracias de su rostro... Solamente no la encontraba yo ese púdico embarazo de una desposada, á quien miran dos caballeros, ni ese aire de tierna melancolía que se espera encontrar en una joven enferma y amenazada. Pero lo que me desconcertó mucho fué el sorprender en aquel rostro, en que buscaba yo el abatimiento y la tristeza, los signos visibles de un reir desatinado, que apenas comprimía nuestra presencia. Este reir desatinado se comunicó al principio el desposado, luego al padre, que no pudiendo ya contenerse, se volvió hacia nosotros, diciendo:

—Perdonad, señores, si estas risas os parecen estemporáneas, pero no las podemos resistir, escusadnos.

Y todos tres, libres ya de sujecion, empezaron á reir, mientras que nosotros los mirábamos con el mayor asombro.

Juzgué á propósito retirarme, y ya me estaba disponiendo á ello, sintiendo haber tenido compasion por unas gentes en el fondo tan contentas, cuando dirigiéndose el padre á mí:

—Voy á enteraros, caballero, de la causa de esta hilaridad que debe pareceros extraña. Se trata de un caballero...

—El que estaba aquí hace poco?...

—Precisamente, el mas obsequioso del mundo, pero el mas peligroso que conozco. No le habíamos visto nunca, cuando se le metió en la cabeza, allá bajo, junto á las nieves, que corrimos algun gran peligro de témpano. Por puro desinterés entonces, y con un imperceptible aplomo, apartó á un lado nuestro guia, empezó á dar palos á la mula, y echó á mi hija en un barranco... Las risas interrumpieron esta relacion. En efecto, cuanto mas viva era la alarma, mas se presentaban, ya pasado el peligro, bajo un aspecto cómico á la imaginacion de los tres viajeros, escitando en ellos la alegría de que era testigo, y de que fuí bien pronto cómplice. Puse como á ella haciéndoles saber que para aquel viajero pasaba la joven señorita por enferma del pecho, y su hermano por un desposado, al que acusaba de una frialdad prosaica.

El señor gordo, siempre sentado en el rincon de la chimenea, habia escuchado aquella conversacion, sin tomar parte en ella y sin asociarse á nuestras risas. Al fin, levantándose como para ir á su cuarto, dijo:

—Es un tonto y compatriota mio, lo podeis creer, pues no hay mas que uno de mis compatriotas que reuna en este grado la ligereza y el aplomo, la presuncion y la ignorancia; y que antes que dudar de sí mismo, arrojará á lo que toma por un témpano á una fresca señorita, á quien toma por enferma del pecho... Buenas noches, señores.

Dicho esto, cogió una luz aquel señor, y se retiró. Poco despues hicimos nosotros lo mismo.

Los cuartos reservados á los viajeros en la hospedería del gran San Bernardo son celdas pequeñas, separadas unas de otras por un tabique de madera. Cuando hube apagado mi luz, apercibí una claridad que se proyectaba sobre mi cama, al través de las aberturas del tabique. Es raro que en iguales circunstancias no os lleve una curiosidad indiscreta, pero viva, á aproximar vuestros ojos á la abertura que os parece mas grande. Esto es lo que no dejé de hacer, tomando las mayores precauciones para que ningun ruido descubriese mi indiscrecion. Entonces vi con gran sorpresa mia, y quizá con algun aturdimiento, á nuestro viajero sentado en su cama, con el cuerpo y la cabeza perfectamente arropados, y que con la pluma en la mano parecia absorbido en un trabajo de composicion. Al lado de su cama

habia una tetera humeante, y un frasco de zumo de guindas. De cuando en cuando dejaba de escribir para volver á leer y corregir, pintándose en su rostro todos los grados de la satisfaccion, desde la simple sonrisa del contento hasta la mas seria admiracion. No pude resistir por un momento al deseo de escuchar el murmullo adulador de su período, y en el trozo que leia para sí mismo, distinguí unicamente que se trataba de *molosos de violetas*, y de una joven llamada *Emma*. De aquí deduje que nuestro viajero era un autor, quizá tambien algun viajero de la escuela de Alejandro Dumas, que estaba ocupado entonces en reasumir las impresiones, los recuerdos y las catástrofes del dia. En seguida le dejé trabajando, y me dormí.

Al dia siguiente, al almorzar, supe que el viajero habia partido hacia una hora: por su parte el señor gordo se disponia á ir á Martigny, y por consiguiente me asocié yo para bajar á la ciudad de Aosta, á las tres personas con quienes habia hecho conocimiento la víspera de un modo tan alegre. Estas tres personas, en una de las cuales habia adivinado el viajero al primer golpe de vista un suizo flemático, eran de Chambery é iban á Yvrée á celebrar allí las bodas de su hija, prometida hacia tiempo por su padre, fondista en Chambery, al hijo de un piamontés, fondista tambien en Yvrée. Por lo mismo, el buen hombre contaba proveerse de vino y arroz; y en seguida, despues de terminados sus asuntos, entrar en Saboya por el pequeño San Bernardo. Mientras caminábamos, me iba explicando todas estas cosas, con esa bondad alegre y afectuosa que es natural en los saboyanos; y como parecia que tomaba yo interés tambien, en el camino me invitó á la boda, y su hija, con una amable ingenuidad, me animaba á hacerles el honor de asistir á ella. Sin rehusar precisamente, no me hallaba muy decidido á aceptar, pues hé aquí lo que pasaba en mi interior.

Ya la víspera me habia interesado vivamente el aire de aquella joven, pero hoy empezaba á estar ya enamorado de ella. Esto sí que es caminar de prisa. Pero además de que en viaje el corazon mas aventurero y mas libre está mas pronto á inflamarse, siempre está dispuesto á ciertos rasgos de un encanto no acostumbrado, y de una gracia nueva para él. Educada esta joven al lado de las religiosas del Sagrado Corazon, habia salido del convento hacia algunas semanas solamente, de modo que novicia, sin esperiencia, y poco hace en el mundo, era encantadora á la vez por sus maneras sencillas, y por yo no sé qué flor de gozo y de esperanza, cuyos tiernos y delicados colores nada habian empañado aun. Graciosamente montada sobre su mula, que segun el instinto propio á estos animales, seguía el borde exterior de la calzada, se inclinaba ella sobre el borde del precipicio sin dejar de juguetear, con una seguridad que en ella no era valor, sino descuidada confianza. Sin embargo, cuando la conversacion pasaba de la calidad del arroz ó del precio de los vinos á cosas mas de su gusto, tomaba ella parte, ya entregándose á arranques de alegría, ya escuchando con una seriedad llena de inteligencia. Dos ó tres veces se trató de su prometido; no le habia visto mas que una vez, y hablaba de él sin dificultad lo mismo que sin pasion, y sin parecer ver en el matrimonio mas que una fiesta deliciosa y perpetua. Niña amable! fijando en ella mis miradas, me representaba su futuro destino, su desencantamiento tan próximo, y despues de haber adivinado los disgustos que la esperaban probablemente en el seno mismo de una felicidad doméstica, insegura aun, hubiera querido ser el hombre destinado á evitárselos por mi constante ternura y por los goces que inspira un corazon de licado y vivamente enamorado. Pero como yo no debía ser este hombre, queria mejor no alimentar un sentimiento que bien pronto llega á ser penoso cuando carece de esperanzas. Hé aquí por qué interiormente no me habia decidido aun á asistir á las bodas del piamontés.

Al cabo de cuatro horas llegamos á la ciudad de Aoste. Era dia de feria. A la sombra de las ruinas del anfiteatro, y alrededor de antiguas puertas romanas, ostentaban sus géneros los paisanos que bajaban de las montañas: aquí se elevaban montones de quesos, allí mugian las terneras, y mas lejos tímidas ovejas balaban alrededor de los rediles, ó ponian sus corderillos al abrigo de los carros. Apenas llegaron nuestros dos señores, se vieron rodeados de comerciantes con quienes tenian que hacer, y enteramente dispuestos ya á tratarme como un antiguo conocido, abandonaron á mi proteccion su joven señorita. La fonda donde habíamos parado era muy bulliciosa y estaba atestado de gente. Para sacarla de allí la propuse dar una vuelta á la torre del Leproso. Luego que hubo consentido en ello con grande alegría, y cuando ya nos dirigíamos allá, me preguntó ella quién era el Leproso. Yo la prometí que lo sabria bien pronto, y entrando en la tienda de un librero compré la obra de Mr. de Maistre. Entonces nos dirigimos hacia el agreste recinto en que se eleva la antigua torre que ha inmortalizado, y cuando la hubimos visitado, fuimos á buscar en la pradera vecina una sombra para sentarnos y empezar nuestra lectura. Allí habia robles frondosos y no lejos algunos abedules, junto á los cuales, habiendo visto el Leproso á la joven inclinar la cabeza sobre el seno de su esposo, sintió oprimirse su corazon, y á punto de destrozarse su alma por una espantosa desesperacion.

Mi joven compañera, educada entre las religiosas del Sagrado Corazon, no habia leído casi mas que libros devotos. Por la primera vez es-

cuchaba ella una relacion al mismo tiempo grave é interesante, cuyo estilo lleno de movimiento y de elocuencia, ya penetra suavemente en el corazon, ya le oprime y ya le hace saltar de lástima. Tranquila al principio y casi distraida, miraba ella alternativamente la torre, las montañas y el valle, hasta que cautivada cada vez mas por el interés de la relacion, mostró una especie de sorpresa á la que sucedió insensiblemente la encantadora emocion de un alma nueva que se abre á la poesia. Su rostro brillaba de placer. Con todo, al leer aquellas páginas cada vez mas sombrías, donde se desarrollan los amargos sufrimientos de Lefereso, se humedecieron sus ojos con lágrimas; y cuando llegué al momento en que se van á llevar la hermana de este desgraciado, su compasion se convirtió en llanto... Me supe que no siguiese. Entonces cerré el libro, y ofreciéndole para que pudiese acabar mas tarde su lectura, la rogué conservase aquel librito en memoria mia. Así me lo prometió con efusion, pero ruborizándose. En efecto, acabábamos de sentir juntos, de conmovernos juntos, y nuestros corazones se habian aproximado secretamente el uno al otro, de suerte que la ingenua benevolencia de la víspera acababa de hacer lugar en aquella joven, á la púdica turbacion del sentimiento.

Volvimos á la fonda. Los dos señores, dedicados enteramente á sus negocios, se ocupaban en terminarlos á fin de poder marchar, apercibiéndose apenas de que su joven señorita se hallaba ya bien cambiada. Por lo que hace á mí, estaba tan convencido del mal que acababa de causarla imprudentemente, turbando la calma de su corazon y abriéndola á la poesia, justamente en el momento en que iba ella á contraer el compromiso mas sagrado y mas prosaico, que sentí una especie de pesar compasivo. Ya no podia curar el mal; pero podia aumentarle quizá si seguía caminando en compañía de la joven, como me hallaba inclinado por un vivo deseo, casi culpable ya en razon de su misma vivacidad. Así que haciendo un gran esfuerzo para resistir á las sollicitaciones afectuosas del padre y del hermano, y á los tímidos pero constantes ruegos de su compañera, me separé de ellos, despues de haberles dado las gracias por su acogida. Pocos instantes despues partieron, y yo me quedé en Aoste, experimentando en medio de aquella multitud un vivo sentimiento de soledad, y con el corazon lleno de una melancolía que iba á alimentar al mismo sitio en que habíamos estado sentados por la mañana bajo los robles.

El dia siguiente y los demás continué siendo presa de una pre-ocupacion que me dejaba poca curiosidad para observar las comarcas ó ciudades que habia venido á visitar. En Yvrée, donde pasé muy temprano, fué necesario hacerme una gran violencia para no detenerme al menos algunas horas. Las calles estaban desiertas, el aire frio, el Doire apenas alumbrado por los primeros rayos del alba, y sin embargo este sitio me parecia el mas encantador de Italia, y esta ciudad la única en donde hubiera querido pasar mis dias. Quise atravesarla á pié. Al pasar vi muchas fondas, y en todas me detenia incierto de si sería aquella la residencia de la joven, probablemente dormida á aquellas horas, quizá tambien pensando despierta en las emociones de la víspera y en el joven que habia sido, si no el objeto, al menos la causa de ellas. Como me quedaba olvidado en estas paradas sucesivas, el conductor de mi carruaje, á quien habia mandado me aguardase fuera de la ciudad, volvió atrás para llamarme. Le seguí, el carruaje echó á andar, y en el momento en que el suelo de la última calle dejó de resonar por la marcha de las ruedas, sentí una tristeza inexplicable. Sin embargo, con el trascurso del tiempo se fué borrando insensiblemente esta preocupacion, trasformándose bien pronto en un tierno recuerdo el vivo sentimiento que tenia. Visité Génova, Florencia, Roma y Nápoles, y cuando pensé volverme, escogí para atravesar los Alpes, el paso del Simplon, tanto porque mi corazon, ya libre, no me obligaba á pasar por Yvrée, cuanto porque hubiera temido, al pasar por aquí, ver marchitarse un recuerdo tan tierno, tan puro y tan lleno de frescura.

Llegado á Ginebra el otoño último, fuí segun mi costumbre á visitar á mi tia Sara. Ya he hablado antes de ella á propósito del desafío de mi primo. Mi tia Sara habita en el campo, á las puertas de la ciudad, en un huertecillo separado por tapias de los huertecillos inmediatos. Este ofrece la diversion de un columpio; una bomba, cuya agua no se agota sino en tiempos de sequía, provee al riego, y en el ángulo nordeste, mi primo Ernesto ha mandado hacer una linda montaña, sobre la que ha construido y pintado de verde un pabellon chino, desde donde se estienda la vista sobre la casa de arbitrios y sobre las fortificaciones de la ciudad.

Mi tia Sara es una excelente señora, pero de edad, que no ha experimentado durante su vida mas que una sola desgracia, la de perder á su esposo hace cuarenta años, despues de tres meses de una felicidad completa, como ella misma dice sencillamente. Seis meses despues de esta catástrofe parió un hijo póstumo, en el que se concentraron desde entonces todos sus afectos: este hijo es mi primo Ernesto, á quien ella ha criado como una madre tierna que siendo fundadora en su juventud, educa un hijo único, y además póstumo. Desde la edad primera métodos de orden, costumbres de decoro y lecciones de conversacion. Mas tarde, para formar el corazon, senten-

cias, cuartetos, ejemplos de moral, el vicio castigado y la virtud recompensada. Mas tarde, para formar su espíritu, reglas de urbanidad y de conversacion, y desde la primera adolescencia, guantes y bastoncillo, un frac, los piés hácia fuera y maneras conformes. Mas tarde... nada. A los quince años mi primo Ernesto era un hombre hecho y derecho, un hombre modelo, era el gozo de su madre, y el gozo tambien de algunos camaradas risueños y astutos, cuyo tono encontraba mi tia detestable. En el dia mi primo Ernesto, siempre solo y póstumo, es además un solteron arreglado y curiosillo, que cria los claveles, riega los tulipanes, y que va todos los dias á la ciudad á las ocho en verano, y al mediodía en invierno á tomar la *Gaceta* despues de leida, y cambiar en casa de la prestamista de libros el tomo I de la novela que lee mi tia, por el tomo II. Si los caminos están húmedos, lleva zuecos; si están empolvados, se pone sus zapatos de piel amarilla; si llueve ó si el barómetro está amenazando, toma asiento en el ómnibus. Sin el ómnibus no hubiera tenido nunca desafios.

Cosa singular! yo soy militar de profesion, bastante vivo por naturaleza, muy quisquilloso en punto al honor, y aun no he tenido ningun duelo. Mi primo Ernesto pasa su vida entre buenas señoras ancianas, no frecuenta los salones ni los sitios públicos, es bondadoso, es único, es póstumo... y el destino ha querido que tuviese su lance de honor. Es que en el fondo las costumbres son para mi primo Ernesto lo que las pasiones para otros; y el derecho de estar en marcha á las ocho cuando ha tomado el ómnibus á esta hora, es lo que para otras malas cabezas el derecho imprescriptible de entonar la marseleses ó fumar en las barbas de una condesa. Ahora bien, un dia, en el momento en que mi primo toma asiento en el ómnibus de las ocho, sucede que á ruego de un joven extranjero el conductor consiente el retardar algunos minutos la marcha para dar tiempo de llegar á la señora que espera el extranjero. Esto entristece á mi primo, que ve desde entonces una gran confusion en todo el arreglo del dia. Da el cuarto, esto agría á mi primo, que piensa que esta señora va á ser la causa de una serie continua de irregularidades, sucediéndose unas á otras, y disponiéndose á desarreglar la hora de su comida, de su café y de su siesta... A los veinte y cinco minutos ya no se puede contener, y empieza á refunfuñar: Al diablo la señorita! Al momento el joven extranjero le da sus señas, le pide las suyas, y todo queda arreglado para el dia siguiente á las ocho, á las ocho en punto, añade el extranjero. Aquel dia mi primo se hizo esperar. Dió excusas, pero no las admitieron. Entonces, como testigos honrados y buenos parientes, hicimos lo demás y el honor quedó satisfecho.

Vuelvo á la visita que hice á mi tia Sara el otoño último. Habíame introducido en el jardinillo, la encontré establecida en el lilon chino, leyendo á algunas buenas señoras de la vecindad preciso que el argumento fuese interesante, pues hallé á toda a sociedad enterneada, excepto sin embargo mi primo Ernesto, siempre único y póstumo, fumaba un cigarro negligentemente do sobre un banco rústico, á la sombra de una acacia. Despues haber saludado á todos y abrazado á mi tia, rogué á aquellas que no interrumpiesen su lectura por mí, y fui á sentarme y mar tambien en el banco rústico á la sombra de la acacia. Mi exactamente como una madre tierna que fué directora en su tud, con un énfasis didáctico, segun principios razonados y las reglas del deletreo mas estrictamente regular, d era un gusto el oirla. Despues de haberse puesto las r tinuó su lectura.

«...Esta joven era una de esas blancas figuras de como de un velo crepuscular por una aureola azulada teza. Condenada por la suerte á sufrir la autoridad y paz de comprender las misteriosas aspiraciones de cura llenar los abismos de su corazon y completar su ser, se consumia en dolores secretos y en ahoga que aquella planta creada para florecer sobre la ra los Apeninos, tenia que germinar en medio de las f la Helvecia, de suerte que á punto ya de abrirse e, el viento helado de las alturas la forzaba á quedar i cubierta de su pálido cáliz...»

—Primo! qué es esta planta? pregunté al celibato maba á mi lado.

—Es... es una deliciosa creacion de muger. (Mi p. señado á repetir las expresiones escogidas de su mad

—Y ese libro qué es?

—Una impresion de viaje.

—Alegre?

—No.

—Triste?

—Bastante...

Y mi primo, cuya quietud se turbaba mas por n por los ahogados sollozos de la blanca figura de m fumar con un aire que significaba que sin obligarm gaba sin embargo á dejarle tranquilo.

«...Así que mientras ella buscaba en vano entre tivos de que se hallaba rodeada, al que debía abrir

amor el palacio desierto de su corazón, su padre, (—Primo! quién es este padre?—El suyo.) organización vulgar y uno de esos hombres, cuya vida se gasta toda entera en operaciones mercantiles, (Un comerciante, no es verdad?—Sí.) su padre, en lugar de proponer á su ternura alguno de esos nobles desterrados que la volcánica Italia en medio de sus convulsiones lanzó mas allá de los Alpes, (—Ciani? Mazzini?—Lo ignoro.) alguna de esas naturalezas ricas y ardientes, tales como las que produce aun Nápoles ó la ciudad de las Són-dolas, (—Venecia... eh?—Hum.) había dirigido la vista sobre un jó-ven suizo de gruesas formas, de mejillas llenas y frescas, de blonda cabellera, símbolo pálido de un alma sin brillo y sin ardor, así que la pálida flor, agitada sin cesar por los vientos helados, en lugar de encontrar en las flores compañeras suyas un amparo elástico, iba á bajar su cabeza al tosco costado de aquellos dos trozos de granito que la mataban al quererla abrigar.»

En esto mi tía, que fué fundadora en su juventud, no pudo menos de observar cuán deliciosamente escrito estaba aquel libro. Encontraba en su estilo infinitos matices que respondían á las mil armonías de un alma sensible, insistiendo particularmente sobre aquel rasgo imprevisto de una comparación que arrojaba tanta luz sobre la situación desconocida de la heroína. Aquellas buenas ancianas, al mismo tiempo que participaban enteramente de esta opinión, demostraban por otra parte el mas marcado desden hacia aquellos dos pobres pedazos de granito, y una de ellas imitaba con una exaltación tan pronunciada los dolores de aquella muger incomprensible, que me puse á conjurar que ella misma habría tenido que sufrir mucho de la indiferencia estúpida de un sexo sin discernimiento.

—Es casada esa señora? pregunté por lo bajo á mi primo.

—No.

Por lo que hace á mí, aunque estaba muy lejos de sospechar aun que aquella débil planta era mi fresca compañera de Aoste, y aquel peñasco el posadero de Chambéry, me interesaba vivamente en una lectura, que sin alterar en lo mas mínimo la quietud de mi buen primo, escitaba hasta aquel punto la sentimentalidad de aquellas señoras, provocando por su parte observaciones no menos deliciosas que el estilo que era objeto de ellas.

«...Cuando las encontré, prosiguió mi tía continuado su lectura, marchaban por el lado de las llanuras de Italia, en la loca esperanza de que el aliento mas dulce de un clima embalsamado, detendrían los estragos de su destino. Pero yo que comprendía esta alma, veía la gen, dirigiéndose por una calle de cipreses hacia su sepultura, ya ta, pesando un inmenso dolor sobre mi alma abatida. Junto á ella bio prometido paseaba á la luz del sol la maciza estension de sus , cuya insulsa frescura no se coloreaba por ningun ardor inte- u variaba sus movimientos prosáicos: una grande estupidez de n encubria aquel hombre como una armadura de plomo, y ni la nacion de un espantoso témpano (aquí apliqué los oidos), bas- nspirarle las egoístas alarmas del terror mas vulgar.

embargo, la noche se acercaba, los negros dientes de las parecían morder las nubes de la tarde, y las gargantas de ando, como inmensas bocas, absorber los últimos rayos de

El témpano estaba allí amenazador é insondable, pálido como ia, y ávido como una tumba! De repente se lanza una blanca vuelta y se sumerge en el abismo... es Emma! (Emma! mismo). Mas pronto que el rayo me arrojó en pos de me zambullo de trecho en trecho, procurando ade- que corre en seguimiento mio; y vencedor en esta go junto la virgen pálida y helada que había querido mo el fin de sus tormentos. Entonces la hice ver y desconocido, había adivinado su pensamiento.

por la única vez quizá, se abrieron sus párpados la llama de alegría, y una sonrisa radiante é inefa- violetas de sus labios. Al mismo tiempo llegaban ospedería, cargados de cordiales y gritando socorro. calzada nos tendieron una maroma, los padres vi- encuentro, entregué á los hombres del cielo la , y despues de habérsela entregado, me alejé á

en una gran carcajada... Las señoras se levantaron rimo miró á su madre, mi tía me miró, yo miré á orando, y no siendo ya dueño entonces de reprimir e aquel mismo espectáculo llevaba á su colmo, tomé lar y despedirme de la sociedad, escusándome por a gran escándalo.

fonda, me acordé de aquel señor grueso de decia:

Epitafio! Todo es epitafio!

EL MIEDO.

A las puertas de la ciudad de Ginevra, el Arve, torrente que baja de los ventisqueros de Saboya, viene á unir sus olas fangosas á las límpidas ondas del Ródano. Los dos rios caminan largo tiempo sin confundir sus aguas, de suerte que es un espectáculo curioso para los que no estan acostumbrados el ver correr paralelas y en un mismo lecho una onda cenagosa y ondas azuladas.

La lengua de tierra que separa estos dos rios, casi junto donde se reunen, forma un pequeño delta, cuya base, solamente de algunos centenares de pasos de longitud, está ocupada por el cementerio de la ciudad. Detrás de este lugar hay jardines plantados de diversas legumbres, y regados por medio de grandes máquinas que elevan las aguas del Ródano, y las distribuyen en una multitud de regueros que se cruzan. Algunos labradores habitan únicamente esta estrecha llanura, terminada por un bosque de sauces, y luego por una playa estéril. A la estremidad de esta playa, es donde los dos rios se reunen y corren á encajonarse entre rocas carcomidas que limitan el horizonte.

Aunque próximo á una ciudad populosa, este sitio presenta un aspecto melancólico que ahuyenta de él á la multitud. Es verdad que algunas veces un cuadrilla alegre de estudiantes recorre las orillas del rio, y seducida por un atractivo de libertad que ofrecen los parajes desiertos, viene á acampar sobre la playa de que he hablado; pero mas frecuentemente no se encuentra allí mas que algunos paseantes aislados, y mas bien de aquellos que gustan sustraerse á la vista y meditar en sí mismos; no siendo raro que algunos desgraciados, cansados de vivir, vayan allí á buscar la muerte en sus olas.

Tenia yo unos siete años cuando recorrí este país por la primera vez, llevándome mi abuelo de la mano. Marchábamos á la sombra de las grandes hayas, en cuyas ramas me enseñaba con el extremo de su baston los pajarillos que saltaban de rama en rama.

—Estan jugando? le decia yo.

—No, hijo mio, van á las llanuras de alrededor á buscar ailmento para sus hijos, se lo traen, y en seguida se vuelven á marcha.

—Dónde estan los pajaritos?

—Estan en sus nidos que no vemos nosotros.

—Por qué no los vemos?...

Mientras hacia estas preguntas infantiles, llegamos á la estremidad de aquella calle de árboles, que termina en un gran pórtico de mampostería. Por la puerta, que estaba entreabierta, se veian mas allá algunos cipreses y sauces llorones, y en el frontis del pórtico estaba incrustada en mármol blanco una inscripcion con letras negras.

Este objeto singular para un niño me chocó.

—Qué es eso? dije á mi abuelo.

—Lee tú mismo, me contestó.

—No, repuse, leed vos, abuelo. Pues habia en la impresion que recibí alguna cosa que me intimidaba.

Esta es la puerta del cementerio, me dijo, el sitio donde traen los muertos. Esa inscripcion es un paso de la Biblia.

»Bien aventurados los que mueren en el Señor,
pues descansan de sus trabajos,
y sus obras les siguen.»

—Esto quiere decir, hijo mio...

—Pero adonde los llevan? dije interrumpiéndole.

—Los entierran.

—Por qué, abuelo? Los hacen mal?

—No, hijo mio; los muertos no sienten ya nada en este mundo.

Atravesamos el pórtico, y ya no hice mas preguntas. De cuando en cuando volví la cabeza hacia la piedra blanca, reasumiendo con este objeto toda clase de ideas siniestras sobre los muertos, sobre los sepulcros, y sobre los hombres de negros manteos que frecuentemente habia encontrado en la calle, llevando ataúdes cubiertos de una mortaja.

Pero el sol brillaba, y tenia cogida la mano de mi abuelo; estas impresiones se debilitaron á la vista de otras, y cuando llegamos á la orilla del Ródano, atrajo toda mi atencion la vista del agua, y sobre todo la de un hombre que estaba pescando.

Como las aguas estaban bajas, aquel hombre calzado con grandes botas de cuero se avanzó en medio de la corriente.—Mirad, abuelo, está en el agua.

—Es un hombre que está cogiendo pescado. Vamos á esperar un

momento y verás como se menea, así que sienta alguna cosa al estremo del hilo.

Estuvimos algun tiempo mirándole, pero el hombre no se movia. Poco á poco me arrojé á mi abuelo y apreté su mano con mas fuerza, pues la inmovilidad del pescador empezaba á parecerme extraña. Con los ojos fijos en el estremo del hilo que sumergia misteriosamente en el agua, el silencio de aquella escena, todo esto obraba sobre mi frágil imaginación, ya alterada por la inscripcion de letra negras. Finalmente, por una ilusión bien ordinaria, pero nueva para mí, me parecio que el pescador bajaba por el rio, y que la orilla opuesta se movia al subir la corriente. Entonces tiré á mi abuelo de la mano, y seguimos nuestro paseo.

Fuimos costeano la orilla bajo los sauces que dan sombra al sendero. Todos están carcomidos y agujereados por la putrefaccion: un vivo musgo rejuvenece su base, mientras que de su decrepita cabeza se escapan ramas flexibles que se inclinan sobre el rio. Teniamos á nuestra derecha el Ródano, y á la izquierda los jardines de que he hablado. La rueda que eleva el agua en pequeños cubos de donde cae en un estanque, me interesó mucho; con todo, en la disposicion que estaba, me gustaba mas no estar solo contemplando la inmensa máquina que daba vueltas; por otra parte, el pescador continuaba inmóvil allá abajo. Al fin le perdimos de vista, y llegamos á la playa que termina la lengua de tierra. Mi abuelo me hizo observar en la arena una multitud de piedras chatas y redondas, y me enseñó á hacerlas correr sobre la superficie del agua, de suerte que olvidé completamente el pórtico, el pescador y la rueda.

Habia en la orilla una pequeña ensenada llena de agua clara y profunda. Mi abuelo me invitó á bañarme en ella, y quitándome mis vestidos me hizo entrar en el agua. El mismo se sentó en la orilla, y apoyando su barba sobre el puño de oro de su antigua caña, me estaba viendo jugar. Se me ocurrió dirigir la vista sobre su venerable figura, y yo no sé por qué ha quedado despues grabada en mi memoria bajo esta imagen.

Dimos la vuelta á la punta para costear á nuestro regreso la orilla del Arve. Ya habia recobrado la seguridad y el baño me habia puesto de buen humor. Jugaba con mi abuelo, tirándole del faldon de la casaca, hasta que volviéndose él de repente, fingió perseguirme. Cuando llegamos al bosque de sauces, empezó á esconderse tras de los árboles, y yo á buscarle con un placer mezclado de emocion, entregándome á una grande alegría cuando encontraba su escondite, ó únicamente cuando le descubria por la punta de su baston ó de su sombrero.

Una vez perdí sus huellas, y buscándole de árbol en árbol me interné en el bosque sin encontrarle. Le llamé, y no respondió. Entonces, acelerando mi marcha y dirigiéndome al lado en que el soto me parecia menos sombrío, dejé el sendero y me encontré en la orilla al frente de un objeto cuya vista me llenó de horror.

Era este el esqueleto de un caballo que habia en la arena. La órbita profunda de los ojos, el agujero de las narices, la quijada descarnada y abierta como por un bostezo infernal, y presentando una horrible dentadura, me hicieron una impresion tan repentina y tan fuerte, que exclamé con todas mis fuerzas:—Abuelo! abuelo!... Mi abuelo pareció; yo me arrojé en sus brazos y le arrastré lejos de aquel lugar espantoso.

Cuando me acostaron por la noche me hallaba muy inquieto, agitado y temiendo el momento en que me dejaran solo. Conseguí que la puerta del cuarto que daba al rio me mis padres estaban cenando, quedase entreabierta, y al momento el sueño me libró de mis terrores.

Al año siguiente murió mi abuelo. No chocándome por ninguna imagen sensible su desaparicion de la tierra, me conmovió menos que el dolor de mi padre, cuyo abatimiento y tristeza me hacian llorar. Me vistieron de luto, rodearon mi sombrero con una gasa, y cuando llegó el día de los funerales, tuve que seguir el ataúd con los demás de la familia, todos como yo envueltos en grandes capas negras.

Al salir de casa, no me atreví á preguntar á mi padre adónde ibamos, pues además de que su pesar me intimidaba, era menos familiar con él, que lo habia sido con mi abuelo; así sucede ordinariamente á los niños. Habia ya olvidado lo que este último me habia dicho de los muertos y de donde los entierran, de suerte que iba andando mas curioso que inquieto; y cuando oí detrás de mí á mis parientes que hablaban de cosas indiferentes, saludando al mismo tiempo á los que pasaban, dejé de parecerme lúgubre la ceremonia.

A la puerta de la ciudad presenté las armas el centinela, y los soldados del puesto se alinearon para hacer lo mismo. No sabia yo que esto fuese por nosotros, pero hallé en ello una distraccion muy agradable. En esto uno de los soldados, á quien yo examinaba con toda mi atencion á causa de su figura marcial, se sonrió mirándome, creí que se reia de mi facha, de modo que me sonrojé, y continué sonro-

jándome siempre que las miradas de los transeuntes se fijaban en mí.

Tan distraído estaba por estas cosas y por otras mil nimiedades que se ofrecian á mi vista, que no me apercibi de la direccion que habia tomado el convoy. Hallándome de repente bajo la calle de bayas enfrente del gran pórtico, se presentaron á mi imaginación las impresiones del año anterior, y no dudé ya que no fuese actor en una de esas escenas de muerte y de sepulcros, cuyo lúgubre misterio me habia causado frecuentemente tanta turbacion.

Desde aquel momento se dirigió mi pensamiento á mi abuelo, que sabia yo estar en el ataúd; comprendí que le llevaban á enterrar, como me habia dicho él que se practicaba con los muertos, y en la imposibilidad en que estaba aun de figurarme un cadáver, me lo representé acostado vivo en la estrecha caja, esperando con ansiedad ver lo que iban á hacer con él. Aunque se mezclaba alguna curiosidad al temor que experimentaba, esperaba que todo pasaria de lejos, y que no atravesariamos el pórtico. Pero fué de otro modo.

Yo no habia visto en mi vida ningun cementerio, y como me habia representado este lugar fúnebre bajo un aspecto espantoso, me quedé bastante sereno cuando habiendo entrado, vi árboles, flores y un hermoso sol que doraba la superficie de una gran pradera. Al momento se presentaron á mi imaginación imágenes mas dulces, entre otras la de mi abuelo, tal como me habia aparecido el año anterior al borde de la pequeña ensenada. Me le figuré habitando esta pradera y descansando al sol, como acostumbraba hacer en los buenos días de julio y agosto. Habia estado tan agitado, que por una reaccion natural, renacieron la paz y tranquilidad rápidamente en mi corazón.

Con todo, algunas cosas me causaban aun alguna inquietud. Veiamos de cuando en cuando piedras con inscripciones, y pequeños recintos cercados de balaustradas negras. Junto á uno de ellos observé de lejos á una muger en actitud de recogimiento. Esperaba que volveria la cabeza para vernos pasar; pero inclinada sobre el recinto, no apartó de él sus miradas, arrojándose en una extrema agitacion, un sollozo ahogado que me pareció venir del lado en que estaba ella arrodillada. En efecto, al verla inmóvil, me figuré al pronto que aquel sollozo salia de debajo de la yerba que habia en el cercado, helándome de espanto la idea de un muerto gimiendo bajo el peso de la tierra.

Mientras me hallaba tan agitado, apercibi delante del convoy dos hombres que parecian esperarlos. A medida que nos ibamos acercando, su figura tostada, sus facciones rudas y su aire silencioso me causaban una impresion muy siniestra; pero cuando al llegar junto á ellos, se detuvo el ataúd y vi palas, azadones y un gran hoyo en la tierra, mi vista se turbó y sentí que se me tambaleaban las piernas. Aquellos hombres espantosos cogieron el ataúd por los dos extremos, le echaron en el hoyo, y cogiendo sus palas hicieron rodar encima la tierra amontonada sobre los bordes del foso. Al ruido retumbante de los guijarros y los huesos que caian sobre la madera, mi imaginación prorumpia en sollozos, gritos y gemidos, y cuando el ruido llegó á ser mas sordo, creí oír aun el estertor ahogado de mi abuelo.

Algunos instantes despues estábamos de vuelta en casa. Mi padre se entregó á un violento dolor, y yo me asocié á él, persuadido de que lloraba por el suplicio de mi pobre abuelo, oprimido bajo la tierra.

Es preciso que haya yo nacido miedoso. Estas impresiones han quedado indelebiles y prontas á despertarse en la noche y la soledad, siempre al menos que la ausencia de un pensamiento, de un sentimiento ó de un objeto les abria un libre acceso en mi alma. Pero vuelvo á tomar la relacion de las circunstancias que pocos años despues me entregaron á emociones mucho mas fuertes aun.

Eran los primeros días de mi adolescencia; como sucede algunas veces á esta edad, el amor en toda la vivacidad de sus primeros tiros se habia apoderado de mi jóven corazón. Entregado enteramente á mis creros pensamientos, sin cesar preocupado de dulces quimeras, habia llegado á ser meditador, taciturno, desapicado. Así que mi padre se apesadumbraba por ello, y mi maestro afirmaba que no tenia yo ninguna aptitud para las lenguas muertas.

Amor de adolescente he dicho. En efecto, me abrasaba por una persona que hubiera podido en rigor ser mi madre, y por esto es por lo que tenia cuidado de ocultar á todos mi secreta llama, que el misterio conservaba viva y pura, mientras que la burla la hubiera apagado.

La dama de mis pensamientos era una bella señora que habitaba en la misma casa que nosotros. Venia frecuentemente á nuestra casa, y gracias á mi edad iba yo libremente á la suya. A medida que me enamoraba mas, encontraba pretextos para ir con mas frecuencia y permanecer mas largo tiempo; al fin pasaba allí mis días. De pié á su lado, mientras ella trabajaba en alguna obra de costura, por no atreverme á suspirar, charlaba, tenia su madeja ó corria tras de su ovillo si rodaba por el suelo. Si algun criado doméstico la hacia salir de la habitacion, aprovechaba aquellos instantes para besar con transporte los

objetos que ella había tocado, me ponía sus guantes; y para que el sombrero que había oprimido sus cabellos oprimiese también los míos, heme aquí cubierto con un sombrero de mujer, teniendo un miedo horrible de ser sorprendido y sonrojándome de mi mismo rubor. Ay! Cuán desgraciada debía ser aquella pasión. Por una broma que yo tomaba seriamente, esta señorita me llamaba su maridito. Este título era un privilegio que no dividía con ningún otro, bastando esto solo para hacerme mucho mas caro. Una tarde, guapo y rozagante, subí á casa de la señora de mis pensamientos, que me había convidado ella misma aquella tarde á una reunion de familia. Entré satisfecho en el salon, cuya reunion era numerosa. Por una preferencia delicada que ofendió gravemente á muchos parientes, no saludé ni obsequié mas que á mi bella vecina, á quien consagraba toda la amabilidad y agasajos de que podía disponer, cuando un joven alto, que acababa de entrar, despues de haberme disgustado altamente apartando de mí la atención de mi soberana, se me puso á decir:

—Ah! con qué vos sois el marido pequeño; yo voy á ser el grande... espero que viviremos bien juntos.

Todo el mundo se echó á reír, sobre todo cuando me vieron retirar con rabia mi mano, que había él cogido, y lanzarle una mirada de tigre. Al ver esta risa, sofocado por el despecho, la vergüenza y la turbación, sali bruscamente.

No me atreví á entrar de seguida en casa de mi padre, además de que tenía un gran desco de entregarme, lejos de las miradas de todos, al dolor que sentía. Luego que estuve, solo, y en el campo, empecé á llorar.

Era yo ridículo, y sin embargo bien digno de compasión. Es indudable que mi pasión no tenía objeto ni esperanza aun á mis propios ojos; pero aunque inocente y precoz, era pura, sincera, llena de frescura y de fuerza, y desde algun tiempo formaba parte de mi vida. Sabía muy bien que era preciso dejar el colegio antes de pensar en el matrimonio; pero que otro tomase por esposa á la que yo había consagrado con delicia mi servidumbre, era por entonces el acontecimiento mas fatal que pudo destruir mi felicidad.

Presas del pesar, del despecho y de otras pasiones celosas y coléricas, no había notado ni lo avanzado de la hora, ni la dirección que tomaban mis pasos hacia lugares que en otro tiempo no hubiese escogido para un paseo nocturno; pero volví en mí mismo, como herido por un rayo, cuando empezó á sonar el reloj; creí haber contado doce campanadas... las puertas de la ciudad estarían ya cerradas hace una hora.

Creí poder haberme engañado, y ya corría con todas mis fuerzas, cuando oí la campana lejana de una aldea; conté con horrible ansiedad nueve, diez, once campanadas... la doce me remató, pues nada es tan inexorable como un reloj.

Confieso que en aquel instante olvidé mis amores; pero no fué para hallar el reposo, pues el pensamiento de la aflicción en que estaría sumergida mi familia, vino á entregarme al mas espantoso tormento. Me creeria perdido, muerto, y en mi sencillez hasta temía que ligasen mi desaparición á la relación, que no dejarían de hacerles en la vecindad, de mi vergüenza, mi desesperación y mi brusca salida.

Pero dónde creeréis que me habían llevado mis pasos? Bajo los sauces del sendero, en el mismo sitio en donde seis años antes había visto al pescador. Allí es donde yo sollozaba sin saber qué partido tomar. Sin embargo, mi espíritu trasportado enteramente en medio de mi familia, no se hallaba aun dominado por el miedo; y además, al través de mis lágrimas veía brillar á la otra orilla una luz que me hacía compañía.

Bien poco despues se apagó esta luz, lo que me hizo conocer el sentimiento de mi soledad. En el momento en que desapareció retuve maquinalmente mis sollozos, y hallé el silencio de la noche. Al mirar á mi alrededor en la sombra entreveía las formas que la claridad de la pequeña luz había ya eclipsado, y mientras me entregaba á este examen, se secaban las lágrimas en mis párpados.

No tardé en olvidar también mi familia, bien á pesar mio, porque ponía todos mis esfuerzos por retener mi pensamiento, que empezaba á vagar con temor en la sombra de alrededor. Como preveía que cada instante aumentaría los terrores de que estaba amenazado, me eché dulcemente bajo el cercado que me separaba de los jardines, muy decidido á dormirme.

La idea era buena, pero la ejecución difícil. Es verdad que tenía cerrados los ojos, pero mi cabeza velaba mas que en medio del día, y mis oídos bien abiertos me trasmitían con los menores ruidos imágenes espantosas que apartaban cada vez mas el sueño de mis párpados. Así que viendo la inutilidad de mis esfuerzos, inventé medios de ocultar mi espíritu á las visiones, fijándole en alguna cosa. Me impuse la tarea de contar hasta ciento, hasta doscientos, hasta mil;

pero mis labios eran los únicos que se encargaban de este trabajo, y mi espíritu los dejaba obrar.

Me hallaba en el número 299, cuando oí á dos pasos de mí un estremecimiento entre el ramaje; aceleré mi cuenta á fin de que se me pasase mas pronto ciertas ideas de culebras y sapos, hacia los que mi espíritu se inclinaba evidentemente. No hizo mas que redoblar mi emoción, y este estremecimiento no tardó en revestirse de figuras tan extrañas y tan pesadas, que al fin tuve que retroceder á las culebras. «Además, me decía yo, las culebras no tienen nada de malo, son inocentes, y sobre todo... (¿qué á tiempo me vino esta idea!) á no ser que sea un lagarto.» En esto oí de nuevo el estremecimiento y aun mas cerca; me creí engullido, tragado, pulverizado, de suerte que levantándome sobresaltado, atravesé el cercado, tan espantado del ruido y el movimiento que hacia, que apenas sentía las puntas de las espigas que desgarraban mi piel.

Cuando estuve al otro lado, sentí un grande alivio. Me hallaba rodeado de lechugas, de berzas, de regueros, cosas todas que recordándome el trabajo del hombre, disminuían el sentimiento de mi soledad. Me acuerdo que intenté prolongar lo que sentía, representándome los detalles de la labranza, á los que frecuentemente había asistido en este mismo sitio. Los hombres cavaban al sol, las mugeres cogían legumbres, los niños arracaban las yerbas malas, todo un idilio en fin. Solamente evité pensar en los riegos, por miedo de pensar al mismo tiempo en la gran rueda que en aquel momento accionaba no muy lejos de mí. Y luego me hallaba bajo la bóveda del cielo, que es la única que durante la noche no inspira temor. Veía el espacio á mi alrededor, y alguna claridad: si viene, pensaba yo, le verá venir.

Si viene!—Esperábais á alguno?—Sin duda ninguna.—Y á quién?—Al que se espera cuando hay miedo.

Y vos no tuvisteis nunca miedo? Por la noche alrededor de la iglesia, al eco de vuestros pasos; por la noche en el suelo que resuena; al acostaros cuando con una pierna en la cama no os atreveis á menear la otra por miedo de que una mano por debajo... Tomad la luz, mirad bien; nada, nadie. Dejad la luz, no mireis, y hay algo. De esto es de lo que yo hablo.

Permanecí pues inmóvil en medio de aquella llanura; pero el espacio que tenía á mi alrededor, despues de haberme aliviado, empezaba ya á influir sobre mi espíritu de una manera incómoda, no tanto delante de mí, donde nada podía escaparse á mis miradas, sino atrás, por los lados y por todas partes donde no podían penetrar; pues cuando se le siente venir, siempre es por el lado por donde no se mira. Me volvía frecuentemente y de repente, como para sorprenderle; pero me volvía muy pronto para no dejar el otro lado sin vigilancia. Estos raros momentos me causaban miedo á mí mismo, cruzaba los brazos y empezaba á pasearme en línea recta con gran perjuicio de las coles y lechugas, pues por nada me hubiera dirigido hacia la arboleda ó los senderos.

Aun menos me hubiera dirigido hacia el otro lado de aquella pequeña llanura, pues allí fué donde en mi niñez había visto tendido en la arena!... Así que, aunque echaba una ojeada á este lado del espacio, evitaba mirarle de frente, y sobre todo darme cuenta de los motivos que me alejaban de él.

Pero este mismo esfuerzo se volvía contra mí. Al rechazar el monstruo le daba presa. Al querer apartarle de mi pensamiento, le llevaba á él... Y ya forzaba la entrada. Era este un espantoso conjunto de huesos y dientes, unos ojos sin vista, un animal solo de costillas y vértebras, que se movían y crujían trotoando hacia mí. Y ya estaba para luchar de muy cerca, cuando por efecto del camino que había andado, los inmensos brazos de la gran rueda me aparecieron de repente á algunos pasos, dando vueltas misteriosamente en la sombra. Tuve tiempo de sentir la espantosa unión que iba á efectuarse; así que recogiendo toda la sangre fría que me quedaba, retrocedí despacito, y me puse á silbar con un aire desembarazado. Cuando un hombre que tiene miedo se pone á silbar, ya se puede creer que es muy poco.

Apenas hube retrocedido, cuando ví aproximarse la rueda, y el monstruo de las vértebras. Le oía galopar, sentía su aliento, y le creía ya sobre mis espaldas. Quise permanecer sereno, y alójarme mi marcha como para imponerle; pero siendo este esfuerzo superior á mis fuerzas, aceleré el paso, corrí y volé hasta el pié de una muralla que me impidió el paso. Allí me volví jadeante.

Una tapia siempre es alguna cosa. Desde luego es una pared: cosa blanca, compacta y sin misterio; cosa que cambia en realidad palpable el espacio indefinido poblado de apariencias, y dominio de fantasmas; además podía arrimarme á ella, y desde allí ver venir; así lo hice.

Al volverme no había visto mas que la sombra y el espacio; pero no por eso vivía menos el animal en mi imaginación suponiéndole yo pronto á caer sobre mí de cualquier punto cuya vista me ocultasen la oscuridad ó los objetos. Esto fué causa de que mis terrores empezasen ya á dirigirse al otro lado de la tapia, á la que estaba yo arrimado, cuando al oír un ruido que creí haber partido de aquel lado, se concentraron allí todos. Era un ruido semejante al de los mochuelos; no cabía duda ninguna de que era el animal... le sentía, le veía saltar del otro lado de la pared, introduciendo los huesos de sus dedos entre las junturas de las piedras; de suerte que fija en el extremo de la muralla, esperaba de un momento á otro ver su cabeza avanzar lentamente, y las dos órbitas fijar sobre mí su mirada inmóvil.

Haciéndose intolerable esta situación, me obligó la angustia á ir á su encuentro. Mejor quería ir á buscarla, que esperarla fascinado y palpitante. Con ayuda pues de las ramas de algunos albérgigos pegados á la pared, salté hasta el extremo, sobre el que anduve montado.

No había nada! Aunque lo esperase así, tuve todo el placer de la sorpresa. Los miedosos prestan su oído á dos voces que se contradicen, la del miedo y la del sentido comun, de suerte que escuchando ya la una, ya la otra, ó ambas á la vez, están sujetos á las mas extrañas inconsecuencias.

En lugar del animal, veía una llanura rodeada de murallas, mas lejos árboles, y mas allá la ciudad dominada por la gran torre de San Pedro.

La vista de la ciudad me causó placer; pero no había ninguna

luz en las casas, y la torre de San Pedro no me presentaba ninguna cosa que me serenase cuando el repique del reloj se hizo oír...

De repente se marcharon todos mis terrores. Aquel sonido tan conocido me trasportó como en medio del día, y la idea de que otros escuchaban al mismo tiempo que yo, me hizo perder enteramente el sentimiento de mi aislamiento. Me volví tranquilo, valiente, atrevido... pero por muy poco tiempo. Cesó el repique, el reloj dió las dos, y toda la naturaleza que me había parecido escuchar el repique conmigo, me pareció de nuevo dirigir toda su atención sobre mí, que estaba colgado encima de mi muralla. Me acurrucaba, me ocultaba, y me estendía á lo largo sobre aquella estrecha cresta, pero imposible escapar á las miradas. Las coles, las mismas coles plantadas en largas hileras, me parecían cabezas aliñadas, bocas burlonas y millares de ojos fijos sobre mí. Preferí pues bajarme, y por miedo

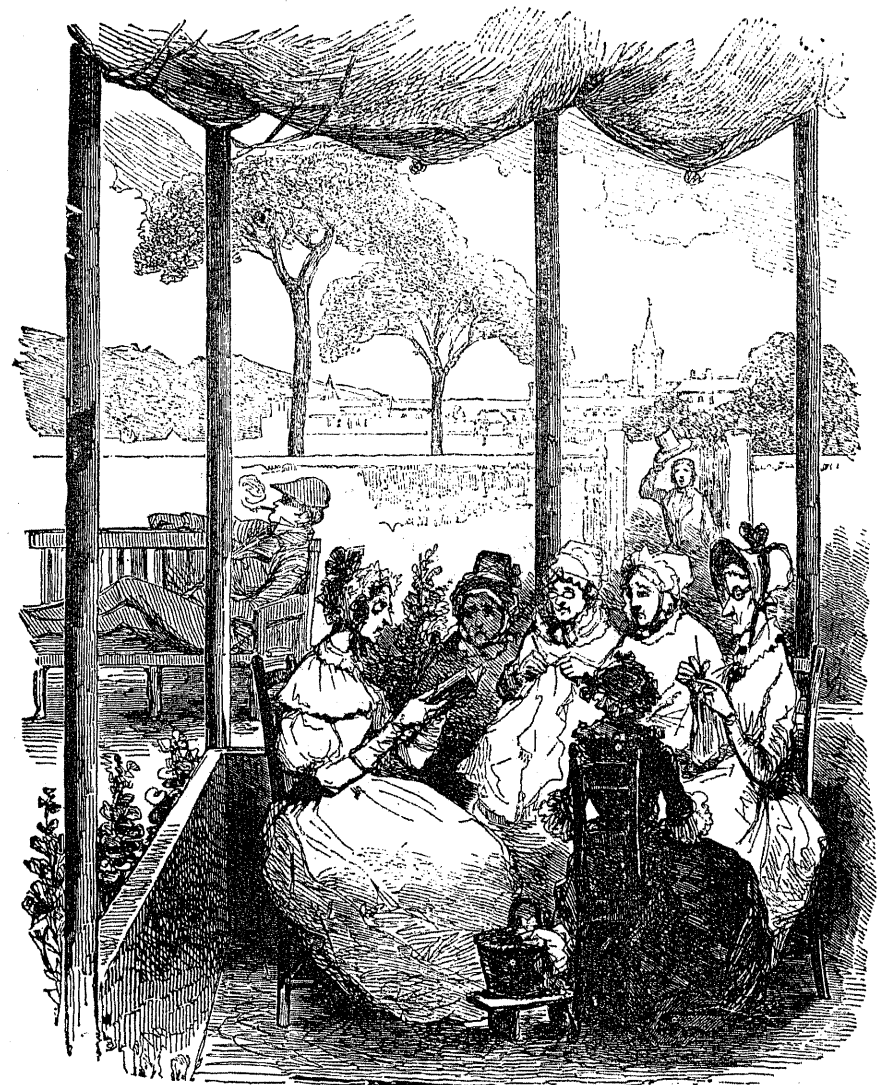
de la gran rueda, me eché del lado opuesto de la muralla.

Había andado algunos pasos con bastante felicidad, cuando fuí á chocar con un objeto que no había podido distinguir con la oscuridad de la sombra. A este choque repentino di un grito, creyendo fuese el mismo animal; pero cuando vuelto en mí de esta primera impresión toqué las balaustradas negras, un sudor frío recorrió todo mi cuerpo. Me hallaba en el cementerio!

A esta repentina idea se me presentaron mil visiones espantosas, saltando como del seno de una luz azulada que les daba una palidez sepulcral. Era estos, espectros carcomidos, calaveras, huesos, una muger enlutada, horribles sepulcros... pero la mas espantosa de todas, la que acabó por eclipsar á las demás, era la de mi abuelo, semi-oculto bajo la tierra. Sus facciones desfiguradas presentaban huesos huecos, órbitas vacías; su boca, despojada de dientes, parecía quejarse sordamente, y de sus

brazos descarnados quitaba con esfuerzo un inmundo polvo.

Fuera de mí, marchaba rápidamente como para alejarme de estos pensamientos, al mismo tiempo que de las balaustradas negras. Pero á medida que iba andando salía el espectro de su hoya, volvía sus órbitas hacia la llanura, pues me había reconocido; dirigía tras mí sus pasos sordos y misteriosos, y mi corazón latía con violencia, como si á cada instante hubiera estado á punto de alcanzarme. De repente se me cae el sombrero, y siento su mano fría y dura posarse sobre mi cabeza...—Abuelo! oh! No, abuelo! exclamé huyendo con toda la ligereza que me permitía el delirio del mas espantoso terror.



La encuentra establecida en el pabellon chino leyendo á algunas damas sus vecinas. (EL GRAN SAN BERNARDO)

Eran las ramas inferiores de un sauce contra las que había tropezado mi cabeza.

Al movimiento de mi huida, al ruido de mis pasos salían otros mil espectros, y ya sentía tras de mí un ejército, cuando habiendo atravesado al fin el pórtico, continué corriendo hasta las puertas de la ciudad.

—Quién vive! gritó el centinela.

Al oír esta voz de hombre se marcharon fantasmas, espectros, monstruos y culebras.

—Amigo! respondí con un acento casi apasionado. Una hora después había vuelto al seno de mi familia.

Esta crisis me hizo mucho bien. Olvidé mis amores, y encontré mi sombrero

FIN DE LAS NOVELAS GINEBRINAS.

